"ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO"

EN EL PUERTO RICO ILUSTRADO

1934-1935

COLECCIÓN DE DIEZ PUBLICACIONES DE JOSÉ PÉREZ LOSADA

Preparado por Rafael Calderín

José Pérez Losada

José Pérez Losada (1879-1937). Considerado como un prestigioso periodista y escritor puertorriqueño.

Nació en Cádiz, España. Llega a Puerto Rico en 1895, a la joven edad de 15 años. Trabaja en San Juan como dependiente en un comercio y ya para 1900 organiza un gremio obrero y prontamente funda una publicación "Los Dependientes" como órgano de esta.

Luego comienza a trabajar para el *Boletín Mercantil,* el cual dirigió de 1902 a 1916. Realizó otros trabajos periodísticos para el semanario *Los Domingos del Boletín* y luego en 1918 para *El Imparcial*, donde trabajó hasta 1932.

Desde 1933 hasta su fallecimiento en 1937, fue el director de *Puerto Rico Ilustrado*. En él Pérez Losada publicó una serie de artículos en la sección "Estampas del Pasado - Del San Juan que yo Amo", un homenaje en prosa lírica a la ciudad.

Índice de Publicaciones Incluidas de la Revista Puerto Rico Ilustrado

1. "Estampas Del Pasado Del San Juan Que Yo Amo", *en Puerto Rico Ilustrado, 21 de julio de 1934.* **Página 3 a la 16**

   Tema: Casa Blanca y Familia Ponce de León

2. "Estampas del Pasado De Los Tiempos Heroicos", *en Puerto Rico Ilustrado del 29 de junio de 1935* **Página 17 a la 30**

   Tema: Ataque Holandés de 1625

3. "Estampas del Pasado Un expediente Interesante", *en Puerto Rico Ilustrado del 2 de noviembre de 1935* **Página 31 a la 45**

   Tema: La Puerta de España y Demolición de las Murallas

4. "Estampas del Pasado Del San Juan Que Yo Amo", *en Puerto Rico Ilustrado del 19 de enero de 1935* **Página 46 a la 60**

   Tema: La Virgen de Belén

5. "Estampas del Pasado Del San Juan Que Yo Amo", *en Puerto Rico Ilustrado del 15 de diciembre de 1934* **Página 61 a la 74**

   Tema: Iglesia San Francisco, Personajes de San Juan y Vestimenta Militar

6. "Estampas del Pasado - Lo que el tiempo se lleva", en Puerto Rico Ilustrado del 28 de septiembre de 1935 **Página 75 a la 86**

   Tema: Sobre el Teatro Moratín y Eugenio Astol y remoquetes (apodos) a lugares

7. "Estampas del Pasado – El Polvo del Olvido", en Puerto Rico Ilustrado del 17 de agosto de 1935 **Página 87 a la 98**

   Tema: Paseo de la Princesa y La Infanta María Luisa

8. "Estampas del Pasado Del San Juan que Yo Amo", en Puerto Rico Ilustrado del 22 de diciembre de 1934 **Página 99 a la 111**

   Tema: La Convalecencia y visita de Alicia Roosevelt

9. "Estampas del Pasado Del San Juan que Yo Amo", en Puerto Rico Ilustrado del 26 de enero de 1935 **Página 112 a la 127**

   Tema: Visita al Cementerio de San Juan

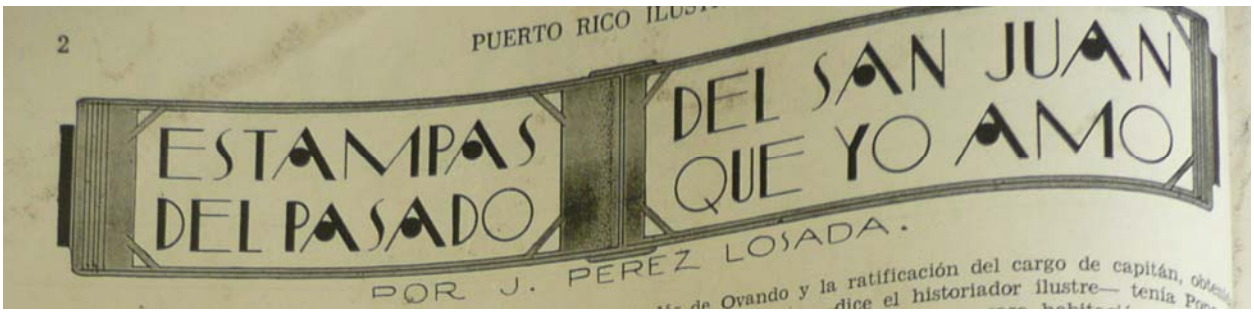
10. "Estampas del Pasado Del San Juan que Yo Amo", en Puerto Rico Ilustrado del 9 de febrero de 1935 **Página 128 a la 141**

    Tema: Sobre el pueblo de Carolina

<u>Nota de agradecimiento</u>: A José Mari-Mut que apoyó que se realizara esta colección de artículos y nos proveyó las fotos e información de los artículos 9 y 10.

1. Puerto Rico Ilustrado

21 de julio de 1934



Casa Blanca y Familia Ponce de León

En el Puerto Rico Ilustrado de 21 de julio de 1934, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre la Casa Blanca y la Familia Ponce de León. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado de 21 de julio de 1934

ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

De José Pérez Losada (1879-1937)

Tiene el cuatro veces centenario palacio de Casa Blanca, desde hace unas semanas, nuevos distinguidos moradores.

El coronel Byroade y su gentil esposa, que lo han habitado por espacio de algunos años, sentirán ahora, en su nuevo instalación del Continente, la nostalgia de la antañona morada por cuyas terrazas almenadas, a poco que la imaginación nos ayude, podremos atisbar en la alta noche las sombras dolientes de los que habitaron la prócer mansión en los días remotos en que se echaban los firmes cimientos de la vieja ciudad.

El capitán don Juan Ponce de León no habitó nunca la Casa Blanca, que fue construida en 1525, cuatro años después de haber muerto en la Habana, pasado el desastre que sufrió en la Florida, el hidalgo ingenuo y soñador que perseguía alucinado por un bello espejismo que se hace melancolía en los temperamentos sensuales, la fuente milagrosa de la eterna juventud.

Quienes habitaron Casa Blanca fueron don Luis y doña Isabel, hijos del conquistador de Puerto Rico y fundador de esta comunidad cristiana. Don Luis era un adolecente que nació en el país y murió antes de llegar a la mayoría de edad, pero que heredó las preeminencias y cargos que fueron otorgados a su ilustre padre y que fueron servidos por su tutor y cuñado García Troche, que mostró gran celo por conservar las tradiciones de familia, al extremo de haber antepuesto en su hijo don Juan --habido con su esposa doña Isabel—los apellidos de la madre de los suyos, para que su hijo se llamara como su glorioso abuelo: Juan Ponce de León.

Casa Blanca –según el relato que de ella hace don Salvador Brau—era una casa de piedra, almenada, especie de torre cuadrada, con veinticuatro pies por cada frente, la misma que ensanchada y transformada durante cuatro siglos, se conoce idéntica denominación. Por el asiento concertado con don Nicolás de Ovando y la ratificación del cargo de capitán obtenida

luego en la Corte –dice el historiador ilustre—tenía Ponce de León el privilegio de construir su casa habitación en fortaleza en tanto que el monarca no dispusiera construirla con sus rentas, depositándose en ella armas y caudales de la Corona bajo la custodia del propietario y cuatro hombres de guardia permanente, cuyos salarios corrían a cargo del tesoro real, privilegio que fue renovado en Burgos, en 27 de mayo 1524, agregándose dicha concesión a las otras ya otorgadas al ordenarse el reconocimiento del adolescente don Luis como adelantado de la Florida y Bimini y regidor del ayuntamiento de Puerto Rico, que así era entonces llamada la ciudad de San Juan.

Para juzgar de la importancia que en aquellos tiempos tuvo Casa Blanca, será útil recordar que la Fortaleza, llamada después Santa Catalina, no se empezó a edificar sino en 1533, y se hubo terminada en 1538, trece años después; que hasta 1639 siendo gobernador de la isla don Iñigo de la Mota Sarmiento, no se echaron las primeras plataformas del castillo de San Felipe del Morro; y que San Cristóbal no había de levantar su mole imponente sino doscientos cuarentiséis años después: en 1771.

Casa Blanca fué durante algunos años, erguida en la altura de la meseta, dominando el fondeadero, señora sobre el parvo caserío naciente agrupado en la calle principal que era entonces la caleta de San Juan, y en las inmediaciones del convento de Santo Domingo, como un castillo roquero en que un linaje cuyo fundador esforzado supo poner a sus ambiciones de conquista el penacho de un lírico ensueño había de conocer y había de sufrir todas las inquietudes, todas las amarguras, todos los dolores, los zarpazos de la desdicha y hasta los turbios recelos que esparce la calumnia.

¿Cómo evitar que entre los colonos se comentase sin reticencias aventadoras de la insidia, la prematura muerte del adolescente, cuando al morir don Luis había de recibir tan gran beneficio el hijo de su tutor y cuñado, García Troche, en quien recayera mediante suplicatorio oportuno el cargo de contador y más tarde el de alcaide de la fuerza, amén de la herencia personal y de los títulos que convirtieron en mayorazgo al que parecía destinado por su nacimiento a ser un modestísimo segundón en la casa de los Ponce?

Ninguna razón había para que la suspicacia envolviera a los moradores de la torre en la atmósfera de otro drama que no fuese el de la pena de doña Isabel ante el decaimiento del mancebo en quien pusiera tantas esperanzas nuestro don Juan; y si llegó hasta ella, sutil y aleve por las encrucijadas de la sombra, la versión echada a rodar por envidiosos y lenguaraces, debió sufrir amargamente la discreta señora, y hubiera sufrido más si la muerte no

la hubiere librado a tiempo de presenciar el doloroso desenlace de la vida de su hijo, de la horrible tragedia de sus nietos, como si una maldición pesara sobre los varones de su linaje.

Un hada madrina parecía que hubiese presidido el nacimiento de su hijo don Juan. La muerte de don Luis le dejaba franco el camino para los rápidos encumbramientos. Veintiún años después de levantada la torre, casaba don Juan con doña Isabel de Loayza, hija única del licenciado don Iñigo López Cervantes de Loayza, oidor de la Audiencia de la Española, que había llegado en 1545 a Puerto Rico revestido del imponente cargo de juez pesquisidor.

A la muerte de don Iñigo, heredó la cuantiosa fortuna de este y pudo presentarse en la corte de España como anunciara en 1559 el obispo Bastidas al Rey: "que la ciudad envía por su procurador a Joan Ponce de León, hijo y nieto de criados de S. M., y suplica, por ser tan cierto y calificado mensajero, sea admitida su embaxada en todo lo que lugar oviese"...

Entonces solicita el traslado a Puerto Rico de los restos de su abuelo, muerto en la Habana treintiocho años antes, y elige para darles decoroso enterramiento la iglesia de Santo Tomas de Aquino, hermoso templo que hoy tiene por titular a San José y que acababan de terminar los Padres Dominicos. Para lograr tan piadoso propósito hubo de ser instituido un patronato de los Ponce de León sobre la capilla mayor de la iglesia, convertida así en panteón del conquistador de la isla. El blasón heráldico de los Ponce de León, empotrado en el muro correspondiente al lado del Evangelio en la capilla mayor, señala el lugar en que estuvieron los restos hasta el año de 1835, sagrado depósito que hoy reposa en artístico mausoleo, esculpido por Miguel Bray y costeado por el Casino Español de San Juan, en la Santa Iglesia Catedral.

Pero el nieto del conquistador tenía la noble ambición de agregar nuevos cuarteles al escudo de los Ponce. Llegaban noticias de las proezas realizadas por otros capitanes en tierra firme, y él tenía tres hijos varones, dos de ellos mozos arrogantes, que reclamaban su puesto en el servicio de las armas. ¡No habían de enmohecerse sus tizonas colgadas en las panoplias de la casa solariega cuyo blasón ilustrara el abuelo gallardo que no se dió por satisfecho después de conquistar la tierra en que señoreaban sus descendientes!

La isla de Trinidad, habitada por unos indios indomables, atraía el interés de don Juan, que pensó llevar a ella la colonización cristiana, como su abuelo la había implantado en Puerto Rico. Sus hijos le alentaban a abordar la empresa. Eran jóvenes, y amaban la embriaguez de los combates. Entre las

cuatro paredes de la torre, no podía acrecerse la gloria del linaje cuando quedaban tantas tierras por dominar. Y don Juan preparo la expedición desdichada; hizo un llamamiento a los vecinos que quisieran ir con él y con los suyos; armó buques; se proveyó de bastimentos y de armas, y se lanzó a la empresa con el ímpetu de quien ha de recuperar el excesivo tiempo dedicado a la molicie.

Pero le aguardaba en el belicoso país, que tuvo por aliado a los indios de Dominica, un descalabro trágico. Derrotado por los bravos defensores de su suelo, presenció la muerte de uno de sus hijos y no pudo evitar el cautiverio del otro. Con las escasas fuerzas que le restaban, malheridos sus hombres, inútiles para todo intento de hacer sentir su agotada capacidad de resistencia, tuvo que regresar a Puerto Rico con la certidumbre lancinante de que el amado prisionero caído en las garras de los de la Dominica, habría sido pasto del salvaje canibalismo imperante en aquellas zonas.

Se acabaron para él los sueños de gloria, las ambiciones de riqueza y de dominio, las empresas marciales, la satisfacción de los honores y encumbramientos. Su esposa había muerto, y en las estancias vacías del palacio, que se poblaba de gesticulantes fantasmas en la noche, solo veía al hijo cautivo, sometido a la infame tortura de los caníbales odiosos que devoraban el cuerpo del muchacho con la voracidad de las hienas carniceras.

Era inútil intentar con sus personales medios, el rescate, y era también inútil buscar alivio para tanto dolor, sino en el regazo misericordioso de la bondad divina.

En 28 de agosto de 1577 hace "dejazión y desystimiento de sus oficios, por tener voluntad y determinación de ser clérigo o frayle".

Su vida ya no será sino un erial de penas y congojas; y como el dolor le ha herido en el corazón de tan brusca manera, buscará en la penitencia y en el servicio de Cristo la paz que ya no puede tener en aquella torre en cada una de cuyas estancias tiene un recuerdo de los pobres hijos que arrastró a la muerte y que no supo defender a costa de su vida miserable, despojo de un vencido que no había tenido, siquiera, el ímpetu de caer con ellos y acabar de una vez…. Y al pedir que se le alce el pleito homenaje que prestara como alcaide de la Fortaleza y el Morro, suplica, en mérito de esos servicios y los de su padre y abuelo, se haga merced de dicha alcaldía a su hijo Juan Ponce de León, de 22 años de edad y "persona hábil y suficiente".

Pero un día remoto –catorce años después de su derrota--, cuando ya su alma conturbada había empezado a hacerse la paz, resignado en parte al juzgar irreparable su desgracia, cuando lloraba, por igual, a sus dos hijos

muertos, se presentó al anciano penitente que había trocado sus arreos de caballero por el traje talar del sacerdote una de sus desaparecidas esclavas que había podido evadirse de la Dominica, y le contó que su hijo estaba vivo, pero sometido a duro cautiverio , peor sin duda que todas las muertes.

Entonces empieza otra vez para el atribulado padre el tremendo suplicio. Ya se había hecho a la idea de la muerte de este otro hijo que quedaba cautivo de los caníbales; ante lo irreparable, no quedaba sino apelar a la bondad divina, que premiaría la intrepidez de aquellos mozos que perecieron en la empresa de ensanchar los dominios de la fe en tierra de infieles. Soldados de Cristo, habían perecido en el empeño de encender en las almas dormidas la divina impaciencia de poseer la verdad eterna. ¡Pero el hijo no estaba muerto! Vivía, vivía aún; vivía después de catorce años de cautiverio; vivía con la esperanza de un rescate que solo podía intentarse empleando recursos superiores a los mermados que pudiera brindar él, sacrificando el resto de su hacienda. Entonces pide auxilio al rey, empleando los tonos más patéticos y las más dramáticas razones: No podía consentir tan alto señor que gimieran en cautiverio infamante los caballeros cristianos que llevaron en sus empresas el mote piadoso y arrogante de "por ml Dios y por mi rey"… No podía consentir que un nieto de don Juan Ponce de León, muerto en su servicio y que había agregado territorios a la Corona de España, y había explorado mares y tierras, y había servido en Granada, y luchado en la Española y colonizado la Isla de San Juan, se hallase a merced de los caníbales, privado de cuanto por su alcurnia le correspondía, envilecido por las prácticas del salvajismo, suspendida sobre su cabeza la amenaza de la muerte ...

El dolor infinito del padre encontraba lastimosa acogida en todos los que escuchaban su querella; pero lo que se pretendía por el doliente caballero estaba más allá de todo lo hacedero por quienes se dolían de su infortunio. Los caribes no querían oro. No habían puesto precio al rescate, ni había modo de entablar con ellos negociación ni trato; y si –lo que no podía intentarse sin detrimento de intereses mayores—se organizaba—y ello había de ser por el monarca—, una flota con fuerzas de asalto para domeñar a los caníbales de Dominica, alterando los planes que no aconsejaban la empresa por aquel entonces, ¿no sería ello precipitar la muerte del cautivo, a cuyo padre habían de atribuir sus cancerberos el que se hubiese podido desatar sobre ellos tan desmesurada fuerza, superior a la que lograron abatir ayudando a los pobladores de Trinidad, hacía ya catorce años?... Y, por otra parte: ¿qué testimonio digno de crédito aseguraba que el caballero vivía, cuando lo más probable era su muerte, con lo que su desventura hubiera tenido piadoso final? El relato doliente de una esclava no era bastante para dar fe de que el caballero vivía.

¡Pobre don Juan! Como una sombre dolorosa se le vió abatido al pie del altar en que sus preces se renovaban con un gesto que tenía la desolación de la desesperanza. Como un espectro en cuyos ojos fulminaba la llamarada de la fiebre, recorrió en las noches medrosas la ciudad para acudir a una entrevista, a una cita otorgada quizás de mal talante por quienes tenían, o alardeaban de tener, algún valimiento en la Corte de España o en la más cercana del virrey de Indias, que tenía su sede en la Española. ¡Inútil porfía! Si se tratase de un rescate, si se hubiese puesto precio a la libertad del cautivo….; pero distraer fuerzas que estaban destinadas a empresas mayores no era fácil conseguirlo con el apremio con que la impaciencia paternal lo demandaba. Por lamentable que fuera el caso, no era sino un accidente de la lucha empeñada en un territorio ilimitado que sólo se podía dominar a fuerza de heroísmo y abnegación.

Ø Ø Ø Ø Ø

Mientras voy recorriendo las estancias pulcramente alhajadas, del bien conservado palacio de los Ponce de León, estos recuerdos de mis amadas lecturas me asaltan en tropel. En esta alcoba, a la que entra la luz tamizada por el persianaje discreto como una celosía conventual y por el encaje amatista y bermejo de las trinitarias que escalan la torre, luchó entre la vida y la muerte aquel bravo capitán de caballos de Flandes, don Francisco Bahamón de Lugo, que inauguró su periodo de gobierno en 1564 y que tenía su aposentamiento en Casa Blanca. Don Francisco, que venía precedido de un amplio cartel de hombre bravo, al tener conocimiento de que los caribes infestaban la isla por la parte de San Germán, fue en persona a hacerles la guerra –según refiere don Cayetano Coll y Toste- y fué herido de un flechazo en el muslo izquierdo, con tan graves consecuencias, por la infección que le sobrevino, que le fueron administrados los santos óleos, casi perdida la esperanza de que pudiese abandonar el lecho.

He aquí la terraza, desde la que se dominaba la ciudad y en la que se acodaría el hijo malogrado del conquistador, mirando con tristeza de enfermo la tierra en que había de tener tumba ignorada... Desde esa rampa, los hijos del segundo don Juan, los biznietos del primer Adelantado de la Florida, mirarían al mar, camino abierto a todas las aventuras, por el que habían de partir una mañana en la flotilla armada, por su padre para ir a la conquista de Trinidad, pero en realidad a acudir a una cita con la muerte ... Aquí, en torno a la mesa en que tenía el capitán de caballos de Flandes y gobernador de la Isla su puesto de honor como huésped de la torre, debieron escuchar los nietos del conquistador el relato de las hazañas del guerrero que encendió en los jóvenes oyentes el ansía de realizar singulares proezas. Y en esta terraza almenada, ¡cuántas lágrimas de doña Isabel habrán velado los ojos bellos, obstinadamente fijos en el horizonte

enigmático tras de cuya línea indecisa se borraba el contacto con el mundo!...

La tragedia que alentó dentro de estos muros cobra ahora, que recorro el viejo palacio, obsesionantes relieves. El anciano sacerdote parece que ha de surgir de una de estancias, macerado el rostro, ardientes las pupilas febriles, encorvado su cuerpo como si no pudiera con el peso abrumador de su cruz, mezclando en sus rezos rituales los nombres de sus hijos, en una inconsolable lamentación.

Percibo la presencia del fantasma, y estoy seguro de que en la alta noche me enfrentaría con él, bajo esta arcada que une las dos estancias mayores y que tiene una sobria traza de oratorio o de cripta. Estoy sintiendo esa molestia física, mezcla de angustia y de congoja, con que alguna vez hemos llorado sobre las páginas de un libro, lamentando tristezas y dolores tal vez imaginarios, pero que hablaban a nuestra vieja alma con la voz del dolor de otras vidas remotas….

Pero ya estamos en el jardín. Hemos bajado unas escaleras de roídos ladrillos, y nuestros ojos se deslumbran ante la orgía de luz que allí ofrece la vegetación lujuriante. Prende su llamarada ardiente el flamboyán cuyo ramaje hecho flor va alfombrando la tierra con el lujo sensual de un tapiz opulento. Cuelgan de las terrazas las trinitarias rojas, las trinitarias moradas y los jazmines blancos. Un magnolio gigantesco brinda sus flores opulentas; y limonero con frutos de oro, y el mangó con su copa sombrosa, y el tamarindo con sus brotes sensitivos y tremantes a la caricia del aire, y el árbol de pan con su plasticidad arquitectónica, y el plátano que abre sus abanicos orientales sobre la prole que se agrupa junto a su tronco con la gracia pueril de unos niños estáticos: toda la gama de color de nuestra selva, toda la fragancia de nuestra flora, toda la pompa de nuestros decorativos helechos, crece bajo el penacho señero de las palmeras gigantes que se inclinan en un escorzo gentil, como para mirarse en el espejo bruñido que les brinda la bahía ...

Labor de cuatro hombres constantemente dedicados al cuido de este jardín bajo la vigilante atención, toda eficacia, de esta dama gentilísima que es Mrs. Byroade, el jardín de Casa Blanca evoca la estilizada belleza de un carmen granadino. Y para que la semejanza sea más completa, desde él puede contemplarse la deslumbrante puesta de sol que es aquí como sobre la Vega de Granada, espectáculo digno de los dioses.

Cuando nuestra capacidad admirativa ya no tiene de qué asombrarse, todavía nos aguarda una sorpresa grata. Por una veredita enlosada en cuyas junturas la yerba y los diminutos helechos salen a buscar la luz tamizada

que se hace allí deleitosa penumbra, llegamos a una fresca estancia ennoblecida por unas arcadas conventuales. Todo es blanco en los muros, y todo es reposo y beatitud en el recoleto refugio. La canción del agua es hermana de aquella canción remota que vienen escuchando los siglos en los jardines del Generalife; y unas plantas de sombra se visten de colores tenues, como las muselinas transparentes.

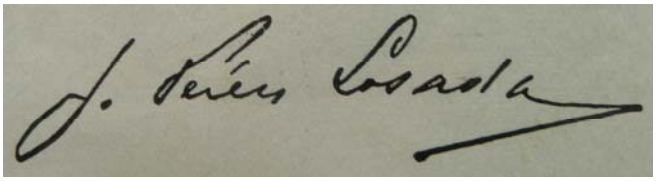
He aquí el Lirlo Sagrado de los Faraones, que emerge de una alberca centenaria en que el agua quieta se ha cuajado en una fabulosa esmeralda.

Mrs. Byroade nos guía por los senderos que llevan a los rincones apacibles. Ahora atrae nuestra mirada, nuestro deseo de quedarnos aquí para siempre, este banco tan cercano al estanque en que los líquenes tienen el matiz de los bronces y el señorial desvaimiento de los viejos joyeles. Los lirios morados, las campánulas azules, las flores extrañas que tienen la gracia exótica del Oriente lejano, se dan en la frescura de esta agua dormida.

Ponen los ruiseñores que anidan en el encantado jardín el lírico comentario de su elogio en el véspero fragante.

Nosotros no sabemos, no queremos, no acertaríamos a decir nada, embargados por la emoción en que florece nuestra gratitud. Gratitud por la ternura, por la finura, por la noble ufanía con que esta norteamericana a hecho del jardín de Casa Blanca el más bello recinto San Juan....

Firmado: J. Pérez Losada



ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

POR J. PEREZ LOSADA.

TIENE el cuatro veces centenario palacio de Casa Blanca, desde hace unas semanas, nuevos distinguidos moradores.

El coronel Byroade y su gentil esposa, que lo han habitado por espacio de algunos años, sentirán ahora, en su nuevo instalación del Continente, la nostalgia de la antañona morada por cuyas terrazas almenadas, a poco que la imaginación nos ayude, podremos atisbar en la alta noche las sombras dolientes de los que habitaron la prócer mansión en los días remotos en que se echaban los firmes cimientos de la vieja ciudad.

* * *

El capitán don Juan Ponce de León no habitó nunca la Casa Blanca, que fué construída en 1525, cuatro años después de haber muerto en la Habana, pasado el desastre que sufrió en la Florida, el hidalgo ingenuo y soñador que perseguía alucinado por un bello espejismo que se hace melancolía en los temperamentos sensuales, la fuente milagrosa de la eterna juventud.

Quienes habitaron Casa Blanca fueron don Luis y doña Isabel, hijos del conquistador de Puerto Rico y fundador de esta comunidad cristiana. Don Luis era un adolescente que nació en el país y murió antes de llegar a la mayoría de edad, pero que heredó las preeminencias y cargos que fueron otorgados a su ilustre padre y que fueron servidos por su tutor y cuñado García Troche, que mostró gran celo por conservar las tradiciones de familia, al extremo de haber antepuesto en su hijo don Juan —habido con su esposa doña Isabel— los apellidos de la madre a los suyos, para que su hijo se llamara como su glorioso abuelo: Juan Ponce de León.

Casa Blanca —según el relato que de ella hace don Salvador Brau— era una casa de piedra, almenada, especie de torre cuadrada, con veinticuatro pies por cada frente, la misma que, ensanchada y transformada durante cuatro siglos, se conoce con idéntica denominación. Por el asiento concertado con don Nicolás de Ovando y la ratificación del cargo de capitán, obtenido luego en la Corte —dice el historiador ilustre— tenía Ponce de León el privilegio de constituir su casa habitación en fortaleza en tanto que el monarca no dispusiera construirla con sus rentas depositándose en ella las armas y caudales de la Corona bajo custodia del propietario y cuatro hombres de guardia permanente, cuyos salarios corrían a cargo del tesoro real, privilegio que fué renovado en Burgos, en 27 de mayo de 1524, agregándose dicha concesión a las otras ya otorgadas al ordenarse el reconocimiento del adolescente don Luis como adelantado de la Florida y Bimini y regidor del ayuntamiento de Puerto Rico, que así era entonces llamada la ciudad de San Juan.

Poco antes de marcharse de Puerto Rico, cumplido su término de servicio aquí, el coronel Byroade, en compañía de su gentil esposa, posó para esta revista, a la entrada de Casa Blanca.

La plaza de armas de la señorial residencia —castillo y palacio—que fué la primera fortaleza erigida en Puerto Rico.

Entre la doble cresteria almenada que defiende el palacio por el lado del mar, el jardín recoleto se ufana con la pompa de los flamboyanes y las rizadas guarniciones de helechos que tuvieron el cuido mimoso del hada del encantado recinto que fué Mrs. Byroade.

Para juzgar de la importancia que en aquellos tiempos tuvo Casa Blanca, será útil recordar que la Fortaleza, llamada después Santa Catalina, no se empezó a edificar sino en 1533, y se hubo terminado en 1538, trece años después; que hasta 1639, siendo gobernador de la isla don Iñigo de la Mota Sarmiento, no se echaron las primeras plataformas del castillo de San Felipe del Morro; y que San Cristóbal no había de levantar su mole imponente sino doscientos cuarentiséis años después: en 1771.

Casa Blanca fué durante algunos años, erguida en la altura de la meseta, dominando el fondeadero, señora sobre el parvo caserío naciente agrupado en la calle principal que era entonces la caleta de San Juan, y en las inmediaciones del convento de Santo Domingo, como un castillo roquero en que un linaje cuyo fundador estrenzado supo poner a sus ambiciones de conquista el penacho de un lírico ensueño había de conocer y había de sufrir todas las inquietudes, todas las amarguras, todos los dolores, los zarpazos de la desdicha y hasta los torbios recelos que esparce la calumnia.

¿Cómo evitar que entre los colonos se comentasen sin reticencias aventuras de la insidia, la prematura muerte del adolescente, cuando al morir don Luis había de recibir tan gran beneficio el hijo

de su tutor y cuñado, García Troche, en quien recayera mediante suplicatorio oportuno el cargo de contador y más tarde el de alcaide de la fuerza, amén de la herencia personal y de los títulos que convirtieron en mayorazgo al que parecía destinado por su nacimiento a ser un modestísimo segundón en la casa de los Ponce?

Ninguna razón había para que la suspicacia envolviera a los moradores de la torre en la atmósfera de otro drama que no fuese el de la pena de doña Isabel ante el decaimiento del mancebo en quien pusiera tantas esperanzas nuestro don Juan; y si llegó hasta ella, sutil y aleve por las encrucijadas de la sombra, la versión echada a rodar por envidiosos o lenguaraces, debió sufrir amargamente la discreta señora, y hubiera sufrido más si la muerte no la hubiere librado a tiempo de presenciar el doloroso desenlace de la vida de su hijo, de la horrible tragedia de sus nietos, como si una maldición pesara sobre los varones de su linaje.

Un hada madrina parecía que hubiese presidido el nacimiento de su hijo don Juan. La muerte de don Luis le dejaba franco el camino para los rápidos encumbramientos. Veintiún años después de levantada la torre, casaba don Juan con doña Isabel de Loayza, hija única del licenciado don Iñigo López Cervantes de Loayza, oidor de la Audiencia de la Española, que había llegado en 1545 a Puerto Rico revestido del imponente cargo de juez pesquisidor.

A la muerte de don Iñigo, heredó la cuantiosa fortuna de éste y pudo presentarse en la Corte de España como anunciara en 1559 el obispo Bastidas al Rey: "que la ciudad envía por su procurador a Joan Ponce de León, hijo y nieto de criados de S. M., y suplica, por ser tan cierto y calificado mensajero, sea admitida su embaxada en todo lo que lugar oviese"...

Entonces solicita el traslado a Puerto Rico de los restos de su abuelo, muerto en la Habana treintiocho años antes, y elige para darles decoroso enterramiento la iglesia de Santo Tomás de Aquino, hermoso templo que hoy tiene por titular a San José y que acababan de terminar los Padres Dominicos. Para lograr tan piadoso propósito hubo de ser instituído un patronato de los Ponce de León sobre la capilla mayor de la iglesia, convertida así en panteón del conquistador de la isla. El blasón heráldico de los Ponce de León, empotrado en el muro correspondiente al lado del Evangelio en la capilla mayor, señala el lugar en que estuvieron los restos hasta el año de 1835, sagrado depósito que hoy reposa en artístico mausoleo, esculpido por Miguel Bray y costeado por el Casino Español de San Juan, en la Santa Iglesia Catedral.

Pero el nieto del conquistador tenía la noble ambición de agregar nuevos cuarteles al escudo de los Ponce. Llegaban noticias de las proezas realizadas por otros capitanes en tierra firme, y él tenía tres hijos varones, dos de ellos mozos arrogantes, que reclamaban su puesto en el servicio de las armas. ¡No habían de enmohecerse sus tizonas colgadas en las panoplias de la casa solariega cuyo blasón ilustrara el abuelo gallardo que no se dió por satisfecho después de conquistar la tierra en que señoreaban sus descendientes!

La isla de Trinidad, habitada por unos indios indomables, atraía el interés de don Juan, que pensó llevar a ella la colonización cristiana, como su abuelo la había implantado en Puerto Rico. Sus hijos le alentaban a abordar la empresa. Eran jóvenes, y amaban la embriaguez de los combates. Entre las cuatro paredes de la torre, no podía acrecerse la gloria del linaje cuando quedaban tantas tierras por dominar. Y don Juan preparo la expedición desdichada; hizo un llamamiento a los vecinos que quisieran ir con él y con los suyos; armó buques; se proveyó de bastimentos y de armas, y se lanzó a la empresa con el ímpetu de quien ha de recuperar el excesivo tiempo dedicado a la molicie.

(Continúa en la página 20)

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3.)

Pero le aguardaba en el belicoso país, que tuvo por aliado a los indios de Dominica, un descalabro trágico. Derrotado por los bravos defensores de su suelo, presenció la muerte de uno de sus hijos y no pudo evitar el cautiverio del otro. Con las escasas fuerzas que le restaban, malheridos sus hombres, inútiles para todo intento de hacer sentir su agotada capacidad de resistencia, tuvo que regresar a Puerto Rico con la certidumbre lancinante de que el amado prisionero caído en las garras de los de la Dominica, habría sido pasto del salvaje canibalismo imperante en aquellas zonas.

Se acabaron para él los sueños de gloria, las ambiciones de riqueza y de dominio, las empresas marciales, la satisfacción de los honores y encumbramientos. Su esposa había muerto, y en las estancias vacías del palacio, que se poblaba de gesticulantes fantasmas en la noche, sólo veía al hijo cautivo, sometido a la infame tortura de los caníbales odiosos que devoraban el cuerpo del muchacho con la voracidad de las hienas carniceras.

Era inútil intentar con sus personales medios el rescate, y era también inútil buscar alivio para tanto dolor, sino en el regazo misericordioso de la bondad divina.

En 28 de agosto de 1577 hace "dejazión y desystimiento de sus oficios, por tener voluntad y determinación de ser clérigo o frayle".

Su vida ya no será sino un erial de penas y congojas; y como el dolor le ha herido en el corazón de tan brusca manera, buscará en la penitencia y en el servicio de Cristo la paz que ya no puede tener en aquella torre en cada una de cuyas estancias tiene un recuerdo de los pobres hijos que arrastró a la muerte y que no supo defender a costa de su vida miserable, despojo de un vencido que no había tenido, siquiera, el ímpetu de caer con ellos y acabar de una vez... al pedir que se le alce el pleito homenaje que prestara como alcaide de la Fortaleza y el Morro, suplica, en mérito

(Continúa en la página 60.)

Estampas del pasado

(Continuación de la página 20)

esos servicios y los de su padre y abuelo, se haga merced de la dicha alcaldía a su hijo Juan Ponce de León, de 22 años de edad y "persona hábil y suficiente."

Pero un día remoto, —catorce años después de su derrota—, cuando ya en su alma conturbada había empezado a hacerse la paz, resignado en parte al juzgar irreparable su desgracia, cuando lloraba, por igual, a sus dos hijos muertos, se presentó al anciano penitente que había trocado sus arreos de caballero por el traje talar del sacerdote una de sus desaparecidas esclavas que había podido evadirse de la Dominica, y le contó que su hijo estaba vivo, pero sometido a duro cautiverio, peor sin duda que todas las muertes.

Entonces empieza otra vez para el atribulado padre el tremendo suplicio. Ya se había hecho a la idea de la muerte de este otro hijo que quedaba cautivo de los caníbales; ante lo irreparable, no quedaba sino apelar a la bondad divina, que premiaría la intrepidez de aquellos mozos que perecieron en la empresa de ensanchar los dominios de la fe en tierra de infieles. Soldados de Cristo, habían perecido en el empeño de encender en las almas dormidas la divina impaciencia de poseer la verdad eterna. ¡Pero el hijo no estaba muerto! Vivía, vivía aún; vivía después de catorce años de cautiverio; vivía con la esperanza de un rescate que sólo podía intentarse empleando recursos superiores a los mermados que pudiera brindar él sacrificando el resto de su hacienda. Entonces pide auxilio al rey, empleando los tonos más patéticos y las más dramáticas razones: No podía consentir tan alto señor que gimieran en cautiverio infamante los caballeros cristianos que llevaron en sus empresas el mote piadoso y arrogante de "por mi Dios y por mi rey"... No podía consentir que un nieto de don Juan Ponce de León, muerto en su servicio y que había agregado territorios a la Corona de España, y había explorado mares y tierras, y había servido en Granada, y luchado en la Española, y colonizado la isla de San Juan, se hallase a merced de los caníbales, privado de cuanto por su alcurnia le correspondía, envilecido por las prácticas del salvajismo, suspendida sobre su cabeza la amenaza de la muerte...

El dolor infinito del padre encontraba lastimosa acogida en todos los que escuchaban su querella; pero lo que se pretendía por el doliente caballero estaba más allá de todo lo hacedero por quienes se dolían de su infortunio. Los caribes no querían oro. No habían puesto precio al rescate, ni había modo de entablar con ellos negociación ni trato; y si —lo que no podía intentarse sin detrimento de intereses mayores —se organizaba—y ello había de ser por el monarca—, una flota con fuerzas de asalto para domeñar a los caníbales de Dominica, alterando los planes que no aconsejaban la empresa por aquel entonces, ¿no sería ello precipitar la muerte del cautivo, a cuyo padre habían de atribuir sus cancerberos el que se hubiese podido desatar sobre ellos tan desmesurada fuerza, superior a la que lograron abatir ayudando a los pobladores de Trinidad, hacía ya catorce años?... Y, por otra parte: ¿qué testimonio digno de crédito aseguraba que el caballero vivía, cuando lo más probable era su muerte, con lo que su desventura hubiera tenido piadoso final? El relato doliente de una esclava no era bastante para dar fe de que el caballero vivía.

¡Pobre don Juan! Como una sombra dolorosa se le vió abatido al pie del altar en que sus preces se renovaban con un gesto que tenía la desolación de la desesperanza. Como un espectro en cuyos ojos fulminaba la llamarada de la fiebre, recorrió en las noches medrosas la ciudad para acudir a una entrevista, a una cita

CUANTA DIFERENCIA! FIJESE COMO CORRE AHORA.

Unas cuantas gotas de Aceite 3-en-Uno y fíjese que diferencia! Arranque rápido, velocidad doble y pedal suave.

Jamás ha habido un aceite para bicicletas como "3-en-Uno"—para cojinetes, rayos, roscas, armazón y piezas niqueladas. *Aceita, limpia, evita la herrumbre.* Conserve su bicicleta lustrosa y nueva con aceite "3-en-Uno". También use "3-en-Uno" para aceitar sus herramientas, escopeta, patines.

De venta en todos los buenos almacenes del ramo.

THREE-IN-ONE OIL COMPANY
Nueva York — Londres.

Aceite 3-en-Uno

Asma

Por más de 60 años Himrod ha proporcionado el mayor alivio a los pacientes

VALE LA PENA COMPRAR LO MEJOR

Remedio de Himrod PARA EL ASMA

otorgada quizás de mal talante por quienes tenían, o alardeaban de tener, algún valimiento en la Corte de España o en la más cercana del virrey de Indias, que tenía su sede en la Española. ¡Inútil porfía! Si se tratase de un rescate, si se hubiese puesto precio a la libertad del cautivo...; pero distraer fuerzas que estaban destinadas a empresas mayores no era fácil conseguirlo con el apremio con que la impaciencia paternal lo demandaba. Por lamentable que fuera el caso, no era sino un accidente de la lucha empeñada en un territorio ilimitado que sólo se podía dominar a fuerza de heroísmo y abnegación.

★ ★

Mientras voy recorriendo las estancias, pulcramente alhajadas, del bien conservado palacio de los Ponce de León, estos recuerdos de mis amadas lecturas me asaltan en tropel. En esta alcoba, a la que entra la luz tamizada por el persianaje discreto como una celosía conventual y por el encaje amatista y bermejo de las trinitarias que escalan la torre, luchó entre la vida y la muerte aquel bravo capitán de caballos de Flandes, don Francisco Bahamón de Lugo, que inauguró su período de gobierno en 1564 y que tenía su aposentamiento en Casa Blanca. Don Francisco, que venía precedido de un amplio cartel de hombre bravo, al tener conocimiento de que los caribes infestaban la isla por la parte de San Germán, fué en persona a hacerles la guerra —según refiere don Cayetano Coll y Toste— y fué herido de un flechazo en el muslo izquierdo, con tan graves consecuencias, por la infección que le sobrevino, que le fueron administrados los santos óleos, casi perdida la esperanza de que pudiese abandonar el lecho.

He aquí la terraza, desde la que se dominaba la ciudad y en la que se acodaría el hijo malogrado del conquistador, mirando con tristeza de enfermo la tierra en que había de tener tumba ignorada... Desde esa rampa, los hijos del segundo don Juan, los biznietos del primer Adelantado de la Florida, mirarían al mar, camino abierto a todas las aventuras, por el que habían de partir una mañana en la flotilla armada por su padre para ir a la conquista de Trinidad, pero en realidad a acudir a una cita con la muerte... Aquí, en torno a la mesa en que tenía el capitán de caballos de Flandes y gobernador de la isla su puesto de honor como huésped de la torre, debieron escuchar los nietos del conquistador el relato de las hazañas del guerrero que encendió en los jóvenes oyentes el ansia de realizar singulares proezas. Y en esta terraza almenada, ¡cuántas lágrimas de doña Isabel habrán velado los ojos bellos, obstinadamente fijos en el horizonte enigmático tras de cuya línea indecisa se borraba el contacto con el mundo!...

La tragedia que alentó dentro de estos muros cobra ahora, que recorro el viejo palacio, obsesionantes relieves. El anciano sacerdote parece que ha de surgir de una de estas estancias, macerado el rostro, ardientes las pupilas febriles, encorvado su cuerpo como si no pudiera con el peso abrumador de su cruz, mezclando en sus rezos rituales los nombres de sus hijos, en una inconsolable lamentación.

Percibo la presencia del fantasma, y estoy seguro de que en la alta noche me enfrentaría con él bajo esta arcada que une las dos estancias mayores y que tiene una sobria traza de oratorio o de cripta. Estoy sintiendo esa molestia física, mezcla de angustia y de congoja, con que alguna vez hemos llorado sobre las páginas de un libro, lamentando tristezas y dolores tal vez imaginarios, pero que hablaban a nuestra vieja alma con la voz del dolor de otras vidas remotas...

Pero ya estamos en el jardín. Hemos bajado unas escaleras de roídos ladrillos, y nuestros ojos se deslumbran ante la orgía de luz que allí ofrece la vegetación lujuriante. Prende su llamarada ardiente el flamboyán cuyo ramaje hecho flor va alfombrando la tierra con el lujo sensual de un tapiz opulento. Cuelgan de las terrazas las trinitarias rojas, las trinitarias moradas y los jazmines blancos. Un magnolio gigantesco brinda sus flores opu-

(Continúa en la página 64)

DO

Estampas del pasado

(Continuación de la página 61)

lentas; y el limonero con sus frutos de oro, y el mangó con su copa sombrosa, y el tamarindo con sus brotes sensitivos y tremantes a la caricia del aire, y el árbol de pan con su plasticidad arquitectónica, y el plátano que abre sus abanicos orientales sobre la prole que se agrupa junto a su tronco con la gracia pueril de unos niños estáticos: toda la gama de color de nuestra selva, toda la fragancia de nuestra flora, toda la pompa de nuestros decorativos helechos, crece bajo el penacho señero de las palmeras gigantes que se inclinan en un escorzo gentil, como para mirarse en el espejo bruñido que les brinda la bahía...

Labor de cuatro hombres constantemente dedicados al cuido de este jardín bajo la vigilante atención, toda eficacia, de esta dama gentilísima que es Mrs. Byroade, el jardín de Casa Blanca evoca la estilizada belleza de un carmen granadino. Y para que la semejanza sea más completa, desde él puede contemplarse la deslumbrante puesta de sol que es aquí como sobre la Vega de Granada, espectáculo digno de los dioses.

Cuando nuestra capacidad admirativa ya no tiene de qué asombrarse, todavía nos aguarda una sorpresa grata. Por una veredita enlosada en cuyas junturas la yerba y los diminutos helechos salen a buscar la luz tamizada que se hace allí deleitosa penumbra, llegamos a una fresca estancia ennoblecida por unas arcadas conventuales. Todo es blanco en los muros, y todo es reposo y beatitud en el recoleto refugio. La canción del agua es hermana de aquella canción remota que vienen escuchando los siglos en los jardines del Generalife; y unas plantas de sombra se visten de colores tenues, como las muselinas transparentes.

He aquí el Lirio Sagrado de los Faraones, que emerge de una alberca centenaria en que el agua quieta se ha cuajado en una fabulosa esmeralda.

Mrs. Byroade nos guía por los senderos que llevan a los rincones apacibles. Ahora atrae nuestra mirada, nuestro deseo de quedarnos aquí para siempre, este banco tan cercano al estanque en que los líquenes tienen el matiz de los bronces y el señorial desvaimiento de los viejos joyeles. Los lirios morados, las campánulas azules, las flores extrañas que tienen la gracia exótica del Oriente lejano, se dan en la frescura de esta agua dormida.

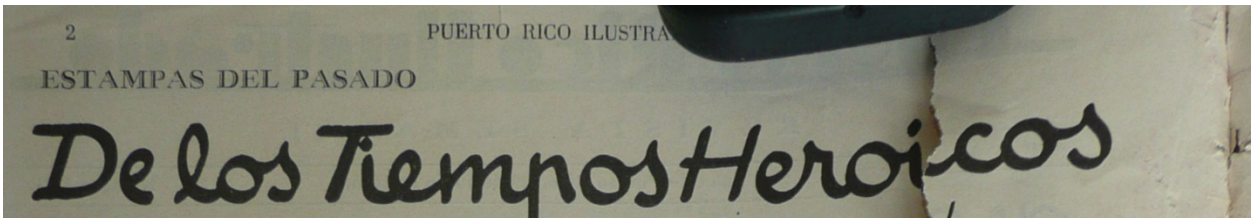
Ponen los ruiseñores que anidan en el encantado jardín el lírico comentario de su elogio en el véspero fragante.

Nosotros no sabemos, no queremos, no acertaríamos a decir nada, embargados por la emoción en que florece nuestra gratitud. Gratitud por la ternura, por la finura, por la noble ufanía con que esta dama norteamericana ha hecho del jardín de Casa Blanca el más bello recinto de San Juan...

J. Belén Losada

2. Puerto Rico Ilustrado

29 de junio de 1935



Ataque Holandés de 1625

En el Puerto Rico Ilustrado de 29 de junio de 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre el Ataque Holandés de 1625. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado del 29 de junio de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO - DE LOS TIEMPOS HEROÍCOS

Por José Pérez Losada (1879-1937)

Llevábamos ya diez días de combatir con la armada holandesa que fue avistada en San Juan el miércoles 24 de septiembre de 1625, cuando uno de los incidentes del cerco que duró veintiocho días y que describe con todo género de detalles el Lcdo. Diego de Larrasa, teniente auditor general de esta isla en informe que recoge la Academia de Historia de Madrid, puso de relieve la valentía de la gente del campo, sin cuyo concurso la épica gesta que tuvo por escenario el campo del Morro, en vez de la victoria tal vez se hubiese coronado por un épico desastre.

Fue en la noche del cinco de octubre, navegando por el río de Bayamón, en una canoa cinco hombres que venían a traer bastimentos al castillo del Morro, cercado por el enemigo, cogieron la lancha de la nave almirante con más de veinte hombres que andaban explorando la vía fluvial y los degollaron a todos, excepto a dos de ellos que trajeron al castillo para que el Gobernador don Juan de Haro se sirviera disponer lo que creyere de mejor resultado y conveniencia.

El capitán don Andrés Botello que tuvo una parte muy destacada en todas las peripecias del asedio al castillo y en los incidentes heroicos de la pelea, recibió órdenes del Gobernador de explorar con esa lancha cogida al enemigo el río de Bayamón, por si otras embarcaciones de los flamencos andaban por allí buscando comestibles para la flota o tratando de impedir que la guarnición del castillo recibiera alimentos frescos, traídos con gran exposición de sus vidas por los bravos paisanos dedicados a tan patriótico servicio. Las órdenes del Gobernador no podían ser más apremiantes: explorar el río de Bayamón apercibido con gente y vigilancia y buscar alguna otra lancha a la que embistiese hasta rendirla.

El capitán Botello pudo llenar a satisfacción las órdenes recibidas. Reconociendo la boca del río, vió que hacia fuera estaba de guardia una lancha tripulada por muchos hombres que empezaron a dar voces preguntando a la de los nuestros qué gente era. Como entre los defensores de San Juan, el propio gobernador entre ellos, había gente muy aguerrida que había hecho la dura campaña de Flandes y conocía por lo tanto la lengua de los sitiadores, le respondieron en el idioma de los asaltantes que eran de los suyos. Pero los holandeses conocieron el engaño y se aprestaron a la lucha, aunque vino en su defensa otra lancha que estaba río arriba, los nuestros lucharon con las dos y mataron a los tripulantes. Sólo pudieron salvarse de los ocupantes de una y otra embarcación cinco hombres que huyeron internándose por el campo y a los que no se prestó mayor atención por considerar que era presa mejor la de las lanchas y el destrozo hecho entre sus maltrechos guerreros.

Se llevaron las dos embarcaciones río arriba y fueron aseguradas en parte donde el enemigo no las pudiera rescatar, ya que tan hermosas embarcaciones habían de ser utilísimas para meter en el castillo todo género de socorros, con gran exposición desde luego, pero sin que el enemigo lograrse recuperarlas ni aprisionar a los que siempre a tiempo, con oportunidad digna de encomio, abastecieron la fortaleza sitiada de cuanto era preciso para defender el cerco renovando los comestibles, para que el racionamiento no llegare a faltar.

Pero la dificultad del paso desde la desembocadura del río hasta la poterna del castillo disimulada entre las rocas que sirven de basamento al Morro, era cada vez mayor, porque los holandeses se habían apoderado del castillo del Cañuelo y en tan estratégico punto habían montado artillería y disponían de una guarnición para servirla. Era indispensable de todo punto desalojarlos de allí, y el día 16 de octubre, a las diez de la noche, el capitán Andrés Botello, cumpliendo órdenes del Gobernador fue con treinta hombres de la tierra, como dice el cronista del valeroso asalto, es decir, con treinta portorriqueños y asaltaron el castillete que es, así reza la descripción –un fuerte que defiende el paso a las lanchas y canoas así de las que salen como de las que entran en el puerto y río.

Luego que llegaron los nuestros –refiere el narrador— le dispararon la mosquetería a las ventanas del fuerte porque la puerta estaba cerrada y no era fácil derribarla con las armas que disponían. Trataban los nuestros de

situarse de manera que ellos no pudieran disparar su artillería, la que si no tuvo eficacia contra los asaltantes, sirvió para pedir socorro a la armada que fondeaba cerca sus recios galeones con numerosa y aguerrida tripulación. Pronto, ante la alarma de los del fuerte, se vió llegar dos lanchas en su socorro, pero antes de la que venía delante abordase el castillo, le embistieron los nuestros y mataron la gente de ella, sin que quedase ninguno.

Con esto –dice el cronista— reconociendo la otra lancha la fuerza de nuestra gente se retiró. Los del fuerte con piedras y artificios de fuego se defendían tan valerosamente que de ninguna suerte dejaban llegar a los nuestros.

Pero el capitán don Andrés había recibido órdenes de tomar el Cañuelo y suprimir el obstáculo que aquella guarnición enemiga representaba para el abastecimiento del Morro, y no había de retroceder ante la obstinada defensa. ¿La puerta no se abría ante las intimidaciones del caudillo que contagiaba a todos la bravura retadora? Pues, a prenderle fuego, y el recurso infalible impuso la rendición de aquellos bravos. Eran diez y seis, que estuvieron combatiendo dos horas a la vista del enemigo y de los nuestros que contemplaban el emocionante duelo desde las altas plataformas del Morro. Dos de la guarnición del Cañuelo habían muerto en la refriega. Los prisioneros fueron llevados al Morro, y el Gobernador felicitó a don Andrés y a sus soldados por la gallardía con que actuaron, sin olvidarse de dar gracias a Dios, orando en la capilla del Castillo con el fervor que mantenía siempre vibrante el espíritu de aquellos varones.

La interesante crónica refiere que el día de San Lucas, el 18 de octubre, situó el enemigo dos naos junto al castillo, casi debajo de la artillería. Pensaba el almirante holandés que enardecidos los nuestros por los encuentros parciales en que habían salido victoriosos, se lanzarían con las cuatro lanchas de que podían disponer y los soldados que en ellas cupiesen al asalto de las dos embarcaciones que parecían desprovistas de gente. Sólo algún marinero se veía andar por las cubiertas, pero los demás, apercibidos a la lucha, estaban ocultos donde no eran vistos desde las troneras del castillo. Por lo que se infiere, se intentaba también, que tentados por la proximidad de aquellos buques gastásemos la pólvora que teníamos en la Santa Bárbara del Morro. Sabían ellos que la provisión era escasa y que no había modo de suplir rápidamente la que se agotara en los disparos contra aquellas embarcaciones al parecer llevadas a la deriva a una tentadora

distancia del castillo para que sus baterías pudieran ensañarse en el tiro. Nuestro Gobernador que todo lo previno, no faltándole bríos ni ánimo, ni confianza, les dió tan buena batería –dice el cronista- que al otro día con toda priesa se retiraron, y la una tan maltratada que hubo necesidad de encallarla en tierra y alijar la artillería para repararla.

Si admirable era la capacidad, la sangre fría, la decisión de vencer del Gobernador don Juan de Haro, cuya prudencia contuvo siempre sus impulsos de dar rápida cuenta del enemigo que tan hábiles mañas demostraba y con tan superiores fuerzas atacaba a la plaza, admirable era también el espíritu público, el valor de los paisanos, la capacidad de asistencia que demostraron en todo momento, dispuestos a vender caras sus vidas y seguros de que mientras el castillo no se rindiera, nada importaba que los sitiadores tuvieran suyo el territorio de la isleta y que hubieran cometido depredaciones y saqueos en las casas de los vecinos acomodados, en la Catedral, en la Casa Blanca, en el convento de Santo Tomás y en otras residencias principales.

El martes, 21 de octubre, recibió el Gobernador esta carta conminatoria: "Señor Gobernador: Ya sabe el poder que tenemos sobre esta ciudad de Puerto Rico, la cual estamos no solamente resueltos a quemar, pero también todo lo que está en torno de ella, lo que os queremos avisar.

Si por ventura queriendo guardar los vecinos de aquel daño se quería acomodar con nosotros, si así es, mándenos luego con quien hablemos de tratar. Otramente, no dejaremos de poner luego a ejecución nuestro intento.

A 21 de octubre en Puerto Rico.

Boudoyno Henrico.

A esta conminación respondió gallardamente don Juan de Haro:

"He visto el papel que se me ha escrito; y si todo el poder que queda en Holanda estuviera hoy en Puerto Rico, lo estimara en mucho, porque vieran el valor de los españoles. Y si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda la madera en el monte y los materiales en la tierra. Y hoy estoy en esta fuerza con la gente que me basta para quemar a toda la suya; y no se me escriban semejantes papeles porque no respondo a ellos; y esta es la respuesta que doy. Y en lo demás, hagan lo que les pareciere. Deste castillo de San Pheliphe del Morro.

21 de octubre, 1625

Joan de Haro

Sabía el Gobernador que a esta respuesta se seguirían actos de la mayor violencia. Así, dispuso evitar en lo que pudiera el mal que hubieren de padecer los vecinos, cogiendo al enemigo entre dos fuegos. Ordenó al capitán Botello que juntase toda la gente del campo que estaba repartida en los puestos y con sus armas acometieran por el puente, haciendo seña para que al mismo tiempo saliese gente del castillo para infligirle la derrota al sitiador.

Pero sus órdenes no tuvieron la eficacia que espera. Hubo tanta remisión en esto de parte de todos –dice el Lcdo. Diego de Larrasa—que cuando se acudió al remedio, ya el enemigo con la respuesta del Gobernador había quemado cuarentiséis casas de piedras y clncuentidós de tablas, que si el Gobernador no estuviera tan confiado en la puntualidad del capitán don Andrés y en el valor y esfuerzo de la gente del campo que siempre lo tuvieron, entretuviera al enemigo y no tomara tan breve resolución que fuera buena e importante, si el enemigo no pusiera tan presto en ejecución su intento y no se hubiera faltado en cumplir la orden y disposición que el Gobernador había dado.

Finalmente –agrega el cronista— por acudir al reparo y que el enemigo del todo no quemara y arruinara la tierra como lo iba haciendo, con el mayor esfuerzo y ánimo del mundo, ordenó al capitán Joan de Amézquita que con ciento cincuenta soldados saliera al campo y embistiese al enemigo hasta hacerle retirar. A este mismo tiempo se hizo lo mismo por el puente, y por una y otra parte se dieron tan buena maña que por certificación del Sargento mayor y lo que se vió desde los caballeros del castillo, se retiró tan

a tropel el enemigo y con tanta cantidad de gente que unos sobre otros se arrojaban a la mar a ganar sus lanchas y naos. Y al no estar tan juntas todas y casi con planchada en tierra, los nuestros pudieran llegar a tiempo que degollaran muchos de ellos, que fué acordado no lo hacer por el empeño y peligro evidente.

Esto fué de suerte que parece increíble, porque el enemigo en solo dos escuadrones se retiró con más de setecientos infantes, y los nuestros se puede decir que fué mas el ruido que las nueces, porque cristianamente y como pareció por las listas, en el campo y castillo no hubo doscientos soldados que tomaran armas para pelear, porque los demás eran viejos, impedidos y enfermos.

Por estar continuamente con las armas en la mano y el sustento tan limitado, las dos partes de la gente no fué de provecho de ninguna manera; todo esto suplió el ánimo y valor de nuestro buen Gobernador y el que tenían los españoles y naturales de la isla, cuya memoria merece estar escrita --consigna el narrador—entre las cosas memorables.

--¿Porque cuándo se ha visto y en qué guerra --comenta-- que cinco españoles en una canoa, que es un palo hueco, embistan a una lancha de veinticinco hombres con mosquetes, pedreros y chuzos y los rindan? ¿Y así mismo otros treinta a un fuerte guarnecido con su artillería y gente, que parecía inexpugnable, y no sólo le rindan pero a la gente que les acudió de socorro degollaron, y doscientos a setecientos haciéndoles retirar y dejar la tierra?

Héroe excepcional de esta gesta que tiene tan interesantes episodios, fue el capitán portorriqueño don Juan de Amézquita, que decidió con su bravura el duelo épico celebrado en el campo del Morro, en el sitio en que se alza el monumento conmemorativo de aquella magnífica página de intrepidez y de valor.

El doctor Cayetano Coll y Toste ha trazado de mano maestra, esta página de heroísmo:

"Una mañana aproximóse tanto un destacamento a los baluartes, a hacer fuego de mosquetería contra los sitiados, que el capitán holandés que los dirigía (y que se sigue creyendo fuera el propio Bouduyno Enrico en persona) se distinguía perfectamente al frente de su gente por las plumas amarillas de su casco y apuesta figura. El bizarro capitán de negro peto y

brillantes botas tenía intenciones de asaltar el castillo, tal era el denuedo y osadía con que se iba acercando a los fosos y exploraba los revellines.

De repente se oyeron crujir las cadenas del puente levadizo de castillo y salió un pelotón de tercios castellanos, dirigido por Juan Amézquita y Quixano, primer comandante de San Felipe del Morro. Los holandeses al verle se replegaron activos y se formaron en batalla para pelear cuerpo a cuerpo, a fin de sostener la acometida de los sitiados y obligarles a retroceder y encastillarse de nuevo.

Contra los sitiadores se adelantó el con rapidez y arrogancia intrépido capitán Amézquita, con su airoso chambergo español, cuyas plumas rojas batía la brisa y el sol abrillantaba. Vestía coleto de gamuza y recias botas de cuero cordobés, sin espuelas; y al costado, espada toledana de cazoleta calada, cuya fina hoja empuñaba entonces en su diestra. Bien templado acero que tenía grabado el mote de: "No me saques sin razón, ni me guardes sin honor". Los retorcidos mostachos a lo Felipe IV, que lucía el mancebo, revelaban su carácter enérgico y su fiereza militar.

Al verle avanzar se adelantó el capitán holandés en actitud de combatir personalmente con el capitán español. La tropa de una y otra parte, que lo comprendió así, se formó en línea a contemplar aquel duelo singular de sus dos valientes paladines. Estos combates personales eran muy frecuentes en aquellos caballerosos tiempos de retos y desafíos entre hidalgos, y gustaban mucho en los ejércitos. Se les daba gran importancia y hasta se creía, supersticiosamente, que influía en ellos el Destino. El duelo iba a ser a espada y daga. Todavía se usaba esta arma, o el puñal o la capa para hacer los quites.

Los capitanes casi eran de igual estatura. Desde los primeros momentos se reconoció que entrambos conocían el manejo de las armas que esgrimían. Buenos discípulos de Capo Ferro y Carranza Pacheco, los mejores maestros de esgrima de aquellos tiempos. No cruzaron sus aceros, sino que mantuvieron sus espadas en guardia de punta, sus dagas a la altura de sus petos. Entonces avanzaron con precaución, contraídos sus músculos a lo felino, prontos a caer sobre el adversario descuidado. El combate estuvo vario e incierto. Los golpes se sucedían y los quites eran sorprendentes. El holandés estrechando a Amézquita, le hizo retroceder y girando de flanco, trataba astutamente de ponerle de cara al sol. El capitán del Morro le siguió hábil, acomodándose a los intentos de su contendor, plegó los ojos para

resistir la luz solar y expresamente se puso en condiciones de que su enemigo se tendiera a fondo.

El silencio que reinaba en aquellos trágicos instantes era religioso. El capitán holandés, conseguido su intento, preparó su estocada, y creyendo que el español estaba deslumbrado por la viva luz solar, que le daba de pleno en rostro, y que era debilidad y torpeza aquella actitud, se fue a fondo impetuosamente. Amézquita hizo el quite con la daga, desviando el acero del enemigo, y le introdujo la espada toledana en el gollete, de donde brotó un borbotón de sangre bermeja.

Cayó el caudillo del príncipe de Orange, recogiéronle sus heraldos, y volvieron sus espaldas sus soldados desalentados".

La retirada se hizo con desorden rayando en el pánico, pero eran muchos en relación con los nuestros y pudieron alcanzar sus naves no sin dejar numerosos muertos en el campo y al tomar precipitadamente las falúas hostigados por los pedreros de las caletas que mostraron una vez más su enardecida bravura.

La armada holandesa se retiró del puerto y abandonó nuestras aguas, habiendo perdido uno de sus mejores buques y varias embarcaciones menores, que quedaron en poder del gobierno de la Isla.

Los vecinos de San Juan se dieron animosamente a reedificar sus viviendas que habían sido quemadas por los invasores. La población era un campo de ruinas; pero el espíritu heroico de sus habitantes, enardecidos por la victoria, encontró alientos en su entereza para reedificar la ciudad, más amada que nunca, después del sacrificio realizado. La sentían más suya, con esa plenitud de quienes saben defender la tierra en la que se vinculan los afectos más sagrados y los ideales más nobles.

Ya podían venir las escuadras más poderosas del mundo a intentar abatir la ciudad invicta que había escrito una página inmortal; el pueblo que tenía tales caudillos y que sabía hacer frente a todas las violencias para que el invasor no dominara su suelo, podía sentirse seguro en su heredad, ennoblecida por el espíritu de sacrificio, que había alcanzado la máxima eficacia.

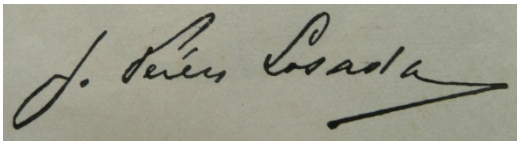
Llegaron nuevas de España que alentaron a los valientes y premiaban su gallardía. El capitán don Juan de Amézquita recibía un cuantioso premio en

metálico y el ascenso al grado inmediato, concediéndose por el Rey Felipe IV otras recompensas y mercedes en proporción a los servicios prestados.

Pero la alegría se vió pronto mitigada por el traslado del héroe portorriqueño que ascendía al cargo de Gobernador de Santiago de Cuba y que lanzado a la fortuna en escenarios mayores, ya no había de volver a su tierra.

El nombre de este gallardo don Juan de Amézquita debería rotular una de nuestras calles principales y alguna de nuestras escuelas. El heroísmo cuando se aplica a la defensa del suelo de la patria, es la enseñanza que mejor aprovecha a los pueblos y si tenemos héroes autóctonos y auténticos deben incorporarse a las devociones ciudadanas como un estímulo que sirva a la exaltación de nuestros deprimidos valores.

J. PEREZ LOSADA.



ESTAMPAS DEL PASADO

De los Tiempos Heroicos

Por José Pérez Losada

LLEVABAMOS ya diez días de combatir con la armada holandesa que fué avistada en San Juan el miércoles 24 de setiembre de 1625, cuando uno de los incidentes del cerco que duró veintiocho días y que describe con todo género de detalles el Lcdo. Diego de Larrasa, teniente auditor general de esta isla en informe que recoge la Academia de Historia de Madrid, puso de relieve la valentía de la gente del campo, sin cuyo concurso la épica gesta que tuvo por escenario el campo del Morro, en vez de la victoria tal vez se hubiese coronado por un épico desastre.

Fué en la noche del cinco de octubre. Navegando por el río de Bayamón, en una canoa cinco hombres que venían a traer bastimentos al castillo del Morro, cercado por el enemigo, cogieron la lancha de la nave almirante con más de veinte hombres que andaban explorando la vía fluvial y los degollaron a todos, excepto a dos de ellos que trajeron al castillo para que el Gobernador don Juan de Haro se sirviera disponer lo que creyere de mejor resultado y conveniencia.

El capitán don Andrés Botello que tuvo una parte muy destacada en todas las peripecias del asedio al castillo y en los incidentes heroicos de la pelea, recibió órdenes del Gobernador de explorar con esa lancha cogida al enemigo el río de Bayamón, por si otras embarcaciones de los flamencos andaban por allí buscando comestibles para la flota o tratando de impedir que la guarnición del castillo recibiera alimentos frescos, traídos con gran exposición de sus vidas por los bravos paisanos dedicados a tan patriotico servicio. Las órdenes del Gobernador no podían ser más apremiantes: explorar el río de Bayamón apercibido con gente y vigilancia y buscar alguna otra lancha a la que embistiese hasta rendirla.

El capitán Botello pudo llenar a satisfacción las órdenes recibidas. Reconociendo la boca del río, vió que hacia fuera estaba de guardia una lancha tripulada por muchos hombres que empezaron a dar voces preguntando a la de los nuestros qué gente era. Como entre los defensores de San Juan, el propio gobernador entre ellos, había gente muy aguerrida que había hecho la dura campaña de Flandes y conocía por lo tanto la lengua de los sitiadores, le respondieron en el idioma de los asaltantes que eran de los suyos. Pero los holandeses conocieron el engaño y se aprestaron a [illegible] lucha, aunque vino en [illegible] lancha que estaba río arriba, los nuestros lucharon con las dos [illegible] pulantes. Sólo pudieron y mataron a los tripulantes de una y otra salvarse de los ocupantes hombres que huyeron embarcación cinco [illegible] campo y a los que internándose por el [illegible] por consideno se prestó mayor atención rar que era presa mejor la de las lanchas y el destrozo hecho entre sus maltrechos guerreros.

Se llevaron las dos embarcaciones río arriba y fueron aseguradas en parte donde el enemigo no las pudiera rescatar, ya que tan hermosas embarcaciones habían de ser utilísimas para meter en el castillo todo género de socorros, con gran exposición desde luego, pero sin que el enemigo lograrse recuperarlas ni aprisionar a los que siempre a tiempo, con oportunidad digna de encomio, abastecieron la fortaleza sitiada de cuanto era preciso para defender el cerco renovando los comestibles, para que el racionamiento no llegare a faltar.

Pero la dificultad del paso desde la desembocadura del río hasta la poterna del

La ciudad de San Juan en 1625. El grabado reproduce un dibujo hecho por los holandeses cuando en aquella fecha asaltaron y quemaron casi todo su caserío, que no era muy copioso, según se advierte en la estampa, que resulta ahora de extraordinario interés.
(Cortesía de Mr. Krug.)

Otro aspecto de la ciudad de San Juan en 1625. Existian ya el Castillo del Morro, la Casa Blanca y la Fortaleza, pero faltaban San Cristóbal y las murallas que habian de hacer de San Juan una plaza fuerte formidable para resistir victoriosa todos los asedios y ataques.

castillo disimulada entre las rocas que sirven de basamento al Morro, era cada vez mayor, porque los holandeses se habían apoderado del castillo del Cañuelo y en tan estratégico punto habían montado artillería y disponían de una guarnición para servirla. Era indispensable de todo punto desalojarlos de allí, y el día 16 de octubre, a las diez de la noche, el capitán con Andrés Botello, cumpliendo órdenes del Gobernador fué con treinta hombres de la tierra, como dice el cronista del valeroso asalto, es decir, con treinta portorriqueños y asaltaron el castillete que es, así reza la descripción —un fuerte que defiende el paso a las lanchas y canoas así de las que salen como de las que entran en el puerto y río.

Luego que llegaron los nuestros—refiere el narrador— le dispararon la mosquetería a las ventanas del fuerte porque la puerta estaba cerrada y no era fácil derribarla con las armas de que disponían. Trataban los nuestros de situarse de manera que ellos no pudieran disparar su artillería, la que si no tuvo eficacia contra los asaltantes, sirvió para pedir socorro a la armada que fondeaba cerca sus recios galeones con numerosa y aguerrida tripulación. Pronto, ante la alarma de los del fuerte, se vió llegar dos lanchas en su socorro, pero antes de que la que venía delante abordase al castillo, le embistieron los nuestros y mataron la gente de ella, sin que quedase ninguno.

Con esto —dice el cronista— reconociendo la otra lancha la fuerza de nuestra gente se retiró. Los del fuerte con piedras y artificios de fuego se defendían tan valerosamente que de ninguna suerte dejaban llegar a los nuestros.

Pero el capitán don Andrés había recibido órdenes de tomar el Cañuelo y suprimir el obstáculo que aquella guarnición enemiga representaba para el abastecimiento del Morro, y no había de retroceder ante la obstinada defensa. ¿La puerta no se abría ante las intimaciones del caudillo que contagiaba a todos la bravura retadora? Pues, a prenderle fuego, y el recurso infalible impuso la rendición de aquellos bravos. Eran diez y seis, que estuvieron combatiendo dos horas a la vista del enemigo y de los nuestros que contemplaban el emocionante duelo desde las altas plataformas del Morro. Dos de los de la guarnición del Cañuelo habían muerto en la refriega. Los prisioneros fueron llevados al Morro, y el Gobernador felicitó a don Andrés y a sus soldados por la gallardía con que actuaron, sin olvidarse de dar gracias a Dios, orando en la capilla del Castillo con el fervor que mantenía siempre vibrante el espíritu de aquellos varones.

La interesante crónica refiere que el día de San Lucas, el 18 de octubre, situó el enemigo dos naos junto al castillo, casi debajo de la artillería. Pensaba el almirante holandés que enardecidos los nuestros por los encuentros parciales en que habían salido victoriosos, se lanzarían con las cuatro lanchas de que podían disponer y los soldados que en ellas cupiesen al asalto de las dos embarcaciones que parecían desprovistas de gente. Sólo algún marinero se veía andar por las cubiertas, pero los demás, apercibidos a la lucha, estaban ocultos donde no eran vistos desde las troneras del castillo. Por lo que se infiere, se intentaba también, que tentados por la proximidad de aquellos buques gastásemos la pólvora que teníamos en la Santa Bárbara del Morro. Sabían ellos que la provisión era escasa y que no había modo de suplir rápidamente la que se agotara en los disparos contra aquellas embarcaciones al parecer llevadas a la deriva a una tentadora distancia del castillo para que sus baterías pudieran ensañarse en el tiro. Nuestro Gobernador que todo lo previno, no faltándole bríos ni ánimo, ni confianza, les dió tan buena batería —dice el cronista— que al otro día con toda priesa se retiraron, y la una tan maltratada que hubo necesidad de encallarla en tierra y alijar la artillería para repararla.

Si admirable era la capacidad, la sangre fría, le decisión de vencer del Gobernador don Juan de Haro, cuya prudencia contuvo siempre sus impulsos de dar rápida cuenta del enemigo que tan hábiles mañas demostraba y con tan superiores fuerzas atacaba a la plaza, admirable era también el espíritu público, el valor de los paisanos, la capacidad de asistencia que demostraron en todo momento, dispuestos a vender caras sus vidas y seguros de que mientras el castillo no se rindiera, nada importaba que los sitiadores tuvieran por suyo el territorio de la isleta y que hubieran cometido depredaciones y saqueos en las casas de los vecinos acomodados, en la Catedral, en la Casa Blanca, en el Convento de Santo Tomás y en otras residencias principales.

El martes, 21 de octubre, recibió el Gobernador esta carta conminatoria: "Señor Gobernador: Ya sabe el poder que tenemos sobre esta ciudad de Puerto Rico, la cual estamos no solamente resueltos a quemar, pero también todo lo que está en torno de ella, lo que os queremos avisar.

Si por ventura queriendo guardar los vecinos de aquel daño se quería acomodar con nosotros, si así es, mándenos luego con quien habemos de tratar. Otramente, no dejaremos de poner luego a ejecución nuestro intento.

A 21 de octubre en Puerto Rico.

Boudoyno Henrico.

A esta conminación respondió gallardamente don Juan de Haro:

"He visto el papel que se me ha escrito; y si todo el poder que queda en Holanda estuviera hoy en Puerto Rico, lo estimara en mucho, porque vieran el valor de los españoles. Y si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda la madera en el monte y los materiales en la tierra. Y hoy estoy en esta fuerza con la gente que me basta para quemar a toda la suya; y no se me escriban semejantes papeles porque no respondo a ellos; y esta es la respuesta que doy. Y en lo demás, hagan lo que les pareciere.

Deste castillo de San Pheliphe del Morro. 21 de octubre, 1625.

Joan de Haro.

Sabía el Gobernador que a esta respuesta se seguirían actos de la mayor violencia. Así, dispuso evitar en lo que pudiera el mal que hubieren de padecer los vecinos, cogiendo al enemigo entre dos fuegos. Ordenó al capitán Botello que juntase toda la gente del campo que estaba repartida en los puestos y con sus armas acometieran por el puente, haciendo seña para que al mismo tiempo saliese gente del castillo para inflingirle la derrota al sitiador.

Pero sus órdenes no tuvieron la eficacia que esperaba. Hubo tanta remisión en esto de parte de todos —dice el Lcdo. Diego de Larrasa— que cuando se acudió al remedio, ya el enemigo con la respuesta del Gobernador había quemado cuarentiséis casas de piedras y cincuentidós de tablas, que si el Gobernador no estuviera tan confiado en la puntualidad del capitán don Andrés y en el valor y esfuerzo de la gente del campo que siempre lo tuvieron, entretuviera al enemigo y no tomara tan breve resolución que fuera buena e importante, si el enemigo no pusiera tan presto en ejecución su intento y no se hubiera faltado en cumplir la orden y disposición que el Gobernador había dado.

(Continúa en la página 56)

ESTAMPAS DEL PASADO

(Continuación de la página 3)

Finalmente —agrega el cronista— por acudir al reparo y que el enemigo del todo no quemara y arruinara la tierra como lo iba haciendo, con el mayor esfuerzo y ánimo del mundo, ordenó al capitán Joan de Amézquita que con ciento cincuenta soldados saliera al campo y embistiese al enemigo hasta hacerle retirar. A este mismo tiempo se hizo lo mismo por el puente, y por una y otra parte se dieron tan buena maña que por certificación del Sargento mayor y lo que se vió desde los caballeros del castillo, se retiró tan a tropel el enemigo y con tanta cantidad de gente que unos sobre otros se arrojaban a la mar a ganar sus lanchas y naos. Y a no estar tan juntas todas y casi con plancha en tierra, los nuestros pudieran llegar a tiempo que degollaran muchos de ellos, que fué acordado no lo hacer por el empeño y peligro evidente.

Esto fué de suerte que parece increíble, porque el enemigo en sólo dos escuadrones se retiró con más de setecientos infantes, y los nuestros se puede decir que fué más el ruido que las nueces, porque cristianamente y como pareció por las listas, en el campo y castillo no hubo doscientos soldados que tomaran armas para pelear, porque los demás eran viejos, impedidos y enfermos.

Por estar continuamente con las armas en la mano y el sustento tan limitado, las dos partes de la gente no fué de provecho de ninguna manera; todo esto suplió el ánimo y valor de nuestro buen Gobernador y el que tenían los españoles y naturales de la isla, cuya memoria merece estar escrita —consigna el narrador— entre las cosas memorables.

—¿Porque cuándo se ha visto y en qué guerra —comenta— que cinco españoles en una canoa, que es un palo hueco, embistan a una lancha de veinticinco hombres con mosquetes, pedreros y chuzos y los rindan? ¿Y así mismo otros treinta a un fuerte guarnecido con su artillería y gente, que parecía inexpugnable, y no sólo le rindan, pero a la gente que les acudió de socorro degollaron, y doscientos a setecientos haciéndoles retirar y dejar la tierra?

Héroe excepcional de esta gesta que tiene tan interesantes episodios, fué el capitán portorriqueño don Juan de Amézquita, que decidió con su bravura el duelo épico celebrado en el campo del Morro, en el sitio en que se alza el monumento conmemorativo de aquella magnífica página de intrepidez y de valor.

El doctor Cayetano Coll y Toste ha trazado de mano maestra, esta página de heroísmo:

"Una mañana aproximóse tanto un destacamento a los baluartes, a hacer fuego de mosquetería contra los sitiados, que el capitán holandés que los dirigía (y que se sigue creyendo fuera el propio Bouduyno Enrico en pesona) se distinguía perfectamente al frente de su gente por las plumas amarillas de su casco y su apuesta figura. El bizarro capitán de negro peto y brillantes botas tenía intenciones de asaltar el castillo, tal era el denuedo y osadía con que se iba acercando a los fosos y exploraba los rebellines.

De repente se oyeron crujir las cadenas del puente levadizo del castillo y salió un pelotón de tercios castellanos, dirigido por don Juan de Amézquita y Quixano, primer comandante de San Felipe del Morro. Los holandeses al verle se replegaron activos y se formaron en batalla para pelear cuerpo a cuerpo, a fin de sostener la acometida de los sitiados y obligarles a retroceder y a encastillarse de nuevo.

Contra los sitiadores se adelantó con rapidez y arrogancia el intrépido capitán Amézquita, con su airoso chambergo español, cuyas plumas rojas batía la brisa y el sol abrillantaba. Vestía coleto de gamuza y recias botas de cuero cordobés, sin espuelas; y al costado espada toledana de cazoleta calada, cuya fina hoja empuñaba entonces en su diestra. Bien templado acero que tenía grabado el mote de: "No me saques sin razón, ni me guardes sin honor". Los retorcidos mostachos a lo Felipe IV, que lucía el mancebo, revelaban su carácter enérgico y su fiereza militar.

Al verle avanzar se adelantó el capitán holandés en actitud de combatir personalmente con el capitán español. La tropa de una y otra parte, que lo comprendió así, se formó en línea a contemplar aquel duelo singular de sus dos valientes paladines. Estos combates personales eran muy frecuentes en aquellos caballerosos tiempos de retos y desafíos entre hidalgos, y gustaban mucho en los ejércitos. Se les daba gran importancia y hasta se creía, supersticiosamente, que influía en ellos el Destino. El duelo iba a ser a espada y daga. Todavía se usaba esta arma, o el puñal o la capa para hacer los quites.

Los capitanes casi eran de igual estatura. Desde los primeros momentos se reconoció que entrambos conocían el manejo de las armas que esgrimían. Buenos discípulos de Capo Ferro y Carranza Pacheco, los mejores maestros de esgrima de aquellos tiempos. No cruzaron sus aceros, sino que mantuvieron sus espadas en guardia de punta, sus dagas a la altura de sus petos. Entonces avanzaron con precaución, contraídos sus músculos a lo felino, prontos a caer sobre el adversario descuidado. El combate estuvo vario e incierto. Los golpes se sucedían y los quites eran sorprendentes. El holandés estrechando a Amézquita, le hizo retroceder y girando de flanco, trataba astutamente de ponerle de cara al sol. El capitán del Morro le sigió hábil, acomodándose a los intentos de su contendor, plegó los ojos para resistir la luz solar y expresamente se puso en condiciones de que su enemigo se tendiera a fondo.

El silencio que reinaba en aquellos trágicos instantes era religioso. El capitán holandés, conseguido su intento, preparó su estocada, y creyendo que el español estaba deslumbrado por la viva luz solar, que le daba de pleno en el rostro, y que era debilidad y torpeza aquella actitud, se fué a fondo impetuosamente. Améz-

quita hizo el quite con la daga, desviando el acero de su enemigo, que no pudo replegarse a tiempo y la introdujo la espada toledana en el gollete, de donde brotó un borbotón de sangre bermeja.

Cayó el caudillo del príncipe de Orange, recogiéronle sus heraldos, y volvieron las espaldas sus soldados desalentados".

La retirada se hizo con desorden rayano en el pánico, pero eran muchos en relación con los nuestros y pudieron alcanzar sus naves no sin dejar numerosos muertos en el campo y al tomar precipitadamente las falúas hostigados por los pedreros de las caletas que mostraron una vez más su enardecida bravura.

La armada holandesa se retiró del puerto y abandonó nuestras aguas, habiendo perdido uno de sus mejores buques y varias embarcaciones menores, que quedaron en poder del gobierno de la Isla.

Los vecinos de San Juan se dieron animosamente a reedificar sus viviendas que habían sido quemadas por los invasores. La población era un campo de ruinas; pero el espíritu heroico de sus habitantes, enardecido por la victoria, encontró alientos en su entereza para reedificar la ciudad, más amada que nunca, después del sacrificio realizado. La sentían más suya, con esa plenitud de quienes saben defender la tierra en la que se vinculan los afectos más sagrados y los ideales más nobles.

Ya podían venir las escuadras más poderosas del mundo a intentar abatir la ciudad invicta que había escrito una página inmortal; el pueblo que tenía tales caudillos y que sabía hacer frente a todas las violencias para que el invasor no dominara su suelo, podía sentirse seguro en su heredad, ennoblecida por el espíritu de sacrificio, que había alcanzado la máxima eficacia.

Llegaron nuevas de España que alentaron a los valientes y premiaban su ga[illegible]día. El capitán don Juan de Amézquita recibía un cuantioso premio en metálico y el ascenso al grado inmediato, concediéndose por el Rey Felipe IV otras recompensas y mercedes en proporción a los servicios prestados.

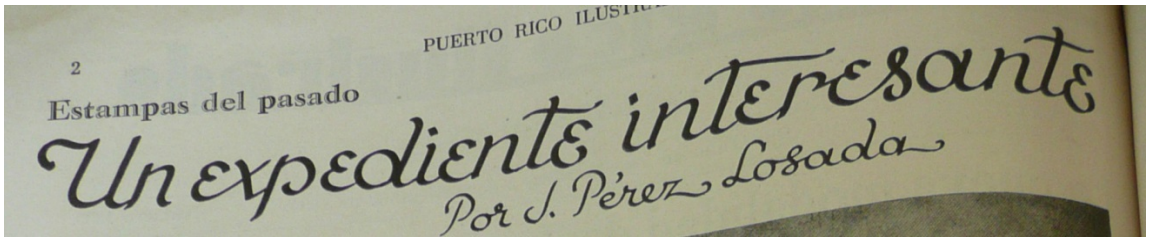
Pero la alegría se vió pronto mitigada por el traslado del héroe portorriqueño que ascendía al cargo de Gobernador de Santiago de Cuba y que lanzado a la fortuna en escenarios mayores, ya no había de volver a su tierra.

El nombre de este gallardo don Juan de Amézquita debería rotular una de nuestras calles principales y alguna de nuestras escuelas. El heroísmo cuando se aplica a la defensa del suelo de la patria, es la enseñanza que mejor aprovecha a los pueblos y si tenemos héroes autóctonos y auténticos deben incorporarse a las devociones ciudadanas como un estímulo que sirva a la exaltación de nuestros deprimidos valores.

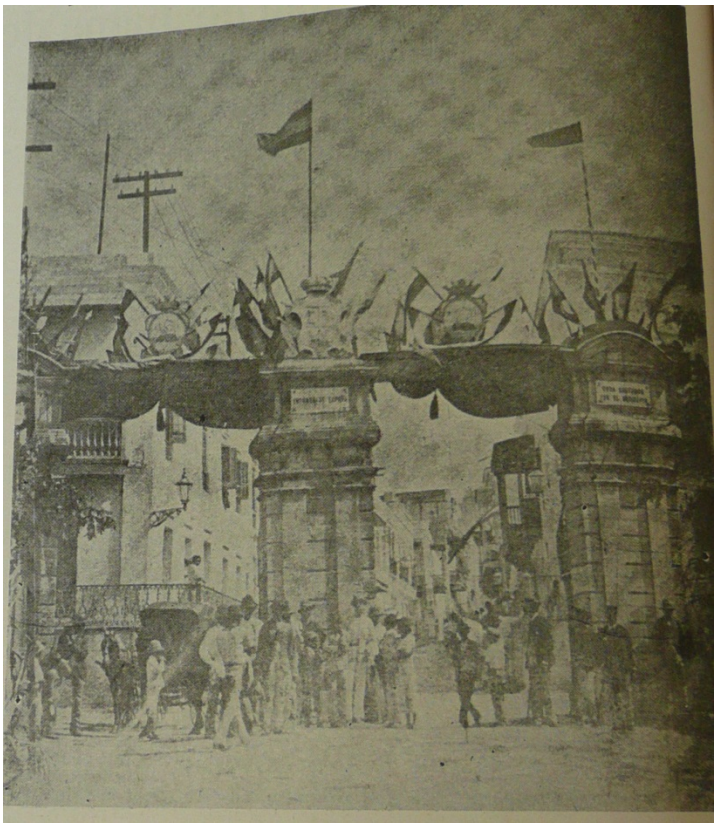
J. PEREZ LOSADA.

3. Puerto Rico Ilustrado

2 de noviembre de 1935



Puerta de España y Expediente sobre Derribo de la Murallas



En el Puerto Rico Ilustrado de 2 de noviembre de 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre la Puerta de España y el derribo de las murallas de la ciudad. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado de 2 de noviembre de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO - UN EXPEDIENTE INTERESANTE

De José Pérez Losada (1879-1937)

El 3 de abril de 1865 tomó el acuerdo el Ayuntamiento de San Juan de solicitar del Gobierno de Madrid que se abriera una puerta más en la muralla que cercaba la ciudad. Había crecido mucho San Juan, se había desarrollado el comercio y el tránsito rodado a tono con el aumento de población que ascendía entonces a unos treinta mil habitantes, y el abastecimiento de la misma se dificultaba en gran manera teniendo por único acceso practicable la Puerta de San Justo, por el Sur y la de Santiago por el Este, ya que la de San Juan, desviada del centro comercial, sobre que alargaba la ruta, no tenía tampoco cómodo ingreso a la ciudad, teniendo que pasar por el camino de ronda no siempre en buenas condiciones, combatido por las recias marejadas que más de una vez lo han dejado del todo impracticable.

Ocho años estuvo esperando la Corporación municipal que se resolviera su bien argumentada solicitud y en 1873 la reiteró de nuevo, con mejor éxito que antes puesto que con fecha 22 de febrero de 1874, el comandante de ingenieros, don José de Laguna, produjo el siguiente informe que merece ser conocido por la afectuosa comprensión que en él campea.

Tiene un membrete que dice: Isla de Puerto Rico. Comandancia de Ingenieros de la Plaza y su distrito.

Cumpliendo con lo que V. S. se sirve disponer al trasladarme la respetable comunicación del Excmo. Sor. Capitán General, referente a la apertura de una nueva puerta que dé acceso a la plaza, enfilando la calle de la Tanca; debo decir a V. S. lo siguiente:

1°--Que en los informes que anteriormente ha evacuado sobre el asunto la Comandancia de cuyo despacho me encuentro accidentalmente encargado, aparece la conveniencia pública de la puerta de referencia, y que

su apertura en nada perjudicaría al servicio militar ni a la defensa de la Plaza. Consecuencia de las razones que preceden, y a las que doy mi completo asentimiento, es mi parecer de que el Gobierno Supremo de la Nación no dejará de aprobar, en vista de las razones de perentoriedad que consigne al Excmo. Señor Gobernador Superior Civil el que se anticipe la apertura de la puerta de la calle de la Tanca a la terminación y aprobación competente del expediente que corresponde se instruya lo más antes posible con arreglo a la legislación que rige en la materia.

2°--Que desde luego y sin levantar mano procederá esta Comandancia a la formación del proyecto y presupuesto de la penetración en la plaza para la comunicación de que se trata; pero que existiendo un proyecto completo de todas las obras necesarias al establecimiento de la mencionada comunicación, considero a mayor conveniencia tener a la vista dicho proyecto y cuanto se le refiera, y aunque el señor arquitecto municipal se ponga de acuerdo conmigo en este asunto: todo con el fin de armonizar cuanto sea dable los intereses del comercio y del vecindario con los esenciales de la defensa, y…

3°--Que también es de la mayor conveniencia el que el señor arquitecto municipal se ponga de acuerdo con esta Comandancia, a fin de que, cualquiera que sea el sistema adoptado o que adopte la Excma. Corporación Municipal para realizar las obras que deben constituir la comunicación de que se trata, se cumplan en las que competen al cuerpo de Ingenieros, sin el menor entorpecimiento, las prescripciones reglamentarias de nuestro servicio, progresando todas con la perfecta regularidad y esmero que corresponden. Es cuanto tengo el honor de manifestar a V. S. en cumplimiento de mi deber. Dios guarde a V. S. muchos años.

Por virtud a este informe que, como se advierte, condesaba opiniones técnicas que tenían el respaldo de las autoridades nacionales, se empezaron los trabajos de demolición del lienzo de muralla en el Recinto Sur, el 23 de febrero de 1874, y cuando casi estaba terminada la apertura fué aprobado el proyecto por el poder ejecutivo en 26 de noviembre del mismo año.

La Puerta de España se llamó primeramente de San Rafael, designación que correspondía a una tradición viva en la ciudad, puesto que todas las puertas están bajo la advocación de algún Santo: la de San Juan, la de San Justo y la de Santiago. Pero al bautizo de la nueva vía de comunicación se le atribuyó cierta intención política. Gobernaba la Isla cuando la puerta fue

abierta el general Rafael Primo de Rivera, tío del general marqués de Estella, don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, y al caer la primera República en España y ser enviado a gobernar la Isla el general Sanz quiso borrar todo vestigio de homenaje al recuerdo simpático que había dejado en Puerto Rico el liberal gobernante y dió a la nueva puerta historiada con dos grandes escudos labrados en mármol del país, uno de España y el otro de Puerto Rico, el nombre de Puerta de España. El nombre augusto de la Nación sirvió esta vez para encubrir las rivalidades en las que se complicaba innecesariamente al milagroso Arcángel que tiene tan acendrada devoción en el vecindario de la ciudad desde tiempo inmemorial.

Alentado por el éxito inicial de su primera demanda, en 1885, el día 10 de julio, acordó el Ayuntamiento de San Juan elevar una solicitud al Gobierno de Madrid para que una imitación de la Puerta de España se dotase a la Puerta de San Justo de dos vías, una de bajada y otra de subida, pues la estrechez de la actual puerta —decía el informe-- cuya construcción data de tiempos de Felipe IV, año de 1639, no corresponde al progresivo aumento de este vecindario y tráfico mercantil, por ser hoy día muy difícil practicarlo por aquel sitio sin grave riesgo del transeúnte.

El arquitecto municipal había preparado un proyecto al que presentó sus objeciones el cuerpo técnico de ingenieros militares, alegando las siguientes razones: Al examinar el proyecto del señor arquitecto municipal se observan las dificultades inherentes a llegar a una cota dada y fija, sin contar con espacio horizontal y resultan dos rampas que en medio de su desarrollo en la parte Sur de la muralla actual tienen arcos de círculo y así y todo exceden sus pendientes de las convenientes para el tráfico. Y es que la solución completa no puede ser más que derribando el depósito mercantil que se halla al Este de la rampa de aquel lado y por el Oeste estorba la Capitanía del puerto, edificios ambos de bien escaso valor ganando además al mar parte de la dársena de los botes.

Si así se hiciera resultaría la obra más costosa de la que se propone, pero coma la admite el Ayuntamiento mi objeto es sólo dejar consignada mi opinión, y si resulta defectuosa no se culpe a exigencias del ramo de guerra.

Y agregaba: Crecientes siempre las necesidades de esta ciudad que en 1836 contaba sólo 12,000 almas y hoy se elevan a 30,000 y el comercio en situación próspera ha ído el ramo de guerra cediendo primero los terrenos al Sur de las murallas, o sean los barrios de la Puntilla y Carbonera, y aun

cuando la R. O. de 23 de julio 1849 que hizo esta concesión disponía que el importe de los terrenos vendidos por la Hacienda se reservasen para nuevas fortificaciones que llegaron a proyectarse, es lo cierto que su importe de cerca de cien mil pesos, no obstante lo ordenado por Guerra a Ultramar, no ha figurado en los presupuestos como ampliación al ordinario del material de Ingenieros, el peor dotado hoy de todos los servicios de esta Isla, a pesar de los "superabits" constantes que arrojan los presupuestos de la misma.

Cuando se terminaron las fortificaciones de la plaza de San Juan, se consideraba ésta de una eficacia defensiva extraordinaria. San Juan y Cartagena de Indias eran las plazas fuertes mejor dotadas de defensas en todo el imperio español en América. Pero los progresos de la artillería naval y los medios ofensivos de las escuadras del mundo habían alcanzado un grado de progreso que no pudo ser previsto cuando las fortificaciones se hicieron, y para una moderna escuadra de bombardeo, la antigua e inexpugnable plaza fuerte, ofrecía puntos de gran debilidad, señalados por el Coronel Laguna en 1896, dos años antes de la guerra hispanoamericana.

Veamos cómo se expresaba el ilustre ingeniero militar que naturalmente no podía contar con la agresión por el aire, llevada ahora a extremos que invalidan, o poco menos, toda fortificación.

"Esta capital se halla situada en un islote de cuatro y medio kilómetros de longitud con ciento noventa hectáreas de superficie.

Cuando se hicieron las fortificaciones existían pocas casas de importancia, las más eran ranchos o bohíos, dejando diáfano el espacio interior de este peñasco y podía así desarrollarse bien la defensa de unas fortificaciones que todos querían conservar, y que nadie osaba degradar ni arruinar.

Andando el tiempo todo ha cambiado; estas murallas cuyo perfil y trazado sólo se aprecian hoy como una masa inerte y monumento histórico, se encontrarían deficientes frente a la navegación y a la artillería cuyos progresos son asombrosos.

Se terminó esta plaza hace más de un siglo (reinando Carlos III); tiene, como es natural gravísimos defectos; altas y desnudas escarpas, estrechos adarves, escaso paso interior que no permiten ensancharlos, imposibilitando situar convenientemente la moderna artillería. En una palabra, que como en fortificación nada se ha hecho desde fines del siglo pasado ha cambiado en mi concepto el modo de ser de esta plaza, creyendo que ya no está expuesta

a un sitio metódico, como hace un siglo, sino que se rendiría por bloqueo o por un bombardeo, y esto en plazo breve, teniendo en cuenta lo apiñado de su población, sobre la que no habría proyectil perdido, y no ser posible evitar los efectos que en horas causaría una escuadra, si no contásemos con una nuestra para alejar los barcos.

Creciendo siempre las necesidades de esta ciudad, que en 1836 contaba sólo 12,000 almas, y hoy se eleva a 30,000 y el comercio en situación próspera, ha ido el ramo de guerra cediendo: 1° los terrenos del Sur de la muralla, o sea los barrios de la Puntilla y Carbonera (Marina) luego los terrenos del Este del recinto; para los primeros se establecieron servidumbres militares que por la ley de 5 de julio de 1883 artículo 3° se anularon, autorizando desde luego la edificación urbana con el carácter de permanente sin otras limitaciones que las que establezcan las ordenanzas municipales, derogando cuantas disposiciones se hubieren dictado antes.

Resulta por tanto esta parte del Recinto anulado por ministerio de la Ley, pues a menos de 30 metros de la escarpa existe un populoso barrio todo de mampostería con casas de dos y tres pisos y con una muralla que desde la Puerta de San Justo hasta el baluarte de Santiago, tiene una cota media de siete metros, carece de foso, son estrechos sus terraplenes y con las casas sirviendo de espaldón, reducido por tanto a un muro de contención que andando el tiempo el municipio se encargara de su conservación y entretenimiento pues poco o nada sirve a Guerra, y a la ciudad es indispensable conservarlo.

Ya en 1867 se había hecho un amplio estudio de los terrenos más allá del recinto amurallado, al Este, es decir: en Puerta de Tierra, como única base natural de ensanche de la capital que iba acreciendo en población y en riqueza a compás del normal desarrollo de las actividades acrecidas en la Isla.

El Ayuntamiento había pedido en 1854 que se autorizara por el Ministerio de la Guerra la construcción de un barrio en que pudiera acomodarse el vecindario que rebasaba de la capacidad de albergue que podía ofrecer ya la ciudad intramuros.

Estaban ya muy lejanos los días en que fray Iñigo Abbad describiera la ciudad de pocos vecinos, con sus viviendas provistas, de anchos huertos en los que crecían árboles frutales.

En poco tiempo se había desarrollado la población en términos imprevistos, y ya era muy contada la casa que tenía solar bastante para permitirse el supremo lujo de un jardinillo en el que más que árboles se cultivaba alguna enredadera y arriates con flores.

En la Real Orden de fecha 23 de octubre de 1867, en virtud del informe producido por la Comandancia de ingenieros se especificaban los polígonos que debían entregarse para su venta o arrendamiento. Al acuerdo se le imprimió toda la actividad posible, puesto que el 4 de diciembre del mismo año se hizo entrega oficial de los terrenos, los que fueron vendidos y los que se entregaron sin previa compensación.

Ya en 1869 se expuso la teoría de que podía ser derruída la muralla del Este, teoría que fue concretándose hasta que en 1887, al autorizarse de R. O. que en la primera zona del Recinto Este se permitieran edificaciones autorizadas en la segunda zona, se prohibía la venta o enajenación de nuevos terrenos en las zonas de la plaza '"hasta que se determine el derribo de murallas y se construyan nuevas obras de defensas que sustituyan a las actuales."

Por Real Orden de 14 de enero de 1893 se cedió un solar de 3,600 metros cuadrados para hospital-asilo de ancianos, y por reales órdenes de 25 de noviembre de 1882 y 14 de septiembre de 1883 se cedió un solar de 1,008 metros cuadrados para levantar una iglesia. La modestia de la fábrica no respondió al buen deseo que informó la solicitud del terreno en que levantarla, pues la que allí se construyó fue aquella iglesia de madera que ocupó parte del solar en que ahora se alza el hermoso templo de San Agustín de los Padres Redentoristas.

Siete años antes de haber sido hecha la concesión mencionada, en 3 de febrero de 1875, le fueron cedidos a don Miguel Portell, terrenos a la orilla del mar para establecer un verdadero carenero, más o menos donde está ahora el muelle de San Antonio. Mucho terreno fue ganado al mar por la Junta de Obras del Puerto con su frecuente labor de desecación y drenaje y de ellos se recomendó la entrega a Guerra para Construir el Parque y Maestranza de Artillería una superficie de 22,500 metros.

Para proceder con sujeción a un sistema que coordinase la defensa de la plaza por el Este con las necesidades de expansión de la ciudad por único sitio disponible y en el que ya se iba extendiendo el caserío, la comisión

técnica nombrada al efecto, trazó un plano que sirviera de norma al Decreto para la entrega y derribo de la muralla del frente Este de la ciudad.

He aquí las bases que se estipulan en el interesante expediente que suscribe el Comandante General Subinspector don José Laguna, con fecha 3 de octubre de 1896:

1ª El ramo de Guerra entregará al Ayuntamiento de San Juan para que proceda a su derribo en la parte que necesite el recinto fortificado de dicha plaza desde el Baluarte de San Justo siguiendo hacia el Este, los de San Pedro Mártir, el de Santiago y la parte de la cortina que marca el plano, inclusos la media luna de Santiago, camino cubierto y accesorias, con los caminos de servicio, fosos, rampas, puentes y terreno ocupado por dicho recinto y obras afectas a los mismos.

2ª Se entregara a la Hacienda para su venta el espacio de la zona del Recinto Este y venderá la ya entregada para formar los solares del plano del ensanche.

3ª En el barrio de la Marina se venderán en pública subasta por la Hacienda los terrenos reservados a Guerra, excepción hecha del almacén de Materiales de ingenieros militares y la batería de Santo Toribio.

4ª El producto de la venta de estos terrenos, se depositará en el Tesoro, con destino exclusivo a las fortificaciones y edificio del ramo de Guerra; lo que debe ordenarlo así el Ministerio de Ultramar a la Intendencia de Hacienda, ínterin es objeto de una Ley.

5ª El terreno comprendido entre la 1ª y 2ª Línea avanzada en parte entregado a la Hacienda en 1867 volverá, a ser de Guerra, excepción hecha de lo adquirido por el Ayuntamiento.

6ª Volverá a hacerse cargo Guerra del solar destinado a jardín de Ayuntamiento al pie de la escarpa de la cortina, baluartes de la Palma y derecha de San Justo.

7ª El Ayuntamiento de San Juan desalojará el baluarte de Santa Rosa que sólo ocupa provisionalmente con un hospital de variolosos, estableciéndolo en otro solar de su propiedad.

8ª De los terrenos procedentes de la demolición y de los vendidos, se cederán gratuitamente los necesarios a calles y vías públicas con arreglo al plan de ensanche.

9ª Los materiales utilizables procedentes del derribo continuaran siendo propiedad del Estado y se utilizaran en las obras que están a cargo de los ingenieros militares.

10ª Cuantos gastos origine el derribo serán de cuenta de la Corporación municipal.

11ª Con las obras proyectadas y ya ejecutadas, quedan batidos de tal modo los aproches de esta plaza que una vez artilladas las baterías de costa, puede autorizarse el derribo y proceder desde luego a la venta de terrenos en las zonas del frente Este hasta la 2ª Línea avanzada y terrenos de la Marina.

12ª En proporción al adelanto de las obras proyectadas en la 1ª Línea avanzada y de acuerdo con el ramo de Guerra, pero nunca antes de artillarse el Escambrón la primera Línea avanzada, se levantarán las servidumbres que pesan sobre la1ª, 2ª y 3ª zonas del Recinto Este hasta la 2ª Línea avanzada, quedando suprimidas las prohibiciones y limitaciones que para construir en dichas zonas polémicas se hallan establecidas.

13ª Aunque se verifique el derribo, sustituirán la 1ª y 2ª zona de la 1ª línea y de las baterías de San Antonio y Fuerte de San Gerónimo aprobadas por Real Orden de 5 de mayo de 1881, no permitiéndose en ellas edificación alguna según dispuso la Real Orden de 19 de mayo de 1894.

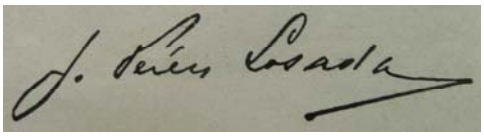
14ª Antes de proceder a derribar, debe la Comandancia de Ingenieros, el Arquitecto de Estado y el del Municipio, deslindar los terrenos marcando con hitos visibles los reservados a Guerra, los que reciba la Hacienda para su venta y la parte de fortificación que se entrega con arreglo al plano aprobado.

A la generación actual le gustará conocer el trámite seguido y los antecedentes que rigieron el proceso de eliminación de las defensas de que podía prescindirse para dar a la ciudad en pleno crecimiento la expansión que reclamaba con razones tan atendibles que alcanzaron unánime sufragio.

Es nota simpática que resalta de cuanto hemos anotado y transcrito, la flexibilidad con que las autoridades militares se allanan y cooperan a los planes del Ayuntamiento que responden a una suprema necesidad de la ciudad que desborda de su antiguo perímetro.

Ni una voz se alza en su contra. Se buscan compensaciones a las defensas que se abaten, pero sin interferir lo que se juzga inevitable.

J. PEREZ LOSADA



Estampas del pasado

Un expediente interesante

Por J. Pérez Losada

EL 3 de abril de 1865 tomó el acuerdo el Ayuntamiento de San Juan de solicitar del Gobierno de Madrid que se abriese una puerta más en la muralla que cercaba la ciudad. Había crecido mucho San Juan, se había desarrollado el comercio y el tránsito rodado a tono con el aumento de población que ascendía entonces a unos treinta mil habitantes, y el abastecimiento de la misma se dificultaba en gran manera teniendo por único acceso practicable la Puerta de San Justo, por el Sur y la de Santiago por el Este, ya que la de San Juan, desviada del centro comercial, sobre que alargaba la ruta, no tenía tampoco cómodo ingreso a la ciudad, teniendo que pasar por el camino de ronda no siempre en buenas condiciones, combatido por las recias marejadas que más de una vez lo han dejado del todo impracticable.

Ocho años estuvo esperando la Corporación municipal que se resolviera su bien argumentada solicitud, y en 1873 la reiteró de nuevo, con mejor éxito que antes puesto que con fecha 22 de febrero de 1874, el comandante de ingenieros don José de Laguna, produjo el siguiente informe que merece ser conocido por la afectuosa comprensión que en él campea.

Tiene un membrete que dice: Isla de Puerto Rico. Comandancia de Ingenieros de la Plaza y su distrito.

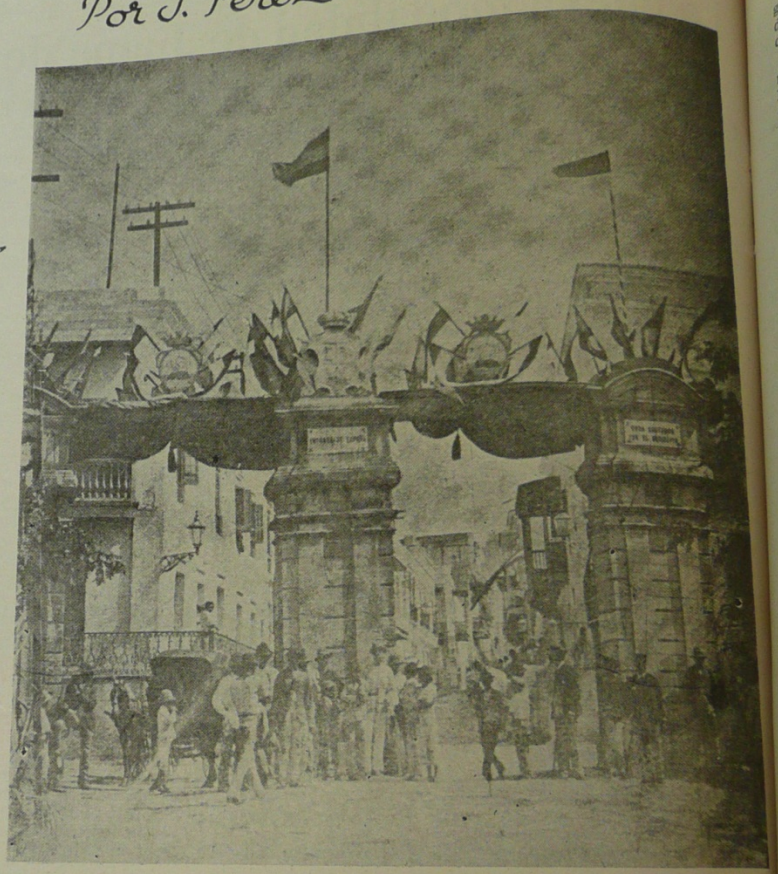
Cumpliendo con lo que V. S. se sirve disponer al trasladarme la respetable comunicación del Excmo. Sor. Capitán General, referente a la apertura de una nueva puerta que dé acceso a la plaza, enfilando la calle de la Tanca; debo decir a V. S. lo siguiente:

1º—Que en los informes que anteriormente ha evacuado sobre el asunto la Comandancia de cuyo despacho me encuentro accidentalmente encargado, aparece la conveniencia pública de la puerta de referencia, y que su apertura en nada perjudicaría al servicio militar ni a la defensa de la Plaza. Consecuencia de las razones que preceden, y a las que doy mi completo asentimiento, es mi parecer de que el Gobierno Supremo de la Nación no dejará de aprobar, en vista de las razones de perentoriedad que consigne al Excmo. Señor Gobernador Superior Civil el que se anticipe la apertura de la puerta de la calle de la Tanca a la terminación y aprobación competente del expediente que corresponde se instruya lo más antes posible con arreglo a la legislación que rige en la materia.

2º—Que desde luego y sin levantar mano procederá esta Comandancia a la formación del proyecto y presupuesto de la penetración en la plaza para la comunicación de que se trata; pero que existiendo un proyecto completo de todas las obras necesarias al establecimiento de la mencionada comunicación, considero de la mayor conveniencia tener a la vista dicho proyecto y cuanto se le refiera, y aunque el señor arquitecto municipal se ponga de acuerdo conmigo en este asunto todo con el fin de armonizar cuanto sea dable los intereses del comercio y del vecindario con los esenciales de la defensa. y 3º: Que también es de la mayor conveniencia el que el señor arquitecto municipal se ponga de acuerdo con esta Comandancia, a fin de que, cualquiera que sea el sistema adoptado o que adopte la Excma. Corporación Municipal para realizar las obras que deben constituir la comunicación de que se trata, se cumplan en las que competen al Cuerpo de Ingenieros, sin el menor entorpecimiento, las prescripciones reglamentarias de nuestro servicio, progresando todas con la perfecta regularidad y esmero que corresponden. Es cuanto tengo el honor de manifestar a V. S. en cumplimiento de mi deber. Dios guarde a V. S. muchos años.

Por virtud de este informe que, como se advierte, condensaba opiniones técnicas que tenían el respaldo de las autoridades nacionales, se empezaron los trabajos de demolición del lienzo de muralla en el recinto Sur, el 23 de febrero de 1874, y cuando casi estaba terminada la apertura fué aprobado el proyecto por el poder ejecutivo en 26 de noviembre del mismo año.

La Puerta de España se llamó primeramente de San Rafael, designación que respondía a una tradición viva en la ciudad, puesto que todas las puertas estaban bajo la advocación de algún Santo: la de San Juan, la de San Justo y la de Santiago. Pero al bautizo de esta nueva vía de comunicación se le atribuyó cierta intención política. Gobernaba la Isla cuando la puerta fué abierta el general don Rafael Primo de Rivera, tío del general marqués de Estella, don Miguel Primo



San Juan de Puerto Rico.— La Puerta de España, inaugurada en 1874. Atendiendo a una reiterada solicitud del Ayuntamiento de la Capital, se autorizó abrir al comienzo de la Calle de la Tanca esta vía de acceso a la ciudad. (Foto Alonso.)

Rivera y Orbaneja, y al caer la primera República en España y ser enviado a gobernar la Isla el general Sanz quiso borrar todo vestigio de homenaje al recuerdo simpático que había dejado en Puerto Rico el liberal gobernante y dió a la nueva puerta historiada con dos grandes escudos labrados en mármol del país, uno de España y otro de Puerto Rico, el nombre de Puerta de España. El nombre augusto de la Nación sirvió también esta vez para encubrir rivalidades en las que se complicaba innecesariamente al milagroso Arcángel que tiene tan acendrada devoción en el vecindario de la ciudad desde tiempo inmemorial.

Alentado por el éxito inicial de su primera demanda, en 1885, el día 10 de julio, acordó el Ayuntamiento de San Juan elevar una solicitud al Gobierno de Madrid para que a imitación de la Puerta de España se dotase a la Puerta de San Justo de dos vías, una de bajada y otra de subida, pues la estrechez de la actual puerta —decía el informe— cuya construcción data de tiempos de Felipe IV., año de 1639, no corresponde al progresivo aumento de este vecindario y tráfico mercantil, por ser hoy día muy difícil practicarlo por aquel sitio sin grave riesgo del transeúnte

El arquitecto municipal había preparado un proyecto al que presentó sus objeciones el cuerpo técnico de ingenieros militares, alegando las siguientes razones: Al examinar el proyecto del señor arquitecto municipal se observan las dificultades inherentes a llegar a una cota dada y fija, sin contar con espacio horizontal y resultan dos rampas que en medio de su desarrollo en la parte Sur de la muralla actual tienen arcos de círculo y así y todo exceden sus pendientes de las convenientes para el tráfico. Y es que la solución completa no puede ser más que derribando el depósito mercantil que se halla al Este de la rampa de aquel lado y por el Oeste estorba la Capitanía del puerto, edificios ambos de bien escaso valor ganando además al mar parte de la dársena de los botes.

Si así se hiciera resultaría la obra más costosa de la que se propone, pero como la admite el Ayuntamiento mi objeto es sólo dejar consignada mi opinión, y si resulta defectuosa no se culpe a exigencias del ramo de guerra.

Y agregaba: Crecientes siempre las necesidades de esta ciudad que en 1836 contaba sólo 12,000 almas y hoy se elevan a 30,000 y el comercio en situación prospera ha ído el ramo de guerra cediendo primero los terrenos al Sur de las murallas, o sean los barrios de la Puntilla y Carbonera, y aún cuando la R. O. de 23 de julio de 1849 que hizo esta concesión disponía que el importe de los terrenos vendidos por la Hacienda se reservasen para nuevas fortificaciones que llegaron a proyectarse, es lo cierto que su importe de cerca de cien mil pesos, no obstante lo ordenado por Guerra a Ultramar, no ha figurado en los presupuestos como ampliación al ordinario del material de Ingenieros, el peor dotado hoy de todos los servicios de esta Isla, a pesar de los "superabits" constantes que arrojan los presupuestos de la misma.

Cuando se terminaron las fortificaciones de la plaza de San Juan, se consideraba ésta de una eficacia defensiva extraordinaria. San Juan y Cartagena de Indias eran las plazas fuertes mejor dotadas de defensas en todo el imperio español en América. Pero los progresos de la artillería naval y los medios ofensivos de las escuadras del mundo habían alcanzado un grado de progreso que no pudo ser previsto cuando las fortificaciones se hicieron, y para una moderna escuadra de bombardeo, la antigua e inexpugnable plaza fuerte, ofrecía puntos de gran debilidad, señalados por el Coronel Laguna en 1896, dos años antes de la guerra hispanoamericana.

Veamos cómo se expresaba el ilustre ingeniero militar que naturalmente no podía contar con la agresión por el aire, llevada ahora a extremos que invalidan, o poco menos, toda fortificación.

"Esta capital se halla situada en un islote de cuatro y medio kilómetros de longitud con ciento noventa hectáreas de superficie.

Cuando se hicieron las fortificaciones existían pocas casas de importancia, las más eran ranchos o bohíos, dejando diáfano el espacio interior de este peñasco y podía así desarrollarse bien la defensa de unas fortificaciones que todos querían conservar, y que nadie osaba degradar ni arruinar.

Andando el tiempo todo ha cambiado; estas murallas cuyo perfil y trazado sólo se aprecian hoy como una masa inerte y monumento histórico, se encontrarían deficientes frente a la navegación y a la

(Continúa en la página 19)

San Juan de Puerto Rico. Manifestación organizada por la Prensa de San Juan, en 1897 para celebrar el derribo de las murallas del recinto Este, incluyendo la Puerta de Santiago. (Foto Alonso.)

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3)

artillería cuyos progresos son asombrosos

Se terminó esta plaza hace más de un siglo (reinando Carlos III); tiene, como es natural gravísimos defectos; altas y desnudas escarpas, estrechos adarves, escaso paso interior que no permiten ensancharlos, imposibilitando situar convenientemente la moderna artillería. En una palabra, que como en fortificación nada se ha hecho desde fines del siglo pasado, ha cambiado en mi concepto el modo de ser de esta plaza, creyendo que ya no está expuesta a un sitio metódico, como hace un siglo, sino que se rendiría por bloqueo, o por un bombardeo, y esto en plazo breve, teniendo en cuenta lo apiñado de su población, sobre la que no habría proyectil perdido, y no ser posible evitar los efectos que en horas causaría una escuadra, si no contásemos con una nuestra para alejar los barcos.

Creciendo siempre las necesidades de esta ciudad, que en 1836 contaba sólo 12,000 almas, y hoy se eleva a 30,000 y el comercio en situación prospera, ha ido el ramo de guerra cediendo: 1º los terrenos del Sur de la muralla, o sea los barrios de la Puntilla y Carbonera (Marina) luego los terrenos del Este del recinto; para los primeros se establecieron servidumbres militares que por la ley de 5 de julio de 1883 artículo 3º se anularon, autorizando desde luego la edificación urbana con el carácter de permanente sin otras limitaciones que las que establezcan las ordenanzas municipales, derogando cuantas disposiciones se hubieren dictado antes.

Resulta por tanto esta parte del Recinto anulado por ministerio de la Ley, pues a menos de 30 metros de la escarpa existe un populoso barrio todo de mampostería con casas de dos y tres pisos y con una muralla que desde la Puerta de San Justo hasta el baluarte de Santiago, tiene una cota media de siete metros, carece de foso, son estrechos sus terraplenes y con las casas sirviendo de espaldón, reducido por tanto a un muro de contención que andando el tiempo el municipio se encargará de su conservación y entretenimiento pues poco o nada sirve a Guerra, y a la ciudad es indispensable conservarlo.

Ya en 1867 se había hecho un amplio estudio de los terrenos más allá del recinto amurallado, al Este, es decir: en Puerta de Tierra, como única base natural de ensanche de la capital que iba acreciendo en población y en riqueza a compás del normal desarrollo de las actividades acrecidas en la Isla.

El Ayuntamiento había pedido en 1854 que se autorizara por el Ministerio de la Guerra la construcción de un barrio en que pudiera acomodarse el vecindario que rebasaba de la capacidad de albergue que podía ofrecer ya la ciudad intramuros.

Estaban ya muy lejanos los días en que fray Iñigo Abbad describiera la ciudad de pocos vecinos, con sus viviendas provistas de anchos huertos en los que crecían los árboles frutales.

En poco tiempo se había desarrollado la población en términos imprevistos, y ya era muy contada la casa que tenía solar bastante para permitirse el supremo lujo de un jardinillo en el que más que árboles se cultivaba alguna enredadera y arriates con flores.

En la Real Orden de fecha 23 de octubre de 1867, en virtud del informe producido por la Comandancia de ingenieros se especificaban los polígonos que debían entregarse para su venta o arrendamiento. Al acuerdo se le imprimió toda la actividad posible, puesto que el 4 de diciembre del mismo año se hizo la entrega oficial de los terrenos, los que fueron vendidos y los que se entregaron sin previa compensación.

Ya en 1869 se expuso la teoría de que podía ser derruída la muralla del Este, teoría que fué concretándose hasta que en 1887, al autorizarse de R. O. que en la primera zona del Recinto Este se permitieran las edificaciones autorizadas en

(Continúa en la página 24)

Para un cutis grasiento, recomiendo Palmolive..

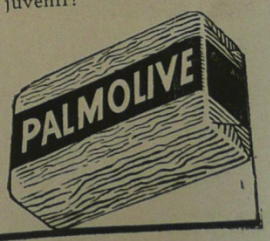
dice Gladys de Castro, distinguida especialista en belleza.

"Para un cutis grasiento recomiendo mi tratamiento especial y lavados frecuentes con el Jabón Palmolive, que contiene los aceites de oliva y palma en proporciones que convienen a esta clase de piel."

Gladys de Castro como 20,000 especialistas más, sabe que el Palmolive *embellece* el cutis, porque se hace de la mezcla secreta de los aceites de oliva y palma. *Tratamiento de belleza...*

"Dése suave masaje en la cara, cuello y hombros con la balsámica espuma del Palmolive, hasta que penetre bien en los poros y los limpie completamente. Enjuáguese... luego séquese suavemente. ¡Conserva su cutis suave, terso, juvenil!"

Compre Palmolive hoy mismo, **sólo 6c. la pastilla.**



Estampas del pasado

(Continuación de la página 19)

la segunda zona, se prohibía la venta o enajenación de nuevos terrenos en las zonas de la plaza "hasta que se determine el derribo de murrallas y se construyan nuevas obras de defensas que sustituyan a las actuales."

Por Real Orden de 14 de enero de 1893 se cedió un solar de 3,600 metros cuadrados para hospital-asilo de ancianos, y por reales órdenes de 25 de noviembre de 1882 y 14 de septiembre de 1883 se cedió un solar de 1,008 metros cuadrados para levantar una iglesia. La modestia de la fábrica no respondió al buen deseo que informó la solicitud del terreno en que levantarla, pues la que allí se construyó fué aquella iglesia de madera que ocupó parte del solar en que ahora se alza el hermoso templo de San Agustín de los Padres Redentoristas.

Siete años antes de haber sido hecha la concesión mencionada, en 3 de febrero de 1875, le fueron cedidos a don Miguel Portell terrenos a la orilla del mar para establecer un verdadero carenero más o menos donde está ahora el muelle de San Antonio. Mucho terreno fué ganando al mar por la Junta de Obras del Puerto con su frecuente labor de desecación y drenaje y de ellos se recomendó la entrega a Guerra para Construir el Parque y Maestranza de Artillería una superficie de 22,500 metros.

Para proceder con sujeción a un sistema que coordinase la defensa de la plaza por el Este con las necesidades de expansión de la ciudad por el único sitio disponible y en el que ya se iba extendiendo el caserío, la comisión técnica nombrada al efecto, trazó un plano que sirviera de norma al Decreto para la entrega y derribo de la muralla del frente Este de la ciudad.

He aquí las bases que se estipulan en el interesante expediente que suscribe el Comandante General Subinspector don José Laguna, con fecha 3 de octubre de 1896:

1ª El ramo de Guerra entregará al Ayuntamiento de San Juan para que proceda a su derribo en la parte que necesite el recinto fortificado de dicha plaza desde el Baluarte de San Justo siguiendo hacia el Este, los de San Pedro Mártir, el de Santiago y la parte de la cortina que marca el plano, inclusos la media luna de Santiago, camino cubierto y accesorias, con los caminos de servicio, fosos, rampas, puentes y terreno ocupado por dicho recinto y obras afectas a los mismos.

2ª Se entregará a la Hacienda para su venta el espacio de la zona del Recinto Este y venderá la ya entregada para formar los solares del plano del ensanche.

3ª En el barrio de la Marina se venderán en pública subasta por la Hacienda los terrenos reservados a Guerra, excepción hecha del almacén de Materiales de ingenieros militares y la batería de Santo Toribio.

4ª El producto de la venta de estos terrenos, se depositará en el Tesoro, con destino exclusivo a las fortificaciones y edificio del ramo de Guerra; lo que debe ordenarlo así el Ministerio de Ultramar a la Intendencia de Hacienda, ínterin es objeto de una Ley.

5ª El terreno comprendido entre la 1ª y 2ª Línea avanzada en parte entregado a la Hacienda en 1867 volverá a ser de Guerra, excepción hecha de lo adquirido por el Ayuntamiento.

6ª Volverá a hacerse cargo Guerra del

(Continúa en la página 27)

Combata la
TOS
Antes que degenere en algo peor, tonifique sus bronquios y pulmones—y aumente la resistencia de su organismo, tomando
EMULSION de SCOTT

Usar
INECTO
para ocultar las canas demuestra distinción.
¿Por qué aparecer en público con el cabello blanco cuando es tan fácil devolverle su color natural?
USE TINTE INECTO
AGENTES
J. F. PASCUAL S. en C.

Estampas del pasado

(Continuación de la página 24)

solar destinado a jardín del Ayuntamiento al pie de la escarpa de la cortina, baluartes de la Palma y derecha de San Justo.

7ª El Ayuntamiento de San Juan desalojará el baluarte de Santa Rosa que sólo ocupa provisionalmente con un hospital de variolosos, estableciéndolo en otro solar de su propiedad.

8ª De los terrenos procedentes de la demolición y de los vendidos, se cederán gratuitamente los necesarios a calles y vías públicas con arreglo al plan de ensanche.

9ª Los materiales utilizables procedentes del derribo continuarán siendo propiedad del Estado y se utilizarán en las obras que están a cargo de los ingenieros militares.

10ª Cuantos gastos origine el derribo serán de cuenta de la Corporación municipal.

11ª Con las obras proyectadas y ya ejecutadas, quedan batidos de tal modo los aproches de esta plaza que una vez artilladas las baterías de costa, puede autorizarse el derribo y proceder desde luego a la venta de terrenos en las zonas del frente Este hasta la 2ª Línea avanzada y terrenos de la Marina.

12ª En proporción al adelanto de las obras proyectadas en la 1ª Línea avanzada y de acuerdo con el ramo de Guerra, pero nunca antes de artillarse el Escambrón y la primera Línea avanzada, se levantarán las servidumbres que pesan sobre la 1ª, 2ª y 3ª zonas del Recinto Este hasta la 2ª Línea avanzada, quedando desde luego suprimidas las prohibiciones y limitaciones que para construir en dichas zonas polémicas se hallan establecidas.

13ª Aunque se verifique el derribo, substituirán la 1ª y 2ª zona de la 1ª línea y de las baterías de San Antonio y Fuerte de San Gerónimo aprobadas por Real Orden de 5 de mayo de 1881, no permitiéndose en ellas edificación alguna según dispuso la Real Orden de 19 de setiembre de 1894.

14ª Antes de proceder a derribar, debe la Comandancia de Ingenieros, el Arquitecto de Estado y el del Municipio, deslindar los terrenos marcando con hitos visibles los reservados a Guerra, los que reciba la Hacienda para su venta y la parte de fortificación que se entrega con arreglo al plano aprobado.

A la generación actual le gustará conocer el trámite seguido y los antecedentes que rigieron el proceso de eliminación de las defensas de que podía prescindirse para dar a la ciudad en pleno crecimiento la expansión que reclamaba con razones tan atendibles que alcanzaron unánime sufragio.

Es nota simpática que resalta de cuanto hemos anotado y transcrito, la flexibilidad con que las autoridades militares se allanan y cooperan a los planes del Ayuntamiento que responden a una suprema necesidad de la ciudad que desborda de su antiguo perímetro.

Ni una voz se alza en su contra. Se buscan compensaciones a las defensas que se abaten, pero sin interferir lo que se juzga inevitable.

J. PEREZ LOSADA.

El test

DA POR C
TIDADES

Con la
madre, qu
te de Fran
nia de ab
tamento
Gardel, s
gentino. E
ca a su n
sus depós
ticas y u
tina, pue
jos legíti
debe nac
deben a
tas deud
cobro al
sa que
Romuald
biendo a
como m

Ayud

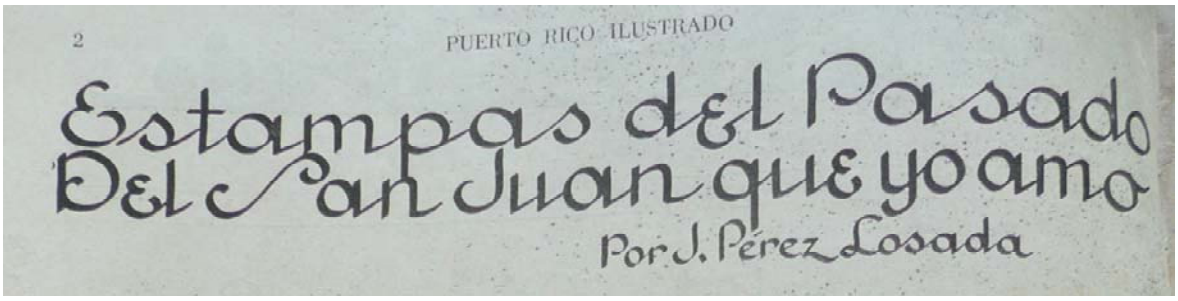
- d
- n

Cys

LOS CAMELS NUNCA AFECTAN LO

4. Puerto Rico Ilustrado

19 de enero de 1935



La Virgen de Belén

En el Puerto Rico Ilustrado de 19 de enero de 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre la Virgen de Belén. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado de 19 de enero de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

De José Pérez Losada (1879-1937)

En el año de 1659 imprimió un libro el doctor Fr. Antonio González Acuña, catedrático y procurador de la Real Universidad de los Reyes, y Definidor de la Provincia de San Juan Bautista del Perú en el que se consigna el informe que dió al Provisor General de la Orden de Predicadores, Fr. Juan Bautista de Marinis, así descrito:

"Poco desdize a lo que aconteció: pues a contrastes espumosos rindió el galeón la popa y conservando las vidas a la diligencia de muchos tortores y la perseverancia de cuatro bombas, arribaron a la Isla de Puerto Rico, cuya entrada es de poco fondo, y mucho peligro.

No sabré encarecer a V. Reverendísima el agasajo común; porque ay cosas que caben en el ánimo de quien las haze, y se desluzen en la pluma del que las escrive. Valiome el cariño con que se venera el hábito. Gloriosa desgracia; pues merecí adorar en su convento la primera imagen de nuestra Señora que dió el pinzel al nuevo Mundo, de la cual observa la memoria aquel prodigio que ocasionó el sueño de los Religiosos; pues por dilatarle a media noche el oficio, le hizieron los Angeles con espanto de los que oían y admiración de los que oyen.

Este Convento fué la fuente original, que dió aguas de doctrina al Perú, de cuyo riego se han logrado tan fértiles cosechas (como diré en su lugar). Observan sus Religiosos la antigua enseñanza de los primeros, con tanto exemplo, que no admiten segundos. Aderezose el vaxel, hizo viage a España por Julio; hallándome tan atrasado en el tiempo, como adelantado en el deseo de no omitir lo tocante a mí oficio. Por lo referido está falto V. Reverendísima de noticias por ellos, y en representación del comun, las ofrezco en este breve epitome, ajustado a la verdad."

He respetado la ortografía de aquellos tiempos para que no se pierda el aroma arcaico de tan limpia y entonada prosa.

Claro está que mis lectores han caído en la cuenta de que la Imagen de la Virgen a que se refiere Fray Juan Bautista de Marinis no es otra que la Virgen de Belén, que recibe fervoroso culto en su capilla de la Iglesia de San José, el más antiguo de los templo de San Juan, levantado en 1529 y que condensa bajo sus bóvedas de esbelta tracería el fervor de las oraciones que durante más de cuatro siglos han elevado allí los corazones dolientes y las almas acongojadas.

La tradición que han recogido de las fuentes del pasado las generaciones creyentes que se han sucedido y los comentaristas de la poética versión que atribuye origen sobrenatural a la aparición del cuadro de la Virgen de Belén en el histórico templo, han agregado detalles y matices a la sobria narración de Fray Juan Bautista Marinis.

En los Estatutos reformados de la cofradía de Nuestra Señora de Belén, erigida en el año de 1779 con el título de Angélica Cofradía del Ave María y Rosario cantado de Nuestra Señora de Belén, se concreta así el motivo de la fundación:

"La veneranda imagen de Nuestra Señora de Belén que según la tradición incontrastable de nuestros antepasados apareció en esta ciudad casi desde la fecha de su creación, ha sido siempre el objeto especial del culto de los portorriqueños, tanto porque han encontrado en la Divina Señora el remedio eficaz de todas sus necesidades, cuanto porque así lo exigía la religiosidad proverbial de los habitantes de la ciudad y su reconocida devoción, en particular para su especial madre y Señora la Santísima Virgen de Belén que al escoger por albergue el Convento de su amado Domingo de Guzmán (hoy Iglesia de San José) no sólo ha tenido desde tiempo inmemorial el culto de sus fieles en Puerto Rico, sino el de sus ángeles mismos que le cantaban algunas noches a maitines, según lo refieren algunos cronistas convencidos de estas verdades y con objeto de regularizar el culto de la divina Señora fue que se reunieron a mediados del siglo pasado (el Estatuto está redactado en 1779 y fué reformado en 1854) varias personas devotas bajo la dirección de un venerable miembro de la Orden de Reverendos Padres Predicadores y formaron la institución cuyos estatutos se reforman hoy."

El culto a la Virgen de Belén consistía de antiguo en el Santo Rosario que se cantaba todos los días por la mañana y por la noche, costumbre que hubo de cambiarse pasado el tiempo, sustituyéndose el Rosario cantado dos veces al día por una misa cantada cada domingo segundo de mes, a las nueve de la mañana a la que asistían en corporación todos los cófrades.

Establece, además, el artículo cuarto del capítulo segundo del mencionado Estatuto, que el día de Nuestra Señora de Belén se celebre una misa solemne con sermón y una salve cantada en la noche y novenas en los nueve días siguientes, por ser esta la costumbre desde que se instituyó la cofradía.

Constaba ésta de trescientos cofrades, doscientos varones y cien mujeres. El número no podía aumentarse --según el reglamento—en manera alguna y sólo podían entrar otros nuevos al producirse las vacantes, ya fuese por el fallecimiento, renuncia o expulsión, puesto que para optar a la gracia de cofrade era necesario ser persona de honradez conocida.

El capítulo que trata de las obligaciones y beneficios de los cofrades, en su artículo 14 dice:

"Para ser cofrade de número se presentará el que lo desee, por escrito, al capellán y Cofradía, por medio del secretario, quien dará cuenta en la primera junta que haya y ésta resolverá su admisión o no, por votación reservada, y no de otro modo.

Los cofrades de número pagarán a su entrada ocho reales de plata macuquina y dos cada mes, para el sostenimiento del culto y pago de sufragios, entendiéndose estos últimos el mismo mes de su entrada.

Los cofrades de número gozarán todos los bienes espirituales de la Cofradía, y además en su fallecimiento, de entierro entero, a saber: Comunidad, sepultura, oficios, misa de cuerpo presente, vigilia, caja y mesa con seis hachas con sus hacheros, cera para la misa, altar mayor y ciriales, derechos parroquiales, cura, sacristán y cuatro acompañantes y, últimamente, nueve misas rezadas con cofrade.

El Estatuto define cuáles son las obligaciones de los examinadores, del mayordomo y del secretario. Los fondos de la Cofradía se custodian en una caja con tres llaves, una de ellas la guarda el capellán, otra el mayordomo y la tercera uno de los examinadores.

El capítulo cuarto, que trata de las juntas, está así redactado:

Artículo 33-- El domingo segundo de cada mes, después de cantar misa de Nuestra Señora, se celebrará junta ordinaria, en cuya acta se expresará antes de todo, que se ha celebrado dicha misa función según previenen estos estatutos; y después se tratarán los asuntos que se ofrezcan.

Las extraordinarias se celebrarán a petición expuesta al Padre Capellán y Mayordomo, por cinco cofrades a lo menos, y en vista de la urgencia e importancia del asunto. Y así éstas como las ordinarias se considerarán constituídas con el número de cofrades que concurran, sea cual fuere; debiéndose guardar en ambas el decoro y consideración debida al templo, que será donde se celebren; y no permitiéndose en manera alguna que hable más de un cofrade a la vez, ni que se separen del que se puso, pues el Padre Capellán y el mayordomo en caso de que así suceda harán que se restablezca el silencio, y que las discusiones no sean acaloradas e inoportunas, sino en paz, compostura y presunción. En caso de no conseguir este objeto el padre Capellán y mayordomo darán por concluída la junta y el secretario lo expresará así en el acta.

Sólo en dos ocasiones memorables ha salido procesionalmente de su iglesia la imagen de Nuestra Señora de Belén para recorrer entre el enfervorizado anhelo de sus devotos las calles de la ciudad, y fueron, cuando el sitio puesto por los ingleses en 1797, la una y cuando la invasión del cólera morbo, en 1855, la otra.

Otra vez, sin embargo, salió de su capilla la Virgen de Belén y no para acorrer con su ayuda celeste a los que imploraban su gracia, sino para evitar que fuese robada la imagen, según refiere una tradición añeja que tiene el aroma de las ingenuas leyendas. Fue cuando la ciudad se vió invadida por los holandeses.

En el lugar donde hoy se levanta la estatua de Don Juan Ponce de León se abría en tiempos remotos una cisterna para dar agua en épocas de pertinaz sequía a los vecinos de la parte alta de la ciudad. La gran preocupación de los devotos era que los invasores que habían entrado a saco en la ciudad pudieran llevarse el cuadro de la Virgen que tiene hasta para los que no admiten el milagro de la aparición, el mérito de ser la primera obra de arte que fué traída a América en los albores de la cristiana colonización. Había que poner a salvo de la rapiña invasora la imagen milagrosa y alguien se

encargó de asegurar el divino tesoro que se estimaba más que todas las riquezas tentadoras de la codicia rampante.

Vencidos los holandeses abandonaron la ciudad en precipitada fuga; pero la persona guardadora del místico tesoro había muerto llevándose el secreto del lugar en que la sagrada imagen estaba oculta. Entonces se manifestó de nuevo el prodigio de las voces angélicas acompañadas por una música celeste que resonaban en la noche y que oían con embeleso los creyentes. Cuanto más se acercaban a la cisterna tapada, más perceptible se hacía el sonido mágico que sumía en éxtasis a los privilegiados oyentes. Alguien tuvo la inspiración de que allí estaba la Virgen que faltaba en el altar, desde los recientes días trágicos en que la ciudad sufrió el azote de la piratería aventurera. Y abierta la cisterna, una fragancia como de primavera florecida se extendió por la plaza, y llenó los corazones con su efluvio, y ante los ojos deslumbrados de los feligreses surgió la imagen amada que fué restituída a su altar ante el que desfiló, conmovida y ferviente, la población impresionada por el celeste aviso.

Y pasaron los años. Una aberrante alucinación que no había de deponer su adversión a cuanto es fuente de vida, ni siquiera en esa noble función maternal que está santificada por el gesto lleno de gracia con que la Virgen amamanta al Divino Infante, creyó que era más discreto encubrir el seno purísimo con una prolongación del corpiño. El burdo pegote se desprendió cada vez que la mano profana lo extendía sobre el pecho turgente que sólo inspiraba nobles ideas de castidad y sagrado amor. ¿De qué materia estaba hecho el cuadro que la pintura resbalaba como si un restaurador invisible corrigiera la inaudita profanación cada vez que se intentaba por la terquedad de Tartufo?

Todas las tardes, al anochecer, un caballero de porte distinguido recorría un buen trayecto de la calle San Sebastián para dirigirse desde su casa a la iglesia de los Padres Dominicos donde se cantaba por las noches el Santo Rosario en honor de Nuestra Señora de Belén. El caballero tenía buen talante y un andar reposado. Su mirada acariciaba cuanto veía, y se sabía de él, que tenía una historia romántica no exenta de amarguras.

Uno de sus biógrafos había de hacer pasado los años esta silueta amable de aquel solitario artista que se arrinconaba en la penumbra del templo y alguna vez se enjugó con el dorso de la mano una lágrima que acudía indiscreta a sus ojos, mientras el *armonium* poblaba de armonías el templo:

"Amó con idolatría, pero no se deleitó en el amor correspondido como Rafael, sino que adoró en silencio y sin esperanzas como Miguel Angel.

Alma de artista, ahogó la pasión en su pecho y dedicó la vida a la música y a la pintura. Si hubiera sido poeta, sus cantos serían melancólicos como los de Bécquer, y espejo fiel de su desventura: fué pintor, y ni siquiera tuvo el consuelo de trazar en el lienzo las perfecciones de su ídolo, como no la tuvo tampoco *il sommo artista* de Caprea de esculpir en mármol a la amada de su corazón, retirada a las soledades del claustro.

Pintor cristiano y patriota, su fama rebasó los límites del entonces estéril peñasco que le sirvió de cuna, y llamado a Madrid por el soberano español, protector de las ciencias y las artes, prefirió en su modestia, la tranquilidad de su hogar a la gloria que, de seguro, hubiera alcanzado.

Ante nuestra admiración reverente ha pasado la figura amable de Campeche, esbozada en unos trazos magistrales de la pluma.

Insistentemente le fué pedido al artista que ayudase con su maestría a envolver en velos discretos la castidad impecable doblemente sagrada. Quiso disuadir el gran pintor a los que le pedían su ayuda para cosa tan impropia, y cuando no pudo convencerlos acudió a una estratagema. Pintó el trozo de corpiño que se le pedía, pero no sobre el seno purísimo de la imagen venerada sino sobre delgadísima vitela que adosó con frágil pegamento a la famosa pintura. Y como él había calculado, al quitarle el polvo la imagen se desprendió el aditamento y volvió a lucir el castísimo seno de la Virgen Madre en que sólo habían de ver las intenciones limpias el atributo generoso de la maternidad divinizada por el mandato de Jesús cuando dijo: ¡ Mujer, he ahí a tu hijo!

El cuadro de la Virgen de Belén estuvo siempre en un marco de caña dorada. Pero un caballero devoto de la imagen milagrosa, Don Fernando Sárraga y Aguayo, concibió que aquellos contornos de madera podrían transformarse en rica plata. Había que fundir un marco. ¿Cómo? Muchas personas ricas ofrecieron donativos cuantiosos, muchas damas brindaron sus alhajas mejores, pero él rechazó amablemente la oferta. Quería él que el cuadro fuese regalado por los niños de la comunidad, es decir, por las pastoras y pastores que asistían devotamente a sus fiestas del primer domingo de enero de cada año. Desde ese día, cada sábado, los niños de uno y otro sexo

en las escuelas públicas de San Juan depositaban un ochavo, como piadoso donativo.

Al escribir el nombre de don Fernando Sárraga y Aguayo, he querido refrescar mi memoria hablando del abuelo con su nieto el eminente bacteriólogo don Rafael del Valle Sárraga. El inolvidable viejo don Fernando, como le llaman familiar y cariñosamente sus discípulos, muchos de los cuales formaron y forman aún legión entre los ciudadanos que descuellan en esta tierra, aunque era "Caballero de la Real y Distinguida Orden de Isabel la Católica" tenía grande aficiones por el serrucho, la escuadra y el cepillo de carpintero. Quien lo conoció y le amó por lo mismo con ternura de hijo, me dice para responder mis preguntas: --Era un formidable y gracioso coleccionista de cuantos clavos, tuercas, y tornillos osaban posarse ante su vista. Desarmaba en piezas y reconstruía un reloj en breve tiempo. Dibujaba a la perfección. Fué agrimensor e hizo la mensura de una buena parte de las fincas de la isla.

Yo sabía que fué maestro superior y dejó estela luminosa de costumbres puras y nivel intelectual admirable en las generaciones que modeló a su paso.

Su espiritualidad, que se destacaba siempre en un fondo religioso de fe inquebrantable, quedó grabada en plata en el altar de la Virgen de nuestra devoción.

Pero don Fernando, mientras el complicado dibujo del admirable regalo estaba todavía en gestación en su cerebro, se estaba quedando ciego, las crueles cataratas invadían sus ojos. ¿Cómo dibujar el marco que había de ser fundido en Barcelona, si en sus ojos se había hecho la noche y había que esperar el resultado incierto de la operación que no podía hacerse sino pasado el tiempo cuando la catarata estuviese madura?

¡ Además que la vida de los viejos es cosa tan frágil!...Y él no quería morir sin dejar hecho el marco para su Virgen de Belén.

--Tengo entendido, lo he dicho al doctor Valle Sárraga, que fué usted el intérprete de las ideas de su abuelo, cuando era niño de muy pocos años. ---Sí, él quiso que fuese yo, para ser él, algo tan suyo como era yo, quien diseñase la obra. Sus recursos como artista en dibujo lineal y natural eran ilimitados.

--Y el nieto, su discípulo predilecto, seria el brazo mecánico que ejecutara su concepción, ¿no es eso?

--Así fue; él dirigía su obra ya concebida y grabada, según decía correctamente: *en la oscuridad de mis ojos bastante bien alumbrados con la luz de mi imaginación.* Yo le confieso que al principio no pude entender palabra: ángulos, círculos, grados, líneas rectas y quebradas, curvas, en fin una amalgama heterogénea de elementos de geometría que salían a la luz de mis ojos, físicamente más ciegos que los de él para aquella obra de exactitud geométrica, gracias a la regla, al compás, a la escuadra y al lápiz de punta fina, pero que al fin, poco a poco, iban destacando siluetas bien proporcionadas y perfectas.

--Veía con los ojos del alma...

--No hay duda alguna --responde el doctor-- que el abuelo veía con los ojos del alma su más preciada obra, que realizara poco antes de morir, y que dejaba como preciada reliquia a la imagen de sus amores. Cada vez que yo visito el altar de Belén –agrega-- mis labios musitan una oración que yo siento que llega muy alto, sabe Dios donde, y mi concentración de espíritu es tal, bajo la influencia del marco de plata de la imagen, que siento todo mi sér invadido de la paz de espíritu de aquella época, la más feliz de mi vida, y mis pupilas se nublan con una lágrima que asoma como un tributo, y un recuerdo cariñoso al abuelito.

-Tengo entendido que el marco fué fundido y cincelado en Barcelona y que costó varios centenares de duros --apunto.

--Sí; y el año que se celebró la fiesta, puesto el marco de plata a la imagen, se organizó una suntuosa procesión de pastores en la casa del abuelo. A su éxito contribuyeron las autoridades militares. Los caballos de los "Reyes Magos" fueron cedidos por los oficiales del Ejército. Los soldados se ofrecieron a custodiar los niños durante la procesión. El espectáculo de esa mañana, la de cielo más azul que yo recuerde, las canciones de los niños entonando plegarias al acorde de la música sagrada, el movimiento de la masa humana en un conjunto multicolor moviéndose en ondulaciones infinitas a todo lo largo de las calles, se grabó de tal manera en mi memoria que cuando estoy a solas jugueteando con los recuerdos de mi niñez, siento desfilar las mismas caras, me saludan las mismas sonrisas y llega hasta mi el olor de la cera, del incienso y de la mirra.

Todas estas cosas –continúa—insípidas tal vez para la generación que ahora se levanta, pero que tenían entonces ese sabor de la raza que tanto se echa de menos en estos tiempos, dio tema al gran patricio do Julián Blanco y Sosa para la oración fúnebre en la muerte de la abuela: "Su compañero --dijo—formó el corazón de la niñez con su ejemplo y ella ahora, la que fué madre portorriqueña ejemplar, por más de cincuenta años, se lleva con sus restos mortales el cuerpo de la primera madre espartana que ha dado Puerto Rico, ya que dió a España siete hijos militares. Ahora mismo están ellos batiéndose en los campos de batalla, mientras la anciana venerable cierra sus ojos a la vida terrenal, musitando una oración para la Virgen de Belén".

Un breve silencio ha prendido en nosotros la angustia del recuerdo triste. El doctor del Valle Sárraga, reacciona pronto y comenta:

--La alusión iba como una onda de amor a conmover el corazón del bizarro capitán de Artillería, Fernando de Sárraga y Rengel, el hijo menor de la extinta, que comandaba las baterías del fuerte de San Gerónimo en las líneas externas de defensa de la ciudad. Estábamos en plena guerra. La escuadra americana amenazaba con un ataque de un momento a otro y se le concedió gracia especial de breve ausencia para despedir a la viejecita a su última morada. Recuerdo este incidente memorable, dolorosamente, porque la última vez que nos encontramos todos reunidos ante la imagen de Belén, fue esa tarde, en plena guerra, nuestros corazones oprimidos por multitud de reveses del destino. Después, cuando el ruido del cañón cesó de atronar el espacio, y se declaró la paz, nos separamos todos para siempre, pero queda todavía en la Ciudad Encantada alguno que otro de la familia para contar esta sencilla historia...

Sencilla y bella historia que tiene ese aroma de tradición que todo lo llena de ingenua fragancia. Espiritualmente, respiramos la atmósfera del portento. Todo cuanto rodea a la Virgen de Belén tiene un supremo encanto misterioso. ¿No entra en la zona del milagro la realización de ese maravilloso marco de plata, diseñado por un anciano cuyos ojos ya no ven, pero cuyo espíritu ardido en el sagrado fuego de la fe, guía la mano inexperta de su nietecito para que la obra que tiene plasmación en su cerebro no deje de realizarse como su ofrenda póstuma a la Divina Señora ante cuyo altar han rezado en todas las tribulaciones de la vida las buenas, las generosas, las abnegadas madres portorriqueñas, pidiendo por sus hijos, a la que es madre también! ... J. Pérez Losada

Estampas del Pasado Del San Juan que yo amo

Por J. Pérez Losada

EN el año de 1659 imprimió un libro el doctor Fr. Antonio González Acuña, catedrático y procurador de la Real Universidad de los Reyes, y Definidor de la Provincia de San Juan Bautista del Perú en el que se consigna el informe que dió al Provisor General de la Orden de Predicadores, Fr. Juan Bautista de Marinis, así descrito:

"Poco desdize a lo que aconteció: pues a contrastes espumosos rindió el galeón la popa y conservando las vidas a la diligencia de muchos tortores y la perseverancia de cuatro bombas, arribaron a la Isla de Puerto Rico, cuya entrada es de poco fondo, y mucho peligro.

No sabré encarecer a V. Reverendísima el agasajo comun; porque ay cosas que caben en el ánimo de quien las haze, y se desluzen en la pluma del que las escrive. Valiome el cariño con que se venera el hábito. Gloriosa desgracia; pues merecí adorar en su convento la primera imagen de nuestra Señora que dió el pinzel al nuevo Mundo, de la cual observa la memoria aquel prodigio que ocasionó el sueño de los Religiosos; pues por dilatarle a media noche el oficio, le hizieron los Angeles, con espanto de los que oían y admiración de los que oyen.

La sagrada imagen de Nuestra Señora de Belén que se venera en la Capilla de que es titular en el histórico templo de San José, donde los Reverendos Padres Paúles continúan el culto tradicional que se

La iglesia de San José, relicario de la tradición, bajo cuyas bóvedas durmió varios siglos el sueño de la muerte don Juan Ponce de León y donde se venera en la capilla de que es titular, la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Belén.

Este Convento fué la fuente original, que dió aguas de doctrina al Perú, de cuyo riego se han logrado tan fértiles cosechas (como diré en su lugar). Observan sus Religiosos la antigua enseñanza de los primeros, con tanto exemplo, que no admiten segundos. Aderezose el vaxel, hizo viage a España por Julio; hallándome tan atrasado en el tiempo, como adelantado en el deseo de no omitir lo tocante a mi oficio. Por lo referido está falto V. Reverendísima de noticias por ellos, y en representación del comun, las ofrezco en este breve epitome, ajustado a la verdad."

He respetado la ortografía de aquellos tiempos para que no se pierda el aroma arcaico de tan limpia y entonada prosa.

Claro está que mis lectores han caído en la cuenta de que la Imagen de la Virgen a que se refiere Fray Juan Bautista de Marinis no es otra que la Virgen de Belén, que recibe fervoroso culto en su capilla de la iglesia de San José, el más antiguo de los templos de San Juan, levantado en 1529 y que condensa bajo sus bóvedas de esbelta tracería el fervor de las oraciones que durante más de cuatro siglos han elevado allí los corazones dolientes y las almas acongojadas.

La tradición que han recogido de las fuentes del pasado las generaciones creyentes que se han sucedido y los comentaristas de la poética versión que atribuye origen sobrenatural a la aparición del cuadro de la Virgen de Belén en el histórico templo, han agregado detalles y matices a la sobria narración de Fray Juan Bautista de Marinis.

●

En los Estatutos reformados de la cofradía de Nuestra Señora de Belén, erigida en el año de 1779 con el título de Angélica Cofradía del Ave María y Rosario cantado de Nuestra Señora de Belén, se concreta así el motivo de la fundación:

"La veneranda imagen de Nuestra Señora de Belén que según la tradición incontrastable de nuestros antepasados apareció en esta ciudad casi desde la fecha de su creación, ha sido siempre el objeto especial del culto de los portorriqueños, tanto porque han encontrado en la Divina Señora el remedio eficaz de todas sus necesidades, cuanto porque así lo exigía la religiosidad proverbial de los habitantes de la ciudad y su reconocida devoción, en particular para su especial madre y Señora la Santísima Virgen de Belén que al escoger por albergue el Convento de su amado Domingo de Guzmán (hoy Iglesia de San José) no sólo ha tenido desde tiempo inmemorial el culto de sus fieles en Puerto Rico, sino el de sus ángeles mismos que le cantaban algunas noches a maitines, según lo refieren algunos cronistas convencidos de estas verdades y con objeto de regularizar el culto de esta divina Señora fué que se reunieron a mediados del siglo pasado (el Estatuto está redactado en 1779 y fué reformado en 1854) varias personas devotas bajo la dirección de un venerable miembro de la Orden de Reverendos Padres Predicadores y formaron la institución cuyos estatutos se reforman hoy."

El culto a la Virgen de Belén consistía de antiguo en el Santo Rosario que se cantaba todos los días por la mañana y por la noche, costumbre que hubo de cambiarse pasado el tiempo, sustituyéndose el Rosario cantado dos veces al día por una misa cantada cada domingo segundo de mes, a las nueve de la mañana a la que asistían en corporación todos los cófrades.

Establece, además, el artículo cuarto del capítulo segundo del mencionado Estatuto, que el día de Nuestra Señora de Belén se celebre una misa solemne con sermón y una salve cantada en la noche y novenas en los nueve días siguientes, por ser ésta la costumbre desde que se instituyó la cofradía.

Constaba ésta de trescientos cofrades, doscientos varones y cien mujeres. El número no podía aumentarse —según el reglamento— en manera alguna y sólo podían entrar otros nuevos al producirse las vacantes, ya fuese por el fallecimiento, renuncia o expulsión, puesto que para optar a la gracia de cofrade era necesario ser persona de honradez conocida.

El capítulo que trata de las obligaciones y beneficios de los cofrades, en su artículo 14 dice:

"Para ser cofrade de número se presen-

(Continúa en la página 56.)

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3)

tará el que lo desee, por escrito, al capellán y Cofradía, por medio del secretario, quien dará cuenta en la primera junta que haya y ésta resolverá su admisión o no, por votación reservada, y no de otro modo.

Los cofrades de número pagarán a su entrada ocho reales de plata macuquina y dos cada mes, para el sostenimiento del culto y pago de sufragios, entendiéndose estos últimos el mismo mes de su entrada.

Los cofrades de número gozarán de todos los bienes espirituales de la Cofradía, y además en su fallecimiento, de entierro entero, a saber: Comunidad, sepultura, oficios, misa de cuerpo presente, vigilia, caja y mesa con seis hachas con sus hacheros, cera para la misa, altar mayor y ciriales, derechos parroquiales, cura, sacristán y cuatro acompañantes y, últimamente, nueve misas rezadas como cofrade.

El Estatuto define cuáles son las obligaciones de los examinadores, del mayordomo y del secretario. Los fondos de de la Cofradía se custodian en una caja con tres llaves, una de ellas la guarda el capellán, otra el mayordomo y la tercera uno de los examinadores.

El capítulo cuarto, que trata de las juntas, está así redactado:

Artículo 33— El domingo segundo de cada mes, después de cantar misa de Nuestra Señora, se celebrará junta ordinaria, en cuya acta se expresará antes que todo, que se ha celebrado dicha misa función según previenen estos estatutos; y después se tratarán los asuntos que se ofrezcan.

Las extraordinarias se celebrarán a petición expuesta al Padre Capellán y Mayordomo, por cinco cofrades a lo menos, y en vista de la urgencia e importancia del asunto. Y así éstas como las ordinarias se considerarán constituídas con el número de cofrades que concurran, sea cual fuere; debiéndose guardar en ambas el decoro y consideración debida al templo, que será donde se celebren; y no permitiéndose en manera alguna que hable más de un cofrade a la vez, ni que se separen del punto que se puso, pues el Padre Capellán y el mayordomo en caso de que así suceda harán que se restablezca el silencio, y que las discusiones no sean acaloradas e inoportunas, sino con paz, compostura y presunción. En caso de no conseguir este objeto el Padre Capellán y mayordomo darán por concluída la junta y el secretario lo expresará así en el acta.

Sólo en dos ocasiones memorables ha salido procesionalmente de su iglesia la imagen de Nuestra Señora de Belén para recorrer entre el enfervorizado anhelo de sus devotos las calles de la ciudad, y fueron, cuando el sitio puesto por los ingleses en 1797, la una, y cuando la invasión del cólera morbo, en 1855, la otra.

Otra vez, sin embargo, salió de su capilla la Virgen de Belén y no para acorrer con su ayuda celeste a los que imploraban su gracia, sino para evitar que fuese robada la imagen, según refiere una tradición añeja que tiene el aroma de las ingenuas leyendas. Fué cuando la ciudad se vió invadida por los holandeses.

En el lugar en que hoy se levanta la estatua de Don Juan Ponce de León se abría en tiempos remotos una cisterna para dar agua en épocas de pertinaz sequía a los vecinos de la parte alta de la ciudad. La gran preocupación de los devotos era que los invasores que habían entrado a saco en la ciudad pudieran llevarse el cuadro de la Virgen que tiene hasta para los que no admiten el milagro de la aparición, el mérito de ser la primera obra de arte que fué traída a América en los albores de la cristiana colonización. Había que poner a salvo de la rapiña invasora la imagen milagrosa y alguien se encargó de asegurar el divino tesoro que se estimaba en más que todas las riquezas tentadoras de la codicia rampante.

Vencidos los holandeses abandonaron la ciudad en precipitada fuga; pero la persona guardadora del místico tesoro había muerto llevándose el secreto del lugar en que la sagrada imagen estaba oculta. Entonces se manifestó de nuevo el prodigio de las voces angélicas acompañadas por una música celeste que resonaban en la noche y que oían con embeleso los creyentes. Cuanto más se acercaban a la cisterna tapada, más perceptible se hacía el sonido mágico que sumía en éxtasis a los privilegiados oyentes. Alguien tuvo la inpiración de que allí estaba la Virgen que faltaba en el altar, desde los recientes días trágicos en que la ciudad sufrió el azote de la piratería aventurera. Y abierta la cisterna, una fragancia como de primavera florecida se extendió por la plaza, y llenó los corazones con su efluvio, y ante los ojos deslumbrados de los feligreses surgió la imagen amada que fué restituída a su altar ante el que desfiló, conmovida y ferviente, la población impresionada por el celeste aviso.

Y pasaron los años. Una aberrante alucinación que no había de deponer su adversión a cuanto es fuente de vida, ni siquiera en esa noble función maternal que está santificada por el gesto lleno de gracia con que la Virgen amamanta al Divino Infante, creyó que era más discreto encubrir el seno purísimo con una prolongación del corpiño. El burdo pegote se desprendió cada vez que la mano profana lo extendía sobre el pecho turgente que sólo inspira nobles ideas de castidad y de sagrado amor. ¿De qué materia estaba hecho el cuadro que la pintura resbalaba como si un restaurador invisible corrigiera la inaudita profanación cada vez que se intentaba por la terquedad de Tartufo?

Todas las tardes, al anochecer, un caballero de porte distinguido recorría un buen trayecto de la calle de San Sebastián para dirigirse desde su casa a la iglesia de los Padres Dominicos donde se cantaba por las noches el Santo Rosario en honor de Nuestra Señora de Belén. El caballero tenía buen talante y un andar reposado. Su mirada acariciaba cuanto veía, y se sabía de él, que tenía una historia romántica no exenta de amarguras.

Uno de sus biógrafos habla de hacer pasados los años esta silueta amable de aquel solitario artista que se arrincona-

¡Aclara!

Lleve a su rostro una nota primaveral. Aclare su cutis y reviva su frescura juvenil con esta deliciosa y nacarada apariencia. Ejerce una suave acción astringente y antiséptica.

Se Fabrica en Blanco, Carne y Rachel

CREMA ORIENTAL Gouraud

Gratis

Con cada botella de Crema Oriental Gouraud, recibirá Ud. sin costo alguno un frasco de Loción Oriental Gouraud. Ud. hallará que esta loción, deliciosa y calmante, aliviará inmediatamente la piel dura y seca, y protejerá a su cutis de las inclemencias del tiempo. No deje de obtener su frasco gratis hoy mismo

ba en la penumbra del templo y alguna vez se enjugó con el dorso de la mano una lágrima que acudía indiscreta a sus ojos, mientras el *armonium* poblaba de armonías el templo: "Amó con idolatría, pero no se deleitó en el amor correspondido como Rafael, sino que adoró en silencio y sin esperanzas como Miguel Angel.

Alma de artista, ahogó la pasión en su pecho y dedicó la vida a la música y a la pintura. Si hubiera sido poeta, sus cantos serían melancólicos como los de Bécquer, y espejo fiel de su desventura: fué pintor, y ni siquiera tuvo el consuelo de trazar en el lienzo las perfecciones de su ídolo, como no lo tuvo tampoco *il sommo artista* de Caprea de esculpir en mármol a la amada de su corazón, retirada a las soledades del claustro.

Pintor cristiano y patriota, su fama rebasó los límites del entonces estéril peñasco que le sirvió de cuna, y llamado a Madrid por el soberano español, protector de las ciencias y las artes, prefirió en su modestia, la tranquilidad de su hogar a la gloria que, de seguro, hubiera alcanzado."

Ante nuestra admiración reverente ha pasado la figura amable de Campeche, esbozada en unos trazos magistrales de la pluma.

Insistentemente le fué pedido al artista que ayudase con su maestría a envolver en velos discretos la castidad impecable doblemente sagrada. Quiso disuadir el gran pintor a los que le pedían su ayuda para cosa tan impropia, y cuando no pudo convencerlos acudió a una estratagema. Pintó el trozo de corpiño que se le pedía, pero no sobre el seno purísimo de la imagen veneranda sino sobre delgadísima vitela que adosó con frágil pegamento a la famosa pintura. Y como él había calculado, al quitarle el polvo a la imagen se desprendió el aditamento y volvió a lucir el castísimo seno de la Virgen Madre en que sólo habían de ver las intenciones limpias el atributo generoso de la maternidad divinizada por el mandato de Jesús cuando dijo: ¡Mujer, he ahí a tu hijo!

El cuadro de la Virgen de Belén estuvo siempre en un marco de caña dorada. Pero un caballero devoto de la imagen milagrosa, Don Fernando Sárraga y Aguayo, concibió que aquellos contornos de madera podrían transformarse en rica plata. Había que fundir un marco. ¿Cómo? Muchas personas ricas ofrecieron donativos cuantiosos, muchas damas brindaron sus alhajas mejores, pero él rechazó amablemente la oferta. Quería él que el cuadro fuese regalado por los niños de la comunidad, es decir, por las pastoras y pastores que asistían devotamente a sus fiestas del primer domingo de enero de cada año. Desde ese día, cada sábado, los niños de uno y otro sexo en las escuelas públicas de San Juan depositaban un ochavo, como piadoso donativo.

Al escribir el nombre de don Fernando Sárraga y Aguayo, he querido refrescar mi memoria hablando del abuelo con su nieto el eminente bacteriólogo don Rafael del Valle Sárraga. El inolvidable viejo don Fernando, como le llamaban familiar y cariñosamente sus discípulos, muchos de los cuales formaron y forman aún legión entre los ciudadanos que descuellan en esta tierra, aunque era "Caballero de la Real y Distinguida Orden de Isabel la Católica" tenía grandes aficiones por el serrucho, la escuadra y el cepillo carpintero. Quien le conoció y le amó por lo mismo con ternura de hijo, me dice para responder a mis preguntas:

—Era un formidable y gracioso coleccionista de cuantos clavos, tuercas, y tornillos osaban posarse ante su vista. Desarmaba en piezas y reconstruía un reloj en breve tiempo. Dibujaba a la perfección. Fué agrimensor e hizo la mensura de una buena parte de las fincas de la isla.

Yo sabía que fué maestro superior y dejó estela luminosa de costumbres puras y un nivel intelectual admirable en las generaciones que modeló a su paso.

Su espiritualidad, que se destacaba siempre en un fondo religioso de fe inquebrantable, quedó grabada en plata en el altar de la Virgen de nuestra devoción.

Pero don Fernando, mientras el complicado dibujo del admirable regalo es-

INDIGESTION?

Tome el antiácido laxante ideal

Leche de Magnesia de PHILLIPS

SUAVE, AGRADABLE, EFICAZ

Contra resfriados

◆ Al mojarse, en los días de lluvia, se originan enfriamientos reumatismo, dolores al pecho y a la espalda.

◆ En cuanto llegue a casa, bañe los pies en agua caliente a la que haya agregado unas gotas del Linimento de Sloan. Y si siente algún dolor, aplíquese, sin frotar, un poco de Linimento de Sloan. La reacción es súbita. Sentirá un calor agradable y confortador. No tema ya al enfriamiento.

◆ Sirve igual para calmar los dolores del reumatismo, el lumbago, la ciática, torceduras, contusiones y cansancio muscular.

◆ Es indispensable tener un frasco de

Linimento de SLOAN

MATA DOLORES

Al usar Crema de Afeitar Mennen, esa alambre recia y rebelde que le pone uno "imbesable" se somete dócilmente; se ablanda como por encanto ...y el corazón de "Ella" también se ablanda al notar lo suave y fresco que queda el cutis de su hombre amado. Las hojitas de afeitar y las navajas duran más cuando usted usa Mennen. El corte es más rápido y suave. Nunca arde, ni irrita... Lo mejor es probar. Un tubo de Mennen basta para comprobar que... *"usar Mennen es usar lo mejor"*.

Complete la afeitada ideal con la Crema Balsámica Mennen... y no olvide el Talco Mennen para hombres. Es masculino desde el color al perfume.

PARA LA AFEITADA IDEAL

CREMAS DE AFEITAR MENNEN

CLASES: mentolizada y sin mentol

El Talco Mennen especial para hombres— da el brillo y mejora la apariencia... La Loción Facial Mennen refina y perfuma.

taba todavía en gestación en su cerebro, se estaba quedando ciego, las crueles cataratas invadían sus ojos. ¿Cómo dibujar el marco que había de ser fundido en Barcelona, si en sus ojos se había hecho la noche y había que esperar, esperar indefinidamente, esperar el resultado incierto de la operación que no podía hacerse sino pasado el tiempo cuando la catarata estuviese madura!

¡Además que la vida de los viejos es cosa tan frágil!... Y él no quería morirse sin dejar hecho el marco para su Virgen de Belén.

—Tengo entendido, le he dicho al doctor del Valle Sárraga, que fué usted el intérprete de las ideas de su abuelo, cuando era usted un niño de muy pocos años.

—Sí, él quiso que fuese yo, para ser él, algo tan suyo como era yo, quien diseñase la obra. Sus recursos como artista en dibujo lineal y natural eran ilimitados.

—Y el nieto, su discípulo predilecto, sería el brazo mecánico que ejecutara su concepción, ¿no es eso?

—Así fué; él dirigía su obra ya concebida y grabada, según decía correctamente: *en la oscuridad de mis ojos bastante bien alumbrados con la luz de mi imaginación*. Yo le confieso que al principio no pude entender palabra: ángulos, círculos, grados, líneas rectas y quebradas, curvas, en fin, una amalgama heterogénea de elementos de geometría que salían a la luz de mis ojos, físicamente más ciegos que los de él para aquella obra de exactitud geométrica, gracias a la regla, al compás, a la escuadra y al lápiz de punta fina, pero que al fin, poco a poco, iban destacando siluetas bien proporcionadas y perfectas.

—Veía con los ojos del alma...

—No hay duda alguna —responde el doctor— que el abuelo veía con los ojos del alma su más preciada obra, que realizara poco antes de morir, y que dejaba como preciada reliquia a la imagen de sus amores. Cada vez que yo visito el altar de Belén —agrega— mis labios musitan una oración que yo siento que llega muy alto, sabe Dios dónde, y mi concentración de espíritu es tal, bajo la influencia del marco de plata de la imagen, quie siento todo mi sér invadido de la paz de espíritu de aquella época, la más feliz de de mi vida, y mis pupilas se nublan con una lágrima que asoma como un tributo, y un recuerdo cariñoso al abuelito.

—Tengo entendido que el marco fué fundido y cincelado en Barcelona y que costó varios centenares de duros—apunto.

—Sí; y el año que se celebró la fiesta, puesto el marco de plata a la imagen, se organizó una suntuosa procesión de pastores en la casa del abuelo. A su éxito contribuyeron las autoridades militares. Los caballos de los "Reyes Magos" fueron cedidos por los oficiales del Ejército. Los soldados se ofrecieron a custodiar los niños durante la procesión. El espectáculo de esa mañana, la de cielo más azul que yo recuerde, las canciones de los niños entonando plegarias al acorde de la música sagrada, el movimiento de la masa humana en un conjunto multicolor moviéndose en ondulaciones infinitas a todo lo largo de las calles, se grabó de tal manera en mi memoria que cuando estoy a solas jugueteando con los recuerdos de mi niñez, siento desfilar las mismas caras, me saludan las mismas sonrisas y llega hasta mí el olor de la cera, del incienso y de la mirra.

Todas estas cosas —continúa— insípidas tal vez para la generación que ahora se levanta, pero que tenían entonces ese sabor de la raza que tanto se echa de menos en estos tiempos, dió tema al gran patricio don Julián Blanco y Sosa para la oración fúnebre en la muerte de la abuela: "Su compañero" —dijo— formó el corazón de la niñez con su ejemplo y ella ahora, la que fué madre portorriqueña ejemplar, por más de cincuenta años, se lleva con sus restos mortales el cuerpo de la primera madre espartana que ha dado Puerto Rico, ya que dió a España siete hijos militares. Ahora mismo están ellos batiéndose en los campos de batalla, mientras la anciana venerable cierra sus ojos a la vida terrenal, musitando una oración para la Virgen de Belén".

Un breve silencio ha prendido en nosotros la angustia del recuerdo triste. El doctor del Valle Sárraga, reacciona pronto y comenta:

—La alusión iba como una onda de amor a conmover el corazón del bizarro capitán de Artillería, Fernando de Sárraga y Rengel, el hijo menor de la extinta, que comandaba las baterías del fuerte de San Gerónimo en las líneas externas de defensa de la ciudad. Estábamos en plena guerra. La escuadra americana amenazaba con un ataque de un momento a otro y se le concedió gracia especial de una breve ausencia para despedir a la viejecita a su última morada. Recuerdo este incidente memorable, dolorosamente, porque la última vez que nos encontramos todos reunidos ante la imagen de Belén, fué esa tarde, en plena guerra, nuestros corazones oprimidos por multitud de reveses del destino. Después, cuando el ruido del cañón cesó de atronar el espacio, y se declaró la paz, nos separamos todos para siempre, pero queda todavía en la Ciudad Encantada alguno que otro de la familia para contar esta sencilla historia...

Sencilla y bella historia que tiene ese aroma de tradición que todo lo llena de ingenua fragancia. Espiritualmente, respiramos la atmósfera del portento. Todo cuanto rodea a la Virgen de Belén tiene un supremo encanto misterioso. ¿No entra en la zona del milagro la realización de ese maravilloso marco de plata, diseñado por un anciano cuyos ojos ya no ven, pero cuyo espíritu ardido en el sagrado fuego de la fe, guía la mano inexperta de su nietecito para que la obra que tiene plasmación en su cerebro no deje de realizarse como su ofrenda póstuma a la Divina Señora ante cuyo altar han rezado en todas las tribulaciones de la vida las buenas, las generosas, las abnegadas madres portorriqueñas, pidiendo por sus hijos, a la que es madre también!...

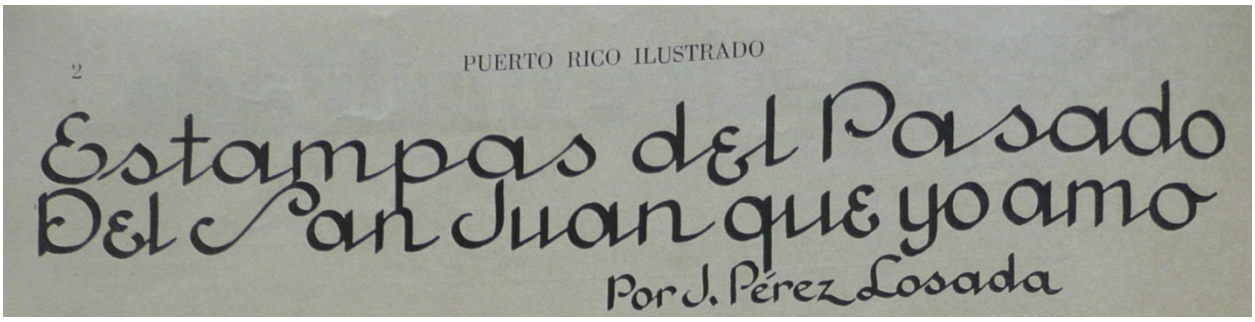
J. Belén Sosa

"Puerto Rico Ilustrado" en Ponce

Toda persona que desee suscribirse, comprar ejemplares de PUERTO RICO ILUSTRADO o anunciarse en el mismo, puede dirigirse a nuestras oficinas en Ponce, calle Mayor, esquina a Isabel, en donde será prontamente atendida.

5. Puerto Rico Ilustrado

15 de diciembre de 1934



Iglesia San Francisco, Personajes de San Juan y Vestimenta Militar

En el Puerto Rico Ilustrado de 15 de diciembre de 1934, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre la Iglesia San Francisco, personajes de San Juan y vestimenta militar. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado de 15 de diciembre de 1934

ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

De José Pérez Losada (1879-1937)

¿Dónde está aquel jazminero que vivía en el jardinillo ingenuo de la pequeña casa parroquial de San Francisco y que subía, subía muy alto, apoyado en el muro de la capilla franciscana y llenaba con su fragancia en la noche todo un largo trayecto de la calle y, desde luego, las viviendas fronteras en que unas muchachas de grandes ojos apasionados y cordiales soñaban asomadas a los antepechos con otra flor hermana en la blancura, la flor de azahar con que se prenden los velos de las novias?

Este jazminero y el del convento de las Carmelitas eran los incensarios que la noche mantenía prendidos para impregnar la ciudad de un perfume romántico. La estrecha acera se llenaba de esas estrellitas blancas de que se cuajaba el maravilloso tapiz que se había ido tejiendo al lento enebrar de las horas y de los días y de los años, y sobre la tapia que tenía una vaga coloración celeste pálido, se asomaban algunas ramas para dejar caer sobre los transeúntes la invitadora caricia del perfume que es siempre, cuando lo vierte una flor, incitación a una dulce quimera.

La iglesia de San Francisco atraía las mañanas domingueras y de los demás días festivos la expectación de la ciudad. El batallón de artillería iba a misa a San Francisco y el marcial atuendo de la tropa mantenía la curiosidad ilusionada de un buen número de muchachas pertenecientes a todos los sectores sociales. La bizarra oficialidad de artillería tan distinguida y tan correcta gozaba de un ambiente afectuoso en el medio social portorriqueño. Muchos de aquellos oficiales matrimoniaron con gentilísimas muchachas del país, pertenecientes a familias muy principales.

Los sargentos y cabos tenían también quienes respondieran a sus miradas incendiarias y la clase de tropa por su talla aventajada y gallardía rozagante estaba muy bien vista entre las lavanderas y domésticas que tenían siempre un obsequio oportuno para el muchacho peninsular que lo único que se

quejaba alguna vez era del calor, pero que todo lo demás lo encontraba sabroso y en primer lugar los mimos de las dulces criollas.

No eran los novios, ni las amigas, ni las *mamasitas* de los soldados, como ellos llamaban a sus amigas íntimas las que componían el público de la misa de tropa, sino que se formaba éste de infinidad de personas ajenas a todo interés que no fuera el de admirar el cuadro brillante de que es lástima que no tengamos testimonio gráfico.

Las alegres campanitas de la iglesia repicadas con traviesa jovialidad por los acólitos afectaban un ritmo bailable en la acompasada manera de ceñir los repiques a un martilleo que era como un diálogo festivo.

Tenía entonces la plaza esa belleza de conjunto que era el supremo acierto de la ciudad sin pretensiones de exotismos frustrados. No había casas altas sino al fondo, al norte de la plazuela que era como un gran patio bordeado de acacias. Y no es que fuesen altas esas casas que son las mismas que hoy se alzan allí, sino que subidas en el desnivel de la calle de la Luna, desnivel salvado con una escalinata de elegante traza, lograban proporcionas de esbeltez que ahora les faltan, ahogadas por la cuesta artificial que allí ha sido creada.

En la plaza había unos árboles frondosos y unos bancos que tenían cómodo respaldo. Toda la parte del este la llenaba el cuartel de artillería y la iglesia de San Francisco, que tenía un campanario de poca esbeltez pero de líneas muy graciosas que ha sido una torpeza derruir.

Hacia el lado del oeste, una ringlera de casitas terreras se agazapaban bajo los árboles que les daban una luz tamizada y un ambiente fresco. En una de aquellas casitas vivía el maestro Rivera que tenía allí un pequeño taller de zapatería y que sabía muy bien el oficio por lo que gozaba de muy buena clientela. El maestro Rivera, muy cortés, muy estimado en la ciudad, tenía su taller en la parte de afuera y vivía en las habitaciones interiores, con relativa comodidad. Muy fino, muy cuidadoso de su persona, muy comedido siempre, lo único que lo ponía fuera de sí era que hablasen de su hija Crucita.

> --¿De dónde se saca usted que esa desventurada es mi hija? —rechazaba con voz agria y el ademán descompuesto el que en todo momento procuraba ser atento y cortés con todo el mundo.

--Pues ella dice por ahí que usted es su padre…

--La pobre es medio tonta, y no sabe lo que dice.

Pero aunque él lo negara, todo el mundo creía que lo de la paternidad era cierto. Lo que pasaba era que la muchacha le había dado más de un disgusto con su resabiosa manera de vivir, con el impudor con que piropeaba a los hombres, y por la arbitraria manera de vestirse y alguna que otra consecuencia de sus escarceos amorosos que no siempre se contuvieron en las cómicas exaltaciones de los "ojos acusativos" y de las miradas melancólicas y "acusativas", también.

Crucita tenía una corpulencia mastodóntica y resultaba que unas veces llevaba una bata que le estaba más o menos bien, pero si alguna de las damas que la protegían le daba alguna bata desechada por ella que a Crucita le gustase, aunque entallase dentro de la ropa, o lo que era más seguro hiciera estallar la ropa con sus exuberancias grotescas, se la ponía aunque le llegase a las rodillas en tiempos en que, como el sumun del atrevimiento se hablaba de esa falda corta que, entre las convencionales segadoras de "El Rey que rabió", permite ver hasta el tobillo de la mujer.

La idea de las modas más atrevidas, si no siempre en los animales como pretende Don Horonato, se basa en cualquier exceso o en cualquier defecto de indumento, causado por la impropiedad de un vestido que sugiere, sin embargo para quien sabe estudiar las siluetas un mar de posibilidades especulativas, contando desde luego con la docilidad sumisa con que mujeres y hombres acatan las modas.

Crucita fué la precursora de la falda corta, y aunque no vivimos en país que lance la moda, ni la infeliz tiene personalidad para que en ella se fijen los modistos, lo cierto es que al generalizarse la moda de la falda corta hemos visto por esas calles de Dios algunas damas que no estaban muy distantes de la silueta que hace treinta y cinco años, cuando nadie pensaba que eso pudiera venir jamás, decidió al maestro Rivera a repudiar a su hija por creerla aquejada de cierto idiotismo complicado con anticipaciones al nudismo paradisíaco.

Pero no era sólo Crucita --nuestra madame Pimentón— la que monopolizara la nota extravagante de la popularidad festiva. Teníamos a "Tipo de noche", que se vestía con la etiqueta convencional que él se había inventado para recorrer la ciudad bajo el agresivo abucheo de la muchitanga estrepitosa y

que sabía preparar el café dándole el punto con que tan pocas personas atinan, lo que le sirvió para que lo llevasen a viajar al país de los expertos donde no pudo lograr que curasen de la atrofia del paladar que no les deja saborear nuestro café.

Estaba también entre los más detonantes "Sofoco" que se deslizaba con paso mitad militar, mitad de rumba cubana, y era tan español que se fué con las tropas y allá murió por España de la borrachera que llevaba empalmada desde aquí y que allí se complicó con todas las agravantes previstas de nocturnidad y ensañamiento…

Quintana era otro tipo popular de muy distinta catadura, pero de una cómica silueta que tentaba al caricaturista. Se le conocía por un remoquete mitad místico, mitad sicalíptico y tenía una colección de pañuelos de seda de vivísimos colores que lucía preferentemente en las procesiones y en los espectáculos teatrales. Quintana era sacristán de la capilla del Santo Cristo de la Salud y debía tener algunas buscas adicionales, porque él no faltaba a ninguna función de teatro, aunque la temporada, como entonces acontecía, durase dos o tres meses. Quintana compraba una entrada general y se situaba en la escalinata que da al pasillo del oeste y allí estaba de pie, sin abandonar el sitio que había elegido, y sin otro movimiento que el de acercarse de vez en cuando a la cara, que parecía un pajuil disecado, el pañuelo de seda rabiosamente rojo o cándidamente azul, que eran sus colores predilectos.

> Desde el paraíso, algún chusco, atiplando la voz, gritaba:
> ¡Quintaaanaa!...¡Resurrexión!.....

Y Quintana íntimamente satisfecho de que hubiera sido advertida su presencia, miraba hacia el sitio de donde surgía la llamada, pero no hacía demostración alguna de agrado ni de molestia. Sabía él que las voces con que se le quería chotear no se aventurarían a completar el mote sacrílego, porque entonces, como la impunidad de las tinieblas en que el cine ha dejado las salas de espectáculos, no había hecho los estragos que ahora se notan en la educación de los públicos, ni habían de tolerarse por las autoridades ciertos excesos ni parecía que el teatro fuese sitio adecuado para que se manifestasen con estridencia.

Quintana sabía esto y no se inquietaba ante la voz que anunciaba su presencia en aquel sitio. Pero una noche no se contuvo en estos límites la

alusión perversa al sacristán aberrante. Estaban representando los muchachos de la Unión Artística, "El Bateo" y Montesinos que interpretaba el Virginio saco un pañuelo de seda y copio una de las actitudes preferidas de Quintana.

El público del gallinero no necesitó mayor incentivo para decidirse a meterse con Quintana que se dió cuenta de que había ascendido en categoría desde el momento en que era tema de una caricatura que celebraba el público.

Tampoco faltó nunca en Puerto Rico el buen humor y el acierto para poner motes. Había un señor a quien llamaban: Puerto Rico es mío... Otro señor muy correcto y muy arrogante era conocido por el marqués del Viento. Y otro a quien llamaban "Chino en banastas", y había que ver el acierto, la visión del caricaturista que denunciaban estos motes, como el de aquel excelente gobernador a quien llamaban: Bálsamo tranquilo por la blandura con que respondía a toda pretensión que se le formulara:

--Váyase usted tranquilo, váyase usted tranquilo…

Un ilustre jefe de las milicias españolas que reside en la Isla, me refería esta anécdota a propósito de la discusión abierta sobre el uniforme que deben llevar en verano los policías de Puerto Rico.

Como usted sabe hasta hace muy pocos años, el Cuerpo de la Guardia Civil española, vistió siempre con la más exagerada corrección, el uniforme que su fundador, el duque de Ahumada, impuso: sombrero de dos picos, encintado de blanco, levita larga cerrada, azul turquí, de dos hileras de botones de plata y cuello y bocamangas grana; pantalón largo azul turquí, correaje de ante amarillo charolado y botinas enterizas de elástico.

Esto lo mismo para verano que para invierno, y lo mismo para andar por el monte, en persecución de bandidos, que en poblaciones; y obligados también a llevar puestos los guantes blancos, de algodón o gamuza según la estación, infracción que se castigaba severamente.

Hace pocos años que se permitió el uso de un uniforme fresco para verano, color verde aceituna, holgado, cuello bajo y solapas en la guerrera, sombrero de cartón engomado forrado de hule, para la lluvia, calzado fuerte, borseguíes, y camisa de cuello bajo y corbata; traje que después ha quedado de reglamento para ambas estaciones. Es decir, que se ha reconocido la razón de aquella sinrazón.

Los tercios de la Guardia Civil que prestaban servicio en las provincias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas agrega nuestro confidente usaban un uniforme adecuado al clima de cada una, según el criterio del Gobernador General, de quien dependían.

Contrayéndome a Puerto Rico –agrega-- en la época en que aquí fuí destinado, como teniente, usábamos el siguiente uniforme, que el gobernador General don Segundo de la Portilla y Gutiérrez, muy conocedor de estos países donde había hecho toda su carrera desde alferez, estimó el más adecuado: sombrero de Panamá con cinta de charol y escarapela con los colores nacionales, guerrera de lanilla azul turquí, con cuello bajo y solapas, pantalón de dril crudo y zapato de cordones y correaje color avellana.

Hacia el mes de junio o julio de 1881, destinaron a mandar este tercio al coronel don Benito Macías y Rueda, a quien fuimos a recibir a bordo y que al vernos así uniformados (de máscara según dijo) prometió que él cambiaría aquel mamarracho, por el uniforme del Cuerpo, puesto que si aquí hace calor, calor hace en la Península en verano y nadie se moría por llevarlo.

Yo prestaba servicio de ayudante a las órdenes del General La Portilla y al día siguiente, al hacer el coronel Macías su presentación oficial, propuso al General el cambio de uniforme por estas, aquellas y demás razones...

Con aquella calma que Dios le había dado, repuso el General:

--Señor Coronel, yo encuentro muy atendibles las razones que usted aduce para restablecer el uniforme reglamentario, pero usted no conoce el país, ni el servicio que aquí se presta. Mañana a la una de la tarde, que ya habrá usted descansado del viaje, sale usted a pie, con uniforme de diario, hasta el pueblo de Río Piedras. Allí lo espero a Ud. en mi residencia y si la práctica le aconseja el cambio, yo daré la orden para ello.

El coronel Macías en obediencia a la orden superior llegó a Río Piedras a pie, como a las cuatro de la tarde con un baño ruso a las costillas y… nada dijo al gobernador del cambio de uniforme.

Nada, tampoco, le preguntó el General, y después de obsequiarle espléndidamente, como él sabía hacerlo, regresaron a San Juan en el coche del Gobernador.

El episodio referido pone una vez más de relieve lo conveniente que es hallarse bien aclimatado en la isla para ejercer con eficacia el mando, cualquiera que sea el orden en que nuestras actividades se desvuelvan.

El párroco de San Francisco, el Lcdo. en derecho canónico, don Eulogio Ma. de Caso era un valioso testimonio de esta afirmación. Tenía el curato de San Francisco en propiedad y gozaba de la estimación de sus feligreses por el buen sentido de que siempre hizo gala y por su espíritu conciliador. Como era hombre culto, aunque no tuviera facultades brillantes, su consejo era siempre provechoso, y en más de una ocasión dió las normas de solución de problemas que hubieron intrincado los que se creían con más luces naturales que él.

El Padre Caso era hombre de edad avanzada y de generoso desprendimiento. No acudió nadie a su puerta que no recibiera un socorro. Asomado al balconcillo de madera que se abría en la pequeña salita de su vivienda que se comunicaba con la sacristía de San Francisco por el patinillo en que crecía el jazminero, estaba siempre pronto a abrir su puerta a quien se llegaba a él en demanda de consejo o de algún servicio de su noble ministerio.

Viejo, sin gozar de plena salud, el párroco de San Francisco a cualquiera hora que se le requiriese para acudir en socorro espiritual de un enfermo grave, abandonaba su sillón frailero y dejaba el lecho si era más avanzada la noche y se echaba a andar por esas calles y a subir escaleras, no sólo porque ese era su deber, y él no dejaba incumplidos deberes con perjuicio del prójimo, sino, además, porque tenía el prurito de que no pudiera decirse de él que ya no servía para atender con eficacia a la feligresía de su jurisdicción.

Compañero generoso, arrostró a sabiendas el enojo de la superior jerarquía por no dejar abandonados a sus amigos en la hora de la desgracia.

Tenía lo que se llama una debilidad por el padre Paradís, cuya palabra maravillosa resonó tantas veces en el púlpito de San Francisco. El Padre Paradís le hizo gastarse un dineral en pintar la iglesia por dentro y por fuera y todo ello lo dió por bien empleado cuando el insigne orador sagrado, una vez terminada la obra que no era ciertamente un prodigio, subió al púlpito y pronunció una maravillosa conferencia de líricos vuelos dando interpretaciones portentosas a los grupos pictóricos que llenaban los muros

y las bóvedas, reproduciendo escenas del antiguo y del nuevo Testamento con especial dedicación a ese dulce poema de abnegación y de la ternura que es la vida y la muerte del divino Jesús.

Se había dicho que al raspar las paredes del viejo templo para pintar los murales que habían de hacer de nuestro San Francisco un remedo, ya que no una réplica de la basílica de San Francisco el Grande en Madrid, aparecieron pinturas flamencas que de haber sido restauradas hubiesen constituído ejemplares valiosos del arte del siglo XVII. Los viejos murales se atribuían a un lego de la Orden de San Francisco que vivió en el convento adjunto a la parroquia y que se dedicó a embellecer las bóvedas y algunos lienzos de pared con las interpretaciones de escenas religiosas de las que sólo se encontraron algunos rasgos desvaídos.

Era de suponer que no valdrían gran cosa las pinturas cuando sobre ellas se echó una capa de pintura que no iba a ser caprichosamente gastada si en el templo hubiese una decoración estimable que mereciera la conservación.

Nada había en los archivos parroquiales que pudiera servir de orientación. Sin duda, cuando la expulsión de las órdenes religiosas, los archivos de la orden serían llevados con lo que hubiesen podido salvar los religiosos a donde no corrieran el riesgo de perderse o de ser destruidos, y en esos archivos que nunca tuvo a su disposición el Padre Caso estaría, si era que valía la pena de hacer la anotación, la noticia que no se tenía ni del autor ni de la estimación que su obra pudiera merecer a sus contemporáneos.

Yo creo que no se cometió ningún exceso raspando con la cal espesa que embaurnaba los muros alguna tentativa no lograda de un ingenuo aficionado remoto, pero tampoco valía la pena de hacer gastar al padre Caso sus ahorros y el producto de una cuestación para llenar la Iglesia de pinturas que si tenían parciales aciertos, no eran, ni con mucho, la obra de arte que la imaginación exuberante del Padre Paradís se obstinaba en ver de todos modos para tener en qué plasmar sus peroraciones inagotables.

El Padre Caso, cuando libre de la magia verbal del Padre Paradís pudo contemplar a sangre fría las pinturas murales, sufrió el desencanto que toda obra adocenada produce. Pero ya aquello no tenía remedio. En lo sucesivo sería más cauto. Sólo que, la experiencia, cuando llega tarde, irremediablemente tarde, ya no es el caudal de que nos hablaban los

conformistas, sino una pesadumbre que nos reprocha nuestra incapacidad de reacción contra lo que no tiene arreglo.

Y no lo tendrá jamás…

J. PEREZ LOSADA

Estampas del Pasado
Del San Juan que yo amo

Por J. Pérez Losada

¿DONDE está aquel jazminero que vivía en el jardinillo ingenuo de la pequeña casa parroquial de San Francisco y que subía, subía muy alto, apoyado en el muro de la capilla franciscana y llenaba con su fragancia en la noche todo un largo trayecto de la calle y, desde luego, las viviendas fronteras en que unas muchachas de grandes ojos apasionados y cordiales soñaban asomadas a los antepechos con otra flor hermana en la blancura, la flor de azahar con que se prenden los velos de las novias?

Este jazminero y el del convento de las Carmelitas eran los incensarios que la noche mantenía prendidos para impregnar la ciudad de un perfume romántico. La estrecha acera se llenaba de esas estrellitas blancas de que se cuajaba el maravilloso tapiz que se había ido tejiendo al lento enebrar de las horas y de los días y de los años, y sobre la tapia que tenía una vaga coloración celeste pálido, se asomaban algunas ramas para dejar caer sobre los transeúntes la invitadora caricia del perfume que es siempre, cuando lo vierte una flor, incitación a una dulce quimera.

La iglesia de San Francisco atraía las mañanas domingueras y de los demás días festivos la expectación de la ciudad. El batallón de artillería iba a misa a San Francisco y el marcial atuendo de la tropa mantenía la curiosidad ilusionada de un buen número de muchachas pertenecientes a todos los sectores sociales. La bizarra oficialidad de artillería tan distinguida y tan correcta gozaba de un ambiente afectuoso en el medio social portorriqueño. Muchos de aquellos oficiales matrimoniaron con gentilísimas muchachas del país, pertenecientes a familias muy principales.

Los sargentos y cabos tenían también quienes respondieran a sus miradas incendiarias y la clase de tropa por su talla avenajada y su gallardía rozagante estaba muy bien vista entre las lavanderas y domésticas que tenían siempre un obsequio oportuno para el muchacho peninsular que de lo único que se quejaba alguna vez era del calor, pero que todo lo demás lo encontraba sabroso y en primer lugar los mimos de las dulces criollas.

No eran los novios, ni las amigas, ni las *mamasitas* de los soldados, como ellos llamaban a sus amigas íntimas las que componían el público de la misa de tropa, sino que se formaba ésta de infinidad de personas ajenas a todo interés que no fuera el de admirar el cuadro brillante de que es lástima que no tengamos testimonio gráfico.

Las alegres campanitas de la iglesia repicadas con traviesa jovialidad por los acólitos afectaban un ritmo bailable en la acompasada manera de ceñir los repiques a un martilleo que era como un diálogo festivo.

Tenía entonces la plaza esa belleza de conjunto que era el supremo acierto de la ciudad sin pretensiones de exotismos frustrados. No había casas altas sino al fondo, al norte de la plazuela que era como un gran patio bordeado de acacias. Y no es que fuesen altas esas casas que son las mismas que hoy se alzan allí, sino que subidas en el desnivel de la calle de la Luna, desnivel salvado con una escalinata de elegante traza, lograban proporciones de esbeltez que ahora les faltan, ahogadas por la cuesta artificial que allí ha sido creada.

En la plaza había unos árboles frondosos y unos bancos que tenían cómodo respaldo. Toda la parte del este la llenaba el cuartel de artillería y la iglesia de San Francisco, que tenía un campanario de poca esbeltez pero de líneas muy graciosas que ha sido una torpeza derruir.

Hacia el lado del oeste, una ringlera de casitas terreras se agazapaban bajo los árboles que les daban una luz tamizada y un ambiente fresco. En una de aquellas casitas vivía el maestro

Rivera que tenía allí su pequeño taller de zapatería y que sabía muy bien el oficio por lo que gozaba de muy buena clientela. El maestro Rivera, muy cortés, muy estimado en la ciudad, tenía su taller a la parte de afuera y vivía en las habitaciones interiores, con relativa comodidad. Muy fino, muy cuidadoso de su persona, muy comedido siempre, lo único que le ponía fuera de sí era que le hablasen de su hija Crucita.

—¿De dónde se saca usted que esa desventurada es mi hija? —rechazaba con su voz agria y el ademán descompuesto el que en todo momento procuraba ser atento y cortés con todo el mundo.

—Pues ella dice por ahí que usted es su padre...

—La pobre es medio tonta, y no sabe lo que se dice.

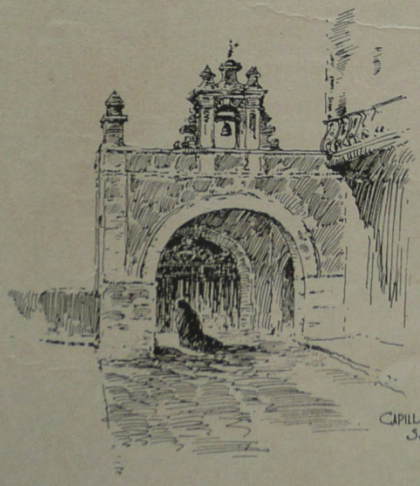
Pero aunque él lo negara, todo el mundo creía que lo de la paternidad era cierto. Lo que pasaba era que la muchacha le había dado más de un disgusto con su resabiosa manera de vivir, con el impudor con que piropeaba a los hombres, y por la arbitraria manera de vestirse y alguna que otra consecuencia de sus escarceos amorosos que no siempre se contuvieron en las cómicas exaltaciones de los "ojos acusativos" y de las miradas melancólicas y "acusativas", también.

Crucita tenía una corpulencia mastodóntica y resultaba que unas veces llevaba una bata que le estaba más o menos bien, pero si alguna de las damas que la protegían le daba alguna bata desechada por ella que a Crucita le gustase, aunque estallase dentro de la ropa, o lo que era más seguro hiciera estallar la ropa con sus exuberancias grotescas, se la ponía aunque le llegase a las rodillas en tiempos en que, como el sumun del atrevimiento se hablaba de esa falda corta que, entre las convencionales segadoras de "El Rey que rabió", permite ver hasta el tobillo de la mujer.

La idea de las modas más atrevidas, si no siempre en los animales como pretende Don Honorato, se basa en cualquier exceso o en cualquier defecto de indumento, causado por la impropiedad de un vestido que sugiere, sin embargo para quien sabe estudiar las siluetas un mar de posibilidades especulativas, contando desde luego con la docilidad sumisa con que mujeres y hombres acatan las modas.

Crucita fué la precursora de la falda corta, y aunque no vivimos en país que lance la moda, ni la infeliz tiene personalidad para que en ella se fijen los modistos, lo cierto es que al generalizarse la moda de la falda corta hemos visto por esas calles de Dios algunas damas que no estaban muy distantes de la silueta que hace treinta y cinco años, cuando nadie pensaba que eso pudiera venir jamás, decidió al maestro Rivera a repudiar a su hija por creerla aquejada de cierto idiotismo complicado con anticipaciones al nudismo paradisíaco.

Pero no era sólo Crucita —nuestra madame Pimentón— la que monopolizara la nota extravagante de la popularidad festiva. Teníamos a "Tipo de noche", que se vestía con la etiqueta convencional que él se había inventado para recorrer la ciudad bajo el agresivo abucheo de la muchitanga estrepitosa y que sabía preparar el café dándole el punto con que tan pocas personas atinan, lo que le sirvió para que lo llevasen a viajar al país de los expertos donde no pudo lograr que curasen de la atrofia del paladar que no les deja saborear nuestro café.



CAPILLA DEL SANTO CRISTO
SAN JUAN, PUERTO RICO.

G. FERNÓS

Estaba también entre los más detonantes "Sofoco" que se deslizaba con paso mitad militar, mitad de rumba cubana, y era tan español que se fué con las tropas y allá murió por España de la borrachera que llevaba empalmada desde aquí y que allí se complicó con todas las agravantes previstas de nocturnidad y ensañamiento...

Quintana era otro tipo popular de muy distinta catadura, pero de una cómica silueta que tentaba al caricaturista. Se le conocía por un remoquete mitad místico, mitad sicalíptico y tenía una colección de pañuelos de seda de vivísimos colores que lucía preferentemente en las procesiones y en los espectáculos teatrales. Quintana era sacristán de la capilla del Santo Cristo de la Salud y debía tener algunas buscas adicionales, porque él no faltaba a ninguna función de teatro, aunque la temporada, como entonces acontecía, durase dos o tres meses. Quintana compraba una entrada general y se situaba en la escalinata que da al pasillo del oeste y allí estaba de pie, sin abandonar el sitio que había elegido, y sin otro movimiento que el de acercarse de vez en cuando a la cara, que parecía un pajuil disecado, el pañuelo de seda rabiosamente rojo o cándidamente azul, que eran sus colores predilectos.

Desde el paraíso, algún chusco, atiplando la voz, gritaba: ¡Quintaaanaaaa!... Resurrexión!... ... ...

Y Quintana íntimamente satisfecho de que hubiera sido advertida su presencia, miraba hacia el sitio de donde surgía la llamada, pero no hacía demostración alguna de agrado ni de molestia. Sabía él que las voces con que se le quería chotear no se aventurarían a completar el mote sacrílego, porque entonces, como la impunidad de las tinieblas en que el cine ha dejado las salas de espectáculos, no había hecho los estragos que ahora se notan en la educación de los públicos, ni habían de tolerarse por las autoridades ciertos excesos ni parecía que el teatro fuese sitio adecuado para que se manifestasen con estridencia.

Quintana sabía esto y no se inquietaba *(Pasa a la página 60)*

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3)

ante la voz que anunciaba su presencia en aquel sitio. Pero una noche no se contuvo en estos límites la alusión perversa al sacristán aberrante. Estaban representando los muchachos de la Unión Artística, "El Bateo", y Montesinos que interpretaba el Virginio sacó un pañuelo de seda y copió una de las actitudes preferidas de Quintana.

El público del gallinero no necesitó mayor incentivo para decidirse a meterse con Quintana que se dió cuenta de que había ascendido en categoría desde el momento en que era tema de una caricatura que celebraba el público.

Tampoco faltó nunca en Puerto Rico el buen humor y el acierto para poner motes. Había un señor a quien llamaban: Puerto Rico es mío... Otro señor muy correcto y muy arrogante era conocido por el marqués del Viento. Y otro a quien llamaban "Chino en banastas", y había que ver el acierto, la visión del caricaturista que denunciaban estos motes, como el de aquel excelente gobernador a quien llamaban: Bálsamo tranquilo por la blandura con que respondía a toda pretensión que se le formulara:

—Váyase usted tranquilo, váyase usted tranquilo...

Un ilustre jefe de las milicias españolas que reside en la Isla, me refería esta anécdota a propósito de la discusión abierta sobre el uniforme que deben llevar en verano los policías de Puerto Rico.

Como usted sabe hasta hace muy pocos años, el Cuerpo de la Guardia Civil española, vistió siempre con la más exagerada corrección, el uniforme que su fundador, el duque de Ahumada, impuso: sombrero de dos picos, encintado de blanco, levita larga cerrada, azul turquí, de dos hileras de botones de plata y cuello y bocamangas grana; pantalón largo azul turquí, correaje de ante amarillo charolado y botinas enterizas de elástico.

Esto lo mismo para verano que para invierno, y lo mismo para andar por el monte, en persecución de bandidos, que en poblaciones; y obligados también a llevar puestos los guantes blancos, de algodón o gamuza según la estación, infracción que se castigaba severamente.

Hace pocos años que se permitió el uso de un uniforme fresco para verano, color verde aceituna, holgado, cuello bajo y solapas en la guerrera, sombrero de cartón engomado forrado de hule, para la lluvia, calzado fuerte, borseguíes, y camisa de cuello bajo y corbata; traje que después ha quedado de reglamento para ambas estaciones. Es decir, que se ha reconocido la razón de aquella sinrazón.

Los tercios de la Guardia Civil que prestaban servicio en las provincias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas —agrega nuestro confidente— usaban un uniforme adecuado al clima de cada una, según el criterio del Gobernador General, de quien dependían.

Contrayéndome a Puerto Rico —agrega— en la época en que aquí fuí destinado, como teniente, usábamos el siguiente uniforme, que el gobernador General don Segundo de la Portilla y Gutiérrez, muy conocedor de estos países donde había hecho toda su carrera desde alferez, estimó el más adecuado: sombrero de Panamá con cinta de charol y escarapela con los colores nacionales, guerrera de lanilla azul turquí, con cuello bajo y solapas, pantalón de dril crudo y zapato de cordones, y correaje color avellana.

Hacia el mes de junio o julio de 1881, destinaron a mandar este tercio al coronel don Benito Macías y Rueda, a quien fuimos a recibir a bordo y que al vernos así uniformados (de máscara según dijo) prometió que él cambiaría aquel mamarracho, por el uniforme del Cuerpo, puesto que si aquí hace calor, calor hace en la Península en verano y nadie se moría por llevarlo.

Yo prestaba servicio de ayudante a las órdenes del General La Portilla, y al día siguiente, al hacer el coronel Macías su presentación oficial, propuso al General el cambio de uniforme por estas, aquellas y demás razones...

Con aquella calma que Dios le había dado, repuso el General:

—Señor Coronel, yo encuentro muy atendibles las razones que usted aduce para restablecer el uniforme reglamentario,

pero usted no conoce el país, ni el servicio que aquí se presta. Mañana a la una de la tarde, que ya habrá usted descansado del viaje, sale usted a pie, con uniforme de diario, hasta el pueblo de Río Piedras. Allí lo espero a Ud. en mi residencia y si la práctica le aconseja el cambio, yo daré la orden para ello.

El coronel Macías, en obediencia a la orden superior llegó a Río Piedras a pie, como a las cuatro de la tarde con un baño ruso a las costillas y... nada dijo al Gobernador del cambio de uniforme.

Nada, tampoco, le preguntó el General, y después de obsequiarle espléndidamente, como él sabía hacerlo, regresaron a San Juan en el coche del Gobernador.

El episodio referido pone una vez más de relieve lo conveniente que es hallarse bien aclimatado en la isla para ejercer con eficacia el mando, cualquiera que sea el orden en que nuestras actividades se desenvuelvan.

El párroco de San Francisco, el Lcdo. en derecho canónico, don Eulogio Ma. de Caso era un valioso testimonio de esta afirmación. Tenía el curato de San Francisco en propiedad y gozaba de la estimación de sus feligreses por el buen sentido de que siempre hizo gala y por su espíritu conciliador. Como era hombre culto, aunque no tuviera facultades brillantes, su consejo era siempre provechoso, y en más de una ocasión dió las normas de solución de problemas que hubieron intrincado los que se creían con más luces naturales que él.

El Padre Caso era hombre de edad avanzada y de generoso desprendimiento. No acudió nadie a su puerta que no recibiera un socorro. Asomado al banconcillo de madera que se abría en la pequeña salita de su vivienda que se comunicaba con la sacristía de San Francisco por el patinillo en que crecía el jazminero, estaba siempre pronto a abrir su puerta a quien se llegaba a él en demanda de consejo o de algún servicio de su noble ministerio.

Viejo, sin gozar de plena salud, el párroco de San Francisco a cualquiera hora que se le requiriese para acudir en socorro espiritual de un enfermo grave, abandonaba su sillón frailero y dejaba el lecho si era más avanzada la noche y se echaba a andar por esas calles y a subir escaleras, no sólo porque ése era su deber, y él no dejaba incumplidos deberes con perjuicio del prójimo, sino, además, porque tenía el prurito de que no pudiera decirse de él que ya no sería para atender con eficacia a la feligresía de su jurisdicción.

Compañero generoso, arrostró a sabiendas el enojo de la superior jerarquía por no dejar abandonados a sus amigos en la hora de la desgracia.

Tenía lo que se llama una debilidad por el Padre Paradís, cuya palabra maravillosa resonó tantas veces en el púlpito de San Francisco. El Padre Paradís le hizo gastarse un dineral en pintar la iglesia por dentro y por fuera y todo ello lo dió por bien empleado cuando el insigne orador sagrado, una vez terminada la obra, que no era ciertamente un prodigio, subió al púlpito y pronunció una maravillosa conferencia de líricos vuelos dando interpretaciones portentosas a los grupos pictóricos que llenaban los muros y las bóvedas, reproduciendo escenas del antiguo y del nuevo Testamento con especial dedicación a ese dulce poema de abnegación y de ternura que es la vida y la muerte del divino Jesús.

Se había dicho que al raspar las paredes del viejo templo para pintar los murales que habían de hacer de nuestro San Francisco un remedo, ya que no una réplica de la basílica de San Francisco el Grande en Madrid, aparecieron pinturas flamencas que de haber sido restauradas hubiesen constituído ejemplares valiosos del arte del siglo XVII. Los viejos murales se atribuían a un lego de la Orden de San Francisco que vivió en el convento adjunto a la parroquia y que se dedicó a embellecer las bóvedas y algunos lienzos de pared con las interpretaciones de escenas religiosas de las que sólo se encontraron algunos rasgos desvaídos.

Era de suponer que no valdrían gran cosa las pinturas cuando sobre ellas se echó una capa de pintura que no iba a ser caprichosamente gastada si en el templo hubiese una decoración estimable que mereciera la conservación.

Nada había en los archivos parroquiales que pudiera servir de orientación. Sin duda, cuando la expulsión de las órdenes religiosas, los archivos de la orden serían llevados con lo que hubiesen podido salvar los religiosos a donde no corrieran el riesgo de perderse o de ser destruídos, y en esos archivos que nunca tuvo a su disposición el Padre Caso estaría, si era que valía la pena de hacer la anotación, la noticia que no se tenía ni del autor ni de la estimación que su obra pudiera merecer a sus contemporáneos.

Yo creo que no se cometió ningún exceso raspando con la cal espesa que embaurnaba los muros alguna tentativa no lograda de un ingenuo aficionado remoto, pero tampoco valía la pena de hacer gastar al Padre Caso sus ahorros y el producto de una cuestación para llenar la iglesia de pinturas que si tenían parciales aciertos, no eran, ni con mucho, la obra de arte que la imaginación exuberante del Padre Paradís se obstinaba en ver de todos modos para tener en qué plasmar sus peroraciones inagotables.

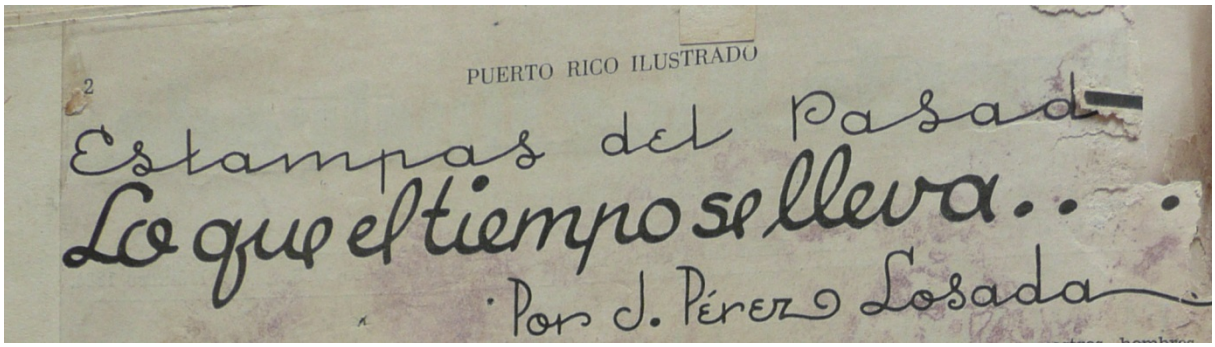
El Padre Caso, cuando libre de la magia verbal del Padre Paradís pudo contemplar a sangre fría las pinturas murales, sufrió el desencanto que toda obra adocenada produce. Pero ya aquello no tenía remedio. En lo sucesivo sería más cauto. Sólo que, la experiencia, cuando llega tarde, irremediablemente tarde, ya no es el caudal de que nos hablaban los conformistas, sino una pesadumbre que nos reprocha nuestra incapacidad de reacción contra lo que no tiene arreglo.

Y no lo tendrá jamás...

J. PEREZ LOSADA.

6. Puerto Rico Ilustrado

28 de septiembre de 1935


PUERTO RICO ILUSTRADO

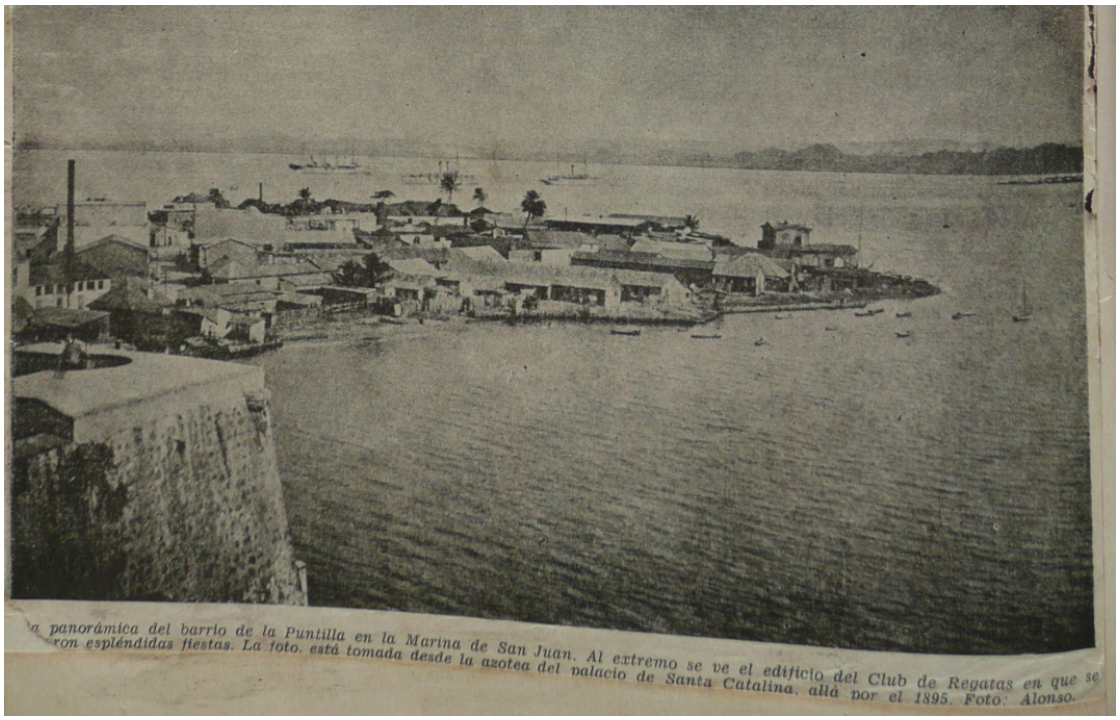
2

Estampas del Pasado

Lo que el tiempo se lleva...

Por J. Pérez Losada

Sobre el teatro Moratín y Eugenio Astol y remoquetes (apodos) a lugares


...a panorámica del barrio de la Puntilla en la Marina de San Juan. Al extremo se ve el edificio del Club de Regatas en que se ...ron espléndidas fiestas. La foto. está tomada desde la azotea del palacio de Santa Catalina, allá por el 1895. Foto: Alonso.

En el Puerto Rico Ilustrado de 28 de septiembre 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre el teatro Moratín y Eugenio Astol y remoquetes (apodos) a lugares. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado de 28 de septiembre de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO – LO QUE ELTIEMPO SE LLEVA..

De José Pérez Losada (1879-1937)

El viandante que transita ahora por la calle del maestro Rafael Cordero, (antes Luna) al llegar frente a la casa marcada con el número 110, acaso no tenga la menor idea de que allí, en el año de gracia de 1879, el gran actor portorriqueño don Eugenio Astol construyó un teatro al que puso el nombre de Moratín, el insigne autor de "El sí de las niñas".

El solar en que se levantó el teatro era propiedad de don José Eustaquio González, persona de muy afinados gustos y que dió facilidades para la empresa. El teatro se hizo de madera y techado de zinc y resultó, por las versiones que tenemos oídas, de muy buenas condiciones acústicas.

Tenía como asociado el señor Astol a un actor de mucho mérito llamado Prado que le hacia los segundos galanes y los actores cómicos, rivalizando con el primer actor en la diaria cosecha de aplausos que el público tributaba a los dos, sin regatearlos a la primera dama ni las demás figuras del elenco.

La obra escogida para debut fue "La Carcajada", en cuya interpretación había ganado Astol la admiración de otros públicos, porque nuestro artista era muy popular en diversos países hispanoamericanos. Tan metido en situación --como se dice en el argot de teatro-- estuvo en la noche del debut don Eugenio, que al decir de sus contemporáneos fué preciso que le sangrara el doctor Tizol para prevenir el riesgo de una congestión, después de la escena violentísima de la locura que el eminente actor interpretaba con un realismo impresionante y una delirante exaltación.

Pero si grande fue el éxito de Astol en "La Carcajada" y en "La Aldea de San Marcial" y en "La Oración de la Tarde", no le fué en zaga el que lograra con el estreno de "Don Juan Tenorio", el famoso drama de don José Zorrilla, que

tenía en el arrogante primer actor la figura que requería el protagonista para hacer verosímil la jactancia con que pregona sus conquistas:

iDesde una princesa real
a la hija de un pescador,
ha recorrido mi amor
toda la escala social! ...

Observando ahora la transformación operada en aquel paraje, no es fácil sin la ayuda de la imaginación reconstruir, el cuadro interesante que ofrecían las representaciones del Teatro Moratín, al que asistía lo más distinguido de nuestra sociedad hace 56 años. Ninguna huella queda en la casa de lo que fue escenario de los triunfos de don Eugenio Astol. Unas viviendas modestas ocupan el solar que albergó tantas noches a nuestras bellezas deslumbrantes y a nuestros hombres de pro.

Para que el recuerdo no se borre y se pierda esa huella interesante del pasado, debería ponerse por algún organismo de cultura, el Ateneo, por ejemplo, una lápida en la fachada de la casa, que recordase que allí estuvo el Teatro Moratín y que nuestra sociedad elegante del último tercio del siglo XIX y el pueblo aficionado al arte que tuvo siempre en San Juan un núcleo fervoroso, se congregó allí muchas noches para ovacionar a un gran artista, solazándose a la vez con la música de los versos del teatro de capa y espada y con la prosa vibrante con que los innovadores de la escena daban mayor libertad al diálogo y más verosimilitud a la farsa.

No tuvo tanto auge como el Moratín el teatro que en la casa conocida por la Filarmonía, calle Cruz allí estableció don Fermín Toledo, prestigioso músico español que logró disciplinar varios conjuntos bajo la acertada dirección y su irreductible entusiasmo por el arte.

Pasado el tiempo, cuando ya no quedaba en el anchuroso patio, rastros de aquel teatro que tuvo la tragedia de los famosos corrales que sirvieron en Madrid, en Valencia y en Sevilla a funciones de la farándula, ocupó la primorosa residencia don Eduardo Martorel muy ducho en el código del honor y muy diestro conocedor de todas las armas utilizadas en el campo de combate. A él recurrió don Luis Muñoz Rivera en un trance difícil que salvó con valor indomable y la caballerosidad del adversario. Don Luis fue herido en el duelo, pero él que había desdeñado siempre el ejercicio de las armas, hizo un papel airoso frente a un adversario temible como lo era don Vicente

Balbás, por las sucintas lecciones que le diera Don Eduardo Martorel en el breve tiempo disponible de una noche.

Muchas casas de San Juan son conocidas todavía por los nombres de sus primitivos dueños o por los remoquetes que les puso el inagotable ingenio del pueblo que tuvo siempre un travieso sentido de la caricatura para retratar lugares y personas.

Solamente los viejos saben cuál es la casa que fué llamada el infierno. Está en la calle de San Justo al lado del edificio de San Ildefonso. Vivía en ella José el contrabandista, y entre la profesión ejercida por el incumbente y el remoquete nada piadoso de tan siniestro albergue no faltaba gente tímida que al cruzar de noche por aquel sitio, hiciera la señal de la cruz. Pero el contrabandista que sacó el premio grande de la lotería, y en gratitud hizo pintar un letrero en la fachada que decía: Jesús, María y José. El contrabandista especulaba con la piedad de nuestro pueblo. ¿Quién había de seguir llamando a su casa el infierno, si estaba bajo la advocación de la Sagrada Familia?

Poco a poco, se fue olvidando el nombre sacrílego. Y las personas devotas al pasar frente a la casa se seguían santiguando, pero ya no era para aventar al enemigo, sino para reverenciar la invocación amable.

A las casas con sótanos, que son varias las que existen en la ciudad, las conoce todavía el pueblo por los hoyos que a veces resultan poéticos, como Hoyo de las Flores, Hoyo del Tamarindo, y que cobra una equivoca insinuación en Hoyo Frio, y en Hoyo Amarillo, y en Hoyo Prieto. Ha desaparecido o se ha transformado fundiéndose al edificio San Cristóbal, no al castillo sino a la casa de vivienda, Hoyo Vicioso, en la calle del Sol, ahora del General Contreras.

El Hoyo del Tamarindo está en la calle de Rafael Cordero (antes Luna) y el nombre proviene de que existía en el corral un hermoso árbol que ya ha desaparecido, y con él la alegría del recinto.

Hoyo de las Flores está en la calle de Norzagaray en la bajada de San Cristóbal, y allí cerca, en la calle de la Luna, frente a San Cristóbal esta Hoyo Frío.

¿Y El Hornito, saben muchos de los que siguen este itinerario pintoresco en que brindamos localización a los sainetes del teatro por hacer --dónde está

El Hornito, o mejor dicho, dónde estaba, porque la casa vieja, una casa de vecinos ha desaparecido para dejar sitio a una construcción moderna dedicada a una gran instalación comercial? El Hornito era donde está ahora el establecimiento El Globo. Lo llamaban así porque era una casa larga y estrecha y de mucho vecindario, y como el alojamiento no era allí ninguna delicia, y como la gente si no asarse se cocía a fuego lento, los humoristas que nunca faltaron, aunque tuvieran que hacer el chiste a sus expensas, le pusieron a la casa El Hornito, y no hizo falta citar la calle ni el número para localizar esta sucursal de El Infierno que estaba al final de la cuesta y en la calle vecina.

Otras casas tenían nombres evocadores y presuntuosos, como las de Don Julián Pagani, que se llamaban la una: La Granja, en Puerta de Tierra, donde está ahora la marmolería de Talavera. Otra era La Alhambra, y estaba en la calle del Sol, y otra La Giralda, en la calle de Tetuán, en uno de los solares abarcados por el Tobacco Palace.

La casa rotulada con el número 84 de la calle de la Fortaleza, fue conocida hasta algunos años después del cambio de régimen por el remoquete de la casa de Pompeyo. Y no es que el dueño del inmueble se llamara Pompeyo, sino un oso que allí se exhibió por algún tiempo y al que la muchachería de la época le puso Pompeyo.

En esa misma casa se instaló por primera vez el Auxilio Mutuo hace ya más de cincuenta años. Antes de funcionar ahí la benemérita institución que ha logrado tan merecido auge y que tiene instalación tan idónea en el solar tan amplio y en condiciones de aislamiento tan propicias a la aireación y otras ventajas higiénicas, los enfermos españoles eran albergados en la Casa de Salud San Luis, que estaba calle de Tetuán Número 11.

El Banco Nova Scotia ocupa con su edificio parte del solar en que funcionaba la Casa de Salud San Luis que contaba con personal médico excelente: el Dr. Fernando Núñez, el doctor Francisco del Valle Atiles, el doctor Francisco Romero e hijo, el Dr. Barbosa, el Dr. Gómez Brioso, el doctor Ricardo Hernández y su hermano don Juan, y los practicantes José Rosario Sosa y Juan García.

Hay una casa en San Juan que se conoce todavía por La Gallera, está en la calle de la Luna número 27. Y se llama así porque allí funcionó la primera gallera que fue establecida en esta capital. Los aficionados de San Juan y los

fanáticos de la Isla vieron pelear en su redondel al famoso gallo San Millán, que pertenecía a un caballero de San Germán, de apellido San Millán y que gozaba de muy sólida fortuna.

El arrogante gallo de pelea que nunca conoció la derrota, era sacado al redondel en una bolsa de terciopelo con borlones de oro. La jaula en que era encerrado el vencedor de cien combates, era de madera de cedro artísticamente trabajada, y el afortunado poseedor de tan raro ejemplar de pelea paseaba la isla triunfalmente con el personal que cuidaba de su gallo, sin encontrar rival que le venciera.

Pero un malvado, roída su alma por la roña de la envidia, envenenó al valiente animal, echándole en un descuido cabezas de cerilla en los granos de maíz. La reprobación de acto tan cobarde debió abrumar al miserable que así deshonró la venganza inspirada tal vez en un absurdo desquite. Al gallo se le hizo un entierro fastuoso en que tomaron parte los más significados jugadores de la isla. Y allá en San Germán, en un espléndido café que era diariamente visitado por lo más selecto de la población, se le erigió un artístico monumento en el patio, entre flores y surtidores. La gallarda traza del arrogante gallo San Millán, tallado en mármol, parecía lanzar su pregón de desafío, más allá de la muerte, como un símbolo del valor que no siente desmayos.

Otra casa que tiene también su historia es la que se alza al lado del Hotel Palace, y que era conocida por La Gloria. No era un establecimiento sino una casa de vecinos, más tarde reconstruída y en la que vivían personajes del sainete que nunca se escribió, muchas lavanderas y un sastre. El nombre de la Gloria le venía a la casa porque en una hornacina se reverenciaba la figura de un angel que vestían las vecinas con ayuda del sastre, celebrando en honor del patrono celeste un baile el sábado de Gloria, para el que los preparativos duraban varias semanas.

Elías Córdova se llamaba el maestro sastre que era un soberbio ejemplar de la raza de color: arrogante, caballeroso, muy aficionado a los bailes y muy diestro en los de figuras, que sabía dirigir con tal garbo que diríase que no había hecho en su vida otra cosa. El maestro Elías Córdova ocupaba uno de los aposentos de puerta de calle y en su taller que visitaba la juventud que se preciaba de vestir a la moda, se comentaba cuanta noticia o cuanto rumor inquietaba a la ciudad que concedía entonces importancia a cosas que ahora, porque se han hecho cotidianas, no la tienen o han perdido el interés.

Todavía llamaba el vecindario a la calle de Tetuán, la calle de los cuarteles, y era en esa misma calle, acaso por la cercanía al puerto, donde las posadas del amor transeúnte se prodigaban, buscando la estrategia de la doble entrada en la acera del Sur. Quién sabe si por eso, el trozo comprendido entre las calles de la Tanca y de San Justo era llamado la calle del Mondongo.

La aplicación de ciertas ordenanzas municipales en relación con las buenas costumbres, el crecimiento de la ciudad y la mejora de la edificación que llevó a esa vía una reconcentración del comercio mayorista, y la rotulación de la calle en recuerdo de un éxito de las armas españolas en la guerra de Africa, como lo fue la toma de la ciudad de Tetuán, hizo que se olvidasen los nombres anteriores, y ya apenas si queda alguien que al preguntarle cuál era la calle del Mondongo pueda localizarla en la parte acotada de la calle de los Cuarteles, cuya memoria se ha perdido también.

Extramuros, porque entonces no estaba abierta la puerta de España y se cerraba por las noches la de San Justo, extramuros con los terrenos ganados al mar y los trabajos de drenaje realizados en el manglar que se extendía dónde está hoy el arsenal y parte del barrio de la Marina, se había ido formando un núcleo populoso que levantó primero viviendas modestas, pero que fué instalando después almacenes y talleres y alguna fábrica, como la del hielo, de la que fué administrador don Jorge Goyco.

Más hacia la Puntilla estaba el enorme ranchón llamado “El Combate", bautizado con tan bélico nombre por la frecuencia con que allí se producían unas zapatiestas que se agudizaban a veces hasta la lucha sangrienta seguida de reminiscencias que renovaban la agresión cultivada en tan propicio ambiente.

En “El Combate" se daban bailes, se jugaba a lo prohibido, se comía por poco dinero y se encontraba la compañía más o menos amable que era, por lo general el motivo de las renovadas trifulcas. Más de una vez tuvo que poner paz entre los combatientes, la guardia del Presidio o la del Arsenal, porque estaban complicados en la ardorosa pelea soldados de la guarnición lo que daba a la riña una derivación que era necesario atajar.

La vía que parte del extremo Oeste del Paseo de la Princesa hasta el sitio en que estuvo más tarde el edificio del “Club de Regatas” se llamaba la calle del

Presidio porque se abre frente al edificio que lleva ese nombre, construído en 1837.

Fué una de las primeras casas confortables y amplias levantadas en el comienzo de esa calle la de los padres de don Pío Amador y Rodríguez-Alfonso, el popular y veterano cronista de teatros, conocido en el mundo de la farándula por el seudónimo de "Boricua". Como don Pío tuvo desde niño un apetito de náufrago y vivía tan cerca del mar que alguna dependencia de la casa estaba montada sobre pilotes en una especie de puentecillo que batían las aguas, llegó a tener a algunas chopas amaestradas y analizando el por qué de la cotidiana visita de los pececillos que merodeaban por aquellos contornos se explicó sin ningún esfuerzo la filosofía aleccionante de la fábula que empieza:

Cuentan de un sabio, que un día……

Las marejadas de noviembre barrían con todo lo que no era todavía motivo de inspiración para ciertos poetas. Y las chopas amaestradas por Boricua, cedían su puesto a peces de alto bordo que perdían su buena reputación de comestibles al aventurarse por aquellos contornos.

El primer balcón de hierro que se puso en Puerto Rico, estaba en la casa que ocupa ahora el cine Luna, construída en 1870. Funcionaba en dicha casa la escuela de don José Jacinto Dávila que tuvo dificultades con el Gobierno y fue clausurada temporalmente. Los alumnos se trasladaron a la escuela de don Manuel Sergio Cuevas Bacener, uno de los más distinguidos educadores que ha tenido Puerto Rico, y que estaba en posesión de títulos y distinciones honoríficas entre otras la de Caballero del Hábito de Santiago.

La piedad de aquellos tiempos mantenía alumbrada día y noche la imagen del Santo Cristo de la Salud, cuya lámpara de plata ardía siempre y podía verse a través de la cancela que resguardaba el Santuario. Ardía la lámpara votiva pero ardía lo mismo con aceite corriente que con el exquisito refinado de bien conocida marca que se utilizaba para aderezar la ensalada y otros refinamientos de la mesa en las casas en que no había que andar con economías, en tan importante capítulo de la vida.

Una dama muy devota del Santo Cristo de la Salud, la señora de Silva, enviaba frecuentemente utilizando como mandadero a Sinforoso (a) Almanaque, dos botellas de aceite refinado para alimentar la lámpara del Santo Cristo. Y sucedía que estaban al quite unos cuantos muchachos de

buen humor y mejor diente, muy dados a las serenatas, a las que se cantan y a las que se comen y, puestos de acuerdo con Almanaque al que daban una propina sustituían las botellas de aceite por el corriente que, probablemente para la lámpara era mejor, con lo que el pequeño escrúpulo del regocijado grupo quedaba adormecido cuando no eliminado. Ellos no eran como las lechuzas que se beben el aceite de las lámparas. Lo que hacían era cambiarlo para que la lámpara ardiera con más vida y el aceite ordinario no se les pegara al gaznate, impidiéndoles modular las serenatas románticas que eran el alma de la noche.

Hemos nombrado a Sinforoso (a) Almanaque y ahora caemos en la cuenta de que habría bastante que contar de este pintoresco individuo.

Lo dejaremos para otro artículo, en el que, sabrá el curioso lector quienes eran los jóvenes que realizaban el truco del aceite y otras casas de ingeniosa travesura….

J. PEREZ LOSADA

Estampas del Pasado

Lo que el tiempo se lleva...

Por J. Pérez Losada

EL viandante que transita ahora por la calle del maestro Rafael Cordero, (antes Luna) al llegar frente a la casa marcada con el número 110, acaso no tenga la menor idea de que allí, en el año de gracia de 1879, el gran actor portorriqueño don Eugenio Astol construyó un teatro al que puso el nombre de Moratín, el insigne autor de "El sí de las niñas".

El solar en que se levantó el teatro era de la propiedad de don José Eustaquio González, persona de muy afinados gustos y que dió facilidades para la empresa. El teatro se hizo de madera y techado de zinc y resultó, por las versiones que tenemos oídas, de muy buenas condiciones acústicas.

Tenía como asociado el señor Astol a un actor de mucho mérito llamado Prado que le hacía los segundos galanes y los actores cómicos, rivalizando con el primer actor en la diaria cosecha de aplausos que el público tributaba a los dos, sin regatearlos a la primera dama ni a las demás figuras del elenco.

La obra escogida para debut fué "La Carcajada", en cuya interpretación había ganado Astol la admiración de otros públicos, porque nuestro artista era muy popular en diversos países hispanoamericanos. Tan metido en situación —como se dice en el argot de teatro— estuvo en la noche del debut don Eugenio, que al decir de sus contemporáneos fué preciso que le sangrara el doctor Tizol para prevenir el riesgo de una congestión, después de la escena violentísima de la locura que el eminente actor interpretaba con un realismo impresionante y una delirante exaltación.

Pero si grande fué el éxito de Astol en "La Carcajada" y en "La Aldea de San Marcial" y en "La Oración de la Tarde", no le fué en zaga el que lograra con el estreno de "Don Juan Tenorio", el famoso drama de don José Zorrilla, que tenía en el arrogante primer actor la figura que requería el protagonista para hacer verosímil la jactancia con que pregona sus conquistas:

¡Desde una princesa real
a la hija de un pescador,
ha recorrido mi amor
toda la escala social!...

Observando ahora la transformación operada en aquel paraje, no es fácil sin la ayuda de la imaginación reconstruir el cuadro interesante que ofrecían las representaciones del Teatro Moratín, al que asitía lo más distinguido de nuestra sociedad hace 56 años. Ninguna huella queda en la casa de lo que fué escenario de los triunfos de don Eugenio Astol. Unas viviendas modestas ocupan el solar que albergó tantas noches a nuestras bellezas deslumbrantes y a nuestros hombres de pro.

Para que el recuerdo no se borre y se pierda esa huella interesante del pasado, debería ponerse por algún organismo de cultura, el Ateneo, por ejemplo, una lápida en la fachada de la casa, que recordase que allí estuvo el Teatro Moratín y que nuestra sociedad elegante del último tercio del siglo XIX y el pueblo aficionado al arte que tuvo siempre en San Juan un núcleo fervoroso, se congregó allí muchas noches para ovacionar a un gran artista, solazándose a la vez con la música de los versos del teatro de capa y espada y con la prosa vibrante con que los innovadores de la escena daban mayor libertad al diálogo y más verosimilitud a la farsa.

No tuvo tanto auge como el Moratín el teatro que en la casa conocida por la Filarmonía, calle de la Cruz, [illegible] estableció don Fermín Toledo, prestigioso músico español que logró disciplinar [illegible] dios conjuntos bajo su acertada di[illegible]ión y su irreductible entusiasmo por [illegible]te.

Pasado el tiempo, cuando [illegible] qua-ba en el anchuroso patio [illegible] de aquel teatro que tuvo la tra[illegible] los famosos corrales que sirvieron [illegible] drid, en Valencia y en Sevilla a [illegible]cio-ns de la farándula, ocupó [illegible]osa residencia don Eduardo M[illegible] ducho en el código del honor [illegible] muy die-

Una panorámica del barrio de la Puntilla en la Marina de San Juan. Al extremo se ve el edificio del Club de Regatas en que se celebraron espléndidas fiestas. La foto. está tomada desde la azotea del palacio de Santa Catalina, allá por el 1895. Foto. Alonso.

n es[illegible]ulo bizarro, no exento de cierta tristeza era el embarque de los batallones de guarnición en Puerto Rico para la guerra e Cuba. [illegible]s amigos de los jefes y oficiales y el elemento popular que confraternizaba con la tropa iba a decirle adios al muelle de l dsm[illegible] La foto recoge una de esas escenas. El Batallón de Cádiz embarca en San Juan para Cuba, donde la guerra entre hermanos tiene una virulencia agresiva. (Foto: Alonso.)

[illegible]os

ro lini[illegible]dor de todas las armas utilidas en el campo del combate. A él recurrió don Luis Muñoz Rivera en un rance difícil que salvó con su valor indomable y la caballerosidad del adversario. Don Luis fué herido en el duelo, pero él ue había desdeñado siempre el ejercicio e las armas, hizo un papel airoso frente un adversario temible, como lo era on Vicente Balbás, por las sucintas lecones que le diera don Eduardo Martoel en el breve tiempo disponible de una oche.

Muchas casas de San Juan son conoidas todavía por los nombres de sus rimitivos dueños o por los remoquetes ue les puso el inagotable ingenio del ueblo que tuvo siempre un travieso senido de la caricatura para retratar lugares y personas.

Solamente los viejos saben cuál es la asa que fué llamada el infierno. Está n la calle de San Justo al lado del edicio de San Indefonso. Vivía en ella Jo é el contrabandista, y entre la profesión ejercida por el incumbente y el remoque e nada piadoso de tan siniestro alberue, no faltaba gente tímida que al cruar de noche por aquel sitio, hiciera la eñal de la cruz. Pero el contrabandista e sacó el premio grande de la lotería, y u gratitud hizo pintar un letrero en la achada que decía: Jesús, María y José l contrabandista especulaba con la piedad de nuestro pueblo. ¿Quién había de eguir llamando a su casa el infierno, si staba bajo la advocación de la Sagrada Familia?

Poco a poco, se fué olvidando el nomre sacrílego. Y las personas devotas al asar frente a la casa se seguían santiguando, pero ya no era para aventar al enemigo, sino para reverenciar la invocación amable.

A las casas con sótanos, que son varias las que existen en la ciudad, las conoce todavía el pueblo por los hoyos que a veces resultan poéticos, como Hoyo de las Flores, Hoyo del Tamarindo, y que cobra una equívoca insinuación en Hoyo Frío, y en Hoyo Amarillo, y en Hoyo Prieto. Ha desaparecido o se ha transformado fundiéndose al edificio San Cristóbal, no al castillo sino a la casa de vivienda, Hoyo Vicioso, en la calle del Sol, ahora del General Contreras.

El Hoyo del Tamarindo está en la calle de Rafael Cordero (antes Luna) y el nombre proviene de que existía en el corral un hermoso árbol que ya ha desaparecido, y con él la alegría del recinto.

Hoyo de las Flores está en la calle de Norzagaray, en la bajada de San Cristóbal, y allí cerca, en la calle de la Luna, frente a San Cristóbal, está Hoyo Frío.

¿Y El Hornito, saben muchos de los que siguen este itinerario pintoresco en que brindamos localización a los sainetes del teatro por hacer— dónde está El Hornito, o mejor dicho, dónde estaba, porque la casa vieja, una casa de vecinos ha desaparecido para dejar sitio a una construcción moderna dedicada a una gran instalación comercial? El Hornito era donde está ahora el establecimiento El Globo. Le llamaban así porque era una casa larga y estrecha y de mucho vecindario, y como el alojamiento no era allí ninguna delicia, y como la gente si no asarse se cocía a fuego lento, los humoristas que nunca faltaron, aunque tuvieran que hacer el chiste a sus expensas, le pusieron a la casa El Hornito, y no hizo falta citar la calle ni el número para localizar esta sucursal de El Infierno que estaba al final de la cuesta y en la calle vecina.

Otras casas tenían nombres evocadores y presuntuosos, como las de Don Julián Pagani, que se llamaban la una: La Granja, en Puerta de Tierra, donde está ahora la marmolería de Talavera. Otra era La Alhambra, y estaba en la calle del Sol, y otra La Giralda, en la calle de Tetuán, en uno de los solares abarcados por el Tobacco Palace.

La casa rotulada con el número 84 de la calle de la Fortaleza, fué conocida hasta algunos años después del cambio de régimen por el remoquete de la casa de Pompeyo. Y no es que el dueño del inmueble se llamara Pompeyo, sino un oso que allí se exhibió por algún tiempo y al que la muchachería de la época le puso Pompeyo.

En esa misma casa se instaló por primera vez el Auxilio Mutuo hace ya más de cincuenta años. Antes de funcionar ahí la benemérita institución que ha logrado tan merecido auge y que tiene instalación tan idónea en el solar tan amplio y en condiciones de aislamiento tan propicias a la aireación y otras ventajas higiénicas, los enfermos españoles eran albergados en la Casa de Salud San Luis, que estaba en la calle de Tetuán Número 11.

El Banco Nova Scotia ocupa con su edificio parte del solar en que funcionaba la Casa de Salud San Luis que contaba con un personal médico excelente:

(Continúa en la página 56).

ESTAMPAS DEL...

(Continuación de la página 3)

el Dr. Fernando Núñez, el doctor Francisco del Valle Atiles, el doctor Francisco Romero e hijo, el Dr. Barbosa, el Dr. Gómez Brioso, el doctor Ricardo Hernández y su hermano don Juan, y los practicantes José Rosario Sosa y Juan García.

Hay una casa en San Juan que se conoce todavía por La Gallera, está en la calle de la Luna número 27. Y se llama así porque allí funcionó la primera gallera que fué establecida en esta capital. Los aficionados de San Juan y los fanáticos de la Isla vieron pelear en su redondel al famoso gallo San Millán, que pertenecía a un caballero de San Germán, de apellido San Millán y que gozaba de muy sólida fortuna.

El arrogante gallo de pelea que nunca conoció la derrota, era sacado al redondel en una bolsa de terciopelo con borlones de oro. La jaula en que era encerrado el vencedor de cien combates, era de madera de cedro artísticamente trabajada, y el afortunado poseedor de tan raro ejemplar de pelea paseaba la isla triunfalmente con el personal que cuidaba de su gallo, sin encontrar rival que le venciera.

Pero un malvado, roída su alma por la roña de la envidia, envenenó al valiente animal, echándole en un descuido cabezas de cerilla en unos granos de maíz. La reprobación de acto tan cobarde debió abrumar al miserable que así deshonró la venganza inspirada tal vez en un absurdo desquite. Al gallo se le hizo un entierro fastuoso en que tomaron parte los más significados jugadores de la isla. Y allá en San Germán, en un espléndido café que era diariamente visitado por lo más selecto de la población, se le erigió un artístico monumento en el patio, entre flores y surtidores. La gallarda traza del arrogante gallo San Millán, tallado en mármol, parecía lanzar su pregón de desafío, más allá de la muerte, como un símbolo del valor que no siente desmayos.

Otra casa que tiene también su historia es la que se alza al lado del Hotel Palace, y que era conocida por La Gloria. No era un establecimiento, sino una casa de vecinos, más tarde reconstruída y en la que vivían personajes del sainete que nunca se escribió, muchas lavanderas y un sastre. El nombre de la Gloria le venía a la casa porque en una hornacina se reverenciaba la figura de un angel que vestían las vecinas con ayuda del sastre, celebrando en honor del patrono celeste un baile el sábado de Gloria, para el que los preparativos duraban varias semanas.

Elías Córdova se llamaba el maestro sastre que era un soberbio ejemplar de la raza de color: arrogante, caballeroso, muy aficionado a los bailes y muy diestro en los de figuras, que sabía dirigir con tal garbo que diríase que no había hecho en su vida otra cosa. El maestro Elías Córdova ocupaba uno de los aposentos de puerta de calle y en su taller que visitaba la juventud que se preciaba de vestir a la moda, se comentaba cuanta noticia o cuanto rumor inquietaba a la ciudad que concedía entonces importancia a cosas que ahora, porque se han hecho cotidianas, no la tienen o han perdido el interés.

Todavía llamaba el vecindario a la calle de Tetuán, la calle de los cuarteles, y era en esa misma calle, acaso por la cercanía al puerto, donde las posadas del amor transeúnte se prodigaban, buscando la estrategia de la doble entrada en la acera del Sur. Quién sabe si por eso, el trozo comprendido entre las calles de la Tanca y de San Justo era llamado la calle del Mondongo.

La aplicación de ciertas ordenanzas municipales en relación con las buenas costumbres, el crecimiento de la ciudad y la mejora de la edificación que llevó a esa vía una reconcentración del comercio mayorista, y la rotulación de la calle en recuerdo de un éxito de las armas españolas en la guerra de Africa, como lo fué la toma de la ciudad de Tetuán, hizo que se olvidasen los nombres anteriores, y ya apenas si queda alguien que al preguntarle cuál era la calle del Mondongo pueda localizarla en la parte acotada de la calle de los Cuarteles, cuya memoria se ha perdido también.

Extramuros, porque entonces no estaba abierta la puerta de España y se cerraba por las noches la de San Justo, extramuros con los terrenos ganados al mar y los trabajos de drenaje realizados en el manglar que se extendía donde está hoy el arsenal y parte del barrio de la Marina, se había ido formando un núcleo populoso que levantó primero viviendas modestas, pero que fué instalando después almacenes y talleres y alguna fábrica, como la del hielo, de la que fué administrador don Jorge Goyco.

Más hacia la Puntilla estaba el enorme ranchón llamado "El Combate", bautizado con tan bélico nombre por la frecuencia con que allí se producían unas zapatiestas que se agudizaban a veces hasta la lucha sangrienta seguida de reminiscencias que renovaban la agresión cultivada en tan propicio ambiente.

En "El Combate" se daban bailes, se jugaba a lo prohibido, se comía por poco dinero y se encontraba la compañía más o menos amable que era, por lo general, el motivo de las renovadas trifulcas. Mas de una vez tuvo que poner paz entre los combatientes, la guardia del Presidio o la del Arsenal, porque estaban complicados en la ardorosa pelea soldados de la guarnición lo que daba a la riña una derivación que era necesario atajar.

La vía que parte del extremo Oeste del Paseo de la Princesa hasta el sitio en que estuvo más tarde el edificio del "Club de Regatas" se llamaba la calle del Presidio porque se abre frente al edificio que lleva este nombre, construído en 1837.

Fué una de las primeras casas confortables y amplias levantada en el comienzo de esa calle la de los padres de don Pío Amador y Rodríguez-Alfonso, el popular y veterano cronista de teatros, conocido en el mundo de la farándula por el seudónimo de "Boricua". Como don Pío tuvo desde niño un apetito de náufrago y vivía tan cerca del mar que alguna dependencia de la casa estaba montada sobre pilotes en una especie de puentecillo que batían las aguas, llegó a tener a algunas chopas amaestradas y analizando el por qué de la cotidiana visita de los pececillos que merodeaban por aquellos contornos se explicó sin ningún esfuerzo la filosofía aleccionante de la fábula que empieza:

Cuentan de un sabio, que un día...

Las marejadas de noviembre barrían con todo lo que no era todavía motivo de inspiración para ciertos poetas. Y las chopas amaestradas por Boricua, cedían su puesto a peces de alto bordo que perdían su buena reputación de comestibles al aventurarse por aquellos contornos.

El primer balcón de hierro que se puso en Puerto Rico estaba en la casa que ocupa ahora el cine Luna, construída en 1870. Funcionaba en dicha casa la escuela de don José Jacinto Dávila que tuvo dificultades con el Gobierno y fué clausurada temporalmente. Los alumnos se trasladaron a la escuela de don Manuel Sergio Cuevas Bacener, uno de los más distinguidos educadores que ha tenido Puerto Rico, y que estaba en posesión de títulos y distinciones honoríficas entre otras la de Caballero del Hábito de Santiago.

La piedad de aquellos tiempos mantenía alumbrada día y noche la imagen del Santo Cristo de la Salud, cuya lámpara de plata ardía siempre y podía verse a través de la cancela que resguardaba el Santuario. Ardía la lámpara votiva, pero ardía lo mismo con aceite corriente que con el exquisito refinado de bien conocida marca que se utilizaba para aderezar la ensalada y otros refinamientos de la mesa en las casas en que no había que andar con economías, en tan importante capítulo de la vida.

Una dama muy devota del Santo Cristo de la Salud, la señora de Silva, enviaba frecuentemente utilizando como mandadero a Sinforoso (a) Almanaque, dos botellas de aceite refinado para alimentar la lámpara del Santo Cristo. Y sucedía que estaban al quite unos cuantos muchachos de buen humor y mejor diente, muy dados a las serenatas, a las que se cantan y a las que se comen y, puestos de acuerdo con Almanaque al que daban una propina sustituían las botellas de aceite por el corriente que, probablemente para la lámpara era mejor, con lo que el pequeño escrúpulo del regocijado grupo quedaba adormecido cuando no eliminado. Ellos no eran como las lechuzas que se beben el aceite de las lámparas. Lo que hacían era cambiarlo para que la lámpara ardiera con más vida y el aceite ordinario no se les pegara al gaznate, impidiéndoles modular las serenatas románticas que eran el alma de la noche.

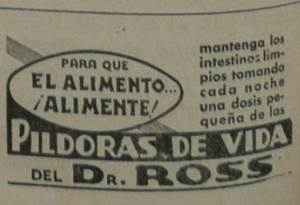
Hemos nombrado a Sinforoso (a) Almanaque y ahora caemos en la cuenta de que habría bastante que contar de este pintoresco individuo.

Lo dejaremos para otro artículo, en el que sabrá el curioso lector quienes eran los jóvenes que realizaban el truco del aceite y otras cosas de ingeniosa travesura...

J. PEREZ LOSADA.

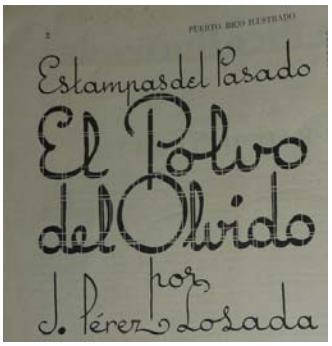
"Puerto Rico Ilustrado" en Mayagüez

Durante toda la semana, a cualquiera, hora del día usted podrá adquirir nuestra revista en la fotografía de Arturo Cifuentes, en Méndez Vigo, esquina Río. Cualquier información en cuanto a anuncios, precios, etc., que usted desee, puede dirigirse a nuestra oficina en Luna número 10, o llame al teléfono 404.



7. Puerto Rico Ilustrado

17 de agosto de 1935



Paseo de la Princesa y la Infanta María Luisa

En el Puerto Rico Ilustrado de 17 de agosto de 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre el Paseo de la Princesa. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura.

Puerto Rico Ilustrado del 17 de agosto de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO – EL POLVO DEL OLVIDO

Por José Pérez Losada (1879-1937)

Este barrio de la Marina de San Juan, con sus calles rectas y anchas, calles rotuladas como lo estuvieron a mediados de la pasada centuria, tiene el aspecto de uno de esos pueblos andaluces que han tenido mucho espacio para extenderse y que no han conocido el problema de las aglomeraciones de vecinos, sino más bien una tendencia a la despoblación que le imprime un carácter de melancolía. Son calles de este recinto, la del Arsenal, la de Isabel II, la de la Infanta Luisa... Calle de la Infanta Luisa...Esta Infanta Luisa a la que se rinde todavía el tributo de la rotulación de una calle en San Juan de Puerto Rico, es sin duda la infanta María Luisa, la hermana menor de Isabel II, que casó con el Duque de Montpensier y fué madre de la Reina Mercedes, la primera esposa de don Alfonso XII.

Sevilla guarda un recuerdo amable de esta princesa que murió en las postrimerías del siglo XIX, y que hizo a la ciudad un regalo verdaderamente regio: el parque del palacio de San Telmo, que el amor reverente de la ciudad amable ha llamado con esa elegante sencillez que es característica en España: el Parque de María Luisa.

Cuantos han visto el maravilloso jardín convienen en que es el más bello del mundo. Por él paseó sus tristezas que fueron muchas, la dueña de aquel paraíso, que no conoció la felicidad sino en breves intervalos, y que tuvo siempre estremecido su corazón por un sobresalto angustioso o por un dolor de los que apagan para siempre la sonrisa de los labios.

La infanta María Luisa se fue a instalar en el palacio de San Telmo a su regreso de Londres, donde buscó refugio huyendo de Paris ante el asalto de las turbas al palacio de las Tullerías donde tenía su residencia. Después fué el horror de las guerras civiles en España, en que liberales y carlistas se

disputan el trono, que ella veía como una causa de dolorosas complicaciones. Sin quererlo ella se vió envuelta en una conspiración contra su hermana la Reina, por la ambición del duque de Montpensier que mantuvo durante el destronamiento de Isabel II unos derechos dinásticos vinculados a su persona que no lograron exaltar a numerosos partidarios. De una manera episódica logró su aspiración en cierto modo el ambicioso príncipe, puesto que si no él, su hija Mercedes fué Reina de España, pero la muerte, la gran niveladora que abate todas las grandezas humanas, tronchó en plena juventud la vida de la Reina Mercedes antes de que pudiera dar un hijo a quien se casó con ella por amor, desdeñando las presiones que se hacían por algunas cortes europeas, en aquellos tiempos en que todavía a los matrimonios reales se le atribuían transcendencias internacionales que después se ha visto que para nada cuentan o que muy poco suponen en las relaciones entre los pueblos.

La infanta María Luisa estuvo alejada de toda pretensión de su esposo el duque, y desde que murió su hija, no se le vió asistir a fiesta alguna si no tenía un carácter de beneficencia. En las amplias estancias del palacio que tenía como una servidumbre la maravilla de ese parque ofrendado por ella a la ciudad, la gran señora supo de todos los sinsabores del dolor. ¿Cómo donde había tanta vida, donde la primavera ponía su fragancia, donde los rosales perfumaban el aire y subían con la gracia mimosa de una caricia por los troncos de las palmeras para hacer más limpia la ofrenda; como allí donde todo era un canto a la alegría y a la vida, ella estaba triste, y no lograba ver en las florecidas de abril y en el estallido de colores y de aromas de mayo y de todo el año, hasta bien entrado el otoño, como si el recuerdo la obsesara, sino el féretro cubierto de flores de aquella reina de balada que fué su hija, cuyo idilio, cuya muerte y cuyo entierro se cantaron en romances que tuvieron por ingenuos intérpretes los labios candorosos de las niñas en toda la tierra en que se habla español:

¿Dónde vas, Rey Alfonso
dónde vas triste de ti?
--Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.
--Mercedes ya se ha muerto,
muerta esta que yo la vi;
cuatro condes la llevaban
por las calles de Madrid.
Al Escorial la llevaban

y la enterraron allí,
en una caja forrada
de cristal y de marfil.
El paño que la cubría
era azul y carmesí,
con borlones de oro y plata
y claveles más de mil.
¡Ya murió la flor de mayo,
ya murió la flor de abril,
ya murió la que reinaba.
en la corte de Madrid.

Así decía la canción que cantaban las niñas en corro, presintiendo la tristeza del roto idilio que tuvo la duración de una breve primavera.

Una tarde en que los azahares impregnaban el aire embalsamado de Sevilla de un aroma nupcial, la infanta María Luisa, requerida por el encanto de la hora se asomó a una de las rejas de su palacio y paseó la mirada triste por el cielo arrebolado con el matiz de la púrpura y los cendales violeta del crepúsculo.

Cantaban unas niñas allí cerca, en la inconsciencia de su candor como si la primavera exultara su alegría. Cantaban como los pájaros entre las hojas nuevas de los árboles estremecidas por un temblor suave en el anchuroso parque ducal.

Sin advertir la presencia de la dama, las niñas empezaron a cantar el romance del rey galán que respondía a la pregunta condolida, con las palabras ingenuas del popular romance:

--Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.

Alguien advirtió a las niñas que estaba allí tras de la reja la princesa, para que se callasen y no aumentasen su pena con la canción evocadora. Pero la infanta las invitó a seguir y con los ojos arrasados por el llanto, mientras las niñas cantaban presintiendo que sus palabras iban a consolar ahondando una pena, se oyó la voz de la madre, de la madre que plañía como una dolorosa, recitando los versos que cobraban en sus labios la excelsitud de una oración:

Ya murió la flor de mayo.
Ya murió la flor de abril.
Ya murió la que reinaba.

Los sollozos no la dejaron continuar. Lloraba la princesa agarrada a la reja con el desconsuelo de su corazón herido por la pena. Las niñas se fueron acercando a la reja en que aquella egregia mujer lloraba su amargura infinita. Como no sabían qué decirle, las niñas se pusieron a llorar también.

Entonces la infanta, sobreponiéndose a la congoja, sonrió a las nenas con esa sonrisa que por que brota entre lágrimas tiene la ternura de un beso maternal, y les dijo: --"Para que tengáis donde jugar, para que podáis cantar esas bellas canciones mi jardín estará abierto desde mañana para todos los niños de Sevilla."

Y así fue como la Infanta María Luisa hizo donación de su espléndido parque, una de las maravillas de la ciudad del Guadalquivir, al pueblo que tiene en él su recreo y su delicia.

El palacio lo dejó a su muerte para que se instalase en él el seminario de la arquidiócesis que tiene como titular a un cardenal.

No fué éste de la hija, de la amada hija que tenía la dulce belleza de una camelia del parque en que las flores tienen alma, el único drama familiar de la augusta señora. Su esposo que refugiaba sus hastíos de gran señor en la caza y algún escarceo amoroso cada vez más espaciado, murió en circunstancias en que la infanta necesitó acudir a sus reservas de energía para sobreponerse al golpe rudo con que le hería la desgracia.

Había salidos de caza el duque acompañado de su ayudante, un bizarro militar miembro de una noble familia y con alta graduación en el Ejército. El duque se dirigía a un coto que formaba parte de su rico patrimonio en las cercanías de la capital andaluza. Iba en coche con su ayudante, cuando ya uno de los caminos de la finca se sintió presa de angustia que le hizo llevarse con violencia las manos, alternativamente, al corazón y a la garganta.

--¡Me muero! –exclamó, y se desplomó sobre su acompañante, que ordenó cochero que arrease a los caballos para dejar al duque en el primer sitio que pudiera ser asistido, enviando por un médico al lugar más cercano.

Para no perder tiempo, y como la caseta del guarda de la finca era lo más inmediato, allí fue colocado el duque en el camastro del guarda, sobre una manta remendada y un cabezal de muy dudosa limpieza. Pero el duque ya estaba muerto. Era necesario, sin embargo que viniera un médico para certificar la muerte y prevenir a la infanta para atenuar el golpe terrible que había de recibir y que era necesario graduar para evitarle la violencia.

Otro de los guardas que habla sido despachado para buscar al médico, volvió al poco tiempo a la caseta en que el ayudante velaba el cadáver, para decirle con el mayor espanto en el gesto desorbitado:

--Ahí viene el coche de la señora. Lo había visto desde un altozano.

¿Cómo dejar que la infanta se acercara al sitio en que estaba el cadáver de su marido, sin prevenirla de la desgracia, a fin de atenuar el brusco golpe que le aguardaba? El ayudante, decidió salir al encuentro de la dama. Encomendó uno de los guardas que se quedase junto al lecho en que yacía el infante y salió rápido al encuentro de la infanta para ganar terreno y poder prepararle a fin de que la impresión dolorosa no la sobrecogiera de improviso.

El guarda que se quedó custodiando el cadáver del príncipe, si hubiera sido un poco filósofo, no carecería de asunto para hacer unas especulaciones sobre la inanidad de las grandezas humanas. Allí estaba un hijo y un padre de reyes, tendido en su camastro, en el desamparo de la muerte, sin que hubiera podido tener asistencia facultativa, fuera de su palacio suntuoso, entre los harapos de la pobreza, en la soledad de los campos, sin los auxilios de la Religión, sin que nadie hubiera rezado todavía, una oración por el alma que iba ya recorriendo los tenebrosos caminos del misterio.

S. A. R, la infanta María Luisa Fernanda murió de pulmonía el día 1° de febrero de 1897, llorada por toda Sevilla donde se le llamaba la providencia de los pobres. Pocos instantes antes de expirar la augusta dama recibió, por telégrafo la bendición de Su Santidad.

Un periódico de la época publica este comentario expresivo del duelo de la ciudad por la muerte de su generosa bienhechora: “Sevilla entera ha desfilado ante su cadáver. La afluencia es tan considerable que a veces se produce la confusión. La fuerza pública es insuficiente para contener la multitud.”

El cadáver de la infanta Doña María Luisa Fernanda fue colocado el día 3 en caja de zinc, revestida de un cofre forrado de terciopelo galoneado de oro para ser trasladado a Madrid. Estuvo depositado en la capilla del Palacio de San Telmo donde se dijeron muchas misas por el capellán de la casa ducal y los párrocos de Sevilla. A las diez de la mañana fue celebrada una misa solemne en la que ofició el arzobispo de Sevilla, asistido por los canónigos señores Marcón y Ruiz.

El día anterior, por la noche, había salido de Madrid para Sevilla el duque de Béjar, acompañado de dos mayordomos de semana, dos gentileshombres y dos monteros de Espinosa para hacerse cargo del cadáver en nombre de la Reina Regente Doña María Cristina de Hapsburgo y Lorena y darle la debida custodia desde que saliera del palacio de San Telmo en Sevilla hasta que quedase sepultado en el panteón de Infantes de San Lorenzo del Escorial, pasando antes por Madrid.

Dispuso el Gobierno que se tributaran al cadáver de la infanta María Luisa, honores de capitán general que muere en plaza con mando de jefe.

Al llegar el cadáver a la estación del Mediodía el día 5 de febrero, a las nueve de la mañana --refiere una gran revista de la época --esperábanle allí los ministros, el jefe superior de Palacio, duque de Medina Sidonia, clero de la Real Capilla y comisiones especiales. Ocho celadores de la Real Casa le sacaron del furgón y depositaron en la sala principal de la estación, convertida en capilla ardiente, mientras se organizaba la comitiva. El clero de Palacio, presidido por el señor Obispo de Sión, cantó un responso. En el andén hizo los honores una compañía con bandera y música. La comitiva organizóse en la explanada de la estación, guardando el órden siguiente:

Una sección de la Guardia Civil de a caballo; celadores de Palacio y empleados de caballerizas con hachas encendidas; cruz de la Real Capilla, seguida doce capellanes de honor; seis batidores de la escolta Real; coche-estufa con el cadáver, llevando la cintas dos gentiles hombres y dos monteros de Espinosa; gentileshombres, mayordomos de semana, Capitán General del Distrito con su Estado Mayor; un batallón de infantería con bandera enlutada; duelo presidido por el duque de Medina Sidonia y el Gobierno; coches de respeto de la Real Casa y un regimiento de caballería. Formaron la carrera tropas de la guarnición, las cuales desfilaron ante el cadáver en columna de honor en la cuesta de San Vicente.

El cadáver de la infanta María Luisa fué sepultado el mismo día en el Panteón de Infantes del Monasterio del Escorial, en la misma cripta en que duermen el sueño eterno sus hijas y su esposo, el duque de Montpensier.

En el panteón de Infantes yacen las reinas que no dieron sucesor a la corona de España. En una de las capillas laterales en esta amplia cripta está el sepulcro de la Reina Mercedes, hija de la infanta doña María Luisa Fernanda que está con sus otras dos hijas, fallecidas antes que ella, doña Amalia y doña Cristina.

Hijo también de la egregia dama era el príncipe don Antonio de Orleáns, esposo de la infanta doña Eulalia de Borbón, que estuvieron aquí en 1893 de paso para Chicago, a cuya gran Exposición asistieron representando a los reyes de España.

El Paseo de la Princesa ya no se llama oficialmente así, aunque todavía tiene la rotulación antigua que le da este nombre aristocrático. ¿Qué princesa era ésta la que se consagraba el nuevo y el mejor paseo de San Juan en la época distante en que fue construido? Sin duda esta princesa fue después la Reina Isabel II, que tiene también la calle rotulada con su nombre en aquel espacioso suburbio.

Un acuerdo con el Ayuntamiento de San Juan, con ocasión del tercer centenario de la publicación del "Quijote" quiso cambiar el nombre de esta alameda por el de: "Paseo de Cervantes". El estado de ruina en que estaba ya por aquellas fechas el aludido paraje que tuvo la vecindad grata de un jardinillo bien cuidado, la sombra de unos árboles añosos, la comodidad de unos bancos bien distribuídos y el detalle ornamental de unas estatuas en la glorieta de que no quedan sino unos poyetes derruídos, hizo que el acuerdo municipal no se cumpliera, porque no parecía bien que se intentara salir del paso cambiando la rotulación de la vía al sustituir dos o tres losetas adosadas a los muros de unas casas nada pulcras, mientras la obra de urbanización se dejaba para cuando hubiera algunos recursos que emplear en ella.

Como ahora se vuelve a hablar del arreglo del paseo que viene ofreciendo tan desolado aspecto, de la repoblación del jardinillo que bordeaba la muralla, de la replantación de la arboleda y hasta de la demolición del edificio en que estuvo funcionando el presidio, acaso no sea importuno recordar que estamos en deuda con el príncipe de los ingenios, el insigne

don Miguel de Cervantes Saavedra, y que si pareció y se estimó que era discreto no cambiar la rotulación del paseo hasta ponerlo en condiciones que no afrentaran a su nuevo titular, cuando vuelva a lucir como era antes, y se convierta en un paraje deleitoso que invite al regodeo de las gentes y al recreo de los niños, será llegado el momento de rendir el homenaje en receso al escritor glorioso más admirado cada vez y cada vez más digno del tributo que le rinda un pueblo que habla español.

Mirando a los nombres de las calles se puede hallar el tema para un artículo que sin la pretensión de enseñar nada, tenga sin embargo, el propósito de recordar personas y cosas que están olvidadas.

Del polvo del olvido cuando se aventa con un gesto cordial, surge casi siempre una figura amable como la de aquella infanta Luisa cuyo nombre egregio se conserva aquí en una calle y en Sevilla en un jardín.

Aquel jardín de ensueño que porque la infanta tuvo la generosidad de regalarlo a su pueblo, se sigue llamando siempre, en un tributo que se paga con gentileza, el Parque María Luisa...

J. PEREZ LOSADA

Estampas del Pasado

El Polvo del Olvido

por J. Pérez Losada

ESTE barrio de la Marina de San Juan, con sus calles rectas y anchas, calles rotuladas como lo estuvieron a mediados de la pasada centuria, tiene el aspecto de uno de esos pueblos andaluces que han tenido mucho espacio para extenderse y que no han conocido el problema de las aglomeraciones de vecinos, sino más bien una tendencia a la despoblación que le imprime un carácter de melancolía. Son calles de este recinto, la del Arsenal, la de Isabel II, la de la Infanta Luisa... Calle de la Infanta Luisa... Esta Infanta Luisa a la que se rinde todavía el tributo de la rotulación de una calle en San Juan de Puerto Rico, es sin duda la infanta María Luisa, la hermana menor de Isabel II, que casó con el Duque de Montpensier y fué madre de la Reina Mercedes, la primera esposa de don Alfonso XII.

Sevilla guarda un recuerdo amable de esta princesa que murió en las postrimerías del siglo XIX, y que hizo a la ciudad un regalo verdaderamente regio: el parque del palacio de San Telmo, que el amor reverente de la ciudad amable ha llamado con esa elegante sencillez que es característica en España: el Parque de María Luisa.

Cuantos han visto el maravilloso jardín convienen en que es el más bello del mundo. Por él paseó sus tristezas que fueron muchas, la dueña de aquel paraíso, que no conoció la felicidad sino en breves intervalos, y que tuvo siempre estremecido su corazón por un sobresalto angustioso o por un dolor de los que apagan para siempre la sonrisa de los labios.

La infanta María Luisa se fué a instalar en el palacio de San Telmo a su regreso de Londres, donde buscó refugio huyendo de París ante el asalto de las turbas al palacio de las Tullerías, donde tenía su residencia. Después fué el horror de las guerras civiles en España, en que liberales y carlistas se disputan el trono, que ella veía como una causa de dolorosas complicaciones. Sin quererlo ella se vió envuelta en una conspiración contra su hermana la Reina, por la ambición del duque de Montpensier que mantuvo durante el destronamiento de Isabel II unos derechos dinásticos vinculados a su persona que no lograron exaltar a numerosos partidarios. De una manera episódica logró su aspiración en cierto modo el ambicioso príncipe, puesto que si no él, su hija Mercedes fué Reina de España, pero la muerte, la gran niveladora que abate todas las grandezas humanas, tronchó en plena juventud la vida de la Reina Mercedes antes de que pudiera dar un hijo a quien se casó con ella por amor, desdeñando las presiones que se hacían por algunas cortes europeas, en aquellos tiempos en que todavía a los matrimonios reales se les atribuían transcendencias internacionales que después se ha visto que para nada cuentan o que muy poco suponen en las relaciones entre los pueblos.

La infanta María Luisa estuvo alejada de toda pretensión de su esposo el duque, y desde que murió su hija, no se le vió asistir a fiesta alguna si no tenía un carácter de beneficencia. En las amplias estancias del palacio que tenía como una servidumbre la maravilla de ese parque, ofrendado por ella a la ciudad, la gran señora supo de todos los sinsabores del dolor. ¿Cómo donde había tanta vida, donde la primavera ponía su fragancia, donde los rosales perfumaban el aire y subían con la gracia mimosa de una caricia por los troncos de las palmeras para hacer más limpia la ofrenda; cómo allí donde todo era un canto a la alegría y a la vida, ella estaba triste, y no lograba ver en las florecidas de abril y en el estallido de colores y de aromas de mayo y de todo el año, hasta bien entrado el otoño, como si el recuerdo la obsesara, sino el féretro cubierto de flores de aquella reina de balada que fué su hija, cuyo idilio, cuya muerte y cuyo entierro se cantaron en romances que tuvieron por ingenuos intérpretes los labios candorosos de las niñas en toda la tierra en que se habla español:

—¿Dónde vas, Rey Alfonso,
dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.
—Mercedes ya se ha muerto,
muerta está que yo la vi;
cuatro condes la llevaban
por las calles de Madrid.
Al Escorial la llevaban
y la enterraron allí,
en una caja forrada
de cristal y de marfil.
El paño que la cubría
era azul y carmesí,
con borlones de oro y plata
y claveles más de mil.
¡Ya murió la flor de mayo,
ya murió la flor de abril,
ya murió la que reinaba
en la corte de Madrid.

Así decía la canción que cantaban las niñas en corro, presintiendo la tristeza del roto idilio que tuvo la duración de una breve primavera.

Una tarde en que los azahares impregnaban el aire embalsamado de Sevilla de un aroma nupcial, la infanta María Luisa, requerida por el encanto de la hora se asomó a una de las rejas de su palacio y paseó la mirada triste por el cielo arrebolado con el matiz de la púrpura y los cendales violeta del crepúsculo.

Cantaban unas niñas allí cerca, en la inconsciencia de su candor como si la primavera exultara su alegría. Cantaban como los pájaros entre las hojas nuevas de los árboles estremecidas por un temblor suave en el anchuroso parque ducal.

Sin advertir la presencia de la dama, las niñas empezaron a cantar el romance del rey galán que respondía a la pregunta condolida, con las palabras ingenuas del popular romance:

—Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la ví.

Alguien advirtió a las niñas que estaba allí tras de la reja la princesa, para que se callasen y no aumentasen su pena con la canción evocadora. Pero la infanta las invitó a seguir, y con los ojos arrasados por el llanto, mientras las niñas cantaban presintiendo que sus palabras iban a consolar ahondando una pena, se oyó la voz de la madre, de la madre que plañía como una dolorosa, recitando los versos que cobraban en sus labios la excelsitud de una oración:

Ya murió la flor de mayo.
Ya murió la flor de abril,
Ya murió la que reinaba...

Los sollozos no la dejaron continuar. Lloraba la princesa agarrada a la reja con el desconsuelo de su corazón herido por la pena. Las niñas se fueron acercando a la reja en que aquella egregia mu-

jer lloraba su amargura infinita. Como no sabían qué decirle, las niñas se pusieron a llorar también.

Entonces la infanta, sobreponiéndose a la congoja, sonrió a las nenas con esa sonrisa que porque brota entre lágrimas tiene la ternura de un beso maternal, y les dijo: —"Para que tengáis dónde jugar, para que podáis cantar esas bellas canciones mi jardín estará abierto desde mañana para todos los niños de Sevilla."

Y así fué como la Infanta María Luisa hizo donación de su espléndido parque, una de las maravillas de la ciudad del Guadalquivir, al pueblo que tiene en él su recreo y su delicia.

El palacio lo dejó a su muerte para que se instalase en él el seminario de la arquidiócesis que tiene como titular de ella a un cardenal.

No fué éste de la hija, de la amada hija que tenía la dulce belleza de una camelia del parque en que las flores tienen alma, el único drama familiar de la augusta señora. Su esposo que refugiaba sus hastíos de gran señor en la caza y en algún escarceo amoroso cada vez más espaciado, murió en circunstancias en que la infanta necesitó acudir a sus reservas de energía para sobreponerse al golpe rudo con que le hería la desgracia.

Había salido de caza el duque acompañado de su ayudante, un bizarro militar miembro de una noble familia y con una alta graduación en el Ejército. El duque se dirigía a un coto que formaba parte de su rico patrimonio en las cercanías de la capital andaluza. Iba en coche con su ayudante, cuando ya en uno de los caminos de la finca se sintió presa de una angustia que le hizo llevarse con violencia las manos, alternativamente, al corazón y a la garganta.

—¡Me muero! —exclamó, y se desplomó sobre su acompañante, que ordenó al cochero que arrease a los caballos para dejar al duque en el primer sitio en que pudiera ser asistido, enviando por un médico al lugar más cercano.

Para no perder tiempo, y como la caseta del guarda de la finca era lo más inmediato, allí fué colocado el duque en el camastro del guarda, sobre una manta remendada y en un cabezal de muy dudosa limpieza. Pero el duque ya estaba muerto. Era necesario, sin embargo que viniera un médico para certificar la muerte y prevenir a la infanta para atenuar el golpe terrible que había de recibir y que era necesario graduar para evitarle la violencia.

El viejo edificio que fué ocupado hasta hace poco por la población penal de la isla. Fué construído en 1837, dentro de dos años tendrá un siglo, un siglo en el que se han acumulado en sus galeras ansias de libertad, odios crueles, desesperaciones infinitas, terrores invencibles

Otro de los guardas que había sido despachado para buscar al médico, volvió al poco tiempo a la caseta en que el ayudante velaba el cadáver, para decirle con el mayor espanto en el gesto desorbitado:

—Ahí viene el coche de la señora. Lo había visto desde un altozano.

¿Cómo dejar que la infanta se acercara al sitio en que estaba el cadáver de su marido, sin prevenirla de la desgracia, a fin de atenuar el brusco golpe que le aguardaba? El ayudante, decidió salir al encuentro de la dama. Encomendó a uno de los guardas que se quedase junto al lecho en que yacía el infante y salió rápido al encuentro de la infanta para ganar terreno y poder prepararle a fin de que la impresión dolorosa no la sobrecogiera de improviso.

El guarda que se quedó custodiando el cadáver del príncipe, si hubiera sido un poco filósofo, no carecería de asunto para hacer unas especulaciones sobre la inanidad de las grandezas humanas. Allí estaba un hijo y un padre de reyes, tendido en su camastro, en el desamparo de la muerte, sin que hubiera podido tener asistencia facultativa, fuera de su palacio suntuoso, entre los harapos de la pobreza, en la soledad de los campos, sin los auxilios de la Religión, sin que nadie hubiera rezado todavía, una oración por el alma que iba ya recorriendo los tenebrosos caminos del misterio.

S. A. R. la infanta María Luisa Fernanda murió de pulmonía el día 1º de febrero de 1897, llorada por toda Sevilla donde se le llamaba la providencia de los pobres. Pocos instantes antes de expirar la augusta dama recibió, por telégrafo, la bendición de Su Santidad.

Un periódico de la época publica este comentario expresivo del duelo de la ciudad por la muerte de su generosa bienhechora: "Sevilla entera ha desfilado ante su cadáver. La afluencia es tan considerable que a veces se produce la confusión. La fuerza pública es insuficiente para contener la multitud."

El cadáver de la infanta Doña María Luisa Fernanda fué colocado el día 3 en una caja de zinc, revestida de un cofre forrado de terciopelo galoneado de oro para ser trasladado a Madrid. Estuvo depositado en la capilla del Palacio de San Telmo donde se dijeron muchas misas por el capellán de la casa ducal y los párrocos de Sevilla. A las diez de la mañana fué celebrada una misa solemne en la que ofició el arzobispo de Sevilla, asistido por los canónigos señores Marcón y Ruiz.

El día anterior, por la noche, había salido de Madrid para Sevilla el duque de

(Continúa en la página 56)

El Paseo de la Princesa, visto desde el Este, cuando existía la frondosa arboleda que le daba nombre, y lo embellecía el jardín adosado a la muralla que cuidaban los chinos prisioneros, tan hábiles en la floricultura.

ESTAMPAS DEL...

(Continuación de la página 3)

Béjar, acompañado de dos mayordomos de semana, dos gentileshombres y dos monteros de Espinosa para hacerse cargo del cadáver en nombre de la Reina Regente Doña María Cristina de Hapsburgo y Lorena y darle la debida custodia desde que saliera del palacio de San Telmo en Sevilla hasta que quedase sepultado en el panteón de Infantes de San Lorenzo del Escorial, pasando antes por Madrid.

Dispuso el Gobierno que se tributaran al cadáver de la infanta María Luisa, honores de capitán general que muere en plaza con mando en jefe.

Al llegar el cadáver a la estación del Mediodía el día 5 de febrero, a las nueve de la mañana —refiere una gran revista de la época —esperábanle allí los ministros, el jefe superior de Palacio, duque de Medina Sidonia, clero de la Real Capilla y comisiones especiales. Ocho celadores de la Real Casa le sacaron del furgón y depositaron en la sala principal de la estación, convertida en capilla ardiente, mientras se organizaba la comitiva. El clero de Palacio, presidido por el señor Obispo de Sión, cantó un responso. En el andén hizo los honores una compañía con bandera y música. La comitiva organizóse en la explanada de la estación, guardando el órden siguiente:

Una sección de la Guardia civil de a caballo; celadores de Palacio y empleados de caballerizas con hachas encendidas; cruz de la Real Capilla, seguida de doce capellanes de honor; seis batidores de la escolta Real; coche-estufa con el cadáver, llevando las cintas dos gentiles hombres y dos monteros de Espinosa; gentileshombres, mayordomos de semana, Capitán General del Distrito, con su Estado Mayor; un batallón de infantería con bandera enlutada; duelo presidido por el duque de Medina Sidonia y el Gobierno; coches de respeto de la Real Casa y un regimiento de caballería. Formaron la carrera tropas de la guarnición, las cuales desfilaron ante el cadáver en columna de honor en la cuesta de San Vicente.

El cadáver de la infanta María Luisa fué sepultado el mismo día en el Panteón de Infantes del Monasterio del Escorial, en la misma cripta en que duermen el sueño eterno sus hijas y su esposo, el duque de Montpensier.

En el panteón de Infantes yacen las reinas que no dieron sucesor a la corona de España. En una de las capillas laterales en esta amplia cripta está el sepulcro de la Reina Mercedes, hija de la infanta doña María Luisa Fernanda que está con sus otras dos hijas, fallecidas antes que ella, doña Amalia y doña Cristina.

Hijo también de la egregia dama era el príncipe don Antonio de Orleáns, esposo de la infanta doña Eulalia de Borbón, que estuvieron aquí en 1893 de paso para Chicago, a cuya gran Exposición asistieron representando a los reyes de España.

El Paseo de la Princesa ya no se llama oficialmente así, aunque tiene todavía la rotulación antigua que le da este nombre aristocrático. ¿Qué princesa era ésta a la que se consagraba el nuevo y el mejor paseo de San Juan en la época distante en que fué construído? Sin duda esta princesa fué después la Reina Isabel II, que tiene también la calle rotulada con su nombre en aquel espacioso suburbio.

Un acuerdo del Ayuntamiento de San Juan, con ocasión del tercer centenario de la publicación del "Quijote" quiso cambiar el nombre de esta alameda por el de: "Paseo de Cervantes". El estado de ruina en que estaba ya por aquellas fechas el aludido paraje que tuvo la vecindad grata de un jardinillo bien cuidado, la sombra de unos árboles añosos, la comodidad de unos bancos bien distribuídos y el detalle ornamental de unas estatuas en la glorieta de que no quedan sino unos poyetes derruídos, hizo que el acuerdo municipal no se cumpliera, porque no parecía bien que se intentara salir del paso cambiando la rotulación de la vía al sustituir dos o tres losetas adosadas a los muros de unas casas nada pulcras, mientras la obra de urbanización se dejaba para cuando hubiera algunos recursos que emplear en ella.

Como ahora se vuelve a hablar del arreglo del paseo que viene ofreciendo tan desolado aspecto, de la repoblación del jardinillo que bordeaba la muralla, de la replantación de la arboleda y hasta de la demolición del edificio en que estuvo funcionando el presidio, acaso no sea importuno recordar que estamos en deuda con el príncipe de los ingenios, el insigne don Miguel de Cervantes Saavedra, y que si pareció y se estimó que era discreto no cambiar la rotulación del paseo hasta ponerlo en condiciones que no afrentaran a su nuevo titular, cuando vuelva a lucir como era antes, y se convierta en un paraje deleitoso que invite al regodeo de las gentes y al recreo de los niños, será llegado el momento de rendir el homenaje en receso al escritor glorioso más admirado cada vez y cada vez más digno del tributo que le rinda un pueblo que habla español.

Mirando a los nombres de las calles, se puede hallar el tema para un artículo que sin la pretensión de enseñar nada, tenga sin embargo, el propósito de recordar personas y cosas que están olvidadas.

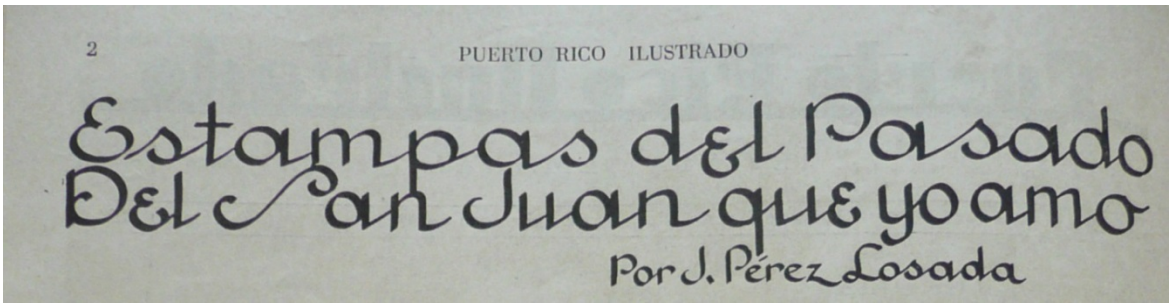
Del polvo del olvido cuando se aventa con un gesto cordial, surge casi siempre una figura amable, como la de aquella infanta Luisa cuyo nombre egregio se conserva aquí en una calle y en Sevilla en un jardín.

Aquel jardín de ensueño que porque la infanta tuvo la generosidad de regalarlo a su pueblo, se sigue llamando siempre, en un tributo que se paga con gentileza, el Parque de María Luisa...

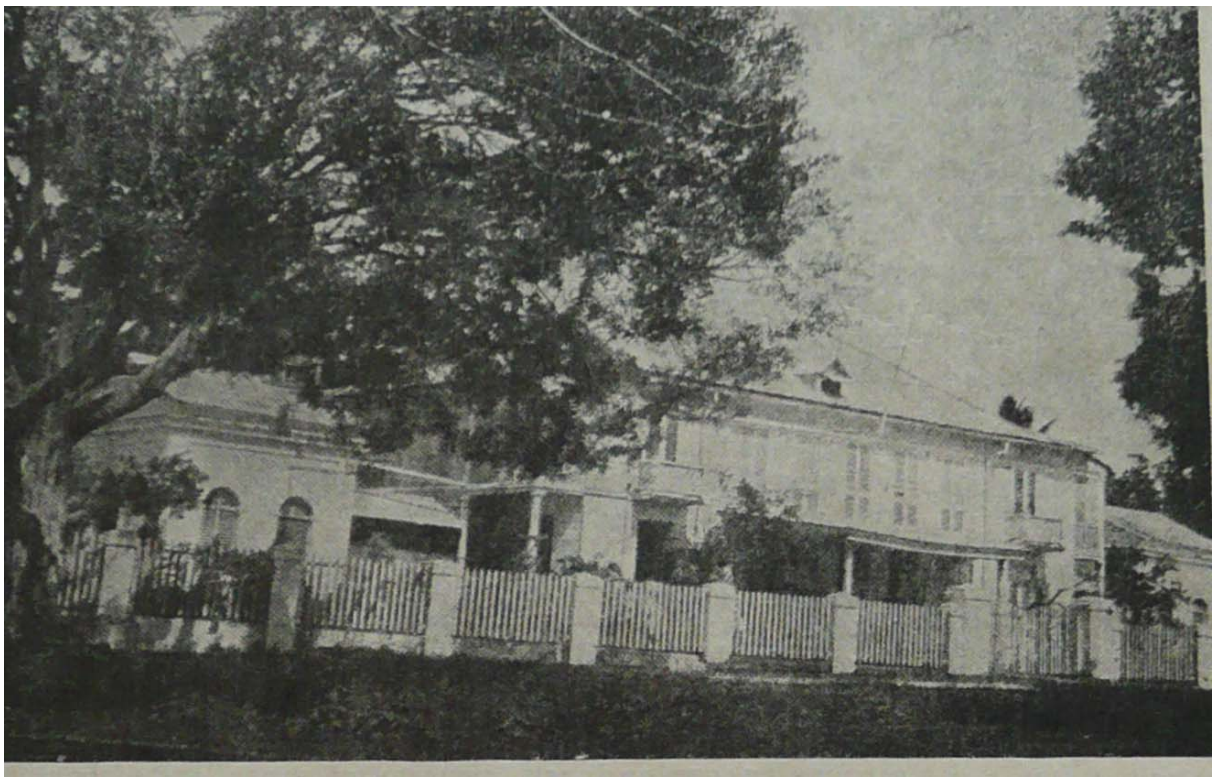
J. PEREZ LOSADA.

8. Puerto Rico Ilustrado

22 de diciembre de 1934



La Convalecencia
y La visita de Alicia Roosevelt



En el Puerto Rico Ilustrado de 22 de diciembre de 1934, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre la Convalecencia. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura

Puerto Rico Ilustrado de 22 de diciembre de 1934

ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

De José Pérez Losada (1879-1937)

La Convalecencia, en Río Piedras, era un caserón de madera, de buenas y resistentes maderas del país, que se alzaba frente al ábside de la derruída iglesia del Pilar, rodeado por una verja en la hermosa plaza de la ciudad vecina. Los gobernadores de la Isla no necesitaban entonces, como no la necesitan ahora una residencia veraniega teniendo tan confortable alojamiento en el palacio de Santa Catalina, batido por los alisios, con un jardín que abre sus anchas terrazas al maravilloso lago de aguas verde-azules de la bahía y con anchas habitaciones orientadas para recibir todas las brisas que refrescan la ciudad que es un acierto de emplazamiento.

Pero había que tener a cierta distancia de San Juan más que un alojamiento, un sitio de recreo en que pudiera sentirse la sensación de estar en el campo, de gozar de la belleza del paisaje en que todas las tonalidades del verde se acoplan para servir de fondo que destaque el rojo solferino de la flor de Pascua, el rojo cardenal de las trinitarias, la gracia nupcial del "velo de novia" que arropa los muros y los tapiales con la espuma hervorosa de sus florecillas de nieve, y para que todo no fuera escenografía vistosa, las matas de rosales, los viveros de claveles, los arbustos de gardenias en una orgía de perfumes.

Pero además había que cultivar un huerto de variados productos para que en la mesa del Gobernador y del Segundo Cabo y del Jefe de Estado Mayor y del Jefe del Apostadero y tal vez de algún otro importante funcionario no faltaren a diario las verduras sabrosas, las frutas gustosas, las flores, las aves domésticas en abundosa renovación. Todas las mañanas venía de Rio Piedras en un furgón del tranvía de Ubarri y antes de establecerse este servicio en un carretón del Ejército, el cargamento de verduras y frutas y flores que recogían en la huerta y en el jardín los que cuidaban de que no faltase el tributo cotidiano.

Y si no todas las tardes, muchas de ellas, el Gobernador se trasladaba en su coche acompañado de las damas de la familia o jinete en algún arrogante caballo a Río Piedras, donde la hermosa quinta le brindaba acogedor refugio en sus amplias estancias o en las alamedas del anchuroso parque en cuya arboleda sombrosa anidaban los ruiseñores, esos líricos rebeldes que entonan en la noche embrujada de misterio, la dulce serenata del amor.

Bien medida estaba la distancia para un paseo casi cotidiano, conocidos los medios de locomoción de la época. Jájome alto hubiera quedado lejos, antes de inventarse el automóvil, para ir y volver en una tarde, y el viaje, más que paseo, no hubiera tentado a la repetición frecuente, como el ir a Río Piedras donde ya se gozaba de una visión de campo deleitosa en el contraste de todas las perspectivas marinas en que abundan este viejo galeón anclado en la ciudad de San Juan.

Como el coche de S. E. iba despacio todo el que se cruzaba con él podía darse cuenta de quiénes eran los ocupantes del suntuoso vehículo tirado por dos arrogantes alazanes, y todos saludaban, y el Gobernador correspondía a los saludos y si le interesaba hablar a la persona que había tenido esa demostración de cortesía, mandaba parar el coche y estaba hablando sin prisa todo el tiempo que fuera necesario, y la persona que era objeto de esa distinción se sentía honrada con ella, y si tenía una opinión que no favoreciera mucho al Gobernador como persona amable y de afectuoso trato, rectificaba la impresión primera y así se iba forjando al ritmo lento de un caminar sin prisa, el ambiente propicio que necesita todo gobernante para que no le falte esa asistencia tan eficaz de la simpatía que no puede cultivarse cuando falta el reposo y el contacto, aunque éste no se prodigue, pero que dé la impresión de algo más que un encuentro fortuito en el que apenas si se hayan podido cruzar nuestras miradas en el deslumbramiento fugaz del instantáneo relampagueo.

Todo nuestro vivir tenía entonces el ritmo señorial de las lentas evoluciones. ¿Para qué ir de prisa a ninguna parte, si de todas maneras la que sabe ser puntual, aunque parezca que viene a deshoras, la muerte, no ha de faltar a la cita en el momento que el último grano se deslice en ese reloj silencioso que va contando nuestros días improrrogables.

¿A qué afanarse por ganar unos minutos, una hora, un día, ni una semana, si al final de la senda nos espera la nueva inquietud que ha de lanzarnos a la carrera loca en que el fracaso final nos espera sin remedio? Conservemos la

ilusión de todo lo que ama nuestro deseo o aguarda nuestra ansiedad, sin apresurar el encuentro, el momento siempre un poco triste en que lo que fue ensueño se torna en realidad, realidad que siempre defrauda nuestra esperanza ilusionada. El mundo ha perdido el señorío que tenía un contenido de reposo en que nos adueñábamos de todos los matices, en que una mirada, una frase, un ademán cobraban relieves de una valoración infinita. La plebeya prisa, tiene más de ofuscación y de huída que de afirmación de una ruta en que fracasa nuestra incapacidad de dominio de las fuerzas misteriosas que en nosotros influyen. El mundo es muy bello para que pasemos por él en vertiginosa fuga, sin otro objeto que concertar unas transacciones o simplemente jactarnos de que hemos hecho un recorrido en la cuarta parte del tiempo en que lo hicieron nuestros padres.

El viaje a Ponce, en coche de caballos, era una excursión agradable, sin ninguna sensación de peligro y con el encanto de ir observando a los seres y a las cosas, cambiando saludos con los trajinantes, echando pie a tierra para andar un trecho cuando la perspectiva tentaba nuestra avidez o cuando el camino se cubría con las ramas floridas de los flamboyanes como en la salida de Caguas para Cayey o la bajada de Aibonito para Coamo en que están los flamboyanes de flores violetas y de los troncos pulidos que tienen a veces la gracia insexuada de las figuras de "ballet", trenzando unas guirnaldas sobre las floridas cabezas en la gloria de un paisaje bucólico.

En las casitas asentadas en los suaves recuestos, unas chiquillas de ojos soñadores nos sonreían en un saludo que tenía de nuestra parte la galante respuesta de un elogio a su belleza. Podíamos saber cómo era el color de sus ojos, y el matiz de su cabello y el de sus tersas mejillas que se arrebolaban con ese carmín que no se merca sino que se diluye en los breves sobresaltos y en las dulces alarmas al calor de una recíproca simpatía.

¿A qué correr, devorando distancias, hacia el lugar en que nos espera un de encanto, una contrariedad o un fracaso, si el camino está sembrado de rosas y podríamos –peregrino de todas las devociones amables— ir haciendo en las lentas estaciones el recuento de las horas que no serían perdidas ciertamente si habían de dejarnos para siempre el perfume indeleble del recuerdo, como un vino añejo que nos sumiera en una sensual exaltación?

Se deslizaba el coche entre un alegre cascabeleo de las colleras musicales, y las voces del auriga que llamaba a las jacas trotonas con nombres

marciales: ¡Capitana! ¡Coronéeeela! Y cuando estábamos en la altura dominando una cuesta a en el extremo de una recta trazada sobre un nivel uniforme, veíamos allá lejos, bajo la luz tamizada por los ramajes de los árboles en ringlera que tejían sobre el camino la pompa de unos arcos triunfales, otro coche que venía a encontrarse con el nuestro y por si en el carruaje venían unas damas componíamos un poco nuestro atuendo, nos acomodábamos con cierta negligencia, vigilando el momento en que hubiera de producirse el cruce para saludar, como era entonces la buena costumbre en los caminos, libres de la promiscuidad que ahora los afea con el trajín codicioso de un hormiguero que hubiese perdido, asustado, la ruta.

Cuando la distancia es corta el vehículo debe ser lento, para que el ir de un lado para otro nos de la sensación de un viaje. Nuestros padres se movieron en un escenario mayor, puesto que hacía falta mayor tiempo para recorrerlo, y por eso hicieron mejores cosas y tuvieron un más alto concepto de su hombría y una visión más clara de su patriótico deber.

La Convalecencia ya no existe. Ni el caserón de amplias estancias y de empersianadas galerías, ni el parque de árboles copiosos en los que los temporales han hecho leña.

La última vez que estuve en la Convalecencia fué cuando vino a la Isla –visión de una princesa de balada norteña—la rubia y bella hija del Presidente Teodoro Roosevelt.

Era una tarde en que la brisa cantaba en el penacho de las palmeras con ese rumor de olas espumosas que tiene además de la barcarola adormeciente el frescor de las sales marinas.

Había sido organizada una recepción en los jardines de Convalecencia en honor de la gentil visitante. Y estaba ella radiante de belleza, destacando su elegante figura que tenía una esbeltez de un lirio de agua, blanca y oro, en la gloria de su sonrisa que era una nueva claridad en el jardín embriagado de aromas.

Cambiamos con ella un saludo, una frase de salutación y en nuestra mano dejó la suya la fragancia de un perfume capitoso.

Nos situamos a una distancia discreta para contemplarla a nuestro sabor, viéndola sonreír con su ancha boca de dientes de lechosa blancura que

iluminaban su rostro tanto como sus ojos claros de una transparencia limpia y azul.

Su talle flexible tenía la gracia estilizada de una flor acuátil y se vestía con claras muselinas y se tocaba con un sombrero de flexibles alas en una de las cuales se desmayaba una flor.

Todo era en ella armonioso y elegante. Su actitud, la gracia con que se inclinaba al recibir el homenaje de las damas y de los caballeros que le ofrecían sus respetos; la expresión de su rostro bello, la transparencia de nácar de su cutis al que daban sus cabellos rubios una luz en que se mezclara un polvillo de oro. Y su voz tenía el encanto cordial de una cálida caricia, y en el contacto de sus manos, y en la expresión de su mirada triunfaba una dulce presión afectuosa.

Alguien le trajo unas rosas y se las prendió ala cintura con la naturalidad de quien frecuenta el trato de las flores que es un detalle de espiritualidad diluída en un gesto de ternura.

Bien hacía el Presidente Roosevelt autorizando a su hija para que viajase como una princesa por los países cuya simpatía era conveniente cultivar. La gentil embajadora tenía un poder de captación ante el que era difícil reaccionar para no dejarse penetrar por aquel supremo magnetismo. Alicia Roosevelt, la princesa de la República imperial había logrado reducir las prevenciones explicables de quienes por estar muy recientes la herida abierta en la cercana guerra no podían ver con buenos ojos que en los palacios, que en los castillos que cambiaron de dueño por un zarpazo de la organización y la fortuna, se entronizaron los vencedores como señores y amos. Más, para que luciera esta bella, esta encantadora mujer en este marco propio de su finura, bien valía la pena de haber hecho este jardín, escenario pomposo en que la figura excepcional se movía con elegancia sencilla.

¿Puede bastar una frase cortés cambiada en un saludo, una mirada afectuosa, un contacto fugaz en el roce epidérmico de unas manos que se unen en un saludo ceremonioso para que se adueñe una mujer del corazón de un hombre en la plenitud de un dominio contra el que toda comprensión inteligente sea incapaz de reaccionar victoriosa?

Un amigo que me hizo confidente de sus impresiones de aquella tarde, me declaró después que había estado visitando durante muchos días el jardín de

la Convalecencia y que alguna noche saltó la verja exponiéndose a una desagradable contingencia para instalarse cerca del sitio en que estrechó la mane de la rubia viajera, y era tal la exaltación con que llegaba al lugar de su tortura que alguna vez atisbando entre las sombras del movible follaje la vió llegar y sonreír con aquella divina boca que iluminaba al abrirse no sólo la cara en que los ojos de ensueño eran el dulce abismo en que su voluntad se perdía, sino el jardín que se cuajaba de flores y que se extremecía con ese temblor en que la brisa diluye sus perfumes, tal que si estuviera cercano el día y fuese aquella luz reflejo de claridades celestes.

Sabía mi amigo que era inútil acercarse a aquella mujer. No eran vidas afines las suyas. La princesa democrática no podía ligar su destino al de un muchacho sin fortuna que había de vivir en la colonia porque además pesaban sobre él deberes filiales que le ataban al terruño y a una mesa burocrática en uno de los departamento de gobierno.

Mi amigo se curó con el tiempo del amor fulminante que le puso en trance de escribir una carta apasionada, saltar una noche de luna la verja del jardín solitario, y al pie de un árbol gigante bajo cuya sombra recibió la ausente señora de sus pensamientos el homenaje fervoroso de aquel ingenuo muchacho todo pasión y sentimiento, darse un tiro en el corazón para que roto, le dejase reposar en la muerte dejando de latir por quien no había de amarle jamás.

Pero no llego a este trance el muchacho. Poco a poco, como quien se sacude de un mal sueño, fué curándose de la fascinación que había ejercido en su ánimo la mujer deslumbrante que no tuvo para él sino la acogida simpática que dispensó a cuantos se le acercaron a rendirle pleitesía.

Amores que parecen destinados a tener una vida perdurable, se extinguen consumidos en su propia llama o aventados por la racha fría del desencanto. Cuando nuestros labios dicen poniendo en la promesa el fuego de una convicción: ¡para siempre!... una misteriosa fuerza que se sobrepone a nuestros fallidos designios, se burla de nuestra ingenuidad y nos recuerda con el dolor que nos pone al borde de la locura que ni sabemos mantener nuestra promesa ni desentrañar la mentira que se filtra en nuestros oídos buscando aleve el camino de nuestro corazón.

Una noche, hace ya mucho tiempo, al salir de un baile de Carnaval en el Teatro, un muchacho que entonces vivía ese momento fugaz en que la

fortuna parece que nos lleva de la mano al logro de todos nuestros deseos, preguntaba a una nena --locura en el disfraz y avidez en los labios-- que había estado bailando con él toda la noche en una dedicación ilusionada:

--¿Y ahora, a dónde vamos?

La chiquilla le miró a los ojos bañados los suyos en húmeda ternura:

--Vamos…¡donde tú quieras!-- le dijo.

Pasó el tiempo. No esa abrumadora sucesión de años que apaga la llama de los amores ardientes y en que cada día, una a una, se van cayendo en la ceniza fría las hojas de la ilusión.

Pasaron unos meses, tal vez unas semanas, y el amor que parecía eterno cayó en la tristeza de las interminables noches de duelo en que en vano esperó el muchacho enloquecido la piedad de una mirada buena de aquellos ojos que fueron luminar de su vida y que ahora le miraban con glacial indiferencia.

Siniestros vapores de vértigo fijaron en su cerebro la idea de matar y de morir. Como un perro servil que se arrastra a los pies del amo cruel que le azota, el desdeñado lloro pidiendo en vano lo que sabía que era imposible que resucitara: un amor que había muerto o que tal vez no existió sino en su ciego delirio.

La respuesta fue cortante, implacable: Aquello no había sido nunca amor, sino curiosidad que estaba lograda y que había llegado a ese punto de saturación que es cansancio y tal vez repugnancia y en que se hacen insoportables las caricias.

Repugnancia, asco, la profunda miseria del contacto que pierde la ilusión y el deseo. Ya no quedaba nada que pudiera alentar de nuevo aquel amor que se había trocado en una vergüenza claudicante. ¡Ni cómo revivir lo que estaba tan muerto, que ni siquiera en la mentira de una falsa caricia tendría ya el simulacro de una ficción grotesca!

El muchacho no imploró más. En aquel juego trágico había perdido para siempre la capacidad de amar de nuevo, porque su corazón herido de muerte ya no podría sanar para ofrecerse a otro cariño en que vería el fantasma de su ánima en pena al conjuro siniestro de la primera palabra de amor que sonara en sus oídos. Después de todo, comprendía que era

preferible el rechazo brutal que le curó de la sed angustiosa de amores encendidos antes que vivir en la ignominia de un engaño que le hubiera hecho perder su propia estimación. Estaba curado, tal vez para siempre... ¡Pero a qué precio!... Traspasado por los siete puñales, su corazón ya no sufría porque estaba irremediablemente muerto para el amor…

Pero no culpemos demasiado a la mujer de una inconsistencia en sus afectos, que no depende ciertamente de su voluntad y de la que el hombre participa en igual medida por lo menos.

Poniendo el corazón en las palabras y en los ojos que se bañan en una humedad de ternura, prometemos que nuestra vida será una eterna consagración a esa criatura que encarna para nosotros, todas las perfecciones y todos los prestigios de la belleza y de la gracia. Pero llega un día en que el hechizo se rompe y lo que constituía para nosotros un encanto, se convierte en molesta pesadumbre. Nuestro egoísmo ensaya, entonces, el mutis discreto que no rompa con demasiada violencia el diálogo que ha perdido su emoción. El dulce cautiverio se ha roto y encontramos de nuevo placer y regusto en las escapatorias fortuitas que se vuelven cada vez más prolongadas y frecuentes, en la compañía de los amigos, en la posibilidad inminente o en la realidad sabrosa de una aventura galante que ya no nos parece una deslealtad sino un alegre cambio de postura.

¿A qué recordar --si con nosotros no reza-- la sentencia, del Eclesiástico cuando afirma que el vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios? Nuestro ídolo se ha roto al caerse del frágil altar de nuestras devociones inconstantes y sólo nos deslumbra, y sólo nos conmueve, y sólo nos llena de una dulce angustia, la voz acariciadora, la presencia deseada, la mirada que es luz, el ritmo gracioso de la silueta tentadora en que descubrimos a cada momento una actitud que nos cautiva.

¿Qué importa que allá en la casa abandonada --que tiene ahora para nuestra ansia de vuelo tristezas de cárcel y acoso de remordimiento-- haya un corazón que se estruje y unos tristes ojos que lloren de pena?

Nuestro egoísmo no sabe, no quiere saber de eso, y si advertimos el reproche de una mirada, la desolación de un gesto, el ahogo de un sollozo que se rompe, nos parecerá insoportable la terquedad pegajosa de un amor que resiste a nuestro desvío…

Sin embargo, cuando es ella la que deja de amar, la que no puede conservar ardiendo la lámpara que se extingue junto al tálamo que se ha vuelto un potro de tortura, recordamos la lamentación de Virgilio y sus palabras desencantadas repercuten en nuestra memoria como una advertencia que llega tarde y que nunca recordaremos a tiempo: ¡Cosa variable y voluble es siempre la mujer!...

J. PEREZ LOSADA

Estampas del Pasado Del San Juan que yo amo

Por J. Pérez Losada

La antigua residencia veraniega de los gobernadores de Puerto Rico, llamada la Convalecencia, en la ciudad de Río Piedras. Los temporales y esa carcoma de la desidia ha hecho que desaparezca esta casona que albergó personalidades ilustres y fué escenario de grandes fiestas.

LA Convalecencia, en Río Piedras, era un caserón de madera, de buenas y resistentes maderas del país, que se alzaba frente al ábside de la derruída iglesia del Pilar, rodeado por una verja en la hermosa plaza de la ciudad vecina. Los gobernadores de la Isla no necesitaban entonces, como no la necesitan ahora una residencia veraniega teniendo tan confortable alojamiento en el palacio de Santa Catalina, batido por los alisios, con un jardín que abre sus anchas terrazas al maravilloso lago de aguas verdeazules de la bahía y con anchas habitaciones orientadas para recibir todas las brisas que refrescan la ciudad que es un acierto de emplazamiento.

Pero había que tener a cierta distancia de San Juan más que un alojamiento, un sitio de recreo en que pudiera sentirse la sensación de estar en el campo, de gozar de la belleza del paisaje en que todas las tonalidades del verde se acoplan para servir de fondo que destaque el rojo solferino de la flor de Pascua, el rojo cardenal de las trinitarias, la gracia nupcial del "velo de novia" que arropa los muros y los tapiales con la espuma hervorosa de sus florecillas de nieve, y para que todo no fuera escenografía vistosa,, las matas de rosales, los viveros de claveles, los arbustos de gardenias en una orgía de perfumes.

Pero además había que cultivar un huerto de variados productos para que en la mesa del Gobernador y del Segundo Cabo y del Jefe de Estado Mayor y del Jefe del Apostadero y tal vez de algún otro importante funcionario no faltaren a diario las verduras sabrosas, las frutas gustosas, las flores, las aves domésticas en abundosa renovación. Todas las mañanas venía de Río Piedras en un furgón del tranvía de Ubarri y antes de establecerse este servicio en un carretón del Ejército, el cargamento de verduras y frutas y flores que recogían en la huerta y en el jardín los que cuidaban de que no faltase el tributo cotidiano .

Y si no todas las tardes, muchas de ellas, el Gobernador se trasladaba en su coche acompañado de las damas de la familia o jinete en algún arrogante caballo a Río Piedras, donde la hermosa quinta le brindaba acogedor refugio en sus amplias estancias o en las alamedas del anchuroso parque en cuya arboleda sombrosa anidaban los ruiseñores, esos líricos rebeldes que entonan en la noche embrujada de misterio, la dulce serenata del amor.

Bien medida estaba la distancia para un paseo casi cotidiano, conocidos los medios de locomoción de la época. Jájome alto hubiera quedado lejos, antes de inventarse el automóvil, para ir y volver en una tarde, y el viaje, más que paseo, no hubiera tentado a la repetición frecuente, como el ir a Río Piedras donde ya se gozaba de una visión de campo deleitosa en el contraste de todas las perspectivas marinas en que abunda este viejo galeón anclado que es la ciudad de San Juan.

Como el coche de S. E. iba despacio todo el que se cruzaba con él podía darse cuenta de quiénes eran los ocupantes del suntuoso vehículo tirado por dos arrogantes alazanes, y todos saludaban, y el Gobernador correspondía a los saludos y si le interesaba hablar a la persona que había tenido esa demostración de cortesía, mandaba parar el coche y estaba hablando sin prisa todo el tiempo que fuere necesario, y la persona que era objeto de esa distinción se sentía honrada con ella, y si tenía una opinión que no favoreciera mucho al Gobernador como persona amable y de afectuoso trato, rectificaba la impresión primera y así se iba forjando al ritmo lento de un caminar sin prisa, el ambiente propicio que necesita todo gobernante para que no le falte esa asistencia tan eficaz de la simpatía que no puede cultivarse cuando falta el reposo y el contacto, aunque éste no se prodigue, pero que dé la impresión de algo más que un encuentro fortuito en el que apenas si se hayan podido cruzar nuestras miradas en el deslumbramiento fugaz del instantáneo relampagueo.

Todo nuestro vivir tenía entonces el ritmo señorial de las lentas evoluciones. ¿Para qué ir de prisa a ninguna parte, si de todas maneras la que sabe ser puntual, aunque parezca que viene a deshoras, la muerte, no ha de faltar a la cita en el momento que el último grano se deslice en ese reloj silencioso que va contando nuestros días improrrogables.

¿A qué afanarse por ganar unos minutos, una hora, un día, ni una semana, si al final de la senda nos espera la nueva inquietud que ha de lanzarnos a la carrera loca en que el fracaso final nos espera sin remedio? Conservemos la ilusión de todo lo que ama nuestro deseo o aguarda nuestra ansiedad, sin apresurar el encuentro, el momento siempre un poco triste en que lo que fué ensueño se torna en realidad, realidad que siempre defrauda nuestra esperanza ilusionada. El mundo ha perdido el señorío que tenía un contenido de reposo en que nos adueñábamos de todos los matices, en que una mirada, una frase, un ademán cobraban relieves de una valoración infinita. La plebeya prisa, tiene más de ofuscación y de huída que de afirmación de una ruta en que fracasa nuestra incapacidad de dominio de las fuerzas misteriosas que en nosotros influyen. El mundo es muy bello para que pasemos por él en vertiginosa fuga, sin otro objeto que concertar unas transacciones o simplemente jactarnos de que hemos hecho un recorrido en la cuarta parte del tiempo en que lo hicieron nuestros padres.

El viaje a Ponce, en coche de caballos, era una excursión agradable, sin ninguna sensación de peligro y con el encanto de ir observando a los seres y a las cosas, cambiando saludos con los trajinantes, echando pie a tierra para andar un trecho cuando la perspectiva tentaba nuestra avidez o cuando el camino se cubría

con las ramas floridas de los flamboyanes como en la salida de Caguas para Cayey o a la bajada de Aibonito para Coamo en que están los flamboyanes de las flores violetas y de los troncos pulidos que tienen a veces la gracia insexuada de las figuras de un "ballet", trenzando unas guirnaldas sobre las floridas cabezas en la gloria de un paisaje bucólico.

En las casitas asentadas en los suaves recuestos, unas chiquillas de ojos soñadores nos sonreían en un saludo que tenía de nuestra parte la galante respuesta de un elogio a su belleza. Podíamos saber cómo era el color de sus ojos, y el matiz de su cabello y el de sus tersas mejillas que se arrebolaban con ese carmín que no se merca sino que se diluye en los breves sobresaltos y en las dulces alarmas al calor de una recíproca simpatía.

¿A qué correr, devorando distancias, hacia el lugar en que nos espera un desencanto, una contrariedad o un fracaso, si el camino está sembrado de rosas y podríamos —peregrino de todas las devociones amables— ir haciendo en las lentas estaciones el recuento de las horas que no serían perdidas ciertamente si habían de dejarnos para siempre el perfume indeleble del recuerdo, como un vino añejo que nos sumiera en una sensual exaltación?

Se deslizaba el coche entre un alegre cascabeleo de las colleras musicales, y las voces del auriga que llamaba a las jacas trotonas con nombres marciales: ¡Capitana! ¡Coronéeeela! Y cuando estábamos en la altura dominando una cuesta o en el extremo de una recta trazada sobre un nivel uniforme, veíamos allá lejos, bajo la luz tamizada por los ramajes de los árboles en ringlera que tejían sobre el camino la pompa de unos arcos triunfales, otro coche que venía a encontrarse con el nuestro y por si en el carruaje venían unas damas componíamos un poco nuestro atuendo, nos acomodábamos con cierta negligencia, vigilando el momento en que hubiera de producirse el cruce para saludar, como era entonces la buena costumbre en los caminos libres de la promiscuidad que ahora los afea con el trajín codicioso de un hormiguero que hubiese perdido, asustado, la ruta.

Cuando la distancia es corta el vehículo debe ser lento, para que el ir de un lado para otro nos dé la sensación de un viaje. Nuestros padres se movieron en un escenario mayor, puesto que hacía falta mayor tiempo para recorrerlo, y por eso hicieron mejores cosas y tuvieron un más alto concepto de su hombría y una visión más clara de su patriótico deber.

La Convalecencia ya no existe. Ni el caserón de amplias estancias y de empersianadas galerías, ni el parque de árboles copiosos en los que los temporales han hecho leña.

La última vez que estuve en la Convalecencia fué cuando vino a la Isla —visión de una princesa de balada norteña— la rubia y bella hija del Presidente Teodoro Roosevelt.

Era una tarde en que la brisa cantaba en el penacho de las palmeras con ese rumor de olas espumosas que tiene además de la barcarola adormeciente el frescor de las salas marinas.

Había sido organizada un recepción en los jardines de Convalecencia en honor de la gentil visitante. Y estaba ella radiante de belleza, destacando su elegante figura que tenía la esbeltez de un lirio de agua, blanca y oro, en la gloria de su sonrisa que era una nueva claridad en el jardín embriagado de aromas.

Fiesta infantil titulada la fiesta del Arbol en la plaza de la Lealtad, año 1897.

Cambiamos con ella un saludo, una frase de salutación y en nuestra mano dejó la suya la fragancia de un perfume capitoso.

Nos situamos a una distancia discreta para contemplarla a nuestro sabor, viéndola sonreír con su ancha boca de dientes de lechosa blancura que iluminaban su rostro tanto como sus ojos claros de una transparencia limpia y azul.

Su talle flexible tenía la gracia estilizada de una flor acuátil y se vestía con claras muselinas y se tocaba con un sombrero de flexibles alas en una de las cuales se desmayaba un flor.

Todo era en ella armonioso y elegante. Su actitud, la gracia con que se inclinaba al recibir el homenaje de las damas y de los caballeros que le ofrecían sus respetos; la expresión de su rostro bello, la transparencia de nácar de su cutis al que daban sus cabellos rubios una luz en que se mezclara un polvillo de oro. Y su voz tenía el encanto cordial de una cálida caricia, y en el contacto de sus manos, y en la expresión de su mirada triunfaba una dulce presión afectuosa.

Alguien le trajo unas rosas y se las prendió a la cintura con la naturalidad de quien frecuenta el trato de las flores que es un detalle de espiritualidad diluida en un gesto de ternura.

Bien hacía el Presidente Roosevelt autorizando a su hija para que viajase como una princesa por los países cuya simpatía era conveniente cultivar. La gentil embajadora tenía un poder de captación ante el que era difícil reaccionar para no dejarse penetrar por aquel supremo magnetismo. Alicia Roosevelt, la princesa de la República imperial había logrado reducir las prevenciones explicables de quienes por estar muy reciente la herida abierta en la cercana guerra no podían ver con buenos ojos que en los palacios, que en los castillos que cambiaron de dueño por un zarpazo de la organización y de la fortuna, se entronizaran los vencedores como señores y amos. Mas, para que lucierа esta bella, esta encantadora mujer en este marco propio de su finura, bien valía la pena de haber hecho este jardín, escenario pomposo en que la figura excepcional se movía con elegancia sencilla.

¿Puede bastar una frase cortés cambiada en un saludo, una mirada afectuosa, un contacto fugaz en el roce epidérmico de unas manos que se unen en un saludo ceremonioso para que se adueñe una mujer del corazón de un hombre en la plenitud de un dominio contra el que toda comprensión inteligente sea incapaz de reaccionar victoriosa?

Un amigo que me hizo confidente de sus impresiones de aquella tarde, me declaró después que había estado visitando durante muchos días el jardín de la Convalecencia y que alguna noche saltó la verja exponiéndose a una desagradable contingencia para instalarse cerca del sitio en que estrechó la mano de la rubia viajera, y era tal la exaltación con que llegaba al lugar de su tortura que alguna vez atisbando entre las sombras del movible follaje la vió llegar y sonreír con aquella divina boca que iluminaba al abrirse no sólo la cara en que los ojos de ensueño eran el dulce abismo en que su voluntad se perdía, sino el jardín que se cuajaba de flores y que se extremecía con ese temblor en que la brisa diluye sus perfumes, tal que si estuviera cercano el día y fuese aquella luz reflejo de claridades celestes.

Sabía mi amigo que era inútil acercarse a aquella mujer. No eran vidas afines las suyas. La princesa democrática no podía ligar su destino al de un muchacho sin fortuna que había de vivir en la colonia porque además pesaban sobre él deberes filiales que le ataban al terruño y a una mesa burocrática en uno de los departamento de gobierno.

Mi amigo se curó con el tiempo del amor fulminante que le puso en trance de escribir una carta apasionada, saltar una noche de luna la verja del jardín solitario, y al pie de un árbol gigante bajo cuya sombra recibió la ausente señora de sus pensamientos el homenaje fervoroso de aquel ingenuo muchacho todo pasión y sentimiento, darse un tiro en el corazón para que roto, le dejase reposar en la muerte dejando de latir por quien no había de amarle jamás.

Pero no llegó a este trance el muchacho. Poco a poco, como quien se sacude de un mal sueño, fué curándose de la fascinación que había ejercido en su ánimo la mujer deslumbrante que no tuvo para él sino la acogida simpática que dispensó a

(Continúa en la página 20)

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3)

cuantos se le acercaron a rendirle pleitesía.

Amores que parecen destinados a tener una vida perdurable, se extinguen consumidos en su propia llama o aventados por la racha fría del desencanto. Cuando nuestros labios dicen poniendo en la promesa el fuego de una convicción: ¡para siempre!..., una misteriosa fuerza que se sobrepone a nuestros fallidos designios, se burla de nuestra ingenuidad y nos recuerda con el dolor que nos pone al borde de la locura que ni sabemos mantener nuestra promesa ni desentrañar la mentira que se filtra en nuestros oídos buscando aleve el camino de nuestro corazón.

Una noche, hace ya mucho tiempo, al salir de un baile de Carnaval en el Teatro, un muchacho que entonces vivía ese momento fugaz en que la fortuna parece que nos lleva de la mano al logro de todos nuestros deseos, preguntaba a una nena —locura en el disfraz y avidez en los labios— que había estado bailando con él toda la noche en una dedicación ilusionada:

—¿Y ahora, a dónde vamos?

La chiquilla le miró a los ojos bañados los suyos en húmeda ternura:

—Vamos... ¡donde tú quieras!— le dijo.

Pasó el tiempo. No esa abrumadora sucesión de años que apaga la llama de los amores ardientes y en que cada día, una a una, se van cayendo en la ceniza fría las hojas de la ilusión.

Pasaron unos meses, tal vez unas semanas, y el amor que parecía eterno cayó en la tristeza de las interminables noches de duelo en que en vano esperó el muchacho enloquecido la piedad de una mirada buena de aquellos ojos que fueron luminar de su vida y que ahora le miraban con glacial indiferencia.

Siniestros vapores de vértigo fijaron en su cerebro la idea de matar y de morir. Como un perro servil que se arrastra a los pies del amo cruel que le azota, el desdeñado lloró pidiendo en vano lo que sabía que era imposible que resucitara: un amor que había muerto o que tal vez no existió sino en su ciego delirio.

La respuesta fué cortante, implacable: Aquello no había sido nunca amor, sino curiosidad, una curiosidad que estaba lograda y que había llegado a ese punto de saturación que es cansancio y tal vez repugnancia y en que se hacen insoportables las caricias.

Repugnancia, asco, la profunda miseria del contacto que pierde la ilusión y el deseo. Ya no quedaba nada que pudiera alentar de nuevo aquel amor que se había trocado en una vergüenza claudicante. ¡Ni cómo revivir lo que estaba tan muerto, que ni siquiera en la mentira de una falsa caricia tendría ya el simulacro de una ficción grotesca!

El muchacho no imploró más. En aquel juego trágico había perdido para siempre la capacidad de amar de nuevo, porque su corazón herido de muerte ya no podría sanar para ofrecerse a otro cariño en que vería el fantasma de su ánima en pena al conjuro siniestro de la primera palabra de amor que sonara en sus oídos. Después de todo, comprendía que era preferible el rechazo brutal que le curó de la sed angustiosa de amores encendidos antes que vivir en la ignominia de un engaño que le hubiera hecho perder su propia estimación. Estaba curado, tal vez para siempre... ¡Pero a qué precio!... Traspasado por los siete puñales, su corazón ya no sufría porque estaba irremediablemente muerto para el amor...

Pero no culpemos demasiado a la mujer de una inconsistencia en sus afectos, que no depende ciertamente de su voluntad y de la que el hombre participa en igual medida por lo menos.

Poniendo el corazón en las palabras y en los ojos que se bañan en una humedad de ternura, prometemos que nuestra vida será una eterna consagración a esa criatura que encarna para nosotros, todas las perfecciones y todos los prestigios de la belleza y de la gracia. Pero llega un día en que el hechizo se rompe, y lo que constituía para nosotros un encanto, se convierte en molesta pesadumbre. Nuestro egoísmo ensaya, entonces, el mutis discreto que no rompa con demasiada violencia el diálogo que ha perdido su emoción. El dulce cautiverio se ha roto y encontramos de nuevo placer y regusto en las escapatorias fortuitas que se vuelven cada vez más prolongadas y frecuentes, en la compañía de los amigos, en la posibilidad inminente o en la realidad sabrosa de una aventura galante que ya no nos parece una deslealtad sino un alegre cambio de postura .

¿A qué recordar —si con nosotros no reza— la sentencia del Eclesiástico cuando afirma que el vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios? Nuestro ídolo se ha roto al caerse del frágil altar de nuestras devociones inconstantes y sólo nos deslumbra, y sólo nos conmueve, y sólo nos llena de una dulce angustia, la voz acariciadora, la presencia deseada, la mirada que es luz, el ritmo gracioso de la silueta tentadora en que descubrimos a cada momento una actitud que nos cautiva.

¿Qué importa que allá en la casa abandonada —que tiene ahora para nuestra ansia de vuelo tristezas de cárcel y acoso de remordimiento— haya un corazón que se estruje y unos tristes ojos que lloren de pena?

Nuestro egoísmo no sabe, no quiere saber de eso, y si advertimos el reproche de una mirada, la desolación de un gesto, el ahogo de un sollozo que se rompe, nos parecerá insoportable la terquedad pegajosa de un amor que resiste a nuestro desvío...

Sin embargo, cuando es ella la que deja de amar, la que no puede conservar ardiendo la lámpara que se extingue junto al tálamo que se ha vuelto un potro de tortura, recordamos la lamentación de Virgilio y sus palabras desencantadas repercuten en nuestra memoria como una advertencia que llega tarde y que nunca recordaremos a tiempo: ¡Cosa variable y voluble es siempre la mujer!...

J. PEREZ LOSADA.

OBSEQUIO DE "PUERTO RICO ILUSTRADO" A SUS LECTORES

Para Navidad, ¿tiene usted un retrato para mandar a los seres queridos?

En los buenos sentimientos de padres, hijos, hermanos, estriba precisamente la razón fundamental permanente de la necesidad del retrato. PUERTO RICO ILUSTRADO ofrece a sus lectores la oportunidad de poder obtener, con poco dinero, unos magníficos retratos hechos por el artista M. Palomba, establecido en el 5to. piso del Edificio Padín, teléfono 1681, San Juan.

Recórtese este Cupón y a presentación del mismo y $2.50 en efectivo, por acuerdo especial celebrado con el artista Michael Palomba, tendrá usted derecho a obtener un retrato de arte, tamaño 8 x 10", en tono gris„ montado en 11 x 14" y seis copias adicionales tamaño 4 x 6". Se le sacarán dos "poses" y se enseñarán para que escoja la mejor de ellas.

Válido hasta el día 5 de enero de 1935.

Fotografía M. Palomba — 5to. piso Ed. Padín — Depto. 506-07
Teléfono 1681 San Juan.

DESPUES DE COMER MUCHO
Tome COMPUESTO BISURADO
(ANTES MAGNESIA BISURADA)
Favorece el bienestar. . . Neutraliza la acidez. Evita agruras
ALIVIA PRONTO

9. *Puerto Rico Ilustrado*

26 de enero de 1935

Visita al Cementerio de San Juan

En el Puerto Rico Ilustrado de 26 de enero de 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre una Visita al Cementerio de San Juan. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura

Puerto Rico Ilustrado de 26 de enero de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

De José Pérez Losada (1879-1937)

DON PIO Amador y Rodríguez-Alfonso ha venido a buscarme para que vayamos juntos a hacer una visita al viejo cementerio de San Juan. La mañana es fresca y hay en el cielo una diáfana transparencia que invita al melancólico paseo.

--He visto allí algo que puede darle tema para un artículo—me dice el veterano compañero que ha ingresado en la cofradía de los "sinsombreristas", sin dejar de lucir en su cara de coronel retirado la chiva, que no se compagina con la moda de andar destocado.

Al llegar a la esquina de la calle de la Fortaleza se detiene un momento como si dudase en elegir itinerario. Hay dos caminos inmediatos para subir a la parte alta de la ciudad: la calle de San José y la del Santo Cristo. Yo pienso que el compañero va a elegir la cuesta más suave, pero él se decide por la más pendiente, y recorremos un trozo de la calle de la Fortaleza para embocar en la calle del Cristo que tiene para mí -y no sé si para él también- recuerdos muy amables. En todas estas caletas, en la de San Francisco, en la de San Juan y en la de las Monjas he vivido yo hace muchos años y me gusta de vez en cuando pasar por esos sitios y detenerme un rato para mirarlos, sin saber si me estoy despidiendo de ellos o si he de volver, pasados unos días, a sentir frente a las casitas humildes que albergaron los días tormentosos y amables de una juventud que se está quedando tan lejos, la añoranza de lo que ya no ha de volver.

Don Pio lleva, como siempre, un paquete de periódicos debajo del brazo, dos o tres libros en un bolsillo de la chaqueta y más periódicos, ejemplares de los diarios del día, y del día anterior, y alguna revista en el otro bolsillo para establecer el contrapeso. Lleva, además, un frasco de esmalte negro y

un pincel, y lleva el paraguas, porque aunque el cielo esta claro, él, que viene de una familia de marinos españoles, ha visto desde la azotea de su casa unas nubes flotando no se en que parte y ha deducido que puede caer un chubasco contra el que es mejor estar prevenido en la ruta que no brinda muchos lugares de refugio.

Junto a las gradas de la Catedral nos detenemos un rato, para mirar a la puerta de la muralla, que se abre al fondo, y que tiene el prestigio de una estampa romántica. Las dos hileras de arbolitos dan a la calleja en cuesta una grata perspectiva. Es bonito este recinto de la ciudad que conserva el carácter antiguo, alejado como esta de las vías comerciales en que el tránsito es un acoso. La ciudad aquí, sin tranvías, sin guaguas, casi sin automóviles, brinda a los chiquillos las calles para juegos y ha conservado su fisonomía peculiar, sus edificaciones antiguas, sus casitas terreras con amplios patios interiores en los que crecen árboles centenarios que asoman sus ramas sobre los tapiales.

Queda a nuestra izquierda cuando vamos subiendo la cuesta, el convento de la Madres Carmelitas; convertido en casa de vecinos. Unos vericuetos y unas rampas para hacer accesibles los desniveles del piso dan entrada a los sótanos y a las galerías que llevan a los pisos altos. Hemos dicho adiós, a la iglesia, que es ahora un garaje y que recordamos blanca, fragante de azucenas y lirios y nardos, en la visita de los Monumentos en la noche del Jueves Santo. Y en la esquina de la calle del Sol hemos vuelto a detener la marcha. A los lejos, el perfil bizarro de la Casa Blanca se recorta sobre el añil de acuarela del cielo, como si del manto de Murillo se hubiera hecho un dosel.

El ancho caserón del Seminario está ahora, para nosotros, en los primeros planos. Don Pío estudió el bachillerato aquí, y advierte con leve protesta que donde estaba la clase de física hay ahora una pulpería. Mudanzas de los tiempos… Pero el edificio conserva su función docente, aunque en los bajos, por la parte exterior, se hayan alquilado algunas dependencias. ---Si no se nos hiciera tarde podríamos entrar al Seminario para ver si han cambiado mucho las cosas en su interior –dice don Pío que empieza a citar nombres de los que fueron sus condiscípulos. Casi todos han muerto, los que eran de su edad y los que eran más jóvenes, porque este don Pío lleva trazas de enterarnos a todos, aunque no abandona su costumbre de trasnochador y en las tertulias de la plaza de Armas sienta cátedra de retrógrado fulminante,

disertando contra la institución del jurado, abogando por el restablecimiento de la pena de muerte y por un receso largo de la Legislatura, durante el cual se gobernase sólo por decreto, desde la Fortaleza, por un gobernador militar hasta que las disciplinas en crisis encontrasen nuevamente sus niveles.

Otro alto en la marcha en la plaza de San José, bajo el parasol de un almendro nuevo que tiene entre las hojas verdes algunas de metálicos reflejos, como si estuvieran forjadas en bronce, o, mejor, en oro viejo.

Esta plaza de San José tiene el encanto antiguo de un patio conventual, tal que si fuera una dependencia recoleta del histórico templo que le da su nombre. Así como la catedral de Sevilla y la Mezquita de Córdoba tienen su patio de los naranjos, esta iglesia de San Jose tiene su patio de los almendros. EI bronce prócer de Don Juan Ponce de León nos habla de proezas y de virtudes patricias. Para hacer la estatua fue fundido el bronce de unos cañones tomados en acción bélica por nuestros aguerridos antepasados. ¿Qué mejor tributo que ese rendido al glorioso fundador de esta comunidad cristiana? Por la ventanita enrejada de la iglesia, próxima al ángulo que forma el templo cuatro veces centenario con la casa antiquísima que tiene unos recios contrafuertes y que conserva su típico balconaje colonial, se ve arder en la noche la lámpara del Santísimo y cuentan las viejecitas devotas que han visto alguna vez la silueta de un monje blanco, en la penumbra indecisa, orando ante la imagen de Nuestra Señora de Belén.

Reanudamos la marcha. Henos después de la bajada de la cuesta en la explanada en que se inicia el boulevard del Valle. A un antepecho está asomada una mujer, que verá con frecuencia como se detienen a su puerta unos carruajes cubiertos de coronas, y cómo se destaca de entre el nutrido cortejo un señor que pronuncia unas palabras conmovedoras que tienen el contenido dramático de una despedida ineluctable.

También habrá visto esta mujer, si es vecina de la casa hace tiempo, porque los entierros pobres se hacen ahora en el cementerio de Santurce, y habrá sentido el contagio de la pena desolada, algunos de esos entierros en los que ni flores ni gente acompañan al muerto que va en el viaje lúgubre en la más triste soledad. La parva comitiva no se detiene ante la casa, sino el momento preciso para sacar la caja, si es que hubo para pagar el coche fúnebre. Nadie habla. ¿Ni quién había de oír las palabras en honor de quien no tiene quien le acompañe en la ruta larga de la que no se vuelve? Lo que

quieren todos es llegar cuanto antes y soltar la carga penosa, que nada pesa tanto como un muerto sobre los hombros. Con el estupor que produce cuanto rodea el trance amargo, oirán los acompañantes el golpear de las primeras paletadas de tierra en la oquedad de la fosa sobre la caja tendida en el fondo. Y ese ruido que se irá amortiguando a medida que la fosa va llenando de tierra, repercutirá después, como un zumbido obsesionante en los oídos de los que ya no podrán olvidar nunca cómo resuena una paletada de tierra a la que se mezcla algún pedruzco sobre la tapa del ataúd hundido en la fosa abierta.

Cuando enterramos a la pobre Paulina de Ciaño, oí ese golpear medroso sobre la caja en que estaba encerrado el cadáver de la infeliz.

Pepe Lomba, que era entonces uno de los vicepresidentes del Auxilio Mutuo, me avisó que Paulina había muerto y que aquella tarde se haría el entierro en el cementerio de Río Piedras.

Yo no sabía que Paulina estuviera enferma, ni siquiera que estuviese en San Juan. Alguna que otra vez, con muy espaciados intervalos, la encontraba en la calle o en un hotel al que ella venía a parar y que yo visitaba de vez en cuando. Era una mujer dinámica, inteligente y un poco aventurera. Había nacido en Asturias, había viajado mucho, conocía casi todos los países de América, y en todos ellos inició alguna empresa que no llegó a cuajarse. La primera vez que vino a San Juan acompañaba a una dama de la que era gran amiga y que se dirigía a Santo Domingo donde le esperaba su esposo.

Paulina que había vivido en Cuba, después de una regular estancia en Santo Domingo, donde fracasó en su intento de restaurar la Iglesia de San Francisco, en ruinas, volvió a la Habana donde tanteó el terreno para ver si era factible allí reunir algunos fondos destinados a ese objeto y cuando se convenció de que allí no se mostraba fácil la recolecta insinuó aquí el plan que, naturalmente, no tuvo ambiente ninguno. Cada país debe conservar sus monumentos antiguos, y este plan de Paulina de Ciaño era tan poco factible como el de aquel otro soñador que tuvo la peregrina idea de venir a pretender que los Caballeros de Colón reuniesen trescientos mil dólares para rehacer el alcázar de Don Diego Colón en la capital dominicana.

Paulina necesitaba dinero para seguir viaje y aprovechando que una compañía de zarzuelas estaba actuando en San Juan, estrenó una obrilla que tenía cierta línea satírica y que ya había hecho en Cuba como un pretexto

decoroso para salir del atasco en que de vez en cuando se encontraba. Conseguido su objeto, se ausentó del país y ya no volvimos a verla hasta que se presentó un día con un plan de negociar en Venezuela no sé qué reliquias que habían pertenecido al Libertador.

Siempre conservaba su actividad, su energía, su irreductible optimismo templado en la lucha por la vida. Ya era una mujer crepuscular y de rostro poco agraciado, pero como suelen ser las mujeres feas, la simpatía y la inteligencia le daban una inconfundible personalidad. Además, tenía don de gentes y su voz era agradable; hablaba de prisa, como una actriz que sabe su papel, y oyéndola, alguna vez le dije que su puesto estaba en el teatro, no como autora, sino como actriz, como la excelentísima actriz de carácter que pudiera haber sido, con lo que se hubiera ahorrado algunos sinsabores en la vida.

Cuando fue llevada al Auxilio Mutuo, estaba en el periodo pre-agónico. No fue posible hacer nada, sin embargo se intentaron todos los remedios heroicos, pero la muerte había hecho ya presa en el quebrantado organismo.

Al entierro, como ella no era de aquí, como sus amistades eran muy eventuales, como nadie supo tampoco de su enfermedad ni de su muerte, asistimos cuatro o cinco personas. El capellán del Sanatorio rezó un responso junto a la fosa. Sobre el féretro vi una corona de flores, que una dama allí presente le había ofrendado. Pepe Lomba y yo nos consultamos con la mirada, si él o yo diría unas palabras en honor de la muerta. Pero hicimos un recuento de los posibles oyentes, y además de él y yo, no quedaba sino la dama que tenía los ojos enrojecidos por el llanto, el capellán y el sepulturero y su ayudante. Un gesto imperceptible cambiado entre ambos nos decidió a guardar silencio. Eso, después de todo, fué ganando la pobre, si es que más allá de la muerte, vemos y oímos lo que en derredor nuestro se hace o se dice.

El suelo del cementerio de Río Piedras de un barro colorado que tiene una dureza casi pétrea. El sepulturero había cavado la fosa muy honda, y era como si los cuatro tajos verticales se hubieran dado en una roca. Entre él y su ayudante valiéndose de unas cuerdas, descolgaron el féretro en aquella oquedad. Un sapito saltó sobre la caja y sobre él la paletada de tierra que golpeó la madera, como en una llamada angustiosa, como si unas manos agitadas por el terror, golpearon una puerta cerrada, en un desesperado

ademán de pavura. El golpear repetido, obsesionante, se fue espaciando como si las fuerzas abandonaran al que llamaba trémulo y el sonido era ya tan extraño, tan medroso su eco, que no sabíamos si brotaba de dentro de la caja, aunque estábamos viendo a los enterradores echar barro colorado en unas paletadas compactas, macizas, duras como pedruzcos, sobre el rectángulo de la fosa que cada vez se iba achicando a nuestra vista.

Ya nos podíamos marchar. La noche se iba echando encima, y la pobre Paulina dormía ya para siempre, curada de sus afanes, de sus inquietudes, libre de preocupaciones, de ese temor del fracaso, de ese miedo a la vejez cercana que sobrecoge a los solitarios cuando se va haciendo noche en si vida…

La voz de mi amigo que elogia con exaltados fervores la obra de los ingenieros españoles en la huella imperecedera y frecuente de que San Juan está surcado, me saca de mis meditaciones.

--Mire, dice queriendo arañar en vano con la contera del paraguas, el piso combado de la rampa por la que vamos descendiendo—¡éste es el mortero hidráulico!... Su color inconfundible ¡Su inconfundible dureza también!

En el túnel de la poterna su exaltación sube de punto. ¡Esto es hacer obra para siempre! Mire esa bóveda y mire ese piso por el que discurren las aguas torrenciales en los tiempos de lluvia. Se lava y aquí está, eterno, para siempre.

No tiene la resistencia de las murallas y de los caminos militares, la portada del cementerio viejo, que necesita urgentemente una restauración que la salve del derrumbamiento que puede producirse cuando los ladrillos queden más descarnados y sobrevenga un huracán o un estremecimiento de la tierra.

La capilla también requiere urgente atención. Fue construída en 1863, pero el salitre del mar que está tan cerca, los chubascos, la acción demoledora del tiempo cuando el azote de los elementos combaten y no se les pone el remedio de una vigilancia constante que repare los desperfectos; la falta de pintura que proteja las maderas y la mezcla y los herrajes, las grietas sin llenar, las goteras sin coger, todo lo que es urgente hacer allí y que no se ha realizado durante muchos años, ha llegado ya a ese punto en que esperar más sería exponer la obra a los peligros de que sufriera daños irreparables.

El conserje del Cementerio se une a nosotros, y nos enseña la capilla por dentro, y nos acompaña a recorrer la galería de los nichos. Las filtraciones de las lluvias van agrandando desconchados y ablandando el material que resiste la acción destructora, pero que no podrá mantener indefinidamente igual resistencia, quebrantada como está en algunos sitios la fortaleza de la fábrica por las filtraciones de la lluvia. Junto a la obra ciclópea de las murallas, estas construcciones de ladrillo son de una fragilidad que no puede resistir las tardas reparaciones que ya empiezan a poner su estabilidad en cierto riesgo.

Entre la galería de los nichos y el murallón que cierra las fortificaciones sobre la explanada del cementerio, queda un callejón largo y estrecho a uno de cuyos extremos da su penacho al viento una palmera solitaria. En la noche, proyectando su larga silueta y agitando sus ramas movidas por el brisote del mar debe parecer un pavoroso fantasma que gustara de dialogar con los muertos. Incrustado en la muralla, un pequeño Crucifijo abre sus brazos con ese ademán generoso en que ofrece su corazón herido a la lanzada de la ingratitud inhumana. La piedra ennegrecida por la pátina de los siglos tiene aquí una coloración siniestra y hace más sombrío este callejón de los muertos en una de cuyas paredes tocan los ataúdes encerrados en los nichos. En el suelo, junto al muro, y a grandes trechos espaciados, unas lápidas indican que hay allí restos humanos sepultados.

Pero el osario no está aquí sino al otro extremo del Campo Santo, junto a la tapia medio derruída que cierra por la orilla del mar. El conserje nos abre la puerta y esperamos un rato antes de entrar para que la atmósfera enrarecida se haga respirable. A un lado están las lápidas que cerraban la cavidad exterior de los nichos o que se adosaban a las sepulturas abiertas en la tierra. Algunas de ellas tienen leyendas que pregonan la inanidad de las cosas humanas: ¡Siempre te recordaremos con amor!... ¡Nunca te olvidaremos!... ¡Vivirás eternamente en nuestro recuerdo!... ¿ Qué ha pasado para que esas promesas hayan sido rotas y los mármoles ya no estén en las sepulturas desechas, y los restos de los pobre muertos olvidados esperen estibados en unos cajones que nadie va a buscar o simplemente, envueltos en unos papeles por cuyos desgarrones asoman las tibias que se desmoronan y las calaveras que muestran sus cuencas vacías?

--Aquí es donde se aprende lo que es la humanidad --nos dice el conserje-- Vienen a sacar los restos, me dicen que los deje aquí para volver a buscar

sitio para su enteramiento, y se olvidan de ello, y ahí están hasta que por no haber lugar donde tenerlos y porque no han de estar ahí pudriéndose, sin reposar en tierra sagrada, tenga que echarlos en la fosa común.

Junto a la tapia crecen frondosos unos arbustos de hojas anchas y copiosas, de un verde claro que tiene la tonalidad limpia y transparente de las aguas marinas. Y como el conserje observa que me detengo a contemplar la espléndida vegetación que alegra el triste recinto, me dice:

--Con frecuencia estamos desmochando estos palos para que no sirvan de escondrijo a las parejas que no respetan ni el asilo de la muerte. Los hay que no han soltado todavía ni el taparrabos ni el plumero.

--¿Y qué se ha hecho --le digo-- aquella brigada de albañiles y carpinteros que hace unos meses trabajaba aquí y que parecía que iba a dejar esto como nuevo?

-Don Jesús consiguió que la Rehabilitadora dedicase unos obreros a poner esto como Dios manda, pero se acabó el dinero y apenas si pudieron hacer algo. Techaron la consejería, pusieron unos remiendos a la sala de autopsias, levantaron una tapia al extremo que toca con el barrio de la Perla, y no pudieron hacer más porque faltaron los recursos.

El cementerio está limpio, con el poco personal que tiene a sus órdenes el conserje, atiende al servicio de enterramiento, al desyerbo de los senderos, a la limpieza de las tumbas, al barrido de las avenidas, a cuanto puede hacerse sin que requiera el empleo de más gente y la compra de materiales para lo que el municipio no tiene dinero.

--Un escultor amigo nos tiene ofrecidos los ángeles que estaban en estas hornacinas con las trompetas del juicio final --dice el señor Román, este cuidadoso conserje que vigila y atiende cuanto está a su cuidado--, pero antes es preciso recubrir estos ladrillos, restaurar esta portada, atender a la obra de albañilería que no puede hacerse sin dinero.

Es verdad. Todo esto que estaría flamante con un empañetado, y el enlucido final, si se va dejando en esta casi ruina acabará por desmoronarse. Los ladrillos sin el revestimiento de la mezcla van perdiendo volumen, solidez, la lluvia penetra en sus poros y va haciendo al secarse una lenta labor pulverizante. Hay que atender perentoriamente a la restauración de esta portalada que así, si así se deja, no podrá durar mucho más.

Don Pío que ha terminado de dar sus retoques a la placa de bronce que dice: "propiedad", en un panteón que guarda los restos más amados por él, se ha incorporado a nosotros y emprendemos la salida, dejando a un lado y a otro las praderitas sembradas de tumbas en que la muerte hace su cosecha inagotable.

Los nombres escritos en las lápidas son como la voz discreta que nos previniera de un modo confidencial: ¿Te acuerdas?... También tuvimos nuestro afanes, también luchamos por una ambición, por un ideal, por una quimera… y ahora…

Amigos, adversarios, gente que nos amaron o nos odiaron, todos están aquí en la misma quietud de reposo, indiferentes a nuestro recuerdo y a nuestro paso que está cada vez más cerca de ellos.

Al trasponer la puerta que se abre en la recia muralla, hemos dicho mentalmente adiós a todos, sin excluir a nadie del saludo emocionado. Y como sabemos que aquí ha de estar nuestra morada algún día, hemos acariciado con los ojos un pedazo de tierra que avanza sobre el mar, muy cerca de la orilla, donde las gaviotas y las golondrinas busquen alguna vez el reposo de sus largas aviaciones en los brazos abiertos de una cruz.

Entre las obras que hayan de hacerse con fondos de la Rehabilitación, debe atenderse cuanto antes a la restauración del Cementerio. Hace algunos meses trabajaba allí un grupo numeroso de obreros. Parecía que todo iba a remediarse, pero se agotó el dinero y la labor comenzada se interrumpió enseguida. Puesto que ése de reparar los desperfectos en recinto tan respetable, es un medio de dar trabajo a los que necesitan vivir y es también un acto decoroso en que el prestigio de la comunidad está envuelto, hemos de confiar en que de las primeras partidas que se destinen a obras de reconstrucción, se aplique a las mejoras del Cementerio lo que sea preciso para que no haya que interrumpir las obras otra vez, sin haberlas terminado.

--Don Jesús está gestionando eso—nos ha dicho el señor Román.

Porque lo sabemos abrigamos la confianza de que no será preciso insistir sobre ello nuevamente. En cuanto llevamos dicho nadie ha de ver otro propósito que el de ayudar con nuestro estímulo a quienes han demostrado su sensibilidad al preocuparse de que no aparezcamos, ante los extraños, como un pueblo que no siente el culto de sus muertos. Y el culto es tributo espiritual, pero es también decoro, y si es posible, arte…

J. PEREZ LOSADA

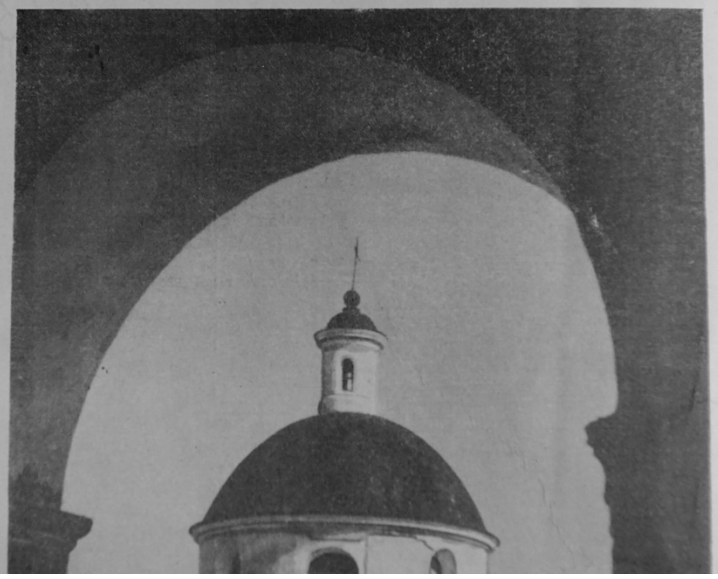
Estampas del Pasado Del San Juan que yo amo

Por J. Pérez Losada

DON PIO Amador y Rodríguez-Alfonso ha venido a buscarme para que vayamos juntos a hacer una visita al viejo cementerio de San Juan. La mañana es fresca y hay en el cielo una diáfana transparencia que invita al melancólico paseo.

—He visto allí algo que puede darle tema para un artículo —me dice el veterano compañero que ha ingresado en la cofradía de los "sinsombreristas", sin dejar de lucir en su cara de coronel retirado la chiva, que no se compagina con la moda de andar destocado.

Al llegar a la esquina de la calle de la Fortaleza, se detiene un momento como si dudase en elegir itinerario. Hay dos caminos inmediatos para subir a la parte alta de la ciudad: la calle de San José y la del Santo Cristo. Yo pienso que el compañero va a elegir la cuesta más suave, pero él se decide por la más pendiente, y recorremos un trozo de la calle de la Fortaleza para embocar en la calle del Cristo que tiene para mí —y no sé si para él también—recuerdos muy amables. En todas estas caletas, en la de San Francisco, en la de San Juan y en la de las Monjas he vivido yo hace muchos años y me gusta de vez en cuando pasar por esos sitios y detenerme un rato para mirarlos, sin saber si me estoy despidiendo de ellos o si he de volver, pasados unos días, a sentir frente a las casitas humildes que albergaron los días tormentosos y amables de una juventud que se está quedando tan lejos, la añoranza de lo que ya no ha de volver.



Desde uno de los arcos de la galería de nichos, la capilla del cementerio nos muestra el armazón desnudo del revestimiento protector del esqueleto de ladrillos en el claustrillo circular bajo cuyo techo han buscado refugio las golondrinas.

Don Pío lleva, como siempre, un paquete de periódicos debajo del brazo, dos o tres libros en un bolsillo de la chaqueta, y más periódicos, ejemplares de los diarios del día, y del día anterior, y alguna revista en el otro bolsillo para establecer el contrapeso. Lleva, además, un frasco de esmalte negro y un pincel, y lleva el paraguas, porque aunque el cielo está claro, él, que viene de una familia de marinos españoles, ha visto desde la azotea de su casa unas nubes flotando no sé en qué parte y ha deducido que puede caer un chubasco contra el que es mejor estar prevenido en la ruta que no brinda muchos lugares de refugio.

Junto a las gradas de la Catedral nos detenemos un rato, para mirar a la puerta de la muralla, que se abre al fondo, y que tiene el prestigio de una estampa romántica. Las dos hileras de arbolitos dan a la calleja en cuesta una grata perspectiva. Es bonito este recinto de la ciudad que conserva el carácter antiguo, alejado como está de las vías comerciales en que el tránsito es un acoso. La ciudad aquí, sin tranvías, sin guaguas, casi sin automóviles, brinda a los chiquillos las calles para sus juegos y ha conservado su fisonomía peculiar, sus edificaciones antiguas, sus casitas terreras con amplios patios interiores en los que crecen árboles centenarios que asoman sus ramas sobre los tapiales.

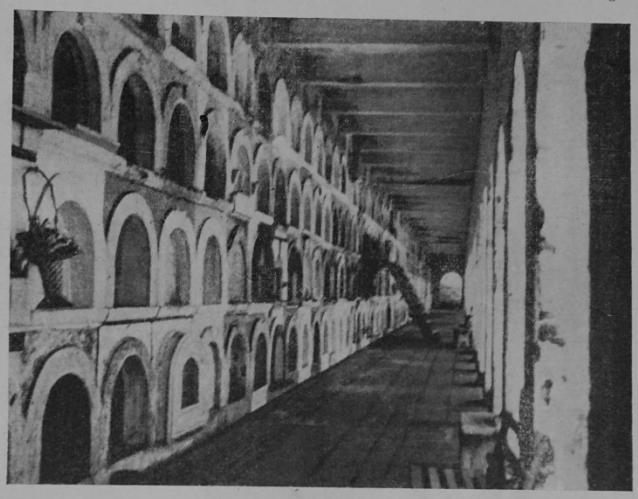
Queda a nuestra izquierda cuando vamos subiendo la cuesta, el convento de las Madres Carmelitas; convertido en casa de vecinos. Unos vericuetos y unas rampas para hacer accesibles los desniveles del piso dan entrada a los sótanos y a las galerías que llevan a los pisos altos. Hemos dicho adiós, a la iglesia, que es ahora un garaje y que recordamos blanca, fragante de azucenas y lirios y nardos, en la visita de los Monumentos en la noche del Jueves Santo. Y en la esquina de la calle del Sol hemos vuelto a detener la marcha. A lo lejos, el perfil bizarro de la Casa Blanca se recorta sobre el añil de acua-

rela del cielo, como si del manto de una virgen de Murillo se hubiera hecho un dosel.

El ancho caserón del Seminario está ahora, para nosotros, en los primeros planos. Don Pío estudió el bachillerato aquí, y advierte con leve protesta que donde estaba la clase de física hay ahora una pulpería. Mudanzas de los tiempos... Pero el edificio conserva su función docente, aunque en los bajos, por la parte exterior, se hayan alquilado algunas dependencias. —Si no se nos hiciera tarde podríamos entrar al Seminario para ver si han cambiado mucho las cosas en su interior —dice don Pío que empieza a citar nombres de los que fueron sus condiscípulos. Casi todos han muerto, los que eran de su edad y los que eran más jóvenes, porque este don Pío lleva trazas de enterrarnos a todos, aunque no abandona su costumbre de trasnochador y en las tertulias de la plaza de Armas sienta cátedra de retrógrado fulminante, disertando contra la institución del jurado, abogando por el restablecimiento de la pena de muerte y por un receso largo de la Legislatura, durante el cual se gobernase sólo por decreto, desde la Fortaleza, por un gobernador militar hasta que las disciplinas en crisis encontrasen nuevamente sus niveles.

Otro alto en la marcha en la plaza de San José, bajo el parasol de un almendro nuevo que tiene entre las hojas verdes algunas de metálicos reflejos, como si estuvieran forjadas en bronce, o, mejor, en oro viejo.

Esta plaza de San José tiene el encanto antiguo de un patio conventual, tal que si fuera una dependencia recoleta del histórico templo que le da su nombre. Así como la catedral de Sevilla y la Mezquita de Córdoba tienen su patio de los naranjos, esta iglesia de San José tiene su patio de los almendros. El bronce prócer de Don Juan Ponce de León nos habla de proezas y de virtudes patricias. Para hacer la estatua fué fundido el bronce de unos cañones tomados en acción bélica por nuestros aguerridos antepasados. ¿Qué mejor tributo que ése rendido al glorioso fundador de esta comunidad cristiana? Por la ventanita enrejada de la iglesia, próxima al ángulo que forma el templo cuatro veces centenario con la casa antiquísima que tiene unos recios contrafuertes y que conserva su típico balconaje colonial, se ve arder en la noche la lámpara del Santísimo y cuentan las viejecitas devotas que han visto alguna vez la silueta de un monje blanco, en la penumbra indecisa, orando ante la imagen de Nuestra Señora de Belén.

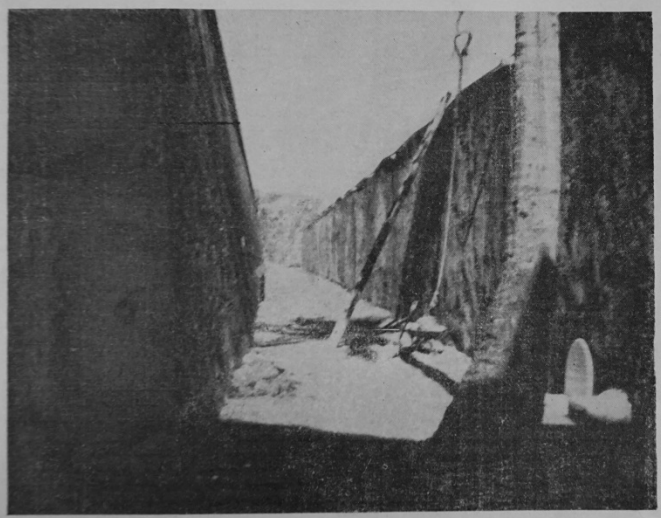


Como en los alojamientos de los vivos, los dos primeros pisos son más caros en la galería de los nichos. El estar más cerca de los restos amados, se paga, como todo en la vida y en la muerte. Cinco años es el tiempo que se considera suficiente para que el cadáver ya deshecho pueda ser sacado del nicho si como ocurre en la mayoría de los casos es de alquiler y apremia el deshaucio.

Reanudamos la marcha. Henos después de la bajada de la cuesta en la explanada en que se inicia el boulevard del Valle. A un antepecho está asomada una mujer, que verá con frecuencia cómo se detienen a su puerta unos carruajes cubiertos de coronas, y cómo se destaca de entre el nutrido cortejo un señor que pronuncia unas palabras conmovedoras que tienen el contenido dramático de una despedida ineluctable.

También habrá visto esta mujer, si es vecina de la casa hace tiempo, porque los entierros pobres se hacen ahora en el cementerio de Santurce, y habrá sentido el contagio de la pena desolada, algunos de esos entierros en los que ni flores ni gente acompañan al muerto que va en el viaje lúgubre en la más triste soledad. La parva comitiva no se detiene ante la casa, sino el momento preciso para sacar la caja, si es que hubo para pagar el coche fúnebre. Nadie habla. ¿Ni quién había de oír las palabras en honor de quien no tiene quien le acompañe en la ruta larga de la que no se vuelve? Lo que quieren todos es llegar cuanto antes y soltar la carga penosa, que nada pesa tanto como un muerto sobre los hombros. Con el estupor que produce cuanto rodea el trance amargo, oirán los acompañantes el golpear de las primeras paletadas de tierra en la oquedad de la fosa sobre la caja tendida en el fondo. Y ese ruido que se irá amortiguando a medida que la fosa se va llenando de tierra, repercutirá después, como un zumbido obsesionante en los oídos de los que ya no podrán olvidar nunca cómo resuena una paletada de tierra a la que se mezcla algún pedruzco sobre la ta-

(Continúa en la página 56)



He aquí una vía muy poco frecuentada por los visitantes del cementerio, muchos de los cuales ignoran que existe. Está detrás de la galería de los nichos y se forma este lúgubre callejón por la muralla que para estar a tono tiene allí más ennegrecida la piedra y la pared posterior de la galería que ya tiene adosadas algunas lápidas mortuorias.

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3)

pa del ataúd hundido en la fosa abierta.

Cuando enterramos a la pobre Paulina de Ciaño, oí ese golpear medroso sobre la caja en que estaba encerrado el cadáver de la infeliz.

Pepe Lomba, que era entonces uno de los vicepresidentes del Auxilio Mutuo, me avisó que Paulina había muerto y que aquella tarde se haría el entierro en el cementerio de Río Piedras.

Yo no sabía que Paulina estuviera enferma, ni siquiera que estuviese en San Juan. Alguna que otra vez, con muy espaciados intervalos, la encontraba en la calle o en un hotel al que ella venía a parar y que yo visitaba de vez en cuando. Era una mujer dinámica, inteligente y un poco aventurera. Había nacido en Asturias, había viajado mucho, conocía casi todos los países de América, y en todos ellos inició alguna empresa que no llegó a cuajarse. La primera vez que vino a San Juan acompañaba a una dama de la que era gran amiga y que se dirigía a Santo Domingo donde le esperaba su esposo.

Paulina que había vivido en Cuba, después de una regular estancia en Santo Domingo, donde fracasó en su intento de restaurar la iglesia de San Francisco, en ruinas, volvió a la Habana donde tanteó el terreno para ver si era factible allí reunir algunos fondos destinados a ese objeto, y cuando se convenció de que allí no se mostraba fácil la recolecta insinuó aquí el plan que, naturalmente, no tuvo ambiente ninguno. Cada país debe conservar sus monumentos antiguos, y este plan de Paulina de Ciaño era tan poco factible como el de aquel otro soñador que tuvo la peregrina idea de venir a pretender que los Caballeros de Colón reuniesen trescientos mil dólares para rehacer el alcázar de Don Diego Colón en la capital dominicana.

Paulina necesitaba dinero para seguir viaje, y aprovechando que una compañía de zarzuelas estaba actuando en San Juan, estrenó una obrilla que tenía cierta línea satírica y que ya había hecho en Cuba, como un pretexto decoroso para salir del atasco en que de vez en cuando se encontraba. Conseguido su objeto, se ausentó del país y ya no volvimos a verlar hasta que se presentó un día con un plan de negociar en Venezuela no sé qué reliquias que habían pertenecido al Libertador.

Siempre conservaba su actividad, su energía, su irreductible optimismo templado en la lucha por la vida. Ya era una mujer crepuscular y de rostro poco agraciado, pero como suelen ser las mujeres feas, la simpatía y la inteligencia le daban una inconfundible personalidad. Además, tenía don de gentes y su voz era agradable; hablaba de prisa, como una actriz que sabe su papel, y oyéndola, alguna vez le dije que su puesto estaba en el teatro, no como autora, sino como actriz, como la excelentísima actriz de carácter que pudiera haber sido, con lo que se hubiera ahorrado algunos sinsabores en la vida.

Cuando fué llevada al Auxilio Mutuo, estaba en el período pre-agónico. No fué posible hacer nada, sin embargo se intentaron todos los remedios heroicos, pero la muerte había hecho ya presa en su quabrantado organismo.

Al entierro, como ella no era de aquí, como sus amistades eran muy eventuales, como nadie supo tampoco de su enfermedad ni de su muerte, asistimes cuatro o cinco personas. El capellán del Sanatorio rezó un responso junto a la fosa. Sobre el féretro vi una corona de flores, que una dama allí presente le había ofrendado. Pepe Lomba y yo nos consultamos con la mirada, si él o yo diría unas palabras en honor de la muerta. Pero hicimos un recuento de los posibles oyentes, y además de él y yo, no quedaba sino la dama que tenía los ojos enrojecidos por el llanto, el capellán y el sepulturero y su ayudante. Un gesto imperceptible cambiado entre ambos nos decidió a guardar silencio. Eso, después de todo, fué ganando la pobre, si es que más allá de la muerte, vemos y oímos lo que en derredor nuestro se hace o se dice.

El suelo del cementerio de Río Piedras es de un barro colorado que tiene una dureza casi pétrea. El sepulturero había cavado la fosa muy honda, y era como si los cuatro tajos verticales se hubieran dado en una roca. Entre él y su ayudante, valiéndose de unas cuerdas, descolgaron el féretro en aquella oquedad. Un sapito saltó sobre la caja y sobre él la paletada de tierra que golpeó la madera, como en una llamada angustiosa, como si unas manos agitadas por el terror, golpearon una puerta cerrada, en un desesperado ademán de pavura. El golpear repetido, obsesionante, se fué espaciando como si las fuerzas abandonaran al que llamaba trémulo, y el sonido era ya tan extraño, tan medroso su eco, que no sabíamos si brotaba de dentro de la caja, aunque estábamos viendo a los enterradores echar barro colorado en unas paletadas compactas, macizas, duras como preduzcos, sobre el rectángulo de la fosa que cada vez se iba achicando a nuestra vista.

Ya nos podíamos marchar. La noche se iba echando en cima, y la pobre Paulina

NO SE VAYA
A OFENDER
pero si tiene usted
mal aliento o eructos
después de comer, el
Compuesto Bisurado
(antes Magnesia
Bisurada) le evitará
ser desagradable. Alivia
pronto. Neutraliza la
acidez estomacal.

a todos los remedios heroicos,
uerte había hecho ya presa en
tado organismo.
tierro, como ella no era de
s amistades eran muy eventual
adie supo tampoco de su en
ni de su muerte, asistimos
personas. El capellán del San
un responso junto a la fosa,
retro vi una corona de flores,
na allí presente le había ofre
epe Lomba y yo nos consulta
nirada, si él o yo diría unas pa
honor de la muerta. Pero hic
ento de los posibles oyentes,
de él y yo, no quedaba sino
ue tenía los ojos enrojecidos
, el capellán y el sepulturero
ante. Un gesto imperceptible ca
tre ambos nos decidió a guar
Eso, después de todo, fué gan
obre, si es que más allá de
vemos y oímos lo que en derre
se hace o se dice.

lo del cementerio de Río Pied
n barro colorado que tiene
casi pétrea. El sepulturero ha
a fosa muy honda, y era como
ro tajos verticales se hubie
una roca. Entre él y su ayudan
se de unas cuerdas, descolga
o en aquella oquedad. Un sa
re la caja y sobre él la paletada
e golpeó la madera, como en u
angustiosa, como si unas man
por el terror, golpearon
errada, en un desesperado adem
ra. El golpear repetido, obses
fué espaciando como si las fu
donaran al que llamaba trému
ido era ya tan extraño, tan
eco, que no sabíamos si brota
o de la caja, aunque estában
los enterradores echar barro
n unas paletadas compactas,
ras como preduzcos, sobre el re
de la fosa que cada vez se
o a nuestra vista.

podíamos marchar. La noche
ndo en cima, y la pobre Paulin

osa salud!

L. MARTINEZ OCHOA, San Juan

Nombre
Calle
Ciudad y País

dormía ya para siempre, curada de sus afanes, de sus inquietudes, libre de preocupaciones, de ese temor del fracaso, de ese miedo a la vejez cercana que sobrecoge a los solitarios cuando se va haciendo noche en su vida...

La voz de mi amigo que elogia con exaltados fervores la obra de los ingenieros españoles en la huella imperecedera y frecuente de que San Juan está surcado, me saca de mis meditaciones.

—Mire, dice queriendo arañar en vano con la contera del paraguas, el piso combado de la rampa por la que vamos descendiendo —¡éste es el mortero hidráulico!... Su color inconfundible ¡Su inconfundible dureza también!

En el túnel de la poterna su exaltación sube de punto. ¡Esto es hacer obra para siempre! Mire esa bóveda y mire ese piso por el que discurren las aguas torrenciales en los tiempos de lluvia. Se lava y ahí está, eterno, para siempre.

No tiene la resistencia de las murallas y de los caminos militares, la portada del cementerio viejo, que necesita urgentemente una restauración que la salve del derrumbamiento que puede producirse cuando los ladrillos queden más descarnados y sobrevenga un huracán o un estremecimiento de la tierra.

La capilla también requiere urgente atención. Fué construída en 1863, pero el salitre del mar que está tan cerca, los chubascos, la acción demoledora del tiempo cuando el azote de los elementos combaten y no se les pone el remedio de una vigilancia constante que repare los desperfectos; la falta de pintura que proteja las maderas y la mezcla y los herrajes, las grietas sin llenar, las goteras sin coger, todo lo que es urgente hacer allí y que no se ha realizado durante muchos años, ha llegado ya a ese punto en que esperar más sería exponer la obra a los peligros de que sufriera daños irreparables.

El conserje del Cementerio se une a nosotros, y nos enseña la capilla por dentro, y nos acompaña a recorrer la galería de los nichos. Las filtraciones de las lluvias van agrandando desconchados y ablandando el material que resiste la acción destructora, pero que no podrá mantener indefinidamente igual resistencia, quebrantada como está en algunos sitios la fortaleza de la fábrica por las filtraciones de la lluvia. Junto a la obra ciclópea de las murallas, estas construcciones de ladrillo son de una fragilidad que no puede resistir las tardas reparaciones que ya empiezan a poner su estabilidad en cierto riesgo.

Entre la galería de los nichos y el murallón que cierra las fortificaciones sobre la explanada del cementerio, queda un callejón largo y estrecho a uno de cuyos extremos da su penacho al viento una palmera solitaria. En la noche, proyectando su larga silueta y agitando sus ramas movidas por el brisote del mar debe parecer un pavoroso fantasma que gustara de dialogar con los muertos. Incrustado en la muralla, un pequeño Crucifijo abre sus brazos con ese ademán generoso en que ofrece su corazón herido a la lanzada de la ingratitud inhumana. La piedra ennegrecida por la pátina de los siglos tiene aquí una coloración siniestra y hace más sombrío este callejón de los muertos en una de cuyas paredes tocan los ataúdes encerrados en los nichos. En el suelo, junto al muro, y a grandes trechos espaciados, unas lápidas indican que hay allí restos humanos sepultados.

Pero el osario no está aquí sino al otro extremo del Campo Santo, junto a la tapia medio derruída que cierra por la orilla del mar. El conserje nos abre la puerta

Cuando la S
disgusta . .
su *Cutis E*

CUTIS INTERIOR
DONDE LAS ARRUGAS EMPIEZAN

Lady Marian C

cuida su delicada piel con las

Para evitar *Arruga*
cuidar la capa *Inte*

AUNQUE parezca increíble, su cutis consiste en realidad de dos capas—Interior y Exterior. Cuando las pequeñas glándulas alimenticias que se encuentran en su cutis interior cesan de emitir los aceites saludables que conservan su cutis terso y radiante, las arrugas se producen.

Una Crema Aceitosa para su Cutis Interior—Para evitar arrugas hay que alimentar el cutis con crema aceitosa. La Cold Cream Pond's suple precisamente las materias grasas necesarias. A la vez, esta crema penetra los poros y desaloja las partículas de basura, los cosméticos, y el polvo allí acumulados.

Una Crema No Grasa para la capa Exterior—El cutis exterior requiere un cuidado distinto. El viento y el sol le roban su humedad natural. Para reparar esta pérdida, pruebe la Vanishing

Cre
acei
tanc
hum
ción
imp
com
su

1.
su
Por
vig
2.
Va
sob
3.
otr
Lu
los

D
ñe
ar

OFERTA
muestras d
Davila Y
San Juan,

Nombre
Dirección

y esperamos un rato antes de entrar para que la atmósfera enrarecida se haga respirable. A un lado están las lápidas que cerraban la cavidad exterior de los nichos o que se adosaban a las sepulturas abiertas en la tierra. Algunas de ellas tienen leyendas que pregonan la inanidad de las cosas humanas: ¡Siempre te recordaremos con amor!... ¡Nunca te olvidaremos!... ¡Vivirás eternamente en nuestro recuerdo!... ¿Qué ha pasado para que esas promesas hayan sido rotas y los mármoles ya no estén en las sepulturas deshechas, y los restos de los pobres muertos olvidados esperen estibados en unos cajones que nadie va a buscar o simplemente, envueltos en unos papeles por cuyos desgarrones asoman las tibias que se desmoronan y las calaveras que muestran sus cuencas vacías?

—Aquí es donde se aprende lo que es la humanidad —nos dice el conserje— Vienen a sacar los restos, me dicen que los deje aquí para volver a buscar sitio para su enterramiento, y se olvidan de ello, y ahí están hasta que por no haber lugar donde tenerlos y porque no han de estar ahí pudriéndose, sin reposar en tierra sagrada, tenga que echarlos en la fosa común.

Junto a la tapia crecen frondosos unos arbustos de hojas anchas y copiosas, de un verde claro que tiene la tonalidad limpia y tranparente de las aguas marinas. Y como el conserje observa que me detengo a contemplar la espléndida vegetación que alegra el triste recinto, me dice:

—Con frecuencia estamos desmochando estos palos para que no sirvan de escondrijo a las parejas que no respetan ni el asilo de la muerte. Los hay que no han soltado todavía ni el taparrabos ni el plumero.

—¿Y qué se ha hecho —le digo— aquella brigada de albañiles y carpinteros que hace unos meses trabajaba aquí y que parecía que iba a dejar esto como nuevo?

—Don Jesús consiguió que la Rehabilitadora dedicase unos obreros a poner esto como Dios manda, pero se acabó el dinero y apenas si pudieron hacer algo. Techaron la conserjería, pusieron unos remiendos a la sala de autopsias, levantaron una tapia al extremo que toca con el barrio de la Perla, y no pudieron hacer más porque faltaron los recursos.

El cementerio está limpio, con el poco personal que tiene a sus órdenes el conserje, atiende al servicio de enterramiento, al desyerbo de los senderos, a la limpieza de las tumbas, al barrido de las avenidas, a cuanto puede hacerse sin que requiera el empleo de más gente y la compra de materiales para lo que el municipio no tiene dinero.

—Un escultor amigo nos tiene ofrecidos los ángeles que estaban en estas hornacinas con las trompetas del juicio final —dice el señor Román, este cuidadoso conserje que vigila y atiende cuanto está a su cuidado—, pero antes es preciso recubrir estos ladrillos, restaurar esta portada, atender a la obra de albañilería que no puede hacerse sin dinero.

Es verdad. Todo esto que estaría flamante con un empañetado, y el enlucido final, si se va dejando en esta casi ruina acabará por desmoronarse. Los ladrillos sin el revestimiento de la mezcla van perdiendo volumen, solidez, la lluvia penetra en sus poros y va haciendo al secarse una lenta labor pulverizante. Hay que atender perentoriamente a la restauración de esta portalada que así, si así se deja, no podrá durar mucho más.

Don Pío que ha terminado de dar sus retoques a la placa de bronce que dice: "propiedad", en un panteón que guarda los restos más amados por él, se ha incorporado a nosotros y emprendemos la salida, dejando a un lado y a otro las praderitas sembradas de tumbas en que la muerte hace su cosecha inagotable.

Los nombres escritos en las lápidas son como la voz discreta que nos previniera de un modo confidencial: ¿Te acuerdas?... También tuvimos nuestros afanes, también luchamos por una ambición, por un ideal, por una quimera... y ahora...

Amigos, adversarios, gentes que nos amaron o nos odiaron, todos están aquí en la misma quietud de reposo, indiferentes a nuestro recuerdo y a nuestro paso que está cada vez más cerca de ellos.

Al trasponer la puerta que se abre en la recia muralla, hemos dicho mentalmente adiós a todos, sin excluir a nadie del saludo emocionado. Y como sabemos que aquí ha de estar nuestra morada algún día, hemos acariciado con los ojos un pedazo de tierra que avanza sobre el mar, muy cerca de la orilla, donde las gaviotas y las golondrinas busquen alguna vez el reposo de sus largas aviaciones en los brazos abiertos de una cruz.

Entre las obras que hayan de hacerse con fondos de la Rehabilitación, debe atenderse cuanto antes a la restauración del Cementerio. Hace algunos meses trabajaba allí un grupo numeroso de obreros. Parecía que todo iba a remediarse, pero se agotó el dinero y la labor comenzada se interrumpió enseguida. Puesto que ése de reparar los desperfectos en recinto tan respetable, es un medio de dar trabajo a los que necesitan vivir y es también un acto decoroso en que el prestigio de la comunidad está envuelto, hemos de confiar en que de las primeras partidas que se destinen a obras de reconstrucción, se aplique a las mejoras del Cementerio lo que sea preciso para que no haya que interrumpir las obras otra vez, sin haberlas terminado.

—Don Jesús está gestionando eso— nos ha dicho el señor Román.

Porque lo sabemos abrigamos la confianza de que no será preciso insistir sobre ello nuevamente. En cuanto llevamos dicho nadie ha de ver otro propósito que el de ayudar con nuestro estímulo a quienes han demostrado su sensibilidad al preocuparse de que no aparezcamos, ante los extraños, como un pueblo que no siente el culto de sus muertos. Y el culto es tributo espiritual, pero es también decoro. y si es posible, arte...

J. PEREZ LOSADA.

La Prin

(Continua

El fuego, al
lo mantuvo ale
tiempo era de
ducto del salva
disponían a re
pajas, y pensó
saldrían en bu
estarían proteg
Aplastando cor
bas frescas, se
lamente hasta
caminar trazar
habría de ser
mir.

En la semiosc
Fou Tan entab
do de las const
lla bailarina, q
ba interesada
cernientes al p
joven médico. I
entendería muc
que le hacía Ge
guntas girabar
de asuntos que
po es capaz de

—¿Son muy
país? —pregunt

—Muchas lo s

—¿Tienes tú

—No. No la t

—Pero... ¿an

—No he tenid
rarme.

—Y, ahora, ¿c

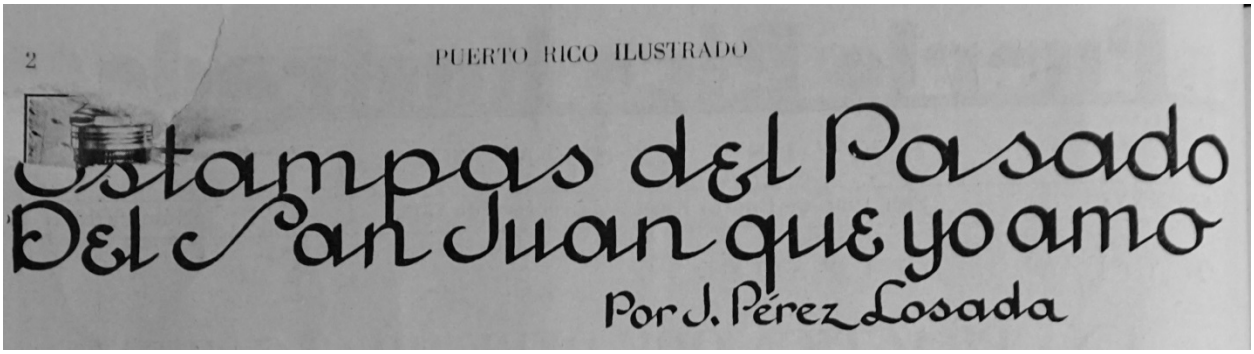
—Presumo que
pado durante los
tras consigo con

Ambos, sumido
dos pensamient
lencio. El calor
do en el curso
reemplazado por
La oscuridad qu
prácticamente n
de la hoguera q
la gruta.

Pensaba King
cha que dormía
que la debía a el
responsabilidad.
sar en ella. Que
por ella en lo ma
amor, le pareció
Insistió en persu
sólo una vaga il

10. Puerto Rico Ilustrado

9 de febrero de 1935



Sobre el pueblo de Carolina

En el Puerto Rico Ilustrado de 9 de febrero de 1935, se publicó este artículo de José Pérez Losada sobre el pueblo de Carolina. El autor fue Director de la revista Puerto Rico Ilustrado desde 1933 hasta su muerte en 1937. Si ven las fotos adjuntas al final, pueden leer el artículo directo de la revista; abajo se copió el texto para facilitar su lectura

Puerto Rico Ilustrado de 9 de febrero de 1935

ESTAMPAS DEL PASADO DEL SAN JUAN QUE YO AMO

De José Pérez Losada (1879-1937)

José Nortes y Elvira Rojas vinieron a San Juan procedentes de Santo Domingo en los primeros años de este siglo. Cuando se dice, ya pasado diez años además del primer cuarto de siglo, que vinieron a San Juan hace más de treinta años unos artistas en aquel interminable desfile en que antes se sucedían, más animada que ahora la vida teatral, la memoria tiene que hacer un esfuerzo para recordar nombres y personas, relacionándolos entre sí y situándolos en el medio en que actuaron para identificarlos en la lejanía.

José Nortes era un actor de fibra y gallarda apostura. Vestía muy bien y además de tener buena ropa tenía lo que necesita todo galán en escena, elegancia, distinción para llevarla. José Nortes había empezado muy bien su carrera teatral fue breve, porque lo mató la tuberculosis cuando había llegado a la madurez de sus facultades entre las que eran más de estimar su voz de grato timbre, su excepcional memoria, su oído de una finura extraordinaria para coger de la concha no sólo la prosa sino lo que es infinitamente más difícil, el verso que sabía medir el notable actor con la maestría que recordaba a los intérpretes del teatro romántico, sustituído por el monopolio que había hecho de la escena española don José Echegaray que si no tuvo el aliento poético y la hondura psicológica que se necesita para fijar las calidades de la obra y darle duración y consistencia, sabía graduar el interés de la farsa y matizaba su prosa brillante de pensamientos bellos en que la rebeldía encontraba su grito de protesta y el tono desafinado casi siempre, de su arrogante desafío.

Para aquel teatro se necesitaba que el actor tuviera unos pulmones de hierro y garganta acorazada, y eso parecía tener Pepe Nortes, como lo llamaban sus compañeros en Madrid y como los revisteros teatrales en la Habana le designaban también para hacer más simpático y popular al actor que gustó tanto, pero que se quedó demasiado tiempo en el mismo sitio, sin darse cuenta de que hasta el cariño se gasta cuando se le impone un sacrificio

constante y si eso ocurre con lo que se liga a nuestra vida hasta poder decir que forma parte de ella, claro está que ha de darse con mayor frecuencia cuando es sólo la curiosidad, la simpatía, lo novedad lo que nos lleva a frecuentar un espectáculo.

La primera dama de la compañía de Nortes era Elvira Rojas, una mujer de gran belleza y de regular talento escénico. La pareja se llevaba muy bien al principio, cuando los halagos de la fortuna parecían inagotables, pero cuando la suerte se volvió de espaldas, cuando la enfermedad empezó a minar la vida del compañero, cuando éste para buscar momento de alivio o para olvidar empezó a beber coñac como si le devorase una sed angustiosa, las disenciones se acentuaron entre ellos y se advertía que marchaban juntos porque de todas maneras, se apoyaban uno al otro, y aunque la vida con sus acosos les recordaba con harta frecuencia que sin dinero el amor más idealista pierde su encanto, seguían juntos por la senda en que ya no siempre encontraban las flores que embellecen los breves descansos y llenan de fragancia ese paraíso tan fugaz que se aventa como una decoración de magia apenas soplan con su desencanto los primeros fríos de la desilusión.

Elvira Rojas había realizado un acto de verdadero heroísmo para unirse a Pepe Nortes, pero la pasión más frenética pierde sus alientos en contacto con la prosa de la vida cotidiana.

Cuando inauguró el Casino Hispanoportorriqueño de Carolina, José Nortes fué con nosotros a tomar parte en el programa de aquella fiesta inolvidable. Tuvo el vasto programa proporciones abrumadoras; primero se celebró un suculento banquete en el salón principal donde fué instalada la mesa para más de cien comensales, mesa que hubo que quitar una vez terminada la comida para acomodar al público espectador de la velada, terminada la cual daría comienzo el baile amenizado por una gran orquesta.

El Padre Alonso que estaba muy en contacto con nosotros y que desempeñaba con gran competencia varias de las cátedras del Colegio de San Pablo, fundado por Monseñor Blenk, mostró deseos de asistir a la fiesta de inauguración del Casino, que fué un alarde de rumbo de parte de los amigos de la Carolina, y para justificar su traslado a la población vecina lo incluímos en el programa de la velada con gran satisfacción del comité organizador que sabía que el joven sacerdote era un hombre de reconocida cultura y que podía tener a su cargo uno de los breves discursos que abrían y cerraban la parte literaria del festejo.

Yo fuí el encargado de pedir al señor Obispo que dejase al Padre Alonso ir con nosotros a la inauguración que prometía una noche deliciosa. Como el programa era extenso, había que prevenir al Prelado que el regreso se haría tarde en la noche.

--Bien; usted me responde de que todo ha de hacerse de un modo irreprochable –me dijo el benévolo Monseñor.

Yo no diré que todo fuese irreprochable. Ni la manera como salí a escena a decir unas palabras de apertura del acto, ni la violencia con que arrojó al tabladillo de la farsa un vino que tenía que beberse Montesinos en el transcurso de la comedia que se estaba representando, ni la improvisada utilería que hizo naufragar una cucaracha en el vaso de vino destinado al actor, ni la intervención coreográfica del Padre Alonso en el final de la fiesta regocijada, estimulado por el ambiente simpático que allí reinaba y que no tuvo el menor decaimiento hasta bien entrada la noche.

Estaba con nosotros también Luis Díaz Caneja que vivía con su distinguida familia en Santurce y que al pasar frente a su casa se bajó del coche y se quedó en su domicilio porque era ya muy tarde y sabía que le esperaba siempre en vela la ternura resignada de su buena madre.

Montesinos se había dormido al salir de Carolina. Tenía su sueño una doble causa que justificaba el hondo sopor que resistió al estrépito con que comentábamos por el camino los alegres incidentes de la noche, y no se dió cuenta de que Díaz Caneja se había quedado en su casa, aunque estuvimos un rato discutiendo si se quedaría allí o iríamos a la Plaza del Mercado a tomar café con buñuelos.

Ya muy cerca de San Juan, se despertó Montesinos y se dió cuenta de que Caneja no estaba con nosotros en el coche. Él no tenía noción de cuando se había dormido y seguro de su resistencia y entrenamiento para mostrarse irreductible por la larga que fuese la parranda, supuso que, como él, todos habíamos doblado el pico y durante nuestro sueño había ocurrido una catástrofe de la que nuestra insensibilidad no se daba cabal cuenta.

--Ustedes son malos amigos –gritó indignado, apostrofándonos—Caneja se ha caído por el camino y estará en el fondo de alguna cuneta mientras nosotros nos vamos tranquilamente a nuestras casas. ¿Les parece a ustedes que ese es modo de comportarse los amigos?

En vano le explicamos que al llegar frente a su casa se había bajado del coche y había penetrado en su domicilio sin que el carruaje se pusiera nuevamente en marcha hasta que abrió la puerta y le vimos desaparecer en el interior de la casa. Montesinos no cedía en sus razones, y propuso que volviéramos a Carolina, para buscar al compañero al que no podíamos dejar en ese trance sin incurrir en una responsabilidad y sin faltar a los más elementales deberes de la amistad, de la que el sólo se proclamaba campeón irreductible.

Insistió tanto en que había de desandar la ruta para sacar a Díaz-Caneja de la cuneta en debía haberse caído, que no hubo más remedio que deshacer un buen trecho del camino ya recorrido, durante el que nos fue interrogando, uno por uno, y conminando al cochero con la grave responsabilidad en que estaba incurriendo como cómplice de nuestra negligencia.

Ni siquiera sirvió que el auriga le dijese que el no se dormía mientras guiaba y que estimaba tanto como pudiera quererle el mejor de sus amigos, porque era el mejor marchante que tenía. El interrogatorio se hacía cada vez más formal extendiéndose a los jíbaros que venían para el mercado con su carga de verduras y de frutas sobre caballitos de paso menudo y ágil.

--¿Vienes de Carolina o de Río Grande?
--No señor, vengo de Guaynabo.
--Entonces, nada, puedes seguir el viaje.

Si le decían que venían de algún sitio que empalmase con el camino que habíamos traído nosotros, les preguntaba minuciosamente si habían visto algún bulto en alguna cuneta, si en el camino no encontraron un joven bien vestido, ya inconsciente o buscando quien le condujera a la capital, y como todos, invariablemente le dijesen que no, preguntaba con insistencia si no habían pasado algún trecho del camino dormitando, si no se les había espantado la cabalgadura, si no habían oído decir nada a los viandantes con quienes se cruzaron y sirviera para seguir una pista.

La escena pintoresca nos divertía, y hubiéramos llegado de nuevo a Carolina, siendo una exploración ineficaz, aunque nos pedía el cuerpo descanso y había que restituir a su alojamiento al Padre Alonso, que no debía faltar a sus clases y necesitaba el tiempo preciso para darse una

ducha, tomar una buena taza de café negro, y dar comienza sus tareas escolares.

La suerte hizo que después de interrogar a unos cuantos campesinos que venían de recorrer el camino, se convenciera el amigo leal que ya empezaba a coordinar con mayor lucidez, ayudado por el fresco de la madrugada, de que no había ocurrido lo que él temía, ya que alguno de los trajinantes que pasaron por la carretera hubiesen encontrado a la supuesta víctima de nuestro imperdonable descuido, y consintió en volver a San Juan.

Carolina fué por algún tiempo el centro de nuestras expediciones cercanas y de algunas deliciosas veladas.

Vivía allí entonces Sanromá que era un niño de muy pocos años, y su padre, hombre de múltiples habilidades desempeñaba varios cargos de confianza, entre ellos el de secretario del Casino, en que demostró una gran capacidad de organización.

Como el Casino tenía, como todas las instituciones de este género, funciones culturales y hasta benéficas, el párroco de Carolina que era un hombre de mucha entereza y de una voluntad para el trabajo que no esquivaba ninguna obligación, formaba parte de la Junta Directiva y tomaba en sus deliberaciones una eficaz intervención.

Yo no recuerdo ¡hace tantos años! por qué se produjo el incidente que soslayó el señor Sanromá, hurtando el cuerpo, o mejor dicho la cabeza, a un contundente garrotazo, sólo porque el amigo de Sanromá fué siempre un hombre muy cortés, y la cortesía no es sólo un matiz de elegancia sino que a veces resulta un seguro de excepcional eficacia.

La Junta de aquella noche estaba presidida por el cura párroco, que era vasco y tenía arrestos para lo que fuera menester, tomó, previo informe del secretario señor Sanromá, sostenido por el presidente, un acuerdo que sancionaba la conducta de un miembro del Casino, hombre de pelo en pecho, que había jurado romperle la cabeza a quien se atreviera a votar contra él.

A la salida de la sesión, ya tarde en la noche, lo que menos se acordaban ni Sanromá ni el cura era de las amenazas que había proferido el individuo cuya conducta desmandada había sido necesario sancionar. Pero al salir, como la puerta no era muy ancha y se trataba de dos personas gruesas,

Sanromá siguiendo las normas de la cortesía se hizo un poco hacía atrás y dejó que avanzara el presbítero. No hizo más que asomar su cabeza el párroco cuando el expulso que estaba apostado en la obscuridad le arreó un garrotazo que era suficiente para descuadernar a cualquiera que no tuviese la vigorosa contextura del joven sacerdote que estuvo de resultas del ataque con la cabeza liada en vendajes por espacio de más de quince días.

El garrotazo, según se supo luego, no era para el sacerdote sino para Sanromá, pero la cortesía salvó a este, que se reafirmó en la buena práctica de no tomar la delantera sobre todo cuando se sale a un sitio solitario, a horas avanzadas de la noche, y además oscuro como boca de lobo.

En Carolina y en casa del licenciado Benítez Castaño, buscó refugio el poeta Momo cuando se le hostilizó en San Juan en los tiempos borrascosos en que no era fácil emitir juicios que no estuvieran acordes con la conducta de la partida de la porra que cometía todo género de excesos en San Juan.

Momo que tenía un periódico satírico no podía prescindir del tema político, pero tampoco quería exponerse a que le diesen un estropeo que ya le anunciaron preventivamente, y como él había visto que no amagaban por lo regular, en vano, decidió buscar refugio en Carolina que era por aquellas fechas, un baluarte del partido federal, donde no tenía que temer que fuesen a dictarle órdenes los truculentos censores con que se había dado la Prensa.

La estancia de Momo en Carolina era un motivo más para visitar de vez en cuando la simpática población en que teníamos muy espirituales amigas que gustaban del trato con los hombres de letras con lo que nuestra sensibilidad se afinaba, ya que sabiendo que teníamos tan gentiles lectoras habíamos de procurar que nuestra obra por basta o desmañada, no nos privase de su estimación.

Allí también, muy cerca de Carolina, en una finca que tenía un huerto de naranjos, se celebró algo más tarde una reunión de periodistas para organizar la asociación dela Prensa. La iniciativa fué tomada por el doctor Zeno Gandía que había adquirido la propiedad de "La Correspondencia" y quería contacto más frecuente entre los que cultivábamos el ingrato oficio, en que se envejece tan pronto y por el que se pierde también demasiado pronto la ilusión.

Yo no sé si aquella finca que se llamaba el naranjal era de del doctor Zeno Gandía, aunque he de deducir que sí porque él estaba allí como en su casa;

lo que sí tengo sabido es que siempre que sentí la nostalgia del campo, el deseo de quietud y de paz, el anhelo de refugiarme en la soledad huyendo del cansancio de un oficio que nos obliga a la exhibición y que nos impone la dura, la forzada tarea de estar siempre con la pluma en mano escribiendo a veces con febril impulso y otras con desgano invencible, he estado pensando en una casa como aquélla, en un huerto como aquél, en aquellas galerías amplias, sombreadas por las trepadoras entre las que anidaban las "reinitas" de tan polícromo plumaje que parecían otras flores raras en los tallos cubiertos de hojas y de campánulas palpitantes.

Por entre las persianas a medio correr como en una celosía conventual, se podían ver en una grata penumbra las alcobas con amplios lechos de maderas antiguas sosteniendo los albos mosquiteros, bajo el amparo celeste de un cuadro de la Virgen o de un Niño Jesús. El interior de aquellas estancias invitaba a la siesta y hacía pensar en las noches de luna cuando cantara el ruiseñor entre los árboles que metían sus ramas floridas en aquel claustro sensual en que todo cantaba a la vida.

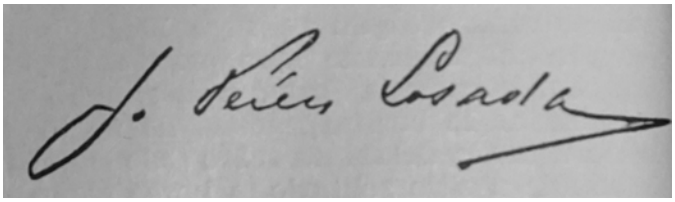
Allá en el fondo entre un macizo de plantas se alzaba la garita verde del tinajero de cuya piedra, acaso centenaria, brotaban unos helechos muy finos que tenían la gracia enfermiza y desmayada de un plumaje de ave.

¡Oh! los amaneceres en aquel campo de húmedos verdes, despertados en el lecho por un clarín sensual de gallos, y asomarse a la galería hacía aquel ángulo del que está cercana la limpia cocina para aspirar con delicia el aroma del café que llena la casa, mientras en el corral se ve ordeñar a la vaca y baten sus alas, como si aplaudiesen la gracia con que el alba está pintando brochazos de color en el cielo, las bandadas de palomas que vienen a comer a nuestras manos!

¡Oh!... las noches de quietud bajo los naranjos en flor!... ¡Cómo hubiera sido grato para el soñador de vuelta de todos los sueños delirantes acogerse a la quietud de ese huerto y escuchar el lírico diálogo del ruiseñor y de la fuente, y gustar en la embrujada soledad de la noche cuando nos encontramos a nosotros mismos, cuando es más nuestro el pensamiento y es más nuestro el espíritu y podemos auscultar en el silencio los latidos de nuestro corazón, el recuerdo, el amable recuerdo que es a veces, tan vivo en su relieve, como una superación de nuestra vida.

Quizás una noche en que la lluvia azotara la techumbre sonora con sus latigazos de furia, y el trueno retumbara medroso a los lejos, o acaso en esas divinas noches en que las trepadoras fragantes derraman su perfume capitoso, nos sentiríamos con ganas de escribir una página en que nuestro cansancio de todo, no sería sino una mística aspiración de perfecciones no logradas, y así iríamos cincelando en los momentos propicios, sin prisas acuciantes y sin violencias cegadoras, el breviario de nuestra emoción en que anotásemos las reacciones de nuestra alma en el reencuentro emocional con el fantasma absurdo que va haciendo de nuestra psiquis la vida…

Pero la aspiración se quedó en un deseo, uno de esos deseos fallidos que serán siempre una pesadumbre en el recuerdo. La aspiración no hizo sino marcar el contraste entre el anhelo y la realidad, dar a la luz del reproche que nos grita destemplada su censura, un argumenta más para probar nuestras limitaciones, lastre de que no supo desprenderse a tiempo nuestra impericia en franquía…



Estampas del Pasado Del San Juan que yo amo

Por J. Pérez Losada

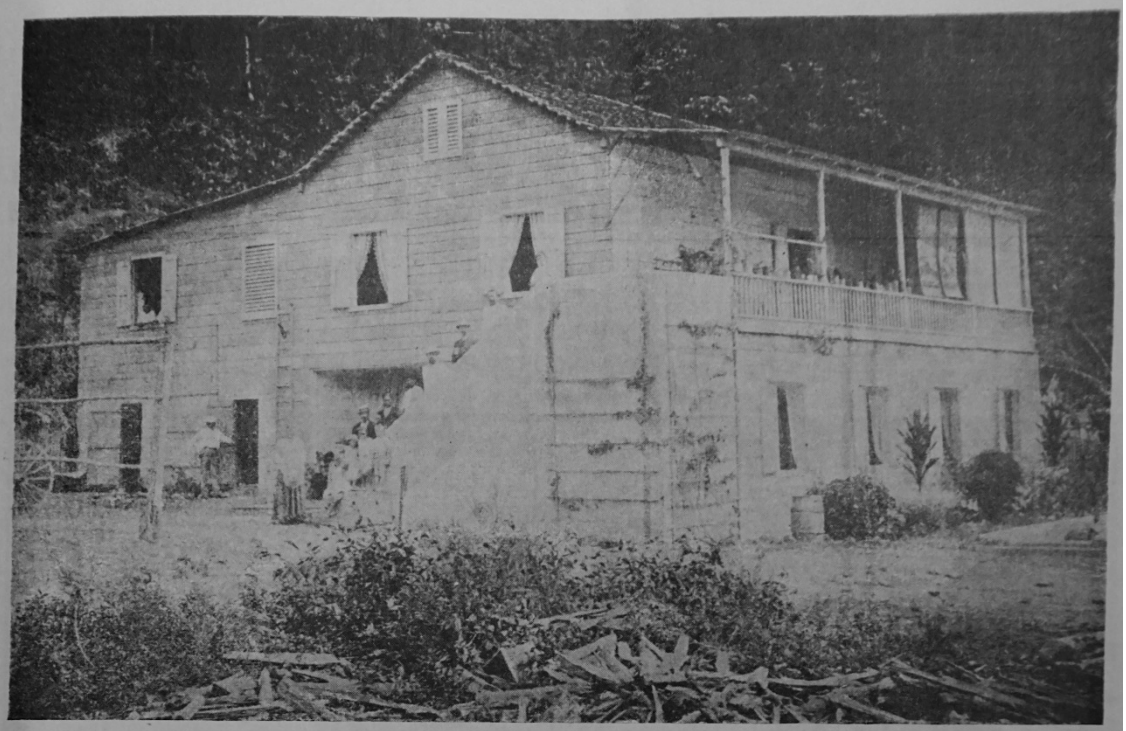
Iglesia y plaza de la Carolina.

JOSE NORTES y Elvira Rojas vinieron a San Juan procedentes de Santo Domingo en los primeros años de este siglo. Cuando se dice, ya pasados diez años además del primer cuarto de siglo, que vinieron a San Juan hace más de treinta años unos artistas en aquel interminable desfile en que antes se sucedían, más animada que ahora la vida teatral, la memoria tiene que hacer un esfuerzo para recordar nombres y personas, relacionándolos entre sí y situándolos en el medio en que actuaron para identificarlos en la lejanía.

José Nortes era un actor de fibra y de gallarda apostura. Vestía muy bien y además de tener buena ropa tenía lo que necesita todo galán en escena, elegancia, distinción para llevarla. José Nortes había empezado muy bien su carrera teatral que fué breve, porque lo mató la tuberculosis cuando había llegado a la madurez de sus facultades entre las que eran más de estimar su voz de grato timbre, su excepcional memoria, su oído de una finura extraordinaria para coger de la concha no sólo la prosa sino lo que es infinitamente más difícil, el verso que sabía medir el notable actor con la maestría que recordaba a los intérpretes del teatro romántico, sustituído por el monopolio que había hecho de la escena española don José Echegaray que si no tuvo el aliento poético y la hondura psicológica que se necesita para fijar las calidades de la obra y darle duración y consistencia, sabía graduar el interés de la farsa y matizaba su prosa brillante de pensamientos bellos en que la rebeldía encontraba su grito de protesta y el tono desafinado casi siempre, de su arrogante desafío.

Para aquel teatro se necesitaba que el actor tuviera unos pulmones de hierro y una garganta acorazada, y eso parecía tener Pepe Nortes, como le llamaban sus compañeros en Madrid y como los revisteros teatrales en la Habana le designaban también para hacer más simpático y popular al actor que gustó tanto, pero que se quedó demasiado tiempo en el mismo sitio, sin darse cuenta de que hasta el cariño se gasta cuando se le impone un sacrificio constante y si eso ocurre con lo que se liga a nuestra vida hasta poder decir que forma parte de ella, claro está que ha de darse con mayor frecuencia cuando es sólo la curiosidad, la simpatía, la novedad lo que nos lleva a frecuentar un espectáculo.

La primera dama de la compañía de Nortes era Elvira Rojas, una mujer de gran belleza y de regular talento escénico. La pareja se llevaba muy bien al principio, cuando los halagos de la fortuna parecían inagotables, pero cuando la suerte se les volvió de espaldas, cuando la enfermedad empezó a minar la vida del compañero, cuando éste para buscar momentáneo alivio o para olvidar empezó a beber coñac como si le devorase una sed angustiosa, las disenciones se acentuaron entre ellos y se advertía que marchaban juntos porque de todas maneras, se apoyaba el uno en el otro, y aunque la vida con sus acosos les recordaba con harta frecuencia que sin dinero el amor más idealista pierde su encanto, seguían juntos por la senda en que ya no siempre encontraban las flores que embellecen los breves descansos y llenan de fragancia ese paraíso tan fugaz que se sueña, como una decoración de magia



Casa de campo en el Jobo, Utuado.

apenas soplan con su desencanto los primeros fríos de la desilusión.

Elvira Rojas había realizado un acto de verdadero heroísmo para unirse a Pepe Nortes, pero la pasión más frenética pierde sus alientos en contacto con la prosa de la vida cotidiana.

Cuando se inauguró el Casino Hispanoportorriqueño de Carolina, José Nortes fué con nosotros a tomar parte en el programa de aquella fiesta inolvidable. Tuvo el vasto programa proporciones abrumadoras; primero se celebró un suculento banquete en el salón principal donde fué instalada la mesa para más de cien comensales, mesa que hubo que quitar una vez terminada la comida para acomodar el público espectador de la velada, terminada la cual daría comienzo el baile amenizado por una gran orquesta.

El Padre Alonso que estaba muy en contacto con nosotros y que desempeñaba con gran competencia varias de las cátedras del Colegio de San Pablo, fundado por Monseñor Blenk, mostró deseos de asistir a la fiesta de inauguración del Casino, que fué un alarde de rumbo de parte de los amigos de la Carolina, y para justificar su traslado a la población vecina lo incluímos en el programa de la velada con gran satisfacción del comité organizador que sabía que el joven sacerdote era hombre de reconocida cultura y que podía tener a su cargo uno de los breves discursos que abrían y cerraban la parte literaria del festejo.

Yo fuí el encargado de pedir al señor Obispo que dejase al Padre Alonso ir con nosotros a la inauguración que prometía una noche deliciosa. Como el programa era extenso, había que prevenir al Prelado que el regreso se haría tarde en la noche.

—Bien; usted me responde de que todo ha de hacerse de un modo irreprochable —me dijo benévolo Monseñor.

Yo no diré que todo fuese irreprochable. Ni la manera como salí a escena a decir unas palabras de apertura del acto, ni la violencia con que arrojó al tabladillo de la farsa un vino que tenía que beberse Montesinos en el transcurso de la comedia que se estaba representando, ni la improvisada utilería que hizo naufragar una cucaracha en el vaso de vino destinado al actor, ni la intervención coreográfica del Padre Alonso en el final de la fiesta regocijada, estimulado por el ambiente simpático que allí reinaba y que no tuvo el menor decaimiento hasta bien entrada la noche.

Estaba con nosotros también Luis Díaz Caneja que vivía con su distinguida familia en Santurce y que al pasar frente a su casa se bajó del coche y se quedó en su domicilio porque era ya muy tarde y sabía que le esperaba siempre en vela la ternura resignada de su buena madre.

Montesinos se había dormido al salir de la Carolina. Tenía su sueño una doble causa que justificaba el hondo sopor que resistió al estrépito con que comentábamos por el camino los alegres incidentes de la noche, y no se dió cuenta de que Díaz Caneja se había quedado en su casa, aunque estuvimos un rato discutiendo si se quedaría allí o iríamos a la Plaza del Mercado a tomar café con buñuelos.

Ya muy cerca de San Juan, se despertó Montesinos y se dió cuenta de que Caneja no estaba con nosotros en el coche. El no tenía noción de cuando se había dormido y seguro de su resistencia y entrenamiento para mostrarse irreductible por larga que fuese la parranda, supuso que, como él, todos habíamos doblado el pico y que durante nuestro sueño había ocurrido una catástrofe de la que nuestra insensibilidad no se daba cabal cuenta.

—Ustedes son unos malos amigos —gritó indignado, apostrofándonos— Caneja se ha caído por el camino y estará en el fondo de alguna cuneta mientras nosotros nos vamos tranquilamente a nuestras casas. ¿Les parece a ustedes que ese es modo de comportarse los amigos?

En vano le explicamos que al llegar frente a su casa se había bajado del coche y había penetrado en su domicilio sin que el carruaje se pusiera nuevamente en marcha hasta que abrió la puerta y le vimos desaparecer en el interior de la casa. Montesinos no cedía a razones, y propuso que volviéramos a Carolina, para buscar al compañero al que no podíamos dejar en ese trance sin incurrir en una responsabilidad inmensa y sin faltar a los más elementales deberes de la amistad, de la que él sólo se proclamaba campeón irreductible.

Insistió tanto en que había que desandar la ruta para sacar a Díaz-Caneja de la cuneta en que debía haberse caído, que no hubo más remedio que deshacer un buen trecho del camino ya recorrido, durante el que nos fué interrogando, uno por uno, y conminando al cochero con la grave responsabilidad en que estaba incurriendo como cómplice de nuestra negligencia.

Ni siquiera sirvió que el auriga le dijese que él no se dormía mientras guiaba y que estimaba a don Luis tanto como pudiera quererle el mejor de sus amigos, porque era el mejor marchante que tenía. El interrogatorio se hacía cada vez más

(Continúa en la página 56)

ié diferencia!
ólo usar la Crema Dentí-
Listerine durante 30 días
apreciarse como beneficia
entes y las encías.
IRIFICA EL ALIENTO
RICA LISTERINE

l costo de embellecer
darse el lujo de
Woodbury en toda su piel
llones de mujeres se alegrarán de esta
icia. La nueva Pastilla de Jabón Facial
odbury a 15¢ es algo sensacional. Ahora
e finísimo jabón está al alcance de toda
jer—no sólo para la belleza del cutis sino
a el embellecimiento de *toda* la piel.
el mismo Jabón Facial Woodbury que a la
sfacción de grandes especialistas en nueve
iones ha probado su inmensa superioridad
tros jabones y cosméticos con que se ha
parado.
odbury es ahora un jabón tan económico
toda mujer puede usarlo.

Use Woodbury para bañar los niños—conserva su cutis fino y suave.
Use Woodbury para las manos. Las conserva firmes y blancas.
Use Woodbury para embellecer los hombros, blanquear la garganta y los brazos.
Use Woodbury para la espalda y para realzar la belleza del descote.

ICITE UN ESTUCHE WOODBURY
H. Woodbury, Inc.
fred Street, Cincinnati, Ohio, U. E. A.
en 9 cts. en sellos de correo (para cubrir el costo de
bo) y le mandaremos un estuche Woodbury que contiene
estra liberal de Jabón Facial Woodbury, tubos de Cold
y Crema Facial y 6 muestras de Polvo Facial Woodbury
stos matices.

Estampas del pasado

(Continuación de la página 3)

formal extendiéndose a los jíbaros que venían para el mercado con su carga de verduras y de frutas sobre los caballitos de paso menudo y ágil.

—¿Vienes de Carolina o de RíoGrande?

—No señor, yo vengo de Guaynabo.

—Entonces, nada, puedes seguir viaje.

Si le decían que venían de algún sitio que empalmase con el camino que habíamos traído nosotros, les preguntaba minuciosamente si habían visto algún bulto en alguna cuneta, si en el camino no encontraron un joven bien vestido, ya inconsciente o buscando quien le condujera a la capital, y como todos, invariablemente le dijesen que no, preguntaba con insistencia si no habían pasado algún trecho del camino dormitando, si no se les había espantado la cabalgadura, si no habían oído decir nada a los viandantes con quienes se cruzaron y que sirviera para seguir una pista.

La escena pintoresca nos divertía, y hubiéramos llegado de nuevo a Carolina, siguiendo la exploración ineficaz, aunque ya nos pedía el cuerpo descanso y había que restituir a su alojamiento al Padre Alonso, que no debía faltar a sus clases y necesitaba el tiempo preciso para darse una ducha, tomar una buena taza de café negro, y dar comienzo a las tareas escolares.

La suerte hizo que después de interrogar a unos cuantos campesinos que venían de recorrer el camino, se convenciera el amigo leal que ya empezaba a coordinar con mayor lucidez, ayudado por el fresco de la madrugada, de que no había ocurrido lo que él temía, ya que alguno de los trajinantes que pasaron por la carretera hubiesen encontrado a la supuesta víctima de nuestro imperdonable descuido, y consintió en volvver a San Juan.

Carolina fué por algún tiempo el centro de nuestras expediciones cercanas y de algunas deliciosas veladas.

Vivía allí entonces Sanromá que era un niño de muy pocos años, y su padre, hombre de múltiples habilidades desempeñaba varios cargos de confianza, entre ellos el de secretario del Casino, en que demostró una gran capacidad de organización.

Como el Casino tenía, como todas las instituciones de este género, funciones culturales y hasta benéficas, el párroco de Carolina que era un hombre de mucha entereza y de una voluntad para el trabajo que no esquivaba ninguna obligación, formaba parte de la Junta Directiva y tomaba en sus deliberaciones una eficaz intervención.

Yo no recuerdo ¡hace tantos años! por qué se produjo el incidente que soslayó el señor Sanromá, hurtando el cuerpo, o mejor dicho, la cabeza, a un contundente garrotazo, sólo porque el amigo Sanromá fué siempre un hombre muy cortés, y la cortesía no es sólo un matiz de elegancia sino que a veces resulta un seguro de excepcional eficacia.

La Junta que aquella noche estaba presidida por el cura párroco, que era vasco y tenía arrestos para lo que fuera menester, tomó, previo informe del secretario señor Sanromá, sostenido por el presidente, un acuerdo que sancionaba la conducta de un miembro del Casino, hombre de pelo en pecho, que había jurado romperle la cabeza a quien se atreviera a votar contra él.

A la salida de la sesión, ya tarde en la noche, lo que menos se acordaban ni Sanromá ni el cura era de las amenazas que había proferido el individuo cuya conducta desmandada había sido necesario sancionar. Pero al salir, como la puerta no era muy ancha y se trataba de dos personas gruesas, Sanromá siguiendo las normas de la cortesía se hizo un poco hacia atrás y dejó que avanzara el presbítero. No hizo más que asomar la cabeza el párroco cuando el expulso que estaba apostado en la oscuridad le arreó un garrotazo que era suficiente para desencuadernar a cualquiera que no tuviese la vigorosa contextura del joven sacerdote que estuvo de resultas del ataque con la cabeza llena en vendajes por espacio de más de quince días.

El garrotazo, según se supo luego, no era para el sacerdote sino para Sanromá, pero la cortesía salvó a éste, que se reafirmó en la buena práctica de no tomar a nadie la delantera sobre todo cuando se sale a sitio solitario, a horas avanzadas de la noche, y además oscuro como boca de lobo.

En Carolina y en casa del licenciado Benítez Castaño, buscó refugio el poeta Momo cuando se le hostilizó en San Juan en los tiempos borrascosos en que no era fácil emitir juicios que no estuvieran acordes con la conducta de la partida de la porra que cometía todo género de excesos en San Juan.

98 de Cad

Compuesto

romá ni el cura era de las amenazas que había proferido el individuo cuya conducta desmandada había sido necesario sancionar. Pero al salir, como la puerta no era muy ancha y se trataba de dos personas gruesas, Sanromá siguiendo las normas de la cortesía se hizo un poco hacia atrás y dejó que avanzara el presbítero. No hizo más que asomar la cabeza el párroco cuando el expulso que estaba apostado en la oscuridad le arreó un garrotazo que era suficiente para desencuadernar a cualquiera que no tuviese la vigorosa contextura del joven sacerdote que estuvo de resultas del ataque con la cabeza liada en vendajes por espacio de más de quince días.

El garrotazo, según se supo luego, no era para el sacerdote sino para Sanromá, pero la cortesía salvó a éste, que se reafirmó en la buena práctica de no tomar a nadie la delantera sobre todo cuando se sale a sitio solitario, a horas avanzadas de la noche, y además oscuro como boca de lobo.

En Carolina y en casa del licenciado Benítez Castaño, buscó refugio el poeta Momo cuando se le hostilizó en San Juan en los tiempos borrascosos en que no era fácil emitir juicios que no estuvieran acordes con la conducta de la partida de la porra que cometía todo género de excesos en San Juan.

Momo que tenía un periódico satírico no podía prescindir del tema político, pero tampoco quería exponerse a que le diesen un estropeo que ya le anunciaron preventivamente, y como él había visto que no amagaban por lo regular, en vano, decidió buscar refugio en Carolina que era por aquellas fechas, un baluarte del partido federal, donde no tenía que temer que fuesen a dictarle órdenes los truculentos censores con que se había dado la Prensa.

La estancia de Momo en Carolina era un motivo más para visitar de vez en cuando la simpática población en que teníamos muy espirituales amigas que gustaban del trato con los hombres de letras con lo que nuestra sensibilidad se afinaba, ya que sabiendo que teníamos tan gentiles lectoras habíamos de procurar que nuestra obra por basta o desmañada, no nos privase de su estimación.

Allí también, muy cerca de Carolina, en una finca que tenía un huerto de naranjos, se celebró algo más tarde una reunión de periodistas para organizar la asociación de la Prensa. La iniciativa fué tomada por el doctor Zeno Gandía que había adquirido la propiedad de "La Correspondencia" y quería establecer contacto más frecuente entre los que cultivábamos el ingrato oficio, en que se envejece tan pronto y por el que se pierde también demasiado pronto la ilusión.

Yo no sé si aquella finca que se llamaba el naranjal era del doctor Zeno Gandía, aunque he de deducir que sí porque él estaba allí como en su casa; lo que sí tengo por sabido es que siempre que sentí la nostalgia del campo, el deseo de quietud y de paz, el anhelo de refugiarme en la soledad huyendo del cansancio de un oficio que nos obliga a la exhibición y que nos impone la dura, la forzada tarea de estar siempre con la pluma en la mano escribiendo a veces con febril impulso y otras con desgano invencible, he pensado en una casa como aquélla, en un huerto como aquél, en aquellas galerías amplias, sombreadas por las trepadoras entre las que anidaban las "reinitas" de tan polícromo plumaje que parecían otras flores raras en los tallos cubiertos de hojas y de campánulas palpitantes.

Por entre las persianas a medio correr como en una celosía conventual, se podían ver en una grata penumbra las alcobas con amplios lechos de maderas antiguas sosteniendo los albos mosquiteros, bajo el amparo celeste de un cuadro de la Virgen o de un Niño Jesús. El interior de aquellas estancias invitaba a la siesta y hacía pensar en las noches de luna cuando cantara el ruiseñor entre los

98 de Cada 100 Mujeres Dicen ... "A mí me Alivia"

árboles que metían sus ramas floridas en aquel claustro sensual en que todo cantaba a la vida.

Allá en el fondo entre un macizo de plantas se alzaba la garita verde del tinajero de cuya piedra, acaso centenaria, brotaban unos helechos muy finos que tenían la gracia enfermiza y desmayada de un plumaje de ave.

¡Oh! los amaneceres en aquel campo de húmedos verdes, despertados en el lecho por el clarín sensual de los gallos, y asomarse a la galería hacia aquel ángulo del que está cercana la limpia cocina para aspirar con delicia el aroma del café que llena la casa, mientras en el corral se ve ordeñar a la vaca y baten sus alas, como si aplaudiesen la gracia con que el alba está pintando brochazos de color en el cielo, las bandadas de palomas que vienen a comer a nuestras manos!

¡Oh!... las noches de quietud bajo los naranjos en flor!... ¡Cómo hubiera sido grato para el soñador de vuelta de todos los sueños delirantes acogerse a la quietud de este huerto y escuchar el lírico diálogo del ruiseñor y de la fuente, y gustar en la embrujada soledad de la noche cuando nos encontramos a nosotros mismos, cuando es más nuestro el pensamiento y es más nuestro el espíritu y podemos auscultar en el silencio los latidos de nuestro corazón, el recuerdo, el amable recuerdo que es a veces, tan vivo en su relieve, como una superación de nuestra vida.

Quizás una noche en que la lluvia azotara la techumbre sonora con sus latigazos de furia, y el trueno retumbara medroso a lo lejos, o acaso en esas divinas noches en que las trepadoras fragantes derraman su perfume capitoso, nos sentiríamos con ganas de escribir una página en que nuestro cansancio de todo, no sería sino una mística aspiración de perfecciones no logradas, y así iríamos cincelando en los momentos propicios, sin prisas acuciantes y sin violencias cegadoras, el breviario de nuestra emoción en que anotásemos las reacciones de nuestra alma en el reencuentro emocional con el fantasma absurdo que va haciendo de nuestra psiquis la vida...

Pero la aspiración se quedó en un deseo, uno de esos deseos fallidos que serán siempre una pesadumbre en el recuerdo. La aspiración no hizo sino marcar el contraste entre el anhelo y la realidad, dar a la voz del reproche que nos grita destemplada su censura, un argumento más para probar nuestras limitaciones, lastre de que no supo desprenderse a tiempo nuestra impericia para poder navegar en franquía...

J. Pérez Losada

El comercio francés disminuye en 1934. Quiebran 5 modistos

PARIS, enero.—El comercio internacional de Francia en 1934 disminuyó un

!!MUCHO CUIDADO!!

Que esa mojada no le traiga un catarro. Para evitarlo de manera radical tome dos tabletas de Laxativo Bromo Quinina Grove al acostarse y dos al levantarse. Obra de la noche a la mañana.

E. W. Grove
BROMO QUININA
LAXATIVO